

Creo en el perdón de los pecados,

en la resurrección de la carne,

en la vida eterna.

Amén.

ANTIRRESURRECCIÓN

JUAN RAMÓN BIEDMA

Lectulandia

En una parroquia de Sevilla acaban de encontrar un niño ahogado en agua bendita. Pero los muertos ya no están muertos.

Una ciudad tomada en sus tres cuartas partes por resucitados es el escenario por el que tendrán que moverse un policía que acaba de reincorporarse a su puesto tras salvarse milagrosamente de un disparo en la cabeza y una detective particular que fue encarcelada por permitir que su marido abusara de la hija de ambos, en busca de un asesino en serie con lo que parece ser una fijación por las iglesias.

Lo peor no son los muertos andantes, lo peor es la gente: a nadie le preocupan las consecuencias de sus actos... el fin del mundo ya se produjo, esto es lo que vino después.

Lectulandia

Juan Ramón Biedma

Antirresurrección

ePub r1.0

xico_weno 23.11.16

Título original: *Antirresurrección*
Juan Ramón Biedma, 2011

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

No le quitan ojo.

No es la primera vez que lo ven al pasar por el Parque de los Príncipes; desde la primera vez comprendieron que aquel *resucitado* no constituía ningún riesgo, gordito y triste, amarrado al columpio, alzando las manos cuando los ve pasar, casi como suplicándoles que se dejen comer, porque él es incapaz de cazarlos por sí mismo.

No han dejado de beber ginebra en toda la noche, de merodear, de flotar como la penumbra para no atraer la atención de los grupos de no muertos que deambulan por la zona, pero al encontrarse al gordinflón del columpio, los tres chicos se han quedado clavados, muriéndose de la risa.

No sienten el frío.

No saben el tiempo que llevan fuera de los escondrijos que ahora son su casa.

No necesitan otra cosa más que beber a la luz de la luna y olvidarse del desastre en el que han vivido los últimos años.

No puede evitar recoger una piedra y arrojársela a la cabeza al muerto, es la más joven de los tres recolectores y algo tiene que hacer para demostrar que tiene tanto valor como el que más.

Sin dejar de pasarse las botellas, se acercan a él, que da un par de pasos hacia ellos, todo lo que da de sí la cuerda; quien quiera que lo atara cuidadosamente por el tobillo seguro que lo conocía, alguien de su familia, quizás esperando que permaneciera allí hasta que se encontrara un remedio para la plaga; debía haber pasado bastante tiempo de aquello, la cuerda y la ropa del muerto estaban en muy mal estado, como de haber permanecido años a la intemperie. Además, andaba con gran lentitud; todo el mundo sabía que mientras más tiempo llevaran en aquel estado más torpes eran sus movimientos.

No descubre sus intenciones hasta que es demasiado tarde; cuando sus compañeros se dan cuenta, ya ha cortado la cuerda del cadáver con un solo tajo de su navaja. La chica mira a los otros dos, desafiándoles a que reprochen su acción, pero ellos solo responden con gritos y risas. El muerto, como incrédulo, tantea el terreno hacia el más próximo de los recolectores, vuelve a elevar los brazos, abre la boca para enseñar las ruinas de sus dientes, las encías ennegrecidas, y por un momento parece haberse vuelto mucho más peligroso, pero uno de los chicos le pone la zancadilla, el otro lo empuja y al momento está de bruces sobre la hierba fangosa.

No puede levantarse; con la cara enterrada en el césped, manotea como una tortuga con el caparazón al revés mientras los recolectores lo patean y se pasan la botella para celebrar lo poco que les ha costado reducirlo, lo patean y se pasan la botella. Cada vez con más rabia, porque ya no es solo el gordito del parque, es todos los putos muertos que han tomado aquella zona de Sevilla, los barrios en los que se criaron, y de los que deben huir continuamente.

No para de reírse ni de golpearle otro de los muchachos mientras se sube encima

del muerto y juega a follárselo al ritmo de los golpes y las risas de los demás.

No puede ser menos la chica más joven, le duelen las piernas y las manos de golpearle, pero no le parece suficiente; piensa en buscar una piedra para machacarle la cabeza, pero se le ocurre algo mejor, algo que no superará ninguno de sus amigos. Dejándose caer de rodillas junto a la cabeza del *resucitado*, se acerca a él como si fuera a besarle en la nuca, oculta la cara en su cuello y cuando levanta la cabeza tiene entre los dientes la oreja que le ha arrancado de un mordisco al no vivo, los labios embadurnados del líquido negro que fue su sangre, los ojos con aquella expresión de triunfo.

No dicen nada los otros dos, pero las risas se les han congelado y poco a poco dejan de golpear y de gritar; solo se pasan la botella, evitando mirar a la chica que los escudriña uno a uno y evitando mirarse entre sí.

Un momento después de comprender que no volvería a enlazar el sueño, el teniente Trespacios ya está de pie junto a la ventana, la frente contra el cristal, metiéndose la noche por los ojos.

Lo peor es lo que somos desde que los muertos se han levantado.

Mira las calles, aislado en el sexto piso, lo que queda de esta Sevilla sitiada en su mayor parte por barrios de *resucitados*, la capital que intenta fingir que nada ha pasado, que es posible la vida junto a la no vida.

En una ocasión llegó a la ciudad en helicóptero tras unas de sus misiones. Mucho antes de tomar tierra, el correoso pestazo de la nube negra de contaminación que envuelve la ciudad ya había convertido en irrespirable el ambiente de la nave. Los basureros solo pasan una vez a la semana, así que las montañas de desperdicios se han convertido en el elemento unificador de todos los barrios de todos los estratos sociales.

Los soldados patrullan continuamente en sus vehículos de combate, con el uniforme y el rostro camuflados de negro, como si aterrorizar a los ciudadanos ayudara en su lucha contra los cadáveres que surgen, voraces, de cualquier sitio.

La gente procura quedarse en sus viviendas siempre que puede y, sin embargo, las calles siempre están atiborradas de transeúntes: los cientos de miles de refugiados que han ido llegando de otras provincias devastadas andan sin rumbo en busca de un rincón que los acoja y casi nunca lo encuentran y terminan montando una casucha con cuatro cartones o echándose a dormir debajo de cualquier balcón.

En los inicios de la ley marcial, tras las primeras oleadas de la *Resurrección*, la Junta Militar declaró el *toque de queda* como una de sus primeras medidas para garantizar la paz ciudadana, pero rápidamente tuvo que retractarse: había tanta gente para la que las calles era su único refugio que resultaba imposible mantenerlas vacías por la noche.

Las plazas, las azoteas, los sótanos; y los pasillos, los patios, las despensas, los lavaderos, todo. Cualquier espacio era aprovechado para alojar a los refugiados de las ciudades que habían caído bajo el poder de los muertos. Aún así, hay un gentío inconmensurable obligado a permanecer continuamente en movimiento; vagabundos para siempre, ancianos, enfermos, niños pedigüeños solitarios tirados en una esquina u organizados en bandas que con frecuencia terminan enfrentándose entre sí.

A menudo los avituallamientos se retrasan y las tiendas quedan desabastecidas durante días y días; resurgen las grandes colas para obtener comida, vuelven las cartillas de racionamiento y las Brigadas de Contención se ven obligadas a abrir fuego para proteger las *cantinas de sopa*, que en muchos casos son la única fuente de alimentos para la población.

Y en todos, en todo, está presente el miedo que rige cada acto, y que se puede ver en los blindajes artesanales de algunos coches —últimamente se han suavizado las

restricciones de combustible, pero no se puede predecir hasta cuándo durará esta situación—, en las rejas que la mayoría ha instalado en sus ventanas y en los ojos de todos los que están obligados a permanecer fuera de casa.

Hay un *graffiti* con la virgen María portando un kalashnikov.

Trespacios se dice que debería estar contento allá arriba, a salvo, pero no se explica porque sigue empujando el cristal mojado por la lluvia con más y más fuerza, desesperado por una última oportunidad de hundirse y escapar buceando de todo aquello.

No había perdido la esperanza de recibir una *crisofonía* más.

El tipo del bigote llevaba toda la noche paseando desnudo por la sala del hospital, murmurando oraciones y acariciándose la polla con un largo clavo oxidado; desde hacía una media hora estaba plantado al pie de la cama del *médium*, que solo quería el visto bueno del Creador, una última *crisofonía*, para partirle el cuello y tirarlo debajo de su cama, donde no tuviera que volver a verlo. Pero sabía que ni así se libraría de él. En este mundo en que le había tocado vivir y morir y volver a levantarse, los muertos no guardan silencio. Dios sí.

Para recordárselo, el anciano de la cama de al lado redobló sus esfuerzos por librarse de las correas; por suerte, sor *Culogordo*, sabiendo que su fin estaba próximo, lo había amarrado, amordazado y cubierto con una sábana al comienzo del turno de noche. No sabía si en las horas transcurridas desde entonces continuaba vivo o había fallecido y era ya una de aquellas cosas.

Había escuchado que un analista denominaba ese estado como *Síndrome Neurológico Contradegenerativo*; poco más allá habían llegado los avances de la clase científica.

Eran las cuatro de la mañana.

El médium miró otra vez la bolsa de suero conectada con la aguja de su brazo y el apósito cubriéndole el mordisco del hombro que terminaría costándole la vida e intentó olvidarse del tipo del bigote y de su puntilla.

El resto de los enfermos que ocupaban las doce camas de aquella sala secreta en los sótanos de la Clínica de Lourdes estaban más o menos dormidos, cada uno en una fase de su agonía particular, solo igualadas por el fin que más tarde o más temprano les esperaba a todos. Dependiendo de su respuesta inmunológica, los cócteles de antibióticos que les administraban allí podían prolongar su existencia desde unos minutos a unos meses, no más. No se había conocido el caso de nadie infectado por un no muerto que sobreviviera ni siquiera un año una vez producido el contagio.

Descartando cualquier posibilidad de atrapar el sueño, el *médium* abre los ojos.

Sin contar con su aprobación y solo movilizándolo todas sus influencias, habían logrado los responsables de la *Fraternidad* a la que pertenecía ingresarlo en aquella unidad anónima y oculta del hospital. La ciudad estaba demasiado colapsada por la amenaza de los *resucitados* para permitirse una red asistencial de este tipo; a los contaminados se les hacía desaparecer piadosa y discretamente, como hubieran hecho con él una semana atrás, cuando se distrajo lo suficiente para que aquella fiera acabara con todas sus esperanzas, ahora que a él y a los suyos les quedaba tan poco para salir del purgatorio.

Mira a su alrededor y se pregunta una vez más si merece la pena alargar su vida a cambio de pasarla en aquel pozo.

La puerta se abre y aparece sor *Culogordo* aureolada de luz enfermiza y de olor a

cuña picada y a guisos putrefactos sin sal. Pero no viene sola. Tres figuras entran en la sala detrás de ella.

Todos se dirigen hacia la cama del *médium* y este reconoce inmediatamente a la chica que mueve trabajosamente los bastones en su dirección; sabe que tiene muchos más, pero no parece haber llegado a los veinte años ni al metro sesenta de estatura. Sus piernas deformes tienen una longitud normal, aunque su torso aprisionado por un corsé ortopédico es el de una niña, así como su rostro y la mayoría de sus gestos.

La chica espera a que la monja se lleve al tipo desnudo del bigote para acercarse a la cama del médium, que no puede evitar que le tiriten las palabras.

—Doña Teresita...

—... —Ella no responde; sus dos acompañantes, el sacerdote y el otro, permanecen a un par de metros de distancia pero alertas a cualquier amenaza.

—A esta hora... no tendría que haberse molestado —continúa el *médium*.

—¿Creías que no volverías a verme?

—Yo no...

—Acabo de enterarme.

—...

Los dos bajan la cabeza.

El sujeto de la cama de al lado no deja de forcejear contra las correas.

Por fin habla la muchacha.

—Tienes que seguir ayudándome.

El médium no pierde el tiempo en responder. Ya está arrancándose el catéter del brazo para levantarse.

El teniente Rafael Trespalacios se vuelve velozmente, no sabe si han sido primero los gritos o los sonidos de vidrios rotos. Ni los meses de hospital ni la media hora pasada en la acera bajo el frío de diciembre esperando que aparezca el patrullero que lo llevará a comisaría han disminuido sus reflejos.

A unos pocos metros, el sospechoso, aún no sabe si está vivo o muerto, sale de espaldas del bar, torpemente, trastabillando tanto que el policía acaba sacando la pistola y quitando el seguro; enseguida lo vuelve a colocar, la guarda en su funda con toda seguridad. Conoce de sobra a los *resucitados*, por borracho o enfermo que se encuentre aquel tipo, ninguno de ellos coordina así sus movimientos. Cuando se da la vuelta, comprueba que es un indigente con un pasamontañas que termina llevándose su perturbación en dirección contraria.

Todavía con la mano en la culata, lamenta en lo más hondo que no se tratara de uno de ellos, la oportunidad perdida de reventarle la cabeza.

Ahora ha vuelto a Sevilla. Aunque la ciudad está tomada en sus tres cuartas partes por una multitud incontable de *resucitados* precariamente contenidos por el río y por los muros levantados por los zapadores del ejército, y en la semana que lleva recorriendo estas calles a la espera de incorporarse a su puesto ha tenido ocasión de observar toda clase de incidentes —madres devorando a sus hijos o establecimientos llenos de gente normal que caían en minutos bajo el dominio de los muertos—, esto no tiene nada que ver con la vida diaria en los frentes donde ha pasado los últimos dos años, con la satisfacción de cargarse cada día a docenas de aquellos monstruos.

Otros muchos soldados como él se habían vueltos adictos a eliminarlos. Tras un episodio que estuvo a punto de costarle un consejo de guerra, un psicólogo le había dicho que aquella alegría por matar a otros seres humanos, vivos o no, tenía una vertiente patológica. Él no prestó mucha atención al diagnóstico ni discutió con el psicólogo; no podía concebir que un tipo que en su vida había salido a las calles a partirse el alma contra aquellos seres, que no los hubiera tocado, olido y saboreado como él, comprendiera lo que se sentía allá fuera.

Fraternidad Juramento, puede leerse en una fachada, con grandes e irregulares caracteres pintados a mano; no conoce a nadie que pertenezca a aquella agrupación ultracatólica —no conoce a nadie—, pero su presencia es cada vez más ostensible por toda la ciudad.

El sol debía de estar ya alto, pero una densísima masa de nubes mugrientas, veteadas por una cantidad indeterminable de roñosas texturas, que amenaza con descomponerse en un asqueroso y grasiento alud de un momento a otro, oculta casi por completo su luminosidad.

Unos metros más allá, la gente grita *muerto* o *resucitado* al paso del mendigo del pasamontañas que sigue avanzando pero apenas puede con su cuerpo.

El patrullero que debe recogerlo se está retrasando. Se siente algo intranquilo por

volver a su viejo oficio de policía después de haber sido apartado de él para servir estos años en el ejército, aunque el comisario le había asegurado que pasaría dos o tres semanas como observador antes de ocupar su puesto en homicidios de forma efectiva.

Se toca la frente, el frío parece penetrarle por el agujero de bala; durante un tiempo intentó dejarse crecer el pelo para ocultarlo a los demás, pero no había forma de camuflar aquella cicatriz, así que volvió a raparse; ahora se afeitaba el cráneo y la barba una vez a la semana y que pensarán lo que quisieran.

Otra vez los gritos en la dirección por la que se fue el indigente.

Cuando se vuelve, aquel desgraciado ya está en el suelo. No dejan de salir albañiles de una construcción cercana que, entre risotadas, estampan picos y palas sobre su cabeza.

Trespalacios está a punto de avisarles de su error, correr hacia ellos, decirles que aquel hombre estaba vivo. Pero ya no lo está. Ahora sí le han fallado los reflejos o la motivación; preservar la vida le interesa casi tan poco como la no vida.

Los obreros se ríen, lanzan sus golpes contra la masa sanguinolenta y bromean como si hubieran cazado una cucaracha especialmente escurridiza.

Algunos transeúntes se apartan, asustados; otros se persignan y se apresuran por llegar a su destino para regresar a casa lo antes posible. Los demás, ni eso.

El día empieza tan mal que no empieza.

—Creo en el espíritu santo caído entre nosotros, en la Nueva Santa Iglesia Católica de los Muertos, en la última comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida eterna, amén.

Piensa o murmura el hombre mientras se seca las lágrimas y termina de cerrar el portón de la iglesia para salir a una calle menos fría y menos oscura donde no acaba de amanecer.

Ha tenido mucho cuidado de no mirar lo que dejaba detrás.

El niño amarrado de pies y manos alrededor de la pila de agua bendita habría llegado a cumplir nueve años en unos días si no lo hubiera ahogado unos pocos segundos antes. La capucha negra con la que le cubrió la cabeza antes de sumergírsela sigue agitándose aún.

Sobre la espalda desnuda le ha grabado a punta de punzón la palabra *Canaán*. Lo ha hecho con tanto mimo y cuidado que parece un mensaje de amor.

Los sonidos surgen de forma natural, como si ya estuvieran ahí desde hace mucho tiempo. Es un *chop* o un *frop*. La cabecita chapotea en el agua consagrada a un ritmo irregularmente constante. Las manos y los pies atados a los relieves del vaso y el pie de la pila también despiertan.

El día empieza tan mal que no empieza.

En la nave vacía, los sonidos se repiten y se multiplican, pero el cuerpecillo no parece tener prisa. Ya ha llegado a donde correspondía.

Canaán.

Tierra prometida.

Aunque se ha clavado lo que se ha clavado en la vena, le ha costado tanto dormirse que no quiere mover un músculo, a pesar del calor y el fulgor que atraviesan sus párpados cerrados como si la buscaran allá dentro, en el lugar donde por fin ha logrado refugiarse; cuando los abre, descubre que la mesa camilla y todo lo que había dejado sobre ella está ardiendo.

El día empieza tan mal que no empieza.

Artizar se alegra de haber dejado el cubo de la fregona, como sus buenos propósitos, a medio vaciar el día anterior. Con el contenido, logra apagar la mayor parte de las llamas. Después arranca la pesada cortina y la usa para sofocar el resto.

Justo entonces recuerda que lo que había sobre la mesa junto a la vela —malditos cortes de suministro— que ha provocado el incendio es el álbum de fotos de la familia, del que apenas quedan cenizas y un bloque negruzco. Las últimas fotografías que conservaba del cabrón de su marido y de su hija. Solo se permitía abrirlo cuando volvía a casa de madrugada dando camballadas, cuando nadie, ni siquiera ella misma, era testigo de lo mucho que echaba de menos esa antigua vida de la que debía renegar delante de todos. Las fotos eran como fogonazos de otro tiempo, las últimas, y ahora los había apagado para siempre.

Como si no le importara en absoluto, comprueba que dentro del bolsillo de la chaqueta siguen la jeringuilla, la goma, la cucharilla y la *papela*. Se repite una vez más que una cosa es ser una heroinómana y otra cosa es ser ella, que solo se la ha metido siete veces en toda su vida, eso sí, todas en el último mes; pero porque estaba de mala racha. Puro uso terapéutico y, en algunos casos, profiláctico.

Nada en el mundo podía interesarle menos que el sonido del móvil dentro del bolsillo del pantalón; cuando al fin se decide a desplazar la mano para cogerlo, con la vista puesta en los restos de la fotografía, está a punto de desviar el gesto hacia la pistolera para meterse una bala, pero termina sacando y abriendo el teléfono.

—... Sí.

—... ¿Artizar Ansuategui?

—... Sí —responde la detective, aún no muy segura de haber elegido el artefacto correcto.

—... Buenos días, le llamo desde la Archidiócesis de Sevilla, soy José Saliente, secretario de Su Eminencia. Perdona que, ante todo, le haga una pregunta, ¿estaría usted disponible en este mismo momento para aceptar un servicio?

—... ¿Qué clase de servicio? No hago domicilios ni tríos, se lo advierto.

—... Una investigación —no dándose por enterado de la broma— alrededor de un asesinato. Aunque en principio se trataría más bien de una labor de información.

—... Supongo que sí —responde la mujer tras dudar un momento; teniendo en cuenta sus antecedentes, la iglesia era el último cliente que esperaba tener en toda su vida—, siga.

—... Esta misma mañana ha tenido lugar un terrible crimen en la parroquia del Auténtico Martirio, hace muy poco tiempo, de hecho las autoridades acaban de llegar. Usted fue policía antes que detective particular, necesitamos que hable con ellos y nos cuente sus hipótesis, cuáles van a ser sus líneas de investigación... en fin, todo de lo que pueda enterarse. ¿Podría dirigirse hacia allí en este mismo momento?

—... No hay problema.

—... Perfecto. La llamaré a lo largo de la mañana y nos reuniremos para hablar de todo esto. Buenos días.

—Buenos días.

Mira los residuos de sus fotos, el humo que llena el salón, la casa llena de fantasmas en un mundo de muertos vivientes. Piensa en que lleva dos días sin acostarse ni cambiarse de ropa. Recuerda.

No hay problema, se repite.

—¿No te parece raro?

—Lo que me parece raro es que hayas aprendido a hacerte el nudo de los zapatos —le responde Chokos a su acompañante sin mirarlo; ha tenido suerte con los dos compañeros que forman junto a él la unidad de *amortajadores*: uno era basurero y el otro vigilante jurado antes de la *Resurrección*, gente poco fogueada a los que manejaba sin resistencias.

—¿Llamamos de nuevo a base? —le pregunta el otro, que tampoco se atreve a salir de la furgoneta.

—No, no llamamos de nuevo a ningún sitio. Ya nos han confirmado la dirección y nos han dicho que la demanda tiene horas de demora. No me extrañaría que se hayan llevado al muerto para tirarlo a cualquier basurero.

Pero no es normal que no haya nadie esperándoles en la puerta o que no se vea circular absolutamente a nadie en aquella calle tan transitada de Felipe II, nadie en balcones ni ventanas, nadie en las tiendas, nadie.

—Vamos —decide Chokos, cansándose de que no salgan a recibirles.

Salen de la furgoneta, azul oscuro como sus uniformes, y cruzan la carretera para entrar en el portal. Nadie.

—Está bien, vamos a lo nuestro —Chokos—, yo voy directamente al piso del que nos han llamado, el tercero izquierda. Fali —al antiguo basurero— ve llamando a los primeros pisos, a ver si te enteras de quién nos ha llamado y te dicen algo. Tú —al más joven, que es quien lleva el tubo con el lazo—, súbete hasta el último piso y luego ve bajando y haciendo lo mismo que este. Si os necesito, os llamo al walkie, mantenedlo en abierto.

No es habitual que los equipos se separen en medio de un servicio, pero Chokos prefiere trabajar solo, nunca se sabe con lo que se puede arramplar en estos tiempos.

Se dirige a las escaleras sin esperarles ni mirar a los ascensores que, con los frecuentes cortes de energía, pueden convertirse en una trampa mortal en cualquier momento.

Los *amortajadores* son el nuevo servicio de emergencias creado tras la *Resurrección*, uno de los más solicitados; unidades armadas dependientes del ayuntamiento creadas para neutralizar y retirar los cadáveres reanimados a petición de familiares, vecinos y testigos. De la inmediatez de su intervención depende que se generen o no la inmensa mayoría de los brotes de contagio, pero es tanta la demanda, que no es excepcional que a su llegada haya en pie más de un muerto infectado por el primero. En esos casos, tienen orden de pedir refuerzos al ejército para evitar cualquier clase de propagación.

Aunque Chokos tiene sus propias normas.

Cuando llega al tercero izquierda encuentra la puerta entreabierta.

Charco rojizo en el suelo. En vez de sacar el revólver, extrae de una funda que se

ha cosido en el uniforme a la altura del muslo una pesada barra de acero de unos cuarenta centímetros de longitud; quiere reconocer el terreno y ver si puede llevarse algo de valor de aquella casa, no le interesa hacer ruido; además, según le han informado desde el centro de comunicaciones, la fallecida era una anciana que residía junto a una hermana de la misma edad. Aunque se hayan convertido, la situación no tiene por qué ser comprometida.

La decoración del comedor es modesta y antigua, pero algunos detalles como la madera de los muebles le hacen pensar que aquella gente no está acorralada por la pobreza, puede merecer la pena mirar con atención. En el pico de una mesa de cristal encuentra más sangre que se prolonga en reguero hasta el suelo y desde allí a la puerta. Nada más. Con aquellas evidencias puede hacer una primera hipótesis de *vieja que medio se desnuda al caer contra la mesa pero logra incorporarse hasta llegar a la puerta de la calle y pedir ayuda antes de morir.*

A partir de ahí, sería especular en falso.

Sigue sin escucharse un solo ruido.

Abriendo y cerrando cuanto cajón encuentra a su paso, llega hasta uno de los dormitorios, la habitación de una anciana que sigue siendo una cría, con una casa de muñecas y un montón de peluches al pie de la cama. A Chokos lo único que le interesa es la cómoda, es allí donde suelen guardar los objetos de valor; nunca se lo lleva todo, es demasiado inteligente para dar lugar a que los familiares lo denuncien, solo lo suficiente para buscarse un sobresueldo.

Tiene cuarenta y ocho años, ha sido expulsado del ejército y de la policía en etapas de su vida que no quiere recordar. Sabe que aquel es su último regreso a las fuerzas de orden público y quiere irse con el bolsillo repleto cuando lo vuelvan a expulsar.

En el primer cajón, encima de la ropa interior, como si le hubieran preparado una ofrenda, encuentra un sobre con el membrete de la iglesia del barrio, la Parroquia de la Virgen de la Tercera Oportunidad, y la palabra *Canaán* escrita a mano. No tiene que abrirlo para saber lo que contiene; el día anterior, en un domicilio de una calle muy cercana, encontró un sobre idéntico, lleno de dinero y joyas. Solo tiene que tocarlo para comprobar que este también lo está.

El ruido a su espalda lo sorprende con el sobre en la mano.

Una mujer de unos ochenta, sonrosada somnolienta, con el pelo blanco sedoso y un pijama de punto azul celeste, con un anticuado audífono en la mano, tan asombrada que le cuesta unos segundos articular su voz de alarma...

—¡Paquita hay un ladrón! ¡Enciérrate en... !

... los que tarda Chokos en tomar la única decisión posible.

Saca y amartilla el revólver para dispararle en pleno rostro. Después lo vuelve a guardar muy despacio en su funda.

El día empieza tan mal que no empieza.

Le bastará con decir que se había convertido, que quizás había fallecido de un

infarto a causa de la impresión por el accidente de su hermana, da igual. A estas alturas, las autopsias solo se llevan a cabo en casos muy excepcionales y nunca a los validados por la firma de un amortajador.

Mala suerte, abuelita.

Dobla en dos el sobre y se lo guarda en el bolsillo interior; es muy extraño lo de Canaán y el dinero, pero ahora no tiene tiempo más que de abrir el walkie y llamar a sus compañeros que deben de haber oído el disparo.

—... Fali, Paco. ¿Me escucháis? Cambio.

—...

—... Fali, Paco para Chokos. Cambio.

No se escucha nada en el transceptor, pero mucho más sorprendente es que no se perciba ni una sola voz ni un ruido a su alrededor como reacción al disparo. Con la barra de acero en la mano, cruza el piso y sale al descansillo de la escalera. Por el hueco no ve nada pero enseguida escucha unos pasos que suben, pasos irregulares y atropellados que reconoce inmediatamente.

Se asoma al pie y ve a un *resucitado* que intenta acostumbrarse a su nueva condición al mismo ritmo que sube cada escalón. Es el cadáver de un viejo al que le han arrancado la mandíbula inferior pero manotea vigoroso, bastaría un arañazo para contagiarle.

En ese momento baja su compañero de las plantas superiores; le basta una mirada de reojo a su uniforme azul marino para saber de quién se trata, no quiere apartar los ojos del muerto que ya está muy cerca, en los primeros momentos de su conversión es cuando se muestran más imprevisibles.

—Paco, tenemos un apestoso que sube. Yo he abatido a otro, dame el lazo y alerta a la sala de comunicaciones.

—...

—¿Paco?

Cuando mira hacia atrás descubre que su compañero, muy próximo, ya está muerto y que no viene solo.

Mientras Trespalacios cruza la sala de detectives camino del despacho del comisario tiene oportunidad de echar un ojo al turno de investigadores que acaban de incorporarse al servicio y que en unos días estarán bajo su mando. A uno le falta un brazo, a otro una pierna, una mujer amarillenta y con cara de no aguantar un momento más sin desplomarse mira hacia otro lado cuando los saluda y los otros tres son tan viejos que dan ganas de cambiarles las pistolas por unas fichas de dominó; si a esto le unimos que el comisario va en silla de ruedas y a él le metieron una bala en la cabeza que le atravesó el cerebro, las aptitudes de la plantilla no podía ser más satisfactorias.

Desde que la policía fue militarizada, todos los efectivos prescindibles —en momentos como aquellos, cualquier imbécil con uniforme y pistola de guardia en una esquina era mucho más importante que el más cualificado de los detectives— considerados aptos para la confrontación física fueron trasladados al frente, de manera que las distintas brigadas se fueron llenando de inspectores y subinspectores de las mismas características a los que acababa de ver.

Para terminar de desorientarle, la comisaría de la avenida Blas Infante, donde Rafael Trespalacios prestaba sus servicios antes de que lo movilizaran, está ahora en lo que llaman el *Sudario*, la zona dominada por los muertos, como todo lo situado a ese lado del río Guadalquivir, y este cuchitril de la comisaría de la avenida Cruz del Campo se ha convertido en la nueva Jefatura Superior de Policía; el día aún no ha empezado y solo quiere que termine lo antes posible.

Al fin llega al despacho que busca y una administrativa de quince o dieciséis años lo hace pasar al interior sin preguntar.

Parece que lo espera el comisario Marán, un tipo de unos cuarenta y tantos, fuerte y nervudo, con un poblado bigote rubio enlacado que se le acerca manejando la silla de ruedas con una mano para darle un apretón con la otra.

—Comisario.

—Coronel, Trespalacios, coronel —con media sonrisa que le tuerce el bigote—, desde que fuimos reconvertidos, ya no soy comisario sino coronel y usted no es inspector de segunda, sino teniente. Y los dos somos unos militares de mierda.

—Cierto.

Su superior vuelve a la mesa y sube el volumen del transistor que tiene sobre una montaña de papeles; nunca había trabajado a sus órdenes, pero conocía su trayectoria de policía cabrón y listo como el hambre truncada por la bala en la espalda que lo quitó de la circulación. Ahora los dos estaban de vuelta.

—¿Se ha enterado de lo de Lisboa? —El coronel señala la radio.

—No.

—Ha caído. Esta misma noche. El gobierno se ha trasladado a Coimbra.

—¡Joder! ¡He escuchado las noticias antes de salir y no han dicho nada!

—Ya, por eso tengo la radio puesta, pero nada. Esos maricones procurarán retrasar la noticia todo lo posible. A mí me lo ha dicho un amigo por teléfono — apaga el aparato y revuelve algunos papeles antes de seguir hablando.

Rafael aprovecha para volver a levantarse y quitarse el chaquetón militar, hace calor allí. Debajo lleva vaqueros y chaqueta y corbata negra. No quiere reconocer lo importante que aquel día resulta para él, pero se ha pasado más tiempo de la cuenta eligiendo su indumentaria.

—Usted que ha estado en vanguardia, ¿cree que...? —Aunque se ha pasado casi un minuto con el papeleo, Marán sigue con el mismo tema.

—Van a ganar —responde despacio el teniente, no quiere hablar de aquello pero cuando empieza, le cuesta parar—. Podremos contenerlos más o menos tiempo, pero tarde o temprano nos vencerán. No se engañe, el frente no está en los mapas que sacan en televisión, hay un millón de millones de frentes, cada casa, cada calle es susceptible de convertirse en uno. No hay ejército en el mundo capaz de enfrentarse a un enemigo así.

El coronel asiente, y piensa, y vuelve a asentir. Después busca un documento y cuando se lo entrega a su subordinado ya parece completamente dispuesto a conducirse como si aún existiera algún futuro.

—Su nombramiento, efectivo a partir de hoy —y un segundo folio con unas líneas escritas a mano— y su primer servicio.

—¿A partir de hoy? Quedamos en que me pasaría unas semanas como observador hasta ponerme al tanto de...

—Ya sé, ya lo sé. Le dije que se pasaría un tiempo trabajando junto al teniente García para reciclarse y que después comandarían por turnos la brigada de homicidios. Pero hay cambio de planes. Al teniente García se lo comieron ayer en el hospital de Valme entre dos enfermeras y un celador —golpea suavemente la mesa con los nudillos—, así que solo le tengo a usted.

No sabe si decirlo o no, Trespalacios va tragándose frase tras frase hasta que se sorprende hablando sin saber cuándo ha tomado la decisión de hacerlo.

—Coronel, yo no sé si estoy en condiciones de...

—No me lo diga, Trespalacios. No quiero saberlo, o mejor dicho, me importa un carajo. Ya me imagino que no se recupera uno en tres días de una bala en la cabeza. No le habrían enviado de vuelta si no fuera así. Pero lo prefiero a usted trabajando a un treinta por ciento de su capacidad que a cualquiera de los de ahí fuera trabajando al cien por cien. Tampoco yo tengo donde elegir.

—...

—¿Me ha entendido?

El teniente se encoge de hombros como si a partir de aquel momento no se hiciera responsable de las consecuencias.

Pero se guarda el nombramiento en el bolsillo e intenta descifrar la otra hoja.

—¡Hostias!

—Efectivamente, niño de ocho años ahogado en una pila de agua bendita. Lo encontré el sacristán esta mañana al llegar. Lo conocía, era hijo de una feligresa del barrio. El sargento Bonifacia ya se encuentra allí, él le dará más información.

—¿Bonifacia?

—¿Lo conoce? Pues lo siento también —con otra media sonrisa.

Se pone de pie, recoge el chaquetón pero no se va.

—Coronel, hay algo que no entiendo. Si voy a hacerme cargo de todo, ¿no debería quedarme aquí poniéndome al día de todas las investigaciones en curso?

—Debería, pero eso tendrá que esperar. Mire —afilándose la guía del bigote—, en estos tiempos de fundamentalismo religioso, ¿sabe las consecuencias que puede tener un asunto así? Tengo detrás de la oreja a la archidiócesis y al gobierno militar. Poco me ha faltado para acercarme yo mismo a esa iglesia. Vaya y ándese con ojo. Se va a encontrar aquí un mundo muy distinto al que dejó —... Esta vez sí se dirige a la puerta cuando vuelve a hablar el coronel.

—Lo peor no son los putos muertos, lo peor es la gente: ya nadie tiene nada que perder, a nadie le importa nada ni le preocupan las consecuencias de sus actos... el fin del mundo ya se produjo, esto es lo que vino después.

En el descansillo, Chokos se encuentra en medio del viejo sin maxilar que sube a por él y de su compañero muerto que baja las escaleras a toda velocidad seguido de unas sombras por identificar.

Mal asunto.

Está claro que debe olvidarse del viejo, porque Paco es mucho más fuerte y ha debido llevarse al otro mundo, y traérselo de vuelta, gran parte del odio que acumulaba contra él, a juzgar por las ganas con las que le busca la cara. Con el mismo movimiento con el que se vuelve y se agacha, saca el revólver y le dispara en el pecho, sabe que no va a acabar con él si no le da en la cabeza, pero lo tiene encima, no tiene tiempo de apuntar y el impacto de su Smith & Wesson 625 debe bastar para derribarlo y darle unos segundos de ventaja.

El estruendo en las escaleras le deja medio sordo, la cadera derecha, que viene dándole problemas desde hace años, le duele por haberse agachado tan bruscamente, tiene al viejo sin mandíbula a su espalda intentado abrazarlo y su compañero ha absorbido el balazo sin llegar a caer al suelo.

Pero lo ha hecho retroceder lo suficiente para darle tiempo a borrarle el cerebro con un segundo disparo que lo arroja contra otros dos vecinos no vivos que también vienen a destriparle. Lo peor es que con él se van las llaves de la furgoneta y las posibilidades de usarla para salir a mil de aquel barrio. Chokos vuelve a girar, *puta cadera*, y le entierra la barra en el cráneo al viejo que tenía detrás; después le da una patada que lo arroja por encima de la barandilla, nunca se sabe.

Otra vez la vuelta y los vecinos ya son cuatro o cinco o más y se han quitado de encima el estorbo de su compañero.

Esto no es normal, la gente toma precauciones, el mundo entero está paranoico, no es frecuente encontrarse un brote tan extendido en tan poco espacio de tiempo.

Le quedan cuatro balas.

Alza el arma y resuenan tres detonaciones. Aunque una falla, dos de aquellas fieras caen al suelo obstaculizando el paso de los demás, pero por el ansia con el que vienen, será solo un segundo.

Lo mira enloquecido uno de ellos; un chico de unos veinte que viene masticándose sus propios dedos para entretener un hambre de heredada de siglos que le hace adelantar la cabeza, comérselo con los ojos, desearle la carne con cada aliento de su no consciencia.

Chokos se lanza escalera abajo a toda velocidad, tiene solo una bala en el cargador, debe salir de aquella ratonera cuanto antes.

Mientras baja no puede recargar el revólver pero sí puede pedir ayuda por el walkie.

—... Aquí A-50 para sala de comunicaciones, es urgente, cambio.

—...

—... Aquí Chokos para sala, hostias, cambio.

—...

La sala no responde, los pasos a su espalda se perciben muy cerca y el ajetreo que escucha en el portal le hace temer lo peor.

Lo intenta por última vez sin dejar de bajar los escalones de cinco en cinco. La cadera, la cadera, la cadera.

—... Me cago en la puta, soy Chokos, estoy en el servicio de Felipe II y se ha producido un brote masivo, al menos uno de los otros amortajadores ha caído y necesito apoyo inmediato de una o varias Brigadas de Contención...

En el zaguán hay cuatro *resucitados*, sin contar al que se está comiendo las tripas de su otro compañero.

—... cambio —finaliza la comunicación.

Más monstruos andan por la calle, aquello es una pesadilla dentro de la gran pesadilla en la que se despiertan cada día.

Los que bajan detrás de él están muy cerca.

Los cuatro muertos de la entrada lo han visto y uno de ellos, el más cercano, sube ya la escalera, voraz, y se tira a por Chokos.

Que tiene una última bala para él.

No, no la tiene.

El sonido metálico del martillo del revólver le recuerda que no ha tenido en cuenta la bala que gastó en la puta vieja del tercero.

—Apestoso de mierda.

La bestia ya está encima, así que se agarra a las barandillas y desde su posición algo más elevada, lo alcanza con una doble patada en la barbilla que lo hace bajar los escalones y lo deja boca abajo en el suelo.

No sabe si le ha roto la cabeza; cuando los golpeas nunca sabes si el impacto ha sido suficiente, si volverán a alzarse una y otra vez contra ti.

No puede retroceder ni pararse ni huir, el sudor le cubre todo el cuerpo y el rechinar de la cadera le parece audible hasta para aquellos seres.

Tantos meses después de que todos los abandonaran, o los dieran por muertos o por peor que muertos, los prófugos que se esconden en Virgen de la Fuensanta están más que acostumbrados a que los miles de *resucitados* que hormigean por aquella parte de la ciudad se acumulen hambrientos ante los muros con los que han atrincherado su calle e incluso que trasteen con la cancela de hierro que instalaron cuando aún les quedaba algo de esperanza de salir de allí algún día. Pero ver como unas hojas de cizalla penetran entre los barrotes y cortan limpiamente el candado tiene el mismo efecto sobre las dos chicas que haraganean en la calle que si una nave espacial hubiera aterrizado junto a la peluquería.

En su mayor parte, Sevilla era una ciudad cercada por los muertos.

Cuando al fin tomaron conciencia de que se encontraban ante una plaga que podría acabar con la humanidad tal y como la conocemos, varias semanas después de que se manifestara la *Resurrección*, el Mando Único Europeo ordenó concentrar sus recursos militares en los grandes núcleos urbanos, a los que deberían dirigirse los habitantes de las poblaciones más cercanas. Sevilla se fue convirtiendo día a día en un enorme campo de refugiados que ocuparon, de forma apenas controlada, hasta el último metro cuadrado habitable disponible. Muy poco tiempo después cayeron Huelva y Córdoba bajo el dominio de los monstruos, a los pocos días Badajoz; el éxodo humano que se cernió sobre la capital de Andalucía constituyó una de las migraciones más gigantescas, caóticas y sangrientas de las que se haya tenido noticia en la historia.

La cancela de la calle Virgen de la Fuensanta se abre de par en par para dejar entrar a cuatro individuos armados con escopetas y vestidos con delantales de matadero; la otra mitad del grupo ha quedado de guardia en la puerta; son conocidos como los *cazadores de cabezas*, gente que vaga segando alimañas por las zonas tomadas por los muertos, las conocidas como el *Sudario*, y vendiendo su cosecha a las autoridades.

Los guía un tipo algo más demacrado que los demás, con unas crucecitas cosidas a la bocamanga. Se las han arreglado para llegar hasta allí sin hacer ruido, dejando el camión aparcado a unas cuantas manzanas, y sin efectuar un solo disparo, abatiendo a culatazos a los muertos que patrullaban alrededor para no atraer a un grupo demasiado numeroso. No tarda en correrse la voz entre los nueve fugitivos que forman la comunidad de la calle, sin contar a los tres recolectores que siempre están fuera, que se reúnen en el centro de la calle sin atreverse aún a exteriorizar ninguna reacción ante el grupo de rescate.

Los primeros campos de refugiados se establecieron en las explanadas de la feria de abril y en el parque del Alamillo, pero el aluvión de personas buscando cobijo desbordó cualquier previsión, y los campamentos se extendieron espontáneamente, interminables, por todo el Aljarafe ante la mirada impotente de las autoridades y su

incapacidad para organizar y abastecer unos asentamientos que apenas eran capaces de proteger del continuo acoso externo de las bandas nómadas de *resucitados* y de los innumerables brotes que se producían en el interior de estas comunidades.

Este gigantesco gueto al aire libre, construido con materiales de derribo y tiendas de campaña, vivía —en la más absoluta miseria— gracias a las descargas aéreas de provisiones, sin más ley que la caza del *resucitado* y la supervivencia a costa del más débil. Nadie sabe la causa exacta por la que se rompió el equilibrio, pero una Nochebuena el contagio se extendió como el fuego por la red de campamentos, las bajas fueron incontables y los cadáveres se levantaron a miles, extendiéndose hacia el centro de Sevilla; los ciudadanos de la zona segura exigían que se bombardeara a los atacantes, pero la OTAN había prohibido el uso de armas de destrucción masiva. En pocas horas, la plaga llegó al casco urbano, cayeron Triana, los Remedios, el Tardón y solo la frontera natural del río Guadalquivir pudo impedir que arrasaran el resto de la ciudad.

Entre muchos circula la tesis de que fue la propia junta militar quien detonó la plaga entre los campamentos, consciente de que sería más fácil cerrar una zona de muertos, que reprimir el levantamiento de los refugiados hambrientos que más tarde o más temprano terminaría intentando derrocar aquel gobierno.

Algunos de los nueve habitantes de la calle Virgen de la Fuensanta se han acercado a los liberadores del delantal de cuero, les han hecho preguntas, pero estos no les dirigen una palabra ni dejan de apuntarles con sus armas. No saben si han venido únicamente a libertarles de su aislamiento o con la intención de encarcelarles de nuevo, pero a estas alturas cualquier giro será bienvenido con tal de salir del *Sudario*, llevan mucho tiempo viviendo en el infierno, no hay nada que pueda impresionarles, ni siquiera cuando los recién llegados empiezan a empujarles a golpe de cañón hasta la fachada del centro odontológico. Los refugiados proceden en su mayor parte del Centro Penitenciario Sevilla III, presidiarios que lograron escapar cuando se propagó la no muerte por el presidio, tan irremisiblemente desencajados de la sociedad, que eligieron esconderse en los barrios tomados por los cadáveres; a lo largo de estos meses se les han unido otros evadidos, pero ha habido tantas bajas que el grupo no ha dejado de menguar. Más allá de la cancela han comenzado a menudear los disparos. Aquellos demonios tenían un inexplicable instinto que los empujaba hacia la carne viva y los rescatadores que se habían quedado fuera empezaban a tener dificultades para contenerlos.

El segundo brote multitudinario de la ciudad tuvo lugar en la zona norte de Sevilla. Ahí sí que estuvieron perfectamente localizados los focos de contagio, lo que no está claro es si fue antes el Hospital Macarena, el Tanatorio de San Jerónimo o el Hospital de San Lázaro, de lo que queda constancia es que de forma casi simultánea se convirtieron en tres frentes imposibles de sofocar que muy pronto se propagaron a los barrios colindantes y desde allí, era una de las áreas de mayor densidad de residentes, amenazaron con ocupar la capital entera. Solo a costa de una gran

cantidad de bajas logró dominar el ejército la marea de no vivos que avanzaba hasta el centro, metro a metro, hasta que los zapadores levantaron un muro a lo largo de la ronda histórica que seguía conteniéndolos en la actualidad. Con posterioridad, habían abierto el llamado *Pasillo Asegurado*, que unía la Ronda Histórica —a través de la Resolana, Torneo y el Puente de la Barqueta— con el *Sudario* del norte. Su utilidad era muy relativa, pero servía para preservar la ilusión de que los muertos no se habían apoderado de la mayor parte de la metrópoli.

Los tipos del delantal se muestran cada vez más nerviosos ante los disparos del exterior. Solo el individuo de aspecto enfermizo permanece imperturbable, paseándose entre los comuneros de Virgen de la Fuensanta, evaluando con mucho detenimiento a cada una de las mujeres del grupo. Al final la encuentra al fondo del grupo, una chica muy guapa y muy joven que acepta su examen de muy mala hostia, rapada al cero. Le inspecciona las orejas para asegurarse de que los tatuajes que lleva en los lóbulos son una estrella de David y una esvástica, deja caer la mano con suavidad sobre su hombro y vuelve la mirada hacia sus compañeros, que asienten con gravedad, como si todo aquello estuviera previamente planeado. El cazador de cabezas, con su grueso delantal de cuero manchado de sangre reseca, la toma de una de las muñecas sin miramientos y se la lleva hacia la puerta enrejada.

La superficie donde permanecían congregados los ciudadanos de Sevilla se circunscribía a una superpoblada bolsa limitada al oeste y al norte por el río y el muro de contención; lo que se encontraba más allá era conocido como el *Sudario*; un inabarcable terreno en el que convivían algunos núcleos de supervivientes que habían preferido la epidemia al presidio como los prófugos de Virgen de la Fuensanta, colectivos de infectados que habían cruzado la línea antes de que los eliminaran las autoridades, reductos inclasificables de seres que apenas podían seguir entrando en la categoría de humanos y cientos de miles, millones de muertos andantes.

Ninguno de los refugiados en la calle Virgen de la Fuensanta mantiene dudas de que deben su subsistencia a Guillermo Vázquez, un contable condenado por desfalco de sesenta y seis años que supo reaccionar de forma inmediata cuando la caterva de resucitados se aproximaba hasta este barrio, organizando a la mitad de los evadidos para aprovisionarse en los comercios cercanos mientras la otra mitad tapiaba todas las entradas a la calle para que las alimañas no pudieran entrar; él había mantenido la unidad y la coordinación durante estos meses y era a él a quien se dirigían todas las miradas mientras los tipos de los delantales seguían encañonándoles contra la pared, así que Guillermo se creyó en la obligación de avanzar un poco e interceptar al cazador que se llevaba a la chica y que parecía ser el jefe para pronunciar unas palabras en nombre de las personas a las que de forma natural representaba.

Pero no llegó a pronunciar ninguna.

Al tercer paso, el cazador de las cruces en la bocamanga le encajó la culata entre los dientes, dejándole en el suelo sin sentido. Una vez allí, le volvió a acercar la escopeta, esta vez por el lado del cañón, y le hizo desaparecer media cabeza de un

disparo.

Era la señal que esperaban el resto de los recién llegados para acribillar contra la fachada a lo que quedaba de la colonia de fugados de Virgen de la Fuensanta.

Putas escaleras.

Chokos respira profundamente antes de que se lo coman.

No mueve un músculo.

A siete peldaños del suelo, espera que los tres resucitados sigan subiendo a por él mientras que los que lo perseguían desde el tercero ya están a la vista.

No se mueve.

Dentro de unos segundos se va a encontrar en medio de dos de aquellos grupos de bestias, puede distinguir sus dientes erosionados, sus encías carcomidas, sus difuntos ojos tan tan vivos.

Cuando ya lo están tocando, se apoya con ambas manos y salta la barandilla, tiene suerte de aterrizar sobre la pierna no dañada, tiene suerte.

Los dos frentes de vecinos muertos han quedado arriba, mirándose unos a los otros, desconcertados por el momento.

Parece que Chokos ha echado a correr hacia la puerta, pero desvía su trayectoria hacia su compañero y lanza un puntapié a la cabeza de la alimaña que se está atracando con sus intestinos haciéndola volar varios metros más allá; se agacha junto a Fali y le da la vuelta hasta alcanzar su revólver y metérselo en la cintura. Desde luego que no le movía ningún ánimo compasivo, Chokos no tiene de eso.

Después saca su propio S & W para vaciar y volver a rellenar el tambor con un cargador rápido. Los muertos ya bajan la escalera, rastreándolo. Duda un momento sobre si dispararles o salir de allí, pero lo que roza su bota son las uñas de su compañero, que empieza a resucitar, así que decide marcharse lo antes posible.

En la calle, es llegar y ser detectado por los muertos.

Empuña ambos revólveres, sopesando en qué dirección correr.

La furgoneta cerrada está a un paso, pero mientras fuerza la puerta y hace un puente, aquellos seres tienen tiempo de tragárselo veinte veces.

Ha sido casi de reojo como ha descubierto que uno de ellos no se mueve como los demás. Al otro extremo de la calle, a más de veinte metros de distancia. Un repartidor que ha salido de un portal, completamente alhelado, abre el portón trasero de su monovolumen rotulado con el anagrama de Ecoeste mientras varios resucitados avanzan hacia él.

—¡Cuidado! ¡Los muertos! ¡Entra en el coche! —Ya se ha puesto en marcha a toda prisa hacia el repartidor mientras le grita.

—... —Continúa con lo suyo, ordenando unas cajas en el vehículo, sin percibir nada; es posible que tenga un MP3 o algo parecido enchufado en las orejas, o que se sea así de estúpido.

Chokos sabe que su mejor posibilidad es montarse en el monovolumen junto a aquel tipo y salir del barrio motorizado, así que aprieta a correr y a gritar hacia él.

—¡A tu espalda, gilipollas!

Por fin levanta la mirada el repartidor, un chaval con la cara llena de pecas, y abre los brazos como preguntando de qué va la cosa.

Demasiado tarde para explicarle que la cosa va de una gorda muerta que ya le está arrancando el pescuezo a mordiscos.

No tiene sentido cambiar de dirección, así que Chokos se olvida de la cadera y de la falta de aire provocada por el millón de millones de paquetes de tabaco que se ha fumado en lo que lleva de mes y sigue corriendo hacia el final de la calle.

Todos los muertos, pero todos los muertos del mundo, se vuelven contra él.

Cuando alguno está a punto de interceptarlo, le dispara sin detenerse a apuntar; necesita salir de allí, pero aquellos seres salen de todos lados.

Vuelve a repetirse que no tiene sentido aquella proliferación de *apestosos* en un barrio como aquel, donde lo normal es que se tomen toda clase de previsiones. Puede ser que se haya producido más de un brote al mismo tiempo, puede ser cualquier cosa.

El revólver de su compañero chasquea a vacío y se lo arroja a la cabeza a un chico que no parece ni notarlo.

Lo peor es que al ser no vivos recién convertidos, mantienen intactas sus facultades; tendrán que pasar semanas o meses para que se conviertan en esos monigotes lentos y torpes que circulan por el Sudario.

La esquina está muy cerca, pero ellos están prácticamente encima. Se da la vuelta para disparar mientras avanza de espaldas, pero no es uno sino cuatro los que están a punto de alcanzarle, aunque lograra abatir a uno o a dos no sería suficiente.

Entonces caen los cuatro.

Después otros cuatro más.

Con sus trajes negros de faena y las caras pintadas también de negro bajo las boinas inclinadas, imponentes, un pelotón de las Brigadas de Contención dispara sus HK-G36 con lanzagranadas acoplable AG-G36E para crear una barrera de fuego que protege la retirada de Chokos, hasta que abren filas para permitirle pasar a través de ellos y ponerse a salvo.

Unos metros más allá, el amortajador se deja caer al suelo para recuperarse.

Lo primero que hace es comprobar que el sobre con el dinero que ha robado sigue en el bolsillo interior.

Canaán.

Trespacios aparca el Opel Astra con la puerta derecha trasera hundida que le han proporcionado en el garaje de la comisaría detrás del patrullero que monta guardia ante la puerta de la iglesia de la Encarnación y lo que descubre casi le lleva a poner de nuevo el coche en marcha y largarse de allí.

Está claro que ya se ha extendido la noticia de que un niño ha sido ahogado en agua bendita.

Se coloca la cartera en el bolsillo del chaquetón para dejar al descubierto la placa y sin prestar atención al desgano saludo de los dos agentes uniformados se acerca

al grupo congregado junto al portón para comprobar que realmente ha visto lo que cree.

Una mujer de unos cincuenta años con hábito morado lo recibe absorta y radiante, los brazos en cruz, las palmas de las manos clavadas con gruesos clavos a la fachada de la parroquia. La rodean dieciocho o veinte personas vistiendo el mismo ropaje, postrando las rodillas desnudas sobre el frío empedrado y desafiándole con la mirada a que intente deshacer la representación.

Los hilos de sangre que surgen de las manos de la mujer hace mucho que han llegado al suelo para alimentar a la multiplicidad de seres vivos que se desarrollan en la suciedad de las aceras, seres que terminarán creciendo y creciendo para rebañar algún día los reductos humanos que dejen los muertos vivientes.

En la pared puede leerse Fraternidad Juramento.

El teniente vuelve junto a los uniformados.

—¿Han comunicado esto a la central? —les pregunta, intentado que alguno de los dos le mire a los ojos.

—Nos han dicho que todos los patrulleros están ocupados, que si dentro de media hora siguen aquí, informemos —responde uno de ellos examinándole los zapatos.

Trespalacios está a punto de decirles que desclaven ellos mismos a la mujer, que la lleven a un hospital, que disuelvan al resto de los fanáticos, que detengan a los que ofrezcan resistencia... una estupidez.

Desde que se desencadenó la catástrofe, el país entero había caído bajo una ola de religiosidad extrema, repoblando las calles de una enorme variedad de sectas capaces de las conductas más extravagantes, y el ultracatolicismo no era de las más moderadas. En cada zona del mundo se denominaba de una manera distinta al fenómeno por el que comenzaron a levantarse los cadáveres, la *plaga*, la *epidemia*, el *alzamiento*, el *despertar*, el *renacimiento* y mil variantes más; en España se le conoció desde el principio como la *Resurrección*.

Intentar ahuyentar a aquella gente con tan pocos efectivos solo llevaría a un altercado mucho mayor.

Que se jodan.

Se dirigió a la iglesia sin decirles nada más a los agentes.

Al abrir la puerta se encontró con el sargento Bonifacia que salía con un cigarro encendido.

Debió haber sido un tipo muy fuerte en su juventud y no se conservaba mal para sus setenta y cuatro años, con sus gruesos lentes ahumados de aumento, el mechón de canas amarillentas a tono con los dientes cruzándole el cráneo, y la barriga bajo el cinturón que se abrocha a la altura de las axilas.

—Hombre, teniente —tirando el cigarro al enlosado del templo sin molestarse en pisarlo. Cuánto tiempo.

—Bonifacia.

—Le estábamos esperando.

—Ya.

Dos focos conectados a una batería de automóvil que han colocado los de la policía científica resquebrajan la helada penumbra de la nave de la iglesia; los miembros del equipo trastean alrededor de la pila bautismal. Más allá, un par de agentes, que estaban contándole algo muy gracioso a un sacerdote manifiestamente amariconado adoptan su gesto más grave al sentir la mirada del oficial recién llegado. Una detective particular a la que conoce hace años es la única que de verdad presta atención al niño.

—Me han llamado de la central —le dice el sargento—. Parece que se hace usted cargo de la investigación.

—No —camino de la pila—. No es que lo parezca.

Con su andar de animal viejo y reconcentrado, Bonifacia lo sigue, muy divertido.

—Rafael —la detective es la única que saluda al teniente.

—Artizar —apenas la mira, fascinado por la estampa del niño de unos ocho años, con los pies y las manos amarrados en torno a la base del depósito de agua consagrada, la cabeza encapuchada sumergida en el líquido rojizo, el agujero en la nuca, el jersey de mezclilla.

Un miembro de la científica se acerca para reportar arrastrando los pies.

—¿Y ese agujero en la cabeza? —Trespalacios por todo saludo—. Me dijeron que había sido estrangulado.

—Se lo hicimos nosotros. Es que había resucitado cuando llegamos —muy seguro—. Para alterar lo menos posible la escena del crimen se le disparó con un arma de bajo calibre.

—Muy compasivos.

—Podía haber sido peligroso —lo apoya Bonifacia.

—Claro —el teniente, con cara de asco—, un niño muerto amordazado y atado de pies y manos contra ocho policías. Por poco no la cuentas.

—...

—¿Se confirma que lo estrangularon? —Trespalacios, a cualquiera de los dos.

—Posiblemente, aunque deberemos esperar a la autopsia —el de la científica, muy envarado.

—¿Algo más?

—A la espera de laboratorio.

—¿Y del asesino?

—Nada de momento. Recibiré nuestro informe.

—Lo miraré con todo detenimiento; espero que no le falte una puta coma —el teniente, con mucha mala leche.

—... —El otro no dice nada pero sonrío con la suficiencia de saber que, con la que está cayendo, nadie va a perder el tiempo tramitando sus posibles acusaciones de negligencia; después se aleja para seguir haciendo como el que trabaja.

—Y tú, ¿has averiguado algo del niño? —le dice al sargento.

—Todo —sacando un cuadernito—. Se llamaba Ricardito, Ricardo Osma. Vivía aquí cerca —le recita el domicilio a Trespalacios que, a su vez, está anotando cada dato—. Es hijo de una habitual.

—Una feligresa.

—Pues eso. El cura lo ha reconocido. Por cierto que, según él, el padre fue denunciado por malos tratos al chico.

—¿Lo has verificado con la central?

—No, todavía no.

—¿Se ha avisado a los padres?

—Sí, pero él no ha venido. Quien ha estado aquí es la madre, pero se la ha llevado una vecina con medio ataque de nervios.

—¿Le has preguntado dónde está su marido?

—No, eh... Estaba muy afectada.

A Trespalacios le cuesta dejar de mirar al niño, pero no soporta a Bonifacia, no puede concentrarse con él delante.

—Contacta con la central; verifica lo de la denuncia del padre y a ver si puedes averiguar algo más.

—... —El sargento extrae el móvil y empieza a marcar.

—Aquí, no; fuera.

Su subordinado cambia el teléfono por un cigarro y se va.

A pesar de la dejadez de los funcionarios y de los escasos medios disponibles, no deja de extrañarse Trespalacios de que en la recta final del mundo, a un paso de que la especie humana desaparezca para siempre, se dedique esta atención al asesinato de un crío de barrio que en principio no parece destacar por nada especial.

—Hola —le dice Artizar, de nuevo a su lado, en voz muy baja; se había olvidado de ella.

—Hola —sin mirarla—. ¿Vienes de una barbacoa?

—Se me ha quemado la casa esta mañana.

—Vaya, ¿mucho desperfecto?

—No. Algunos recuerdos.

—Eso siempre viene bien.

Nunca han trabajado juntos, pero hace tiempo, cuando ella aún era una brillante policía adscrita a la brigada de información antiterrorista, coincidieron en un cursillo. En aquella época ella tendría unos diez años más que él, ahora los malos tragos los han igualado.

Artizar Ansuategui llegó a hacerse muy famosa entre sus compañeros cuando fue acusada de complicidad con su esposo, que abusaba de la hija de ambos; el tipo terminó suicidándose después de acabar con la niña de seis años. La mujer, que siempre afirmó desconocer las prácticas de su marido, fue forzada a abandonar el cuerpo, estuvo en prisión preventiva durante dos años y al final fue liberada por falta de pruebas concluyentes. Desde entonces se buscaba la vida como detective privado.

—¿Te ha contratado la madre? —extrañado Trespalacios de que la familia del niño haya tenido tiempo de buscar un investigador y de que la haya elegido a ella.

—No.

—¿No me lo vas a decir?

Habrá cumplido unos cuarenta y tres o cuarenta y cuatro, mantiene un buen tipo bajo los viejos vaqueros y no tiene más arrugas de la cuenta en el rostro demasiado alargado; no lleva a la vista las huellas de lo que ha hecho o le ha pasado, así que deberá llevarlas en otro sitio.

—Podrías haberme echado en cuanto llegaste. Sí, sí te lo voy a decir. Me han llamado desde la archidiócesis hace un rato para que me pasara por aquí y me enterara de cuanto pudiera —responde la mujer clavándole los ojos.

—¿Cómo es que Bonifacia te ha dejado quedarte?

—A cambio de una *prestación* que hemos dejado pendiente —no dice más y eso es más malo que cualquier explicación.

—Ya sabes tanto como yo. Ándate con ojo con los curas. Desde la *Resurrección* tienen más poder que nunca en esta ciudad.

—Sí... —Le da la espalda—. Nos veremos.

Aprovechando que la salida de la detective ha interrumpido los cuchicheos del sacerdote y los agentes, el teniente se acerca a ellos.

—¿Molesto? —les dice a los tres.

—Yo no sé nada —se defiende el religioso.

—Salid a vigilar a los locos que hay ahí fuera —les ordena a los de uniforme que salen sin rechistar. Después se queda frente al cura, un tipo bajito muy bien afeitado, el tipo mejor afeitado que ha visto en toda su vida—. Me han dicho que conoce usted a los padres del niño.

—A la madre, solo a la madre. Pobrecilla. De vista.

—¿Nunca ha hablado con ella?

—Casi. De los cursillos de catequesis para preparar la primera comunión de Ricardito, que Dios tenga en su gloria, y cosas así. Lo normal.

—¿Sabe usted algo de ellos? ¿Algún problema familiar? Algo.

—Nada, nada.

—Pero sí sabe que el padre fue denunciado por maltratarlo.

—Eso me han dicho. Tampoco es que sea seguro seguro.

El sargento Bonifacia ya debía haber entrado hace tiempo con la confirmación.

Se queda en silencio y el sacerdote se ve en la obligación de repetir:

—Dios lo tenga en su gloria.

Trespalacios se marcha mientras aún puede contener las ganas de decirle que si Dios quiere retener a alguien en su gloria deberá sustituirla por un campo de concentración.

—Para comerle todo el coño —declara solemnemente el soldado sin quitar el ojo de la mira telescópica de su fusil.

—¡Qué cabrón! —dice su compañero que juega al buscaminas con un cigarro en los labios.

—Pero todo el coño, vamos.

—¿Lo harías? Comérselo a una de esas muertas —sonríe, imaginándose.

—A esta sí. Tú es que no se lo has visto.

—¿Pero lo lleva al aire? —Levanta la vista del ordenador portátil, mucho más interesado.

—Va en pelotas. ¿Quieres mirar?

—Trae.

Durante los más abrumadores momentos de la expansión de resucitados en el oeste de la ciudad que dio lugar al primer Sudario, el gobierno militar llegó a pensar que no podría controlar la situación y ordenó volar todos los puentes que cruzaban el río Guadalquivir excepto el de Triana y el de la Barqueta, pero se rumoreaba que las cargas explosivas que colocaron en ellos durante aquellos días seguían allí, por si había que detonarlas en cualquier momento.

El puente de Triana era el punto más sensible en la línea defensiva contra los muertos andantes de aquella parte de la ciudad, suponía la única vía accesible entre los dos mundos por aquella parte de la ciudad. En la salida al área infectada, habían instalado una verja electrificada y construido un bunker con una dotación en alerta permanente; en el centro de la pasarela, un par de enormes autocaravanas constituían el sector de cuarentena, hoy apenas usado; y en la entrada desde zona segura, habían levantado un pequeño cuartel fortificado que compartían un destacamento de infantería y la Guardia Civil Marítima.

—¿A que está tierna?

—¡Hostias!

—¿Ves?

—Esa tía está viva.

—¿De qué hablas?

—De tu puta madre, mamón.

—Déjame mirar otra vez.

—No, no te dejes mirar. Avisa al sargento: hay una civil haciéndonos señales a unos dos metros de la verja; una chica joven sin señales de infección; el terreno está despejado a su alrededor; esperamos su autorización para abrirle la entrada.

No le cuesta a Artizar Ansuategui encontrar los dos Mercedes negros con las lunas tintadas a un lado de la carretera que se desvía desde la A-92 al Polígono Industrial El Pino, a unos pocos kilómetros de Sevilla. La autovía de Málaga es una de las pocas carreteras importantes de las que unían la capital con el resto del mundo que sigue despejada gracias a las unidades motorizadas de combate y a los equipos de limpieza de la legión que barren la zona, además de la cobertura aérea. Es a partir de este punto donde se han emplazado las superficies de cultivo intensivo que abastecen precariamente la ciudad de productos frescos y su protección es vital para la supervivencia de los ciudadanos.

Estas medidas de seguridad no parecen bastarle al secretario del cardenal, que permanece en el interior de uno de los mercedes sin apagar el contacto y rodeado de los cuatro escoltas, matones de alquiler armados con Remingtons y Uzis, que han salido del otro vehículo.

Artizar aparca su ruinoso Ford Fiesta detrás de ellos y entra despacio en la parte trasera del automóvil ocupada por un sujeto muy delgado con traje y camisa negros con alzacuellos que suda copiosamente a pesar del frío.

—¿Señora Ansuategui? —Le tiende la mano—. Soy José Saliente, llevo la oficina de Su Eminencia.

—Hola. Si nos vamos a quedar aquí dentro, tendrá que abrir las ventanillas —las señala, empañadas— quiero ver bien quién se me acerca. Tampoco es una buena idea dejar el coche en marcha, no querrá que cuando lleguen las fieras estemos sin batería.

—Contamos con la protección de...

—Si las cosas se ponen realmente chungas, esos cuatro macarras se subirían al otro coche y no volvería a verles el pelo. Bueno, no volvería a verle el pelo a nadie más.

—Las agencias de seguridad están colapsadas; carecen de personal disponible. No hay mucho donde escoger —sudando aún más.

—Ya.

—Apaga el coche, Paco, por favor —a su chófer.

La detective piensa que aquel tipo, como tantos otros desde que se produjo el apocalipsis, seguramente se pasará la vida sin salir de su despacho.

—No salgo mucho de mi despacho en el palacio cardenalicio —verifica.

—Hace muy bien. Yo tampoco lo haría si tuviera uno —no deja de vigilar los altos arbustos de alrededor y las naves, la mayor parte con aspecto de haber sido abandonadas, cualquiera de los puntos que pueden ocultar la llegada del ataque hasta el último momento—. Será mejor que empecemos mientras pueda aguantarme las ganas de fumar aquí dentro.

El cura asiente y abre una carpeta al mismo tiempo que comienza a hablar; en cuanto se concentra en lo suyo, deja de sudar. A diferencia de los pistoleros de fuera,

él sí es un verdadero profesional. Es probable no sea otra cosa.

—De momento —resume la detective—, lo único que sabe la policía es que se trata de un niño del barrio donde se sitúa la iglesia en la que fue asesinado, con la única particularidad de que su padre recibió una denuncia por malos tratos. El padre no se ha presentado pero la madre, sí —saca un cuaderno, busca una página y lo agita en el aire—; tengo el nombre y la dirección del crío. A faltas de los resultados de la autopsia y de los datos de la científica, no tienen más hipótesis que la del padre.

—Permítame —el secretario toma el cuadernito y empieza a copiar pulcramente los datos con un bolígrafo de oro—. Y usted, ¿qué piensa?

—Que la puesta en escena es demasiado sofisticada para que se trate de un arrebato de mal genio del padre, aunque nunca se sabe.

Habría que profundizar mucho más.

—Pues hágalo —devolviéndole el bloc—. Llegue hasta donde haga falta y haga lo que sea necesario, pero tenemos que estar al tanto de cualquier avance de la policía y, si es posible, adelantarnos a ellos.

—¿Por qué?

—Usted ya lo sabe —revuelve algunos papeles más sin más intención que evadir su mirada—. La sociedad, el mundo entero se está desmoronando y la iglesia es casi el único sostén que permanece en pie. La gente nos necesita y nosotros debemos preservar nuestra credibilidad. No nos podemos permitir un escándalo.

La detective no responde, aunque no es que con eso dé por válida la versión del religioso; hay algo que le preocupa aún más:

—Podrían haber elegido ustedes a la mejor agencia, ¿por qué me han llamado a mí?

—¿Puedo ser franco?

—Claro.

—Siento revivir sus recuerdos... —Se vuelve hacia ella y ahora es la mujer quien dirige su mirada mucho más allá del coche—. Se imaginará que estamos al tanto de la tragedia de su marido y de su hija. Conocemos bien la causa que se siguió contra él cuando se le acusó de aquellas aberraciones; en ella, señaló como cómplice de sus horrendas prácticas a un desquiciado al que su marido llamaba su *confesor*, un psicópata que había logrado ser ordenado con los sacramentos sacerdotales —no llega a llamarlo sacerdote—; cuando se investigó a ese individuo y salieron a relucir sus propias atrocidades, se descubrió que había... forzado a uno de aquellos chiquillos tras amarrarlo de pies y manos a una pila de agua consagrada.

—...

—Estoy seguro de que lo recuerda —el tono del secretario es cada vez más dominante y seguro.

—...

—Y de que no le han pasado inadvertidas las semejanzas.

—Como yo estoy segura de que usted sabe que aquel cabrón murió hace años —

respirando hondo para volver al interior del coche.

—Desde luego —sin titubear—. Pero las similitudes son tantas que muy bien podría tratarse de un imitador.

—...

—En cualquier caso, suficientes para contar con su colaboración en el esclarecimiento del asunto. Su experiencia personal puede sernos verdaderamente útil, ya ve que soy muy sincero. Además de haber sido una excelente policía.

—Todo eso y el detalle de que, al estar en la miseria, podrán manipularme todo lo que necesiten.

—Hay algo más que debe saber —sin prestar atención a la última frase de la mujer—; una posible segunda línea de investigación.

—Hable —abriendo de nuevo el cuaderno, ella también es una profesional.

—Verá —ahora es él quien cierra la carpeta y es evidente que no se trata de un gesto casual—, hace unos años, en las semanas previas a la *plaga* —la iglesia católica aún no había llevado a cabo una declaración oficial sobre el significado del fenómeno ni sobre preguntas como si aquellos seres tenían alma o cual era la voluntad divina al contravenir todas las normas de la naturaleza, y sus representantes ponían mucho cuidado al pronunciarse al respecto—, un asesino en serie obsesionado con el mundo religioso estuvo operando en la ciudad de Huelva.

—¿Un asesino en serie? ¿Quién lo catalogó como tal?

—Nuestros... expertos. Su perfil respondía perfectamente a ese patrón. Acababa secuencialmente con víctimas de la más distinta procedencia a las que no conocía en absoluto. El único factor en común de todos sus crímenes fue haber sido cometidos en la casa del Señor.

—Siga.

—Aquel monstruo ahorcó a una persona de una cruz, degolló a otra en un confesionario y aplastó el cráneo de otra contra un altar.

Se queda pensativa y al fin, como él hizo con la carpeta, cierra el pequeño bloc en el que no ha escrito nada; en aquel juego hay que entrar con aquellas reglas.

—Me habla de un monstruo sin nombre, de personas sin sexo, de una serie de asesinatos sin fecha y lo que me dice me sirve de muy poco.

—Le he dicho prácticamente todo lo que sé —mira hacia fuera y parece sobresaltarse cuando recuerda donde está; poco a poco, regresa—. Mire, aquella indagación se llevó a cabo de forma interna, con los propios medios del obispado onubense; que sepamos, la policía nunca llegó a relacionar aquellos asesinatos entre sí.

—Y ustedes se cuidaron mucho de que no se enteraran.

—El asunto se llevaba con la máxima discreción dentro de la diócesis; ni siquiera nosotros, en Sevilla, estábamos al tanto de los detalles. Después se produjo aquella hecatombe que lo cambió todo, Huelva cayó, y toda la información se perdió para siempre.

Rogábamos para que el criminal hubiera perecido en aquel horror.

—¿No hay nadie de los suyos que haya sobrevivido y que sepa algo?

—Nadie que llevara la investigación de forma directa. De todas formas, desde esta mañana, estamos interrogando a todos los religiosos que estuvieron en Huelva en aquella época. Hasta ahora, apenas nos han dicho nada. Bueno. Sí me han dicho que entre los investigadores se le conocía como el *marinero*. No sé nada más, solo que le llamaban así.

—...

Ambos miran hacia fuera, hacia cualquier lugar del que puedan brotar los muertos, como si ya hubieran tentado a la suerte durante demasiado tiempo.

—Dice usted que deben preservar su credibilidad —la detective—, pero no veo como este asunto puede comprometerla. Son ustedes tan víctimas como cualquiera.

—Los hermanos —tarda en arrancar—, con los que hemos estado hablando esta mañana... sospechan que el asesino ya había abandonado Huelva antes de la catástrofe. Que puede haber sobrevivido, y por lo tanto podría estar aquí.

—Y ustedes temen que, si la cosa trasciende, la opinión pública piense que se libró de la justicia por su falta de colaboración con la policía.

—...

Cuando le suena el móvil, Trespalacios lleva ya un rato recorriendo la calle Santillana en busca del número donde vive la madre del niño ahogado en agua bendita; una calle antigua, en el centro del centro de Sevilla, a un paso del corazón comercial, que en otro tiempo tendría un aspecto festivo y muy concurrido pero que en ese preciso momento, a pesar de que la ciudad está más hacinada que nunca, parece una calle condenada. Y árida y brumosa y fantasmal y muy peligrosa y completamente muerta.

—... Diga —responde al móvil.

—... Teniente, le llamo de la central. Se ha puesto en contacto con nosotros el oficial al mando del puesto de control del puente de Triana, nos piden que se dirija usted hacia allí.

—... ¿Para qué?

—... Acaban de recoger una chica del *Sudario*, me han dado el nombre —una pausa para buscarlo—, Almena Hackman Trespalacios. Pregunta por usted, dice ser su sobrina. La chica está bien.

Escucha unos pasos a su espalda, el doble taconeo de dos mujeres se aproxima todo lo posible al otro lado de la calle para separarse de él y acelera al llegar a su altura. Solo cuando le ven la cara y comprueban que todavía está vivo, siguen su camino de manera algo más relajada.

—... ¿Teniente?

—... ¿Dónde la tienen?

—... Está en el área de cuarentena del puente, pero el médico ha terminado ya de examinarla y no hay signos de infección.

—... De acuerdo. Dícales que iré a recogerla.

—... ¿Cuándo les digo que pasará?

—... Solo dícales que iré.

Desde hace un rato, las chicas pueden avanzar algo más tranquilas, los tanques y los helicópteros que las obligaban a ocultarse más allá del borde de la carretera han dejado de patrullar la zona. Se ríen comentado que, para ellas, la peor amenaza hasta ahora no han sido los pobres difuntos que empiezan a rodearlas, sino los propios soldados, pero enseguida les parece poco piadosa su actitud y regresan a los versos de Santa Teresa de Jesús que tan bien expresan sus propios sentimientos y que llevan horas repitiendo como una oración.

¡Cuán triste es, Dios mío; La vida sin ti!

Ansiosa de verte

Deseo morir.

Carrera muy larga

Es la de este suelo,

Morada penosa,

Muy duro destierro.

¡Oh dueño adorado,

Sácame de aquí!

Ansiosa de verte

Deseo morir.

La mayor de las tres no aparenta más de los veinticuatro o los veinticinco; con sus vaqueros y la cazadora barata, nadie diría que se trata de una monja. Las otras dos, sus alumnas, apenas pasan de los quince.

Van abrazadas las tres. Los muertos que caminan empiezan a cortejarlas a ambos lados de la carretera. Las iguala la más feliz de las sonrisas.

Lúgubre es la vida,

Amarga en extremo;

Que no vive el alma

Que está de ti lejos.

¡Oh dulce bien mío,

Que soy infeliz!

Ansiosa de verte

Deseo morir.

Los *resucitados*, cada vez más numerosos, se acercan todavía más; ya pueden oír su eterno gemido y el insoportable hedor de su descomposición las envuelve de tal forma que empiezan a pensar que procede de ellas mismas. Las tres llevan mucho tiempo negándose a aceptar la idea de que resulta imposible hacerles llegar a los

benditos fallecidos la voz del Señor. Saben que muchos eran personas de fe hasta que la desgracia se abatió sobre ellos, la misericordia divina no nos abandona en medio de la calamidad, había que encontrar una manera de aproximarse a ellos, costara lo que costara, de compartir con ellos Su gracia.

*¡Oh muerte benigna,
Socorre mis penas!
Tus golpes son dulces, Que el alma libertan.
¡Qué dicha, oh mi amado, Estar junto a Ti!
Ansiosa de verte
Deseo morir.*

Se diferencian del resto de sus compañeras y compañeros de la Fraternidad Juramento en que ellas tres, como Santa Teresa, se muestran ávidas por entregar su vida en la empresa de atraer a los extintos a la verdadera religión; al igual que la santa, consideraban que los mártires habían alcanzado la gloria a un precio muy bajo y, siguiendo su ejemplo, cuando siendo muy niña abandonó la seguridad de su casa junto a su hermano Rodrigo para ir pidiendo limosna a tierras del infiel para que allí los descabezasen, se habían adelantado al resto del grupo que muy pronto saldría de Sevilla buscando la tierra prometida para convertirse en sus embajadoras entregando sus vidas alegremente al martirio.

*¿Quién es el que teme La muerte del cuerpo, Si con ella logra
Un placer inmenso?
¡Oh, sí, el de amarte, Dios mío, sin fin!
Ansiosa de verte
Deseo morir.*

La más joven de las tres da un traspié cuando uno de los muertos, un hombre gordo que ha conseguido mantener un aire asquerosamente obsceno más allá de la tumba y cuya grasa estomacal amarillea en el corte que permanece abierto desde que lo tajaron en canal, se adelanta a la manada para avanzar recto hacia ellas por la carretera; la chica no ha llegado a pararse, solo es que las piernas han dejado de responderle por un momento, pero las otras la cogen cada una de un brazo, y sin abandonar ni un momento su luminosa sonrisa, se dirigen impacientes a su encuentro.

*Haz, Señor, que acabe Tan larga agonía,
Socorre a tu sierva
Que por ti suspira.
Rompe aquestos hierros Y sea feliz.
Ansiosa de verte
Deseo morir.*

*Mas no, dueño amado,
Que es justo padezca; Que expíe mis yerros, Mis culpas inmensas.
¡Ay!, logren mis lágrimas Te dignes oír
Ansiosa de verte
Deseo morir.*

—Buenas. Policía —le enseña la placa a la mujer que le ha abierto la puerta y que le mira rencorosamente por no haber sido capaz de viajar en el tiempo para impedir el asesinato del niño—. Necesito hablar con la madre de Ricardo Osma.

—... —no dice esta boca es mía; lo deja allí plantado y se marcha al interior del piso.

Trespalacios entra, cierra la puerta tras de sí y se cuela en un salón pequeño, modesto, inhóspito, hortera y sucio.

Se sienta en el brazo del sofá para recrearse en la incoherencia del televisor gigante de plasma de una extraña marca escrita con caracteres cirílicos, el DVD de alta definición y el equipo de sonido envolvente con el resto del mobiliario.

La llamada que ha recibido anunciándole que su sobrina acaba de surgir del Sudario resuena una y otra vez en su interior, pero no logra asimilar el significado de las palabras, como si las ideas se le escaparan por el agujero que hace unos meses le hicieron en la cabeza.

Al momento llega la madre del niño conducida por la vecina que le abrió la puerta. Trespalacios se levanta. La vecina acomoda a la madre en un sillón, dirige una última mirada de inquina al policía y se va de la casa.

La madre del niño ahogado tendrá unos treinta y muchos, trae el *shock* en los ojos secos y a pesar del frío viste solo una fina camiseta blanca sobre una falda de flores.

El teniente, todavía de pie, le mira las tetas pesadas, algo caídas pero todavía reanimables, y dedica unos minutos a imaginarse cómo sería revolcarse con ella mientras llora ante las fotos de la autopsia de su hijo. Se toma su tiempo. Después se sienta en el sofá, le enseña su credencial, murmura unas ininteligibles palabras de pésame, descubre unas varices en sus muslos entreabiertos.

Ambos necesitan unos minutos para regresar al salón.

—¿Ha vuelto su marido?

—No.

—¿Dónde está?

—No lo sé.

—¿Sabe él lo del niño?

—No. No lo creo. No lo sé.

—¿En qué trabaja?

—Ahora no... Está en el paro.

—¿Cómo podemos localizarlo?

—No sé. Pasa el día por ahí, buscado trabajo.

—¿No frecuenta algún bar? ¿Amigos?

—A veces para en un bar. El *Negativo*. Está ahí mismo, casi llegando a la Alfalfa. Pregunte por Osma, allí le conocen.

No necesitaría anotar el nombre para recordarlo, pero lo hace para darle cierto

efecto a la siguiente pregunta.

—Su marido fue denunciado por maltratar a su hijo.

—Eso fue una mentira asquerosa —por primera vez fuera de su letargo—, una invención de un vecino que no nos puede ni ver por un problema con los recibos de la comunidad. Escuchó a mi marido reñirle al niño, como hace todo el mundo, y aprovechó para echarnos mierda encima —con los ojos todavía secos—. Mi marido lo quiere muchísimo. Lo quería —con esta última precisión vuelve a encerrarse.

No llora pero ha estado sudando, se le puede apreciar el cerco en las axilas y una ligera humedad encima del labio; Trespalacios necesita a una mujer. Su sobrina, a la que creía muerta, le espera en el punto de control del puente de Triana.

—¿La palabra Canaán tiene para usted algún significado?

—¿Qué palabra? —pregunta ella sin mirarle.

El policía saca un bolígrafo y la escribe con letras de molde en la portada de una revista de programación televisiva que hay sobre la mesa baja que los separa.

—No —responde sin más interés.

Tras otra pausa, termina de hacerle un cuestionario inservible para intentar adivinar si la mujer sabe algo relacionado con la muerte del niño; se apresura todo lo posible, quiere irse de allí antes de que empiecen a aflorarle las lágrimas que ha contenido hasta ahora, pero no deja de mirarle los brazos desnudos y se promete que si el marido termina en la cárcel por aquel asunto volverá a visitarla muy pronto.

Desde una de las ventanas del ayuntamiento, Chokos observa los nidos de ametralladoras que rodean el edificio, la marcha asustada de los transeúntes que pasan junto a las armas, conscientes de que los soldados que las empuñan dudarían tan poco en usarlas contra los muertos ambulantes como contra ellos.

Aprovecha que todos están ocupados con su trabajo en la Sala de Comunicaciones de la base de los amortajadores para tragarse otro par de anfetaminas con un café de máquina.

Después de haber estado a punto de morir veinte veces y haber perdido a sus dos compañeros en el último servicio, había aprovechado sin pensárselo el permiso protocolario que le había concedido el supervisor para abandonar el servicio por aquel día. Pero cuando ya se marchaba de la Sala, ha visto en la pantalla del ordenador de uno de los operadores otro servicio en Felipe II pendiente de que alguna de las unidades quede disponible. No necesita mucho tiempo para tomar la decisión y las anfetaminas ayudan: tiene que volver a aquella barriada.

Aunque está reventado después de habérsela jugado contra un millón de apestosos, no deja de darle vueltas a que en el plazo de dos días ha encontrado en dos pisos de aquella zona dos sobres conteniendo todo el dinero y las joyas de sus propietarios, los dos con el membrete de la iglesia y la palabra Canaán escrita a mano.

Algo está ocurriendo en aquel barrio, algo de lo que puede sacarse serios beneficios. Tiene que hacer lo posible por averiguarlo y no se le ocurre mejor forma que aprovechar la oportunidad de explorar la vivienda de otro de los vecinos recién fallecidos.

—¿Lleva pendiente mucho tiempo el servicio de Felipe II? —Le pregunta al supervisor, un tipo joven y de baja estatura con jersey sin magas que siempre lo mira con desconfianza.

—Casi dos horas. Estamos completamente saturados.

—Si quieres, me acerco; después de descansar un poco y darme una ducha, creo que me he recuperado.

—No tengo a nadie para acompañarte.

—Ya estoy mayor para ir solito.

—Y hay otros servicios más antiguos esperando.

—Me intriga esa zona; todavía no me explico de donde han salido los apestosos que casi me llevan por delante. —Chokos se acerca al chico para intimidarlo; se conserva bien para sus cuarenta y ocho, algo de panza que apenas se distingue siempre que evite las camisas demasiado estrechas; no es muy alto ni atlético ni guapo pero, por lo tunante, suele conseguir los mismos resultados que si lo fuera.

—Nos puede caer un puro si pasa algo y la prensa se entera de que ibas solo —el retaco niega con la cabeza, la vista fija en la pantalla del ordenador.

—El puro te puede caer a ti si se sabe que pudiste enviar a alguien y no quisiste hacerlo.

—¿Cómo se iban a enterar...? —En ese punto comprende la amenaza; apenas duda—. Está bien, pásate por el garaje y coge el vehículo de refuerzo. ¿Tienes la dirección exacta?

Chokos ya le ha dado la espalda.

El enano espera a que se aleje algo más para vengarse. El jefe es el jefe.

—Tengo una reclamación por escrito contra ti por apropiación indebida. De un servicio que hiciste ayer, precisamente en Felipe II.

—... —Chokos no dice nada pero se detiene.

—He tenido que informar a la policía, ya conoces el protocolo —sigue sin mirarlo—. Han dicho que enviarán a alguien esta tarde para ponerse al tanto. Se os enviará copia del expediente a ti y a tu representante sindical.

La idea se le había ocurrido en el ascensor; el médium solo había venido a la Clínica de Lourdes para llevarse los cuatro efectos personales que dejó allí cuando vino a recogerlo doña Teresita esa madrugada, pero después pensó que sería mejor, para él y para el grupo, borrar cualquier rastro de su paso por aquel lugar.

Desde que le mordió el no muerto, tragándose mucho más que sus pocas esperanzas, no deja de fantasear con decisiones como aquella, estampas en las que se empapa de la sangre de cualquiera, de todos, hasta borrar, con aquel líquido deliciosamente repulsivo, los miedos que lo han retenido a lo largo de toda su vida.

La unidad donde se atiende a los infectados está emplazada en el sótano, más allá de radiología, no figura en ningún directorio, ni siquiera existe para gran parte de los empleados del centro hospitalario.

El médium anda de prisa, no deja de recrearse en lo que va a hacer dentro de unos minutos; por una vez, ni siquiera piensa en la herida del hombro.

La sala le espera tal y como la dejó, doce camas con doce condenados intentando arañarle unas horas de prórroga al destino. Se siente el hombre más afortunado del mundo por haberse librado de aquello, por tener un motivo para estar fuera y para ocupar su tiempo hasta que llegue el fin.

Sor Culogordo sigue de guardia, casi siempre lo está; forcejea con un enfermo al final de la sala, ni siquiera repara en su presencia.

Lo que hace el médium es muy fácil.

A ver.

Conforme entra, extrae de la funda de cuero que lleva en el cinturón su viejo punzón de zapatero. Elige un enfermo, un tipo que dormita en una de las camas situadas cerca de la entrada. Con la misma naturalidad que si se aproximara a saludarlo o a comprobar su estado, se agacha sobre él, le tapa la boca con una mano y le hunde la lezna hasta el mango con la otra, dos dedos por debajo del esternón, con la misma amable suavidad.

Después, limpia la herramienta en la sábana y sigue hasta su cama.

Ya han evacuado al alborotado cadáver que tenía al lado la noche anterior, así que contándole a él y a la religiosa, quedan doce personas en la estancia; el hombre al que acaba de matar no tiene por qué tardar más de unos minutos en convertirse; todo son cálculos en su cabeza.

Mientras guarda lo poco que dejó allí en su bolsa de plástico, escucha un ruido en la cama del recién asesinado. La cosa ha ido rápida. Bien.

—Contigo quería yo hablar.

—...

Es sor Culogordo, que al fin lo ha descubierto y le habla muy belicosa con los puños en las caderas.

Al médium no le hace falta mirar hacia su víctima para comprobar lo que está

ocurriendo, pero se desplaza para que la mujer, al seguirle, quede de espaldas a la escena; por suerte, nadie más lo ha descubierto, aún no han comenzado los gritos.

—Yo no sé a lo que estás acostumbrado —prosigue la monja—, pero esto no es ningún hotel, aquí no puedes recibir visitas ni salir y entrar cuando te dé la gana.

—La visita la trajo usted misma —por distraerla, para darle tiempo a los compañeros de la entrada—. Seguro que le cayó alguna propinilla.

—¿Pero tú que te has creído? —Progresando en su ataque hipertensivo—. ¿Tú sabes la cantidad de gente que está esperando una plaza para entrar aquí? ¿Tú sabes cuánto cuesta entrar? ¿Eh?

—Sé lo que me costó a mí.

—Pues escúchame bien, como se te ocurra irte otra vez de aquí sin permiso, aunque sea a comprar el periódico, despídete de...

El grito de uno de los internos logra imponerse a los de la monja, que se da la vuelta alterada.

Hasta el propio médium, aunque lo estaba esperando, se sobresalta con los alaridos del pobre tipo que observa enloquecido como el individuo al que el médium le hundió la lezna en el pecho le ha arrancado la polla y se la mete glotonamente en la boca para mastigarla junto con el fino tubo de plástico que tenía insertado.

Se han reproducido deprisa; además de este, hay un no muerto más buceándole con los dientes y los labios en la espalda a otro de los enfermos que ya no se mueve, empujando con todas sus fuerzas para meter la cara dentro de aquel pequeño lago de sangre.

No se lo piensa sor Culogordo e intenta correr hacia los resucitados para contenerlos ella misma, pero apenas avanza, algo tira de su garganta; es posible que no llegue ni a darse cuenta de que el hombre al que reprendía la ha atrapado por el cuello y le ha estrellado el rostro en la pared, no tan fuerte como para matarla, porque no quiere varios focos de no muertos en la sala, pero lo suficiente para convertirle los huesos faciales en puré de dientes, nariz y mandíbula de monja de mierda.

Los hospitales son la despensa del infierno, decía su madre.

Por suerte, no tuvo que conocer la penumbra sucia, solitaria y desierta de aquella sala rectangular en las cloacas de la clínica, con las dos filas de camas alineadas para que doce desahuciados pasen sus últimos días luchando inútilmente contra la infección.

Mientras intenta interpretar la mirada de odio en uno de los no vivos que ha dejado inexplicablemente de devorarle la espalda a su compañero para abalanzarse contra un anciano que intentaba salir a rastras, el médium se pregunta qué paso con las cristofonías, donde está la voz de Dios que lo asaltaba a cualquier hora en su taller de zapatería y le obligaba a tirarse a las calles para buscar su presencia en todas las gentes y todos los sitios, por qué este silencio.

La sala parece haber menguado.

Las paredes están más cerca.

El techo más bajo.

Está mucho más oscura.

El calor y el olor de la sangre y de los excrementos lo llenan todo y él se siente mucho mejor de lo que ha llegado a estar en los últimos días.

Solo teme que alguien escuche los aullidos desde el exterior, tiene que marcharse; con la bolsa al hombro vuelve a desenfundar la lezna y la clava en el globo ocular del resucitado que se abalanza sobre él; la clava de cualquier forma, sin casi mirarlo, no tiene ninguna importancia. El ojo estalla como una pompa, manchándole la mano de un líquido que no se detiene a limpiarse, no le molesta sentirlo allí, no le importaría saborearlo.

Ha tenido mucho cuidado de que las primeras víctimas se encontraran cerca de la única puerta para que nadie pudiera escapar; aquella plaga no tardará en extenderse por toda la habitación, y él está al fondo, pero sabe que de una forma u otra logrará salir de allí, y se siente muy bien.

Un muchacho, en su rabia, le está comiendo la cabeza a un tipo gordo que sigue vivo y llora como un niño; el muchacho le arranca los cabellos a puñados y el sonido de sus dientes, hueso con hueso, royendo sin éxito la superficie, intentando penetrar el cráneo, parece oírse por toda la sala.

El médium, aunque no tiene duda de que no va quedar atrapado, se dice que debería largarse ya, antes de que llegue alguien del exterior.

Pero se siente tan bien allí, ahora que forma parte de aquella locura...

Sabe que es su sobrina pero no la recuerda.

Solo sabe que es la única hija de su única hermana y que creía que había sucumbido durante el avance de aquellos seres.

Como si estuvieran en la cubierta de una vieja carabela al inicio de una tormenta, la galerna había bajado sobre ellos, amenazando con arrancarles del puente de Triana, mientras dos sanitarios vestidos con trajes de aislamiento bacteriológico conducían a Almena hacia Trespalacios, que la espera flanqueado por varios soldados de infantería.

Durante el periodo de recuperación del disparo en la cabeza, tras una de sus crisis, el neurólogo le dijo que su memoria era como una servilleta de papel plegada, cortada aleatoriamente con unas tijeras y desplegada de nuevo: la tela de araña resultante, con segmentos intactos y otros inexistentes, era lo que quedaba de su vida.

Almena Hackman Trespalacios, Almena.

Una chica alta y rapada, de unos veinte o veintidós, físicamente muy vulnerable con el mono verde caqui cinco tallas mayor que le han prestado, pero con el paso decidido y los ojos envenenados. Los lóbulos de las orejas tatuados con una esvástica y una estrella de David.

Igual que le llega el viento furioso que no puede deshacer las nubes carboníferas, le llega el murmullo de los resucitados. Trespalacios no sabe si es compasión o temor lo que le produce aquel sonido. Son miles.

Miles y miles y miles de seres agolpados a lo largo de la calle Betis, mirándoles, de cara al río que es lo único que les separa de esta parte de la ciudad, de lo que fue su gente, de la carne que necesitan.

Cuando llegan a su altura, los sanitarios consultan con los soldados como si ni su sobrina ni él estuvieran presentes, comprueban la conformidad de certificados y autorizaciones, pero Trespalacios se harta de su cháchara, coge a la chica del brazo y la conduce a la salida sin despedirse de ellos; ella se suelta de un tirón, pero no deja de caminar a su lado.

Hasta hace unos meses, el gobierno militar usaba la plaza de toros de la Maestranza como Sector de cuarentena, pero evitar el riesgo de que en aquel lugar se produjera un estallido difícilmente contenible, tan cerca del centro de la ciudad, requería unos recursos de los que ya no disponían, así que la plaza se asoló para evitar que se convirtiera en campo de refugiados y el Sector de cuarentena se cambió por el Punto de Control de Infección de donde acababa de salir Almena: dos autocaravanas en el centro del puente de Triana, donde un equipo médico sometía a un rápido examen a las contadísimas personas que, por razones siempre clasificadas, llevaban a cabo alguna incursión en el Sudario; solo había que echar un vistazo a sus trajes de protección bacteriológica, viejos, cubiertos de parches y mal sellados para hacerse una idea del grado de operatividad de aquel dispositivo.

Nadie hablaba del destino de las personas que daban un resultado negativo en la valoración.

La muchacha, la expresión cada vez más enfadada, se abraza para intentar controlar los tiritones que le produce el viento de diciembre que se le cuele por todas las aperturas de aquel mono bajo el que va completamente desnuda. El teniente sabe quién es, la reconoce con unos sentidos con los que no sabía que contaba, pero hasta hace media hora hubiera jurado no haberla visto en su vida. Se plantea quitarse el chaquetón para que se abrigue pero cambian de opinión al ver su gesto; que te den por el culo, niñata.

No les ponen impedimentos los militares de la garita a la salida del puente y Trespalacios respira tranquilo; sin ser muy consciente de ello, ha tenido todo el tiempo la sensación de estar efectuando un canje de espías en plena guerra fría, que en cualquier momento podían subvertirse las órdenes y caer acribillado por los francotiradores.

—Iremos a mi casa —le explica a la chica, porque no tiene más remedio que hacerlo—. En realidad no es ni siquiera un piso, solo una habitación con baño del antiguo hotel Plaza de Armas —por un momento está a punto de pensar que se puede desarrollar una conversación normal entre ambos—. Podría ser peor, el gobierno lo ha expropiado para alojar a funcionarios destinados en Sevilla, mucho policía, te encontrarás segura —lo piensa mejor—. Bueno, es una mierda, pero hay muchos que no tienen ni eso. Puedes quedarte el tiempo que quieras.

—...

—Pero antes deberíamos parar a comer algo, fíjate en la hora que es.

Ella se encoge de hombros y anda aún más de prisa.

Almena es su única familia, todos los demás han desaparecido; lo último que esperaba en un día como este era recibir una carga así, pero no era eso lo verdaderamente importante, cada vez que la miraba sentía algo que no podía explicarse pero que le dejaba descolocado en una irrealidad por la que le costaría mucho aprender a moverse.

Tiene el coche aparcado junto al río, unos metros más allá, pero cuando llegan hasta él, en vez de sacar las llaves, se sienta en el maletero; quizás si sigue hablando con ella se le aclaren las ideas.

—No podía imaginarme que estuvieras viva —le cuesta mirarla a los ojos.

—...

—Si llego a saber que estabas atrapada allí dentro —señala a los cientos de miles de muertos que los miran a ellos y nada más que a ellos desde el otro extremo del río — hubiera ido a por ti.

—...

—Nadie me lo dijo, de hecho todavía no sé cómo terminaste atrapada en el *Sudario*.

—... —Almena sigue sin decir nada pero esta vez lo mira de frente, muy

extrañada.

—Estuve en el frente, ¿sabes? Luchando contra esas fieras. Dentro y fuera de España, en Francia, en el norte de Italia, en los Balcanes.

—...

—Después, hace nueve meses, estábamos haciendo un reconocimiento, iba de paquete en una moto, volcamos y quedé inconsciente.

Solo estábamos el conductor y yo, un novato que pensó que estaba muerto y me pegó un tiro en la cabeza para evitar que me convirtiera —sonríe esquinado al mismo tiempo que se señala ligeramente la cicatriz circular que conserva en el nacimiento del cabello—. Por suerte, enseguida llegó una patrulla y me evacuó al hospital.

—¿Pero de qué estás hablando? —Acercándosele y alzando la voz—. ¿De verdad no te acuerdas de lo que pasó?

—Ya sé que resulta increíble —intentando conservar el fragmento de sonrisa—. Un montón de neurocirujanos me han dicho que nunca han visto nada parecido, pero que no soy un caso único.

—Estás hablando en serio... —concluye, como si estuviera hablando para sí misma.

Le da la espalda y se acerca al murete que los separa del Guadalquivir.

Al otro lado, el viento o la expresión de la joven, parece alterar a los no vivos que agitan sus filas mientras el murmullo se transforma en clamor.

Resulta aterrador verles removerse a solo unos metros de distancia; tan cerca. Tan hambrientos; es imposible no aceptar que tarde o temprano encontrarán la manera de cruzar el río para llegar hasta ellos y despedazarlos a todos.

Trespalacios desconcertado, baraja varias fórmulas para hacerse entender por la muchacha, entre ellas sacar la pistola y aplastarle la cabeza de un culatazo; pero se decide por sacar las llaves y meterse en el coche y confiar en que lo siga al sonido del arranque y, si no, ahí te quedas con todos tus muertos.

No le ha bastado a la detective con las dos ginebras que se ha tragado más que bebido en el bar de abajo, así que, a solas en el rellano, se apoya en la puerta a la que debería estar llamando y enciende un cigarro para intentar poner en orden su falta de ideas. Conserva la jeringuilla y el jaco en el bolsillo, pero si se clava la aguja no va a dar una a derechas en muchas horas, y ese es otro de los lujos que no se puede permitir.

A través de la ventana puede ver una de las pintadas de la Fraternidad Juramento que proliferan por toda la ciudad; al contrario que el Opus Dei o los Legionarios de Cristo, la agrupación creada por Don José Altea y continuada a su muerte por su hija doña Teresita, había sabido aglutinar los sentimientos católicos fundamentalistas de las clases más desfavorecidas, nadie tenía muy claro con qué finalidad.

Artizar no sabe bien qué hace allí, pero ha tenido que aceptar cierta lógica en la teoría del secretario del cardenal de que el asesino del niño que encontraron ahogado podría ser un emulador del loco al que su marido llamaba confesor, y el ineludible primer paso era visitar su casa, un tercer piso ruinoso y frío en lo más profundo de la barriada de San Bernardo, aunque sabía que aquel hijo de puta había muerto sin familia hacía años.

La puerta se mueve suavemente contra su hombro.

Estamos en el reino de los muertos, lo que hace un rato era un lugar apacible puede haberse convertido en un nido de monstruos.

La mujer salta hacia delante y se gira mientras desenfunda, tira de la corredera y quita el seguro de su Star.

—¿Qué desea? —le pregunta un chico ciego de unos dieciocho o diecinueve años.

—Si yo fuera una muerta, te habría hecho pedazos —todavía con la adrenalina saliéndole por las orejas—. Deberías tener más cuidado al abrir.

—Sé distinguir perfectamente a un *resucitado* —con la oscuridad de fondo y el jersey oscuro de cuello alto, tan rubio, es él quien muestra una apariencia sobrenatural—. No se preocupe por mi seguridad. Lleva usted varios minutos fumando apoyada en la puerta y me preguntaba si quería algo de mí; si no es así, puede quedarse donde estaba.

Entonces lo reconoce. O mejor dicho, cae en la cuenta de quién es, un niño invidente ayudando en la misa al psicópata con una habilidad que llenaba de asombro a cuantos acudían a la iglesia.

—Perdona, sí, necesito hablar contigo. Tú eras el monaguillo de Silvio Tristán, ¿verdad?

—¿Quién es usted?

—Me llamo Artizar Ansuategui, soy la... Estuve casada con Pablo Argiz. ¿Te suena?

—Pase.

Desde que se abrió la puerta, ha estado escuchado a Sarah McLachlan cantando versiones acústicas de algunos de sus temas, pero hasta ahora no ha empezado a ser consciente de ello; lo que no ve es donde esconde el reproductor musical.

Es un piso antiguo, seguramente han llegado allí mucho antes que al resto de la ciudad las primeras sombras de la tarde que muy pronto serán noche. Ya sabe que es absurdo, pero como su propietario es ciego y da la impresión de que vive solo, no le extraña el frío intenso y rancio que la obliga a subirse el cuello del chaquetón, pero sí le resulta muy extraño no ver los rincones llenos de basura y roedores.

La decoración fecha la última mudanza un par de décadas atrás, y es ahí donde se ha parado el tiempo; también el joven parece un tipo de otra época mientras, con toda soltura, enciende una lámpara para su invitada y se sienta a la mesa camilla del comedor.

Si estaba allí antes, no hacía otra cosa que esperar a que alguien apareciera.

Cuando la detective se avergüenza de estar allí parada pensando que es el hombre más guapo que ha visto en toda su vida, se sienta a su lado sin esperar permiso.

—Me llamo Ángel María —prosigue la conversación de la escalera.

—Te conocí hace años —los recuerdos todavía le rascan la garganta, debería haber bebido un poco más para lubricársela—. Fui con Pablo y mi hija a veros decir misa. Después estuvimos merendando en una cafetería.

—Lo recuerdo —cultiva una dicción perfectamente afilada que resulta tajante, casi malvada, a pesar de la suavidad del tono—. Vi otras muchas veces a su marido, cuando venía a vernos sin usted.

Las palabras resultan tan tenebrosas como él pretende.

Artizar está a punto de preguntarle si en algunas de esas ocasiones, su marido llevó a la niña, pero aquel es uno de los muchos caminos que no quiere seguir.

Antes de darse cuenta, está viviendo de nuevo los tiempos en los que todos pensaban que ella había permitido que el hombre con el que se casó abusara de su hija, incluso que era su cómplice o que participaba de aquellas prácticas. Los tiempos en los que llegó a no estar segura de si una parte de aquellas sospechas eran ciertas o no.

Los recuerdos la acuchillan. Conserva algunos escudos para defenderse de ellos, pero tan remendados que apenas le sirven.

Tiene que centrarse en su investigación y olvidarse de su relación personal con el caso o ella misma se encargará de no sobrevivir a todo aquello.

—No tengo ninguna prisa porque me digas para qué has venido —ironiza el antiguo monaguillo, pasando al tuteo—. Por hoy, no tengo nada mejor que hacer.

—¿En qué trabajas?

—Me paso las mañanas en la puerta de una cafetería vendiendo los cupones que llevo colgados de la solapa de la chaqueta. No se crea, me ha costado un gran esfuerzo triunfar profesionalmente, nadie me ha regalado nada —vuelve al sarcasmo.

—No creo que ganes menos pasta que yo.

A pesar del tono ligero de la charla, no puede evitar imaginárselo, cuando niño, en las sesiones que organizaba el animal con el que convivía y especular sobre el papel que desempeñaba en ellas.

—Lo último que sé de usted, de ti, es que estabas en la cárcel —impávido.

—Pero ya he salido. Quería hablar contigo de Silvio Tristán.

—Es mi tema predilecto —dicción, articulación y entonación impecables, tanto que producen un efecto no demasiado grato, como de otra época. Pero el tío es tan guapo que no le importa. Podría ser su hijo y parece un cabrón, pero no le importa.

—Verás, esta mañana se ha cometido un asesinato con algunas de las... características que empleaba tu protector. No te lo he dicho, ahora soy detective particular. Estoy investigándolo.

—Que yo sepa, cuando resucitan los muertos, actúan de una forma mucho más tosca. Además, a Silvio lo incineramos, así que no ha podido ser él.

Artizar intenta centrarse en el interrogatorio y no prestar atención a sus comentarios; está convencida de que pretende encubrir algo con aquella palabrería y no le gusta la sensación que un chico tan joven sea más inteligente que ella, aunque poco a poco va olvidándose de su edad.

—Hemos pensado que igual estuvo en contacto con alguien que ahora pudiera estar copiando sus métodos. ¿Se te ocurre alguien así?

—¿Aparte de mí?

—¿Dónde estuviste esta mañana?

—¿Habla en serio?

—No —decir que sí le parece ridículo, pero no está segura—. Respóndeme a la pregunta de antes, por favor. ¿Conocía Tristán a alguien que pudiera estar imitando sus maneras?

—¿Puedo tocarle la cara? Ya sabe que es nuestra manera de *ver*.

Apenas se lo piensa. Le toma la mano y se la coloca sobre la mejilla. Cierra los ojos para que no le haga daño al recorrerle los párpados y para igualarse a él. Estaba deseando que ocurriera aquello desde que llegó.

No tiene ninguna prisa.

Ni él, que se recrea en cada pliegue, cada rincón y sobre todo, complacido, en todas las arrugas.

Cuando termina con la cara, pasa al cuello y desde allí baja de forma natural hasta uno de los pechos. Lo acaricia con la palma y también con el dorso de la mano. Lo levanta mínimamente. Lo aplasta hasta lastimarla el punto justo. Cuando llega al pezón, que el sujetador ya no puede contener, lo roza con mucho cuidado y retira los dedos en el momento en el que ningún otro hombre lo haría.

Artizar se levanta.

Camino de la puerta, cuando ya está a una distancia más que prudencial.

—Tengo que irme. Si se te ocurre algo más...

—Venga de nuevo por aquí. Pensaré en lo que me ha dicho, a ver si me acuerdo

de alguien o algo. A lo mejor puedo ayudarla.

Trespalacios abre la puerta de su piso, una de las habitaciones de lo que fue el hotel Plaza de Armas antes de que este fuera expropiado por la administración; es tan pequeña que se ve obligado a volver a salir para mantener las distancias con su sobrina, que pasa sin mirarle.

Después, el policía se queda en la entrada, sin cerrar la puerta ni atreverse a marcharse.

Han parado dos veces durante el camino, las dos con el coche en doble fila ante las tiendas en las que le ha comprado un bocadillo en la primera, y unos vaqueros, un jersey, unas zapatillas y algo de ropa interior en la segunda.

Ella no le ha dirigido una palabra, una mirada ni probablemente un pensamiento en todo el trayecto. Se ha pasado el camino con la cabeza fuera de la ventanilla, empapándose de esta parte de la ciudad a la que no pensaba volver nunca.

En el control, los soldados le habían contado que la chica había sido rescatada del barrio sitiado por los muertos en el que pasó los últimos meses por unos cazadores de cabezas y que después había logrado huir de ellos cuando se disponían a violarla.

El teniente sigue en la puerta, no entra ni sale.

No es la primera vez que escucha o vive una historia relacionada con aquella gente. Los cazadores de cabezas habían proliferado por todos los países infectados, esto es, por todos los países. En Koper, el pueblo costero de Eslovenia donde estuvo destinado casi un año durante el periodo que pasó recorriendo distintos frentes europeos junto a las fuerzas del Mando Único, los llamaban cazamuertos.

Partidas de buscavidas, gente endurecida, delincuentes de la peor división que recorrían comarcas y ciudades tomadas por los no vivos, dispuestos a limpiar granjas apartadas a las que no nos merecía la pena trasladar nuestros efectivos o callejas y rincones en los que no nos atrevíamos a entrar, por unos cuantos euros la pieza.

Una noche, mientras cenábamos en la catedral de San Nazario, donde habíamos instalado el cuartel general, escuchamos el inconfundible sonido de sus camiones al detenerse en la Plaza de Tito; los centinelas ni siquiera nos habían avisado de su presencia: era más que frecuente su visita para vender su cargamento, y los muertos andantes eran el único enemigo que nos ponía a todos en guardia.

Pero aquella vez, el capitán al mando del destacamento y yo llevábamos todo el día esperando su llegada. Por la mañana había aparecido una jovencísima maestra de uno de los pueblos de la montaña que, sin armas ni alimentos, venía de realizar un largo recorrido en nuestra busca para hablarnos precisamente de los cazamuertos. Tras recuperarse, nos contó que aquel grupo la había localizado a ella y a las doce niñas con las que huyó de su pueblo cuando fue asaltado por los monstruos en las cuevas a las que habían acudido para refugiarse; por lo dicho, los cazamuertos dedicaron unos días a violar a las niñas y a asesinarlas después de un disparo en la cabeza para cobrar por ellas como si fueran unas resucitadas más; la profesora, a la

que habían dejado para la última por ser menos apetecible que las crías, logró escapar durante una noche de borrachera de aquellos animales, poco antes de que llegara su turno.

Mi capitán le había ofrecido un transporte militar para llevarla a un hospital, pero no logró convencerla para que abandonara su idea de esperar allí hasta que hiciéramos justicia. Completamente ofuscada, se pasó el día sin hablar con nadie, mirando hacia el horizonte, esperando su llegada. Y en cuanto escuchó el motor de sus camiones, se levantó de inmediato del comedor improvisado en el templo y salió para enfrentarse a ellos sin esperarnos.

El capitán, un italiano montañés de unos cincuenta, curtido en toda clase de grescas antes y después de la Resurrección, se fue detrás sin decir una palabra.

Yo sí me tomé el tiempo de montar mi pistola y de poner sobre aviso a los doce soldados que comían con nosotros y que constituían toda la dotación del pueblo, al margen de la guardia —en aquellos días, Koper era considerado zona segura y el grueso del destacamento se encontraba cumpliendo distintas misiones—, para que me acompañaran al exterior.

Al salir encontramos a la maestrilla gritándole en esloveno al cabecilla de los cazamuertos, un oso enorme con barba de muchos años que, como detalle de suprema insolencia, llevaba a la vista, sujetos al cinturón, el catéter y la bolsa llena de heces del ano contranatura que le habían practicado en el costado.

El capitán permanecía en silencio, mirándolos fijamente. Me planté a su lado y me aseguré que nuestros soldados se desplegaran a nuestra espalda. Los cazamuertos, armados hasta los ojos, nos triplicaban en número y seguro que en mala entraña.

Cuando la chica terminó su arenga, que rubricó con un salivazo, el oso se pegó una risa, se dio la vuelta, se acercó a uno de los tres camiones en los que venían y aupándose a la ventanilla de uno de ellos, introdujo el brazo y accionó el control por el que la caja trasera se fue inclinando lo suficiente para que la carga empezara a volcarse sobre la carretera, a muy pocos metros de nosotros.

Una cascada de cabezas unidas por una maraña de cabellos, sanguinolentas, piezas de un juguete destrozado, con cientos de ojos que nos pedían un último deseo, rodaron por el empedrado hasta rodear nuestros pies.

El líder de los cazamuertos bajó de la cabina y nos miró con aquella sonrisa grotescamente torcida, sin pronunciar una palabra, como si las cabezas fueran su particular ejército y hacerlas caer al suelo (aún recuerdo aquellas lenguas muertas lamiendo nuestras botas), una demostración de su poder.

El odio en los ojos de la maestrilla, a pesar de encontrarse sobrecogida por el espectáculo, no había disminuido en ningún momento.

Mi capitán, muy lentamente, extrajo el revólver.

Los cazamuertos nos apuntaron con sus armas.

Yo también bajé la mano hacia la mía mientras mis hombres me imitaban; todos éramos conscientes de que un enfrentamiento así, a quemarropa, sería una sucia

matanza sin apenas supervivientes.

No fue necesario; el capitán tras amartillar el revólver, lo acercó a la sien de la chica; tuvo tiempo de efectuar dos disparos antes de que cayera.

Las casas vacías que nos rodeaban tardaron en absorber el sonido de las detonaciones.

Muy cerca, en la calle Kidričeva, que parte de la Plaza de Tito, donde estaba ubicada la catedral que nos servía de cuartel, había una placa escrita en castellano que homenajeara a los soldados antifascistas eslovenos, croatas e italianos que habían combatido de parte de la Segunda República española y a los que llamaban Španski borci.

Poco a poco, tanto los cazamuertos como nosotros fuimos guardando las armas.

La chica en el suelo, a la que parecía sobrarle el cuerpo para terminar de formar parte del cuadro que formaban las cabezas cortadas, se había llevado su indignación y su odio como si nunca los hubiera conocido.

El capitán nos miró con cara de haber hecho lo que debía: era evidente para cualquiera que la labor que hacían aquellos hombres resultaba mucho más importante que cualquier acusación.

Un ruido en el pasillo trae de vuelta al teniente Trespacios; su sobrina, de pie al lado de la cama, lo examina un poco alarmada por el tiempo que ha permanecido ausente.

Desde que recibió el disparo, son frecuentes los episodios como este. Con el tiempo los está asumiendo como las grietas por las que los recuerdos abotargados durante este tiempo regresan hasta él, pero al principio los vivía lleno de angustia; todavía recuerda los sobresaltos de su compañero de habitación en el Hospital Militar cuando lograba salir de alguna estas ensoñaciones a mitad de la noche.

Hacía mucho tiempo que no pensaba en el tipo con el que compartió la habitación en el hospital; la enorme cantidad de aventuras del frente que le contó durante aquellos meses.

Es más, ahora ya ni siquiera está seguro de que la historia de los cazamuertos de Koper le hubiera ocurrido a él mismo o a aquel individuo.

Tampoco sería la primera vez que se atribuyera las experiencias de otros desde que le dispararon en la cabeza.

Entre dos tribus de muertos vivientes, deslizándose con toda normalidad, pasan dos chicos y una chica danzando un casi imperceptible paso de baile que solo ellos son capaces de detectar. Uno de los muchachos empuja un carro de supermercado y ella lleva una muñeca vestida de novia; no tienen ninguna prisa. Aún no están muertos, pero eso es lo de menos.

Las manadas de *resucitados* que bullen por el *Sudario*, después de unos años atrapados en aquel territorio, son una ruptura de la realidad que conocemos. Manchas malolientes de otro mundo que se arrastran trayéndonos todo lo sobrenatural, lo asqueroso, lo incomprensible, lo espantoso y lo malo que hay en nuestro fin. Algo que nos negamos a aceptar arguyendo, con los dedos cruzados, que la muerte es un paso natural y aceptable en todos los seres.

Pero hace ya mucho tiempo que los *recolectores* han olvidado todo esto.

Los tres chicos se cruzan con los grupos de no vivos, sin mirarlos, sin apenas verlos. Cuando los tienen cerca, andan y se mueven como ellos, gimen como ellos y gracias a los capotes de carne muerta que llevan como único vestido, huelen como ellos.

Al principio volvían a la calle Virgen de la Fuensanta para dormir y llevar las provisiones con los que los otros fugitivos se alimentaban. Pero con el tiempo, a medida que fueron notando aquel asco invencible en sus compañeros, se sentían más cómodos dejando los víveres y marchándose rápidamente para pasar la noche en cualquiera de los escondrijos que tienen repartidos por aquella parte de la ciudad condenada.

Con el tiempo, la chica y los dos chicos han ido abandonando una a una sus costumbres de siempre, deambulan por la ciudad, se mezclan con los muertos, les basta con pasarse las botellas que toman de cualquier sitio, no necesitan hablar, juegan, no necesitan nada.

Quien no conociera la Fraternidad Juramento, podría pensar que el médium, por su cercanía a su dirigente absoluta, ostentaba toda clase de privilegios, pero nada más lejos de la naturaleza de la agrupación.

Mientras espera a ser recibido, sentado en una silla de plástico al extremo de un corredor castigado por continuas corrientes de aire, el médium observa atentamente a secretarias peleándose con ordenadores e impresoras que se caen a pedazos, voluntarios con la piel de jubilados, amas de casa o desempleados llevando paquetes arriba y abajo. Las puertas hinchadas, las paredes con la pintura descascarillada y los techos manchados de humedad y comprende por qué se siente tan bien allí. Aquella gente era como él había sido siempre.

Antes de dejarlo todo por la voz de Cristo, era zapatero, como su padre y como su abuelo; ahora las cristofonías han desaparecido, pero su apego a las costumbres de toda la vida, no.

Don José, el padre de doña Teresita, también lo había abandonado todo para propagar la llamada del Señor. Dueño de una importante fortuna y de Ecoeste, la cadena de hipermercados más importante de Andalucía Occidental, había sacrificado casi todas sus posesiones para imponer el apostolado que se había propuesto.

Desde que murió tres años antes y su hija continuó con su labor, el declive económico de la familia se había acentuado; con todas las tiendas cerradas, del antiguo imperio apenas quedaban algunos edificios como este de la avenida de la Paz, donde en su momento se encontraba el centro neurálgico empresarial y ahora la sede de la agrupación religiosa, sometidos a hipotecas la mayoría o al borde del abandono.

En cambio, en cuanto a los logros espirituales de la Fraternidad Juramento, la chica había sabido expandir el grupo en toda España, Europa y Latinoamérica, hasta el punto de que no faltaba quien aseguraba que, de no estar dirigido por una mujer, haría ya tiempo que el Papa lo habría erigido en Prelatura Personal.

—Perdone.

El chico, de apenas veinte años, vestido con un chándal barato, se ha acercado muy tímidamente al médium, que desde que fue mordido por el no muerto permanece en una especie de trance continuo.

Mira al muchacho a los ojos, al cuello que aún no necesita ser afeitado, a los labios y a los ojos otra vez.

—Dime.

—Lo llama doña Teresita.

Cuando entra en el despacho, la líder de la Fraternidad Juramento, está despachando todavía con sus generales: una anciana vestida de negro, un tipo con chaleco de cazador y un sacerdote. Todos se levantan respetuosamente cuando ven llegar al médium, que se pregunta cuánto tiempo seguirían mostrándole esa deferencia, con su cuerpo de pera, su papada de plastilina y sus dientes que siempre

parecían manchados de sarro por mucho que los limpiara, si averiguaran que ya no tenía tarifa plana con Dios.

—Siéntate —le dice doña Teresita, esperando a que los otros salgan del despacho.

El rostro aniñado, el corsé y los aparatos ortopédicos de las piernas hacen que parezca una cría, pero solo de lejos; debe tener unos treinta y tantos, los mismos años que él.

—Dime, ¿cómo estás? —En oculta referencia al mordisco que va a arrebatarse la vida.

—Bien, muy bien —tímido, sin mirarla, con las comisuras de los labios aún más ensalivadas de lo normal—. No siento nada extraño, de verdad.

—Me han contado que todo ha ido perfectamente. Lo del niño...

No sé qué haríamos sin ti.

—Tenía que hacerse.

Muy piadosos ellos, guardan la obligada micropausa.

—Lo de esta noche... —Ella.

—Está medido hasta en los menores detalles. Si la cosa va como espero, a eso de las doce o la una, todo estará en marcha. ¿De verdad no quiere saber los detalles?

—Por eso te he sacado de esa clínica donde sé que no querías estar. No hay nadie en quien confíe como en ti.

—...

—En dos días, todo habrá terminado.

—Sí.

—Amigo mío, lo que vamos a hacer es mucho más que ponernos a salvo, mucho más que alcanzar la Tierra Prometida. Fundaremos Su gran Misión. Vamos a expandir la palabra del Creador. Hay que devolver a esos seres la Gracia de la que se han visto privados. Pero, sobre todo, nuestros hermanos necesitan que alguien los saque de este pozo sin fondo.

—Lo sé.

La chica vuelve a callar antes de entrar en el verdadero motivo por el que lo ha convocado.

—¿Ha hablado... El Señor, te ha hablado?

—Esta mañana —miente el médium—. Mientras hacía Su trabajo.

—¿Puedes decirme qué es lo que te ha dicho?

—Ya sabe que hay cosas de las que no se me permite hablar.

—Ya... Pero ¿te ha dicho algo de nuestro peregrinaje?

—Sí.

—¿Le sigue pareciendo bien?

—Le parece muy bien.

El Negativo, a un paso de la Alfalfa, era uno de los bares a los que Trespalacios venía de marcha cuando era muy joven. No solo le han cambiado el nombre. Se ha esfumado la oscura alegría que encontraba allí los fines de semana. Aquel antiguo garito de paredes y mostrador en ladrillo visto, ha sido reconvertido en un moderno bar de copas con las paredes pintadas de blanco y el suelo de negro, en el que unos pocos asiduos entre los treinta y los cuarenta, ahora con aspecto respetable, parecen buscar una época que ya ha desaparecido para siempre llevándoselos por delante.

En un televisor de plasma con pantalla gigante, una arrebatada presentadora cuenta con todo detalle el proceso por el que se ha designado Sevilla como la ubicación definitiva de la auténtica corona de espinas de Jesucristo.

El teniente se queda un momento en la puerta, un poco para asegurarse de que el padre del niño ahogado en agua bendita no se encuentra entre los parroquianos y otro poco para compartir la nostalgia con los clientes.

Cuando se decide a acercarse al camarero para preguntarle, le llega algo de bullicio desde el fondo del establecimiento, el lugar donde se encuentra el acceso a la escalera que desciende al almacén del sótano.

Se desvía, abre unas puertas batientes, baja unos escalones muy empinados y tiene la impresión de que le han puesto algo muy fuerte en la bebida que no ha llegado a pedir.

Ahora comprende porque han rebautizado el local con el nombre de Negativo.

El mundo allá abajo no solo se encuentra invertido porque, al contrario que el local gemelo de la planta superior, tenga las paredes negras y el suelo blanco; lo importante es que la gente que lo abarrota también es el reverso de la que se ve normalmente por la calle: tipos con barba de tres días con pelucas de mujer y mostrando lencería femenina bajo sus camisas abiertas o llevando orgullosamente sus minifaldas o sus vestidos de raso, mujeres vestidas con ropas de obrero, de ejecutivo, de uniforme. Una chica, casi una cría, apoyada en una columna se toca los muslos exhibiendo una enorme erección bajo su tanga en honor al policía. Otra mujer pasa con un largo rabo, como el de una leona; se mueve sinuosa entre las mesas. Desde luego que debe ser un implante, pero no lo parece.

En los altavoces, como una puntilla con rosca madera penetrando en cada tímpano, la música de *Deicidio*.

Todos beben o se meten mano o arman sus dispositivos para fumar, esnifar o inyectarse cualquier sustancia o buscan algo en el infinito o se cuentan sus penas o juegan con la idea de matar, de matarse o de matarnos a todos.

Lo que resulta más inquietante es que ni siquiera han dado las ocho de la tarde; el teniente se pregunta cómo será el ambiente en aquel local a las tres de la madrugada.

El padre del niño asesinado tampoco está allí.

Trespalacios se apoya en la barra.

El camarero, un tipo no muy alto pero ancho de hombros, con un poblado mostacho, se ha desabrochado la camisa y está amamantando a un niño que chupa ansioso uno de sus pechos en forma de pimiento.

En otro televisor extraplano, de enorme pantalla como el de arriba, apenas se oye como un médico con cara de gilipollas defiende la posibilidad de introducir balones intragástricos a los no muertos para calmar su hambre y favorecer la convivencia.

Cuando el niño se ha servido, el camarero lo deja en la cuna que tiene en su lado del mostrador, se abotona la camisa y se acerca al recién llegado.

—¿Qué te pongo? —Con voz bronca pero agradable.

—Cerveza. De barril.

Mientras el del bigote se aleja camino del grifo, el médico del televisor sigue insistiendo en la necesidad de controlar la dieta de los resucitados.

El teniente da la espalda a la pantalla, pero de pronto cae en la cuenta de algo, se acerca al aparato, confirma el distintivo en alfabeto cirílico y vuelve despacio al mostrador.

Este televisor, como el de arriba y el que se encontraba en casa del niño ahogado, fueron manufacturados por la misma empresa, una marca que el policía no había visto nunca antes. Casualidades.

O que el padre del niño y el dueño del local compren el género al mismo abastecedor del mercado negro; o mejor aún, ya que el padre no tiene empleo conocido, que sea él mismo el abastecedor.

El camarero le sirve la cerveza.

—Bonito televisor. —Trespalacios, pagando la consumición—. ¿Dónde lo habéis conseguido?

—No lo sé, eso es cosa del dueño —recoge el dinero y empieza a irse.

—¿Osma no ha venido hoy, verdad? —Fuerza la voz pero se impone *Deicidio*.

—No lo conozco.

El camarero regresa junto a su hijo y lo coge para que deje de lloriquear; el teniente lo sigue, se planta frente a él dejando que le vea la pistola.

—Bonito local —le dice al del bigote, con cara de pocos amigos—. A mí no me gusta, pero es bonito.

—...

—También te dirán que ese es bonito —señalando al pequeño—. Aunque a mí me parece una porquería de niño.

—...

—Todo esto necesita un cambio. Partiendo de cero.

Para protegerlo o para evitar que vuelva a juzgar su belleza, el hombre mujer coloca al crío en la cuna y se interpone para que el otro no pueda dañarlo ni con la mirada.

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito localizar a Osma —le dice el policía sin revelar en ningún momento

su condición de tal.

—No sé de quién me hablas —las manos a su espalda, meciendo la cuna.

A Trespalacios se le ocurren tres formas de sacarle la verdad, pero el movimiento de la cuna, la preocupación de aquella mujer hombre por el niño, le llevan a desechar las tres.

—Escúchame, no sé si será muy amigo tuyo, pero el tal Osma ha asesinado esta mañana a su hijo de ocho años. Ya había sido llevado a juicio por maltratarlo hace un tiempo —deja que la información y la reciente maternidad hagan su efecto en el camarero—. ¿De verdad quieres protegerlo?

El local se está llenando. Van cayendo nuevos clientes pero ninguno se va; todos traen escrito el miedo a lo que han dejado fuera y probablemente intentarán quedarse allí para siempre.

—¿Conoces Isla Tortuga? —El camarero no tarda mucho en hablar.

—Lo conozco —un burdel del Polígono Industrial Carretera Amarilla.

—Alguna vez ha comentado que incluso allí ha sido capaz de colocar sus televisores.

Hasta que la Resurrección hizo que los padres procuraran no salir de los límites de la ciudad, y menos con sus hijos, Isla Tortuga era el más popular de los centros para fiestas infantiles de Sevilla.

—Cuéntame algo más de... —Una alarma suena en algún sitio, pero resulta ser el móvil que le han proporcionado en comisaría y del que siempre se olvida.

—... Sí —tapándose el otro oído para intentar aislarse de la música.

—... ¿Teniente? Soy Marán —resuena la voz seca del coronel—, escúcheme, tiene que dirigirse inmediatamente a la iglesia de San Nicodemo, en Menéndez Pelayo. Tenemos otra víctima.

—... ¿Qué ha ocurrido? —Alejándose del mostrador.

—... Un anciano. Le han aplastado la cabeza con un crucifijo.

A las ocho y media de la tarde ya va siendo hora de desayunar.

Muy cerca de la antigua estación de autobuses, Artizar aparca frente a una tienda de ultramarinos donde, cuando tienen con qué, hacen bocadillos a cualquier hora del día.

Entra de puntillas para no arruinar el trabajo de la limpiadora, una chica de unos dieciséis, con las raíces del pelo rubio orgullosamente negras, como una reivindicación de su clase, que no aparta el cubo de la fregona ni le agradece el gesto.

Con la detective, se cruza un anciano grande y varicoso que se queda parado ante el cubo con las manos ocupadas por un paraguas y la bolsa de la compra.

—¿Vas a quitar el puñetero cubito o me vas a tener aquí todo el día? —le dice a la chica.

—Se lo quitaré en cuanto pueda, ¿me ve usted parada? —Encarándose, con la fregona en la mano.

—Lo que te veo es muy poca vergüenza con los clientes.

—Yo tengo más vergüenza que usted durmiendo —levantando la voz y sin intención de quitar el cubo—. Que sea usted un viejo no le da derecho a insultar a la gente.

—¿Pero tú con quién te has creído que estás hablando, niñaata?

—El tipo toma impulso, derriba el cubo de una patada y sigue su camino hacia el exterior. —Eso para que te entretengas.

Cuando la muchacha ve el agua sucia arruinando su trabajo, coge la fregona como un arma y se planta ante el anciano, impidiéndole el paso; el tipo le saca más de medio metro, pero la furia que desprende la chica hace que la diferencia parezca menor.

—Eres un hijo de la gran puta —le tiende la fregona—, y te juro por mis muertos que hasta que no recojas el agua, tú no sales de aquí. De mí no te ríes tú. Que siempre estás igual con las mujeres.

Que te tenemos calado, mamón.

La gente, fuera y dentro de la tienda se congregan para ver el espectáculo.

A la detective, atrapada en el interior, empieza a quitársele el apetito.

El viejo, demasiado congestionado para hablar, revolea la bolsa de los alimentos para golpearla en la cabeza, pero ella la esquivo y, todavía más embravada, le restriega la fregona mojada por la cara.

Después, sin moverse, a un paso de él, se da una risa al ver los estragos que la fregona ha producido en el rostro y en el pelo del otro.

El viejo empuña firmemente el paraguas, lo levanta, lo deja caer sobre la chica y lo vuelve a levantar; todo el mundo ha podido ver cómo le apuñalaba un ojo con el extremo metálico; el ojo que ahora es un pequeño charco de sangre.

En el intento inútil de apartarse, la muchacha ha ido a parar al suelo, cayendo

sobre la fregona y rompiéndola en dos; pero no deja escapar una sola queja, pertenece a una casta que lleva recibiendo todo tipo de afrentas desde hace miles de años.

Nadie mueve un dedo.

En la parodia de normalidad que viven desde que se produjo la Resurrección, las peores atrocidades pueden aceptarse sin ningún esfuerzo; solo los buenos augurios son recibidos con desconfianza.

El viejo le mira hipnotizado el ojo sangrante mientras murmura entre dientes y sigue temblándole la barbilla de indignación.

La limpiadora se levanta lentamente.

Suena el teléfono móvil de Artizar, que solo espera que despejen la salida de la tienda para largarse de allí.

Sin intentar taponarse la hemorragia del ojo, la chica alcanza una de las dos mitades astilladas del palo de la fregona, la aferra bien con las dos manos y, visto y no visto, la clava sobre el vientre descolgado del viejo, como una cazavampiros que intenta acabar con un monstruo cuya condición solo ella conoce.

Vuelve a sonar el móvil de la detective que dando gracias por no ser ya policía, da la espalda a la escena y se dirige al fondo del establecimiento para poder descolgar en silencio.

—... ¿Sí?

—... Buenas tardes, soy Saliente —la voz del secretario del cardenal parece bastante más agitada que por la mañana—. ¿Puede hablar?

—... Puedo.

—... Necesito verla, pero antes tiene algo que hacer. ¿Sabe dónde está la iglesia de San Nicodemo?

—... Lo sé.

—... Acaban de descubrir allí un nuevo asesinato. ¿Está muy lejos de allí?

—... Enfrente —robando una bolsa de almendras saladas, que será todo su almuerzo.

Por segunda vez en aquel día, Trespalacios se encuentra examinando un cadáver en el interior de una iglesia.

Según la documentación que ha encontrado en su cartera, el hombre era juez instructor del juzgado de primera instancia número uno de Sevilla, lo cual venía a complicar doblemente cualquier decisión que se tomara a partir de ese momento.

Cuando llegó, solo estaban allí la dotación de un patrullero, una mujer vestida de negro y un par de brigadistas, que fueron los que lo encontraron: contaban que se habían extrañado al pasar ante el portón entreabierto durante una de sus rondas. Mantenía allí a los dos soldados vestidos y pintados de negro por si se le ocurría alguna pregunta más. El forense, el juez y la policía científica ya estaban avisados, pero la única en llegar había sido Artizar Ansuategui, que parecía la persona mejor informada en estos casos.

La mujer vestida de negro se había colado al poco de descubrir el cadáver. Decía conocerlo de vista, un hombre muy reservado, arrodillado en el reclinatorio con su biblia casi cada día. La biblia no había aparecido a pesar del registro.

A la víctima, por suerte, le habían aplastado el cráneo con un pesado crucifijo, lo cual había evitado que se levantara después de muerto. Era un tipo de unos sesenta, muy elegante, con gemelos y reloj de oro, zapatos negros relucientes, traje gris oscuro con corbata del mismo tejido, abrigo un tono más claro y camisa de finísima raya negra que, cuando el policía terminó de abrir, dejó al descubierto unos caracteres grabados a punta de cuchillo en el pecho.

Otra vez Canaán.

—¿Te has fijado que lleva el pecho depilado? —le comenta la detective; los policías y militares se encuentran en el otro extremo de la nave—. Es raro en un hombre de su edad.

—¿Cómo has llegado tan rápido?

—Ya te dije que tengo por cliente al mismísimo Creador, nada debe extrañarte.

El policía no dice nada más.

No termina de encontrarle sentido a todo aquello; la palabra marcada en ambas víctimas le hace pensar en un asesino recurrente con fijación por el contexto religioso, pero eso apenas le da algo para empezar a investigar. Lo único que tiene claro es que, si se trata de esa clase de criminal, debe encontrarse en un pico verdaderamente agudo de su psicopatía para matar dos veces en un mismo día.

—¿Habéis dado con algo? —Otra vez Artizar.

—Seguro que tú tienes más información que yo.

—No tengo nada determinante... pero algo me han contado los curas.

—...

—Oye —la mujer deja de mirar al muerto para volverse hacia él—, podríamos trabajar juntos tú y yo en esto. Nadie tendría por qué enterarse.

—Y si no, no me dirás eso que te han contado —cortante.

—Sí, sí te lo contaré —se lo contará, pero no todo; no piensa hablarle del tipo al que su ex marido llamaba el confesor ni de su monaguillo—, porque sé que no le dirás a nadie que he sido yo quién lo ha hecho —habla deprisa, antes de que se acerquen los de uniforme o llegue alguien más—. Me dicen que poco antes de iniciarse la Resurrección, se produjeron en Huelva tres sucesos muy parecidos a estos: *una persona fue colgada de una cruz, otra degollada en el interior de un confesionario y a otra le aplastaron la cabeza contra un altar.*

—No he escuchado nada de eso.

—La iglesia se encargó de que la cosa no trascendiera. Indagaron con sus propios medios y lo ocultaron a la policía. Después, cuando los muertos se adueñaron de la ciudad, se perdieron todos los detalles de la investigación.

—Alguien sobreviviría.

—La archidiócesis está en ello, pero hasta ahora solo han descubierto que el asesino era conocido como el *marinero*.

—¿Nada más?

—Nada más. Solo que ese tío había dejado de actuar antes del levantamiento de los muertos; si se había marchado de Huelva, muy bien podría estar aquí.

—... —Trespalacios mira en silencio el bloc en el que no ha llegado a anotar nada.

—¿Y tú? ¿Tienes algo?

—He estado buscando al padre del niño ahogado; aunque esto —señala al anciano tirado en el suelo— parece llevarnos por otro lado, no voy a descartarlo hasta que no hable con él. Mucha casualidad que desaparezca el día que se cargan a su hijo.

Los dos se quedan en silencio. Ambos son conscientes de que no deberían estar compartiendo sus informaciones, pero en lo que llevan de día es la primera vez que no tienen la sensación de estar hablando con alguien que les joderá la vida a la primera oportunidad.

—¿Qué opinas? —Ella—. De lo que te he dicho.

—Conozco a un periodista de sucesos que trabajó veinte años en Huelva antes de que los putos *resucitados* lo obligaran a venirse a Sevilla. Si la cosa se filtró lo más mínimo, él debería saberlo. En cuanto llegue el forense, me pasaré por su casa, a ver qué tal.

—Me gustaría ir contigo.

No le dice que no.

Nada.

Por más que Chokos ha registrado la vivienda no ha encontrado ningún sobre con el membrete de la parroquia de la zona ni ningún objeto de valor.

Desde que se convirtió en amortajador tenía la percepción de que estaba sucumbiendo ante un aluvión de millones de muertos cuyo único objetivo era acabar con él a cualquier precio, la diferencia era que, en vez del ataque multitudinario, habían elegido atacarle uno a uno, día a día.

Cuando llegó a la dirección de Felipe II, se encontró ante la puerta del edificio a toda la familia y a la mayor parte de los vecinos esperándolo. Después del brote ocurrido a tres calles de allí unas horas antes, la psicosis se había disparado en el barrio.

La cosa no parecía presentar complicaciones, le explicaron que se trataba de un enfermo largamente terminal que había fallecido por la tarde en un momento en que nadie lo vigilaba y se encontraba suelto por el piso; Chokos les ordenó que esperaran todos en la calle hasta que pasara el peligro para poder registrar a sus anchas.

En un par de minutos redujo con el lazo al muerto danzante y lo inmovilizó con el bozal y las esposas; a sabiendas de que no podía dedicar mucho tiempo a la búsqueda sin que los familiares sospecharan que algo iba mal, había recorrido todos los escondrijos habituales sin encontrar lo que buscaba.

Tenía que sacar al apestoso y aceptar que allí no tenían uno de aquellos sobres en los que figuraba la palabra Canaán. No iba a abandonar el tema, ya se le ocurriría otra forma de intentar desentrañarlo.

Bastó que renunciara para comprender que no encontrar nada había sido la manera de hallar lo que buscaba.

La familia lo había recibido en la calle, sin más abrigo que batas y pijama. Si habían salido con lo puesto, no era presumible que hubieran tenido tiempo de esconder los objetos de valor. Por otra parte, era gente acomodada, tampoco era normal que en toda la casa no hubiera una sola joya ni más dinero que unas monedas.

Aquella gente ya se había desprendido de todo que tenían.

Era posible que después de introducirlo en un sobre marcado con la palabra Canaán.

Trespalacios y Ansuategui llevaban un buen rato llamando a la puerta. Cuando apareció el periodista, estaban a punto de desistir.

El hombre había cambiado su grabadora por un martillo que llevaba cruzado en el cinturón y los miraba como si estuviera dispuesto a usarlo contra ellos en cuanto le dieran el menor motivo.

—Hola, Antonio.

—...

—¿Sabes quién soy?

—... —El hombre no dice nada ni se mueve ni hace ningún esfuerzo por recordar. Tendrá unos cincuenta, pero con la pesadez de los brazos y las bolsas de los ojos y el poco pelo que se sostiene solo gracias a la grasa y la camiseta inmundada y la piel caducada, representa otros cincuenta más.

—Nos conocimos en Punta Umbría. ¿Te acuerdas?

Ahora sí frunce los ojos, avanza un paso y puede ser que su mente haya logrado avanzar también.

—Tengo que hablar contigo. ¿Podemos entrar? —El teniente.

No hace más que encogerse de hombros, darse la vuelta y dejar que lo sigan al interior.

El mal olor sale a su encuentro. No solo parece que nunca nadie ha limpiado el piso, sino que los habitantes han tenido mucho cuidado en no alterar la acumulación de suciedad y basura que lo cubre por completo.

Cuando llegan a la salita, el pestazo pasa a una fase en la que apenas puede soportarse. El hombre, que no parece notarlos, se deja caer en un sillón.

El golpe sorprende al policía y a la detective cuando están a punto de sentarse en el sofá; una sombra ha golpeado con la cabeza el cristal esmerilado de una de las puertas que apenas ha resistido el porrazo sin romperse.

El periodista no parece haber percibido el golpe y los visitantes deciden hacer lo mismo, pero ambos acercan las manos a las pistolas.

Una colección de marcos en los que se puede ver al dueño de la casa junto a una mujer mucho más joven que él en diversas épocas y lugares son lo único que se mantiene impoluto en toda la casa, sin un araño ni una sola mota de polvo.

—Antonio, perdona que venga a verte sin avisar pero tengo un caso en el que ha salido algo relacionado con Huelva y sé que nadie conoce aquella tierra como tú.

Poco a poco, los ojos del hombre empiezan a despejarse; se agarra al borde del sofá para no perder el precario equilibrio que acaba de alcanzar.

—Hace años que salí de allí —con una voz sorprendentemente bien modulada.

—Lo sé, lo sé —responde Trespalacios; él mismo lo ayudó a encontrar este piso cuando el otro buscó refugio en Sevilla junto a su mujer, por la que demostraba una singular veneración—. Lo que tengo que preguntarte ocurrió cuando tú estabas allí.

—A ver.

—Mira, nos han dicho —señala a la detective—, que poco antes de que se produjera esta puta Resurrección, un asesino en serie estuvo actuando en Huelva. Que se sepa, llegó a cometer tres asesinatos, todos relacionados con iglesias y símbolos religiosos.

Un nuevo golpe en el cristal de la puerta. Con la intensidad justa para hacerla temblar en sus bisagras pero no para romperla, como si lo que estaba detrás, más que dañarla, pretendiera avisarles noblemente de sus intenciones.

—Eso es imposible —el periodista, otra vez sin darse por enterado de los empujones—. Si algo así hubiera ocurrido mientras yo estaba en el periódico me hubiera enterado seguro.

—Igual no los relacionasteis. Hubo un ahorcamiento de una cruz, el aplastamiento de un cráneo en un altar y un degüello en un confesionario.

—Menos aún. Unos casos tan llamativos no se me habrían olvidado —firme, está claro que mientras hacía memoria ha recobrado seguridad.

—No te lo he dicho todo. Tenemos entendido que la diócesis se encargó de silenciar el asunto, no sabemos exactamente cómo. En realidad apenas sabemos nada, los archivos y las personas que los llevaban se perdieron con la vuelta de los muertos.

Muertos es la palabra clave.

Esta vez, el empujón en la puerta ha sido mucho más fuerte, como si ya estuviera pasando el tiempo de los avisos.

El periodista no dice ni hace nada, pero está claro que ha vuelto a encerrarse en sí mismo. No da muestras de vida ni siquiera cuando el teniente y su acompañante se levantan del sofá.

Trespalacios lo conoció en Punta Umbría, un pequeño pueblo costero al que llegó persiguiendo a un tipo que se dedicaba a raptar, pedir rescate y posteriormente despedazar perros; allí se encontró al periodista, que había obtenido los mismos resultados que él siguiendo una ruta de pistas distintas, ambos sin el apoyo de sus superiores.

—Nos vamos, Antonio.

El otro asiente pero no responde.

Cuando Artizar ya ha salido, el policía se vuelve hacia el periodista que no ha movido un músculo.

—¿Quieres que te eche una mano? —Mostrándole la Sig-Sauer que lleva en el cinturón.

—Sal de aquí —enfurecido ante la insinuación.

Otro golpe en el cristal. Un nuevo golpe en el cristal.

Rafael Trespalacios se asegura de que la puerta de la calle esté bien cerrada antes de seguir a la detective, que lo espera al pie de la escalera.

—¿A qué espera? —Artizar—. ¿A que su mujer se vuelva a morir?

—A lo mejor espera que nos muramos todos los demás, a ver si así su estilo de

vida desentona menos con el nuestro.

—Todo esto es una cabronada, una maldita locura.

Pero los dos bajan los escalones de dos en dos, contentos de poder hacerlo, de que el aire de la noche los libre del mal olor, de ser un día más lo bastante fuertes o afortunados para mantener a raya a los muertos.

Cuando llegan al portal, el teniente se vuelve hacia ella.

—Me han dicho que el padre del niño ahogado se pasa la vida en Isla Tortuga. ¿Nos vamos de putas?

Lleva ya muchas horas andando la noche, el médium tiene la impresión de estar realizado un peregrinaje opuesto al que prepara durante el día para la *Fraternidad Juramento*. En vez de detenerse al llegar a su destino en la Guardería Nocturna Infanta Leonor, a mitad de la calle Luis Montoto, ha seguido hacia delante, camino del área donde se aglutinan las putas en el Polígono Carretera Amarilla.

Ya volverá después a la guardería, tiene tiempo.

Cuando el muerto le mordió en el hombro, tuvo la certeza de que todo había acabado para siempre; pero desde que esta mañana doña Teresita había ido a buscarlo para sacarlo de la clínica, estaba viviendo un nuevo principio. Desde entonces, había tomado decisiones, había afrontado acometidas para que las que jamás pensó que reuniría el suficiente atrevimiento. Y el día aún no había terminado. A lo lejos veía ya el pajarraco pirata de neón en la fachada de Isla Tortuga, el prostíbulo más famoso de la ciudad.

Se sentía bien. Entre la vida y la no vida que le esperaba, estaba esto por lo que estaba atravesando ahora. Eso sí, no había vuelto a escuchar una *crisofonía* desde que recibió el mordisco.

Mejor. Los actos a los que pensaba entregarse no eran aptos para el Señor.

A los tres porteros armados que montaban guardia ante la puerta de Isla Tortuga no les extrañó que se presentara un individuo acompañado de una mujer; en realidad, mientras no alteraran el orden del local ni intentaran prenderle fuego, había muy pocas cosas capaces de inmutarles.

Rafael Trespalacios y Artizar Ansuategui entraron despacio, observándolo todo, pero con especial atención al personal de seguridad y las posibles salidas.

El burdel había mantenido la misma estructura en tres plantas diáfanas a las que se subía por una escalera de caracol que cuando era un local de atracciones infantiles, incluyendo una piscina de pelotas de colores con paredes de vidrio de la que, por su boca abierta y la forma en la que aporreaba el cristal, no terminaba de disfrutar un niño de unos cinco años, encuero y muerto.

No es la primera vez que Trespalacios visita aquel lugar, sabe que las oficinas de las propietarias se encuentran en el segundo piso y que el tercero se dedica por completo a albergar unos cubículos infectos que denominan eufemísticamente reservados.

En origen, aquello fue una nave industrial, como las muchas que la rodeaban en el polígono, y por mucho que hubiera cambiado la naturaleza de los negocios que se desarrollaron allí, su inmensa superficie desangelada nunca había dejado de parecerlo.

Una larguísima barra a lo largo del margen derecho y nada más, ni bancos ni veladores ni nada, solo docenas y docenas de rostros hambrientos, de sexo o de dinero, en la penumbra bajo el peso de una desconcertante música de cámara a todo volumen.

Detrás del mostrador puede verse una película en un televisor de plasma colgado en la pared, de la misma marca y características de los que el policía vio en casa del niño ahogado y en el bar *El Negativo*.

Sesión de noche, gratis para todos los clientes. Dos tipos desnudos, aunque uno de ellos no lo parece a causa de la espesa velloidad que le cubre todo el cuerpo, efectúan diversas aproximaciones a una joven encadenada de pies y manos a los barrotes de una cama; la chica no deja de lanzar dentelladas al aire con el hambre insaciable de los no vivos. El más listo consigue arrancarle la blusa y la falda y, formando un amasijo con la ropa, le coloca la enorme mordaza sobre el rostro y se sienta encima para reírse y meneársela mientras la muerta se agita furiosa bajo su peso; el más cobarde resulta no serlo, porque se lanza encima de ella, le separa las piernas con fiereza y hunde la cabeza en el coño del cadáver.

El coro de vítores de los clientes recuerda al policía y la detective que, en contra de lo que habían pensado por un momento, absortos en la película, no están solos en aquel antro. También les recuerda el rumor de que, por un precio razonable, la casa te proporciona una muerta viva para que hagas lo que quieras con ella. Una segunda

tanda aún más oscura de rumores, asegura que las dueñas de Isla Tortuga no vacilan en ordenar que asesinen de vez en cuando a alguna de las muchas refugiadas que deambulan por la ciudad para procurarse material en perfecto estado de conservación.

Padrenuestroqueestásenloscielosantificadoseatunombre... murmura mientras le introduce la polla entre los labios al chapero.

Refugiándose entre las sombras para pasar desapercibido ante la gente congregada en la puerta de Isla Tortuga, el médium se ha perdido entre las calles que llevan a lo más profundo del Polígono Industrial Carretera Amarilla. Es allí donde podía encontrar lo que estaba buscando desde hacía mucho tiempo.

En las traseras de las naves abandonadas esperaban los seres que no eran aceptables ni para el peor bar de alterne de la ciudad, los que habían terminado siendo tan horribles, viejos o contagiosos que necesitaban rondar lugares en los que no fueran visibles ni para ellos mismos.

Lo extraño es que, en este mundo apocalíptico, donde la amenaza de la no muerte podía esconderse en cualquier retazo de oscuridad, no faltaba la gente que se dejaba caer por allí en busca de un poco de cieno en el que sumergirse.

El médium pasó un rato recorriendo las calles, cruzándose con las mujeres que salían a su paso y se dejaban mirar a la luz de las pocas farolas que permanecían indemnes; pero cuando vio a un chico con los vaqueros ajustados como unos guantes de cirujano y una cazadora abierta, supo que ofrecía lo que él necesitaba.

Mientras se la chupa, de rodillas tras un coche abandonado, puede apreciar las decoloraciones de su piel, con manchas de carne viva en la cara y el pecho. Sonríe. *Hágase tu voluntad así en la tierra como...*

—Esperen aquí —les dice el gorila de tres metros al que Trespalacios le ha enseñado la placa mientras le comunicaba su deseo de hablar con alguna de las propietarias.

La segunda planta es más o menos igual que la anterior, se diferencian en que aquí sí han instalado una larga bancada que recorre la pared, en la que no quedan ni tres centímetros libres, y en que son varias las pantallas de televisor, siempre de la misma marca y tamaño, distribuidas por la enorme estancia. En la más próxima, un muerto vivo con la cabeza y los brazos apresados en un cepo medieval, es sodomizado por un tipo que lleva puesto un disfraz de policía.

—Es clavado a un monitor que tuve en la academia.

Cuando el teniente se vuelve para comprobar la causa de que su compañera no le conteste, la encuentra ensimismada en una bellísima gitana de edad indeterminable, con un ojo cubierto por un parche ilustrado con una estampita de la virgen de los Reyes y un cajón de tabaco colgado al cuello. La tuerta perfora a la detective con su único ojo, mostrando la más intensa mirada de odio que Trespalacios haya visto en su vida. Cuando advierte que él ha reparado en ella, se va.

—¿De qué la conoces? —Le pregunta a Artizar.

—Amistades carcelarias —intentando no parecer afectada.

—¿Qué pasó?

En ese momento aparece el matón de tres metros que les hace una señal.

A paso rápido, los conduce hasta el extremo de la barra, los hace pasar al interior y desde allí, a través de unas puertas batientes, a un pasillo estrecho y largo que desemboca en otra puerta más.

El despacho de las propietarias del burdel no es muy grande ni su decoración muy cara o distinguida; hay dos escritorios sin ningún aparataje informático y como única concesión al lujo, un televisor extraplano, idéntico a todos los que Rafael Trespalacios se ha ido encontrando durante el día, sintonizando un canal de cocina en lengua francesa.

—Pase, teniente, pase.

Le pide una de ellas sin levantarse de su sillón tras la mesa; su compañera o tal vez su hermana —las dos tienen alrededor de sesenta, teñido de peluquería, pintura discreta y ropa formal de salir con la que podrían asistir a misa en la catedral cualquier domingo por la mañana— lo observa, con un punto más de malevolencia, de pie junto a la otra.

Antes de ser movilizado, pertenecía a una cuadrilla de policías que se dedicaba a extorsionar locales como este por toda la ciudad; en esa época tuvo oportunidad de conocerlas y de hacer las peores migas con ellas.

Ahora se queda de pie, junto a la detective, esperando inútilmente a que los inviten a ocupar las sillas dispuestas ante la mesa.

—He sabido lo de su herida —abre la que guarda asiento, señalándole la frente—

y que ha estado fuera un tiempo. Espero que le hayan informado sus compañeros. Seguimos estando obligadas a pagar sobornos, pero ya no lo hacemos a los chiquichancas como usted —la presencia del escolta gigante refuerza las palabras de la buena señora.

—No vengo por eso, no se preocupe. Necesito información. Estoy buscando al tipo que les proporciona esos televisores. Si me dice dónde localizarle, dejaré de molestarlas enseguida.

—¿Está hablando en serio? —Interviene por primera vez la que permanece en pie.

—Completamente.

—Lárguese de mi casa.

—Mire —después de respirar hondo—, ese sujeto es sospechoso de haber ahogado a su propio hijo, un niño de ocho años.

Se queda mirándolas pero al momento comprende que la argucia que conmovió al transexual del bar *Negativo* no va a servirle de nada con aquellas mujeres.

—Teniente, no nos haga perder más tiempo —la que está sentada utiliza un tono menos afilado.

Entonces Trespalcios coge una de las sillas, la acerca mucho al escritorio, se sienta en ella y se inclina hacia delante como si quisiera confesarle algo.

—Mire, no voy detrás de un chorizo. Me han metido en un embolado de máxima prioridad. Tan gorda es la cosa que, si se niega a colaborar conmigo, vendré dentro de par de horas con mis colegas y le quemaré el chiringuito con todas sus putas dentro, y los gerifaltes de la pasma que cree usted que la protegen solo me dirán que por qué he tardado tanto en hacerlo —se saca el teléfono móvil y lo deja caer delante de ella—. Llame a sus enchufes si no me cree.

Las dos mujeres se miran brevemente por primera vez; no necesitan hablar.

—El señor Osma se abastece de alcohol, tabaco y electrodomésticos en el Campamento Epifanía —la que está sentada tuerce un poco el gesto al hablar, pero no le da mayor importancia; es una mujer de negocios y lo aconsejable ahora es cooperar con las autoridades.

—En ese asentamiento hay casi dos millones de personas. ¿No saben ustedes nada más? ¿Algún contacto que tenga por allí?

—Sus contactos serán las gentes de puerto. Tengo entendido que forman una especie de gueto dentro del gueto. Osma ha estado embarcado gran parte de su vida y son sus antiguos compañeros quienes le proporcionan el género.

El *marinero*.

Trespalcios y Artizar caen inmediatamente en la cuenta de que era así como, según el secretario del cardenal, llamaban al asesino en serie onubense.

El teniente se pone en pie y, seguido por su compañera, se dispone a marcharse de allí sin despedirse, pero a los pocos pasos se detiene y se vuelve:

—Ese tipo... ¿No sabrán ustedes si vivió en Huelva, verdad?

—Presume de haber nacido allí.

—Otra cosa —ahora es la detective quien habla para exasperación de las dueñas del prostíbulo—, ¿no hay otro sitio más discreto para salir de aquí?

—¿Hay algún problema? —La que sigue de pie.

—Puede ser. Y seguro que a ustedes les hace tan poca gracia un jaleo como a mí.

A la otra, después de pensarlo un instante, le basta una mirada y el guardaespaldas de tres metros se hace cargo de ellos, los conduce en dirección contraria al pasillo por el que han llegado e introduce una llave en la pared para abrir una puerta que en realidad es la de un ascensor privado.

El chapero se emplea a fondo en su trabajo, no tiene prisa, a la escasa luz de una lejana farola, le chupa la polla con sus labios cubiertos de pústulas como si no fuera a comer otra cosa en lo que le queda de mes.

Pero de pronto, al médium se le ocurre otra idea para redondear el desenlace de aquella escena.

Le apoya los dedos en las mejillas como si lo quisiera animar con un gesto cariñoso y transforma las caricias en garras que se hunden profundamente hasta traerse mientras más piel, sangre y carne enferma del muchacho que mira asombrado, mejor.

—¿Qué te he hecho, cabrón? Eres un puto cabrón...

No lo deja seguir el médium que le apoya en la garganta el punzón de zapatero que ya tenía preparado y lo mantiene, presionando lo justo para cortarle el torrente de palabras; para terminar de callarle, se saca un puñado de billetes del bolsillo, y otro. Y otro más. Se los va arrojando a la cara hasta que cambia la expresión del chico.

El polígono industrial sigue silencioso y ciego, inundado de noche.

No retira la lezna mientras mira al muchacho, que ha empezado a llorar al tiempo que se traga el ataque y las palabras.

El médium intenta explicarse la razón de haber considerado más excitante contagiar al chapero del mal de los muertos que los llevará a ambos en un viaje de ida y vuelta a la tumba que haberle permitido que concluyera el servicio, pero por ahora no lo consigue.

Cuando el ascensor llega a la planta baja, el matón abre una puerta que los deja en un callejón con el piso de tierra en la parte de atrás del burdel, los mira sonriente desde la cima de sus tres metros y atrae la puerta hacia sí.

Al cerrarse, se acaba la única fuente de luz y por un momento, hasta que Artizar enciende un mechero de plástico, ambos pierden casi por completo la visión y comprenden la sonrisa del escolta; las alternativas son tirar hacia la nada por la derecha o en busca del brillo de unos coches aparcados a la izquierda, que es la que terminan siguiendo.

—Marinero y onubense —comenta Artizar—. Al final, la teoría del capullo del secretario del cardenal va cobrando cuerpo. Lo que no sabemos es que vínculo puede tener con el juez que se han cargado en San Nicodemo.

—El padre del niño ahogado...

—Osma.

—... eso, Osma, fue condenado por maltratar a su hijo. Lo primero que haré por la mañana es cotejar el nombre del juez, por si fue él quien lo juzgó. Si es el mismo, la cosa está clara. Pero eso será mañana. Hoy ya no puedo hacer nada.

—También tendremos que ir al Campamento Epifanía.

—¿Tendremos?

—Hombre...

—¡Coño!

Han llegado a una pequeña explanada, que debe ser donde estacionan sus vehículos los empleados de Isla Tortuga, pero está completamente rodeada de una verja de alambre. Ni una sola salida.

Alternativa equivocada.

Deben abandonar el islote de luz que han encontrado y volver a adentrarse en la oscuridad en su camino de vuelta para salir por el otro extremo.

—Mira —Trespalacios—, no tengo que decirte que preferiría tenerte a ti de compañera que a algún hijo de puta como el sargento Bonifacia, pero si sigo llevándote conmigo, tarde o temprano...

Ni siquiera se dan cuenta de que se extingue la llama del encendedor, dejándoles en una negrura que les ahoga.

Lo que se les ha echado encima puede proceder de arriba, de abajo o de cualquier otro sitio.

Al teniente solamente lo derriba, pero se ha fundido con la detective en una masa de sombras que se revuelcan por el suelo emitiendo furiosos gemidos. A la oscuridad se suma la nube de tierra y polvo que empieza a notarse en los ojos y la garganta.

—¡Quítamelo de encima! —Grita Artizar—. ¡Quítamelo ya de encima!

Lo primero que hace el policía es gatear hasta separarse al menos un par de metros de un peligro que no logra identificar, contento de que no haya sido a él a

quién haya elegido. Después saca la pistola, más para tranquilizarse que para usarla: si dispara contra el bulto del que apenas empieza a distinguir la silueta, hay tantas posibilidades de que alcance a Artizar, que ha dejado de pedir ayuda para concentrarse en la lucha, como al atacante.

No lleva cerillas y sería absurdo intentar recuperar el mechero, pero la pistola puede servir para algo más que disparar.

Mientras se acerca con mucho cuidado comienza a hacer fuego hacia el cielo hasta vislumbrar a una figura de mujer sentada sobre la detective haciendo lo posible por comérsela, mientras que esta la contiene precariamente.

Atraída por los destellos, el monstruo con forma de mujer ha vuelto el rostro por un momento y el teniente ha tenido tiempo de reconocer a la gitana del parche con la virgen de los Reyes en el ojo que, después de difunta y resucitada, sigue mostrando la misma intensidad en su mirada.

No se atreve a dispararle porque mantiene la cabeza muy cerca de la detective, que sigue intentando apartarla con todas sus fuerzas, pero sí lanza una patada al azar, confiando en alcanzar el cuerpo adecuado.

Por un momento la lucha se detiene.

No tiene más remedio que volver a disparar para ver qué es lo que ocurre. Ha agotado ya doce balas del cargador de quince.

Al fulgor, logra ver a Artizar, tendida en el suelo, sola, mirando angustiosamente a su alrededor.

Y enseguida, algunas estrellas que se escapan de las nubes.

Apenas ha sentido como lo derribaba.

Solo percibe a la muerta reptando rápidamente por encima de él, buscándole una porción de carne al descubierto para arrancársela, para meterse dentro de él. El sudor le cubre todo el cuerpo, la tierra penetra en sus ojos, que debe mantener completamente abiertos para intentar traspasar la oscuridad. Saber que al más mínimo arañazo estará perdido para siempre le hace desear gritar y salir corriendo y suplicarle al Dios en que no cree que lo saque de allí. Y no ve nada. Y el bicho humano sigue encima de él.

La luz se hace dos veces.

La detective ha encontrado en sus bolsillos un segundo mechero y casi en el mismo gesto le ha arrancado a la no viva de encima de una patada. El segundo resplandor procede de su arma, con la que, ininterrumpidamente, le introduce siete balas en la cabeza.

Después, lentamente, se deja caer de rodillas junto al policía con el encendedor en una mano y guardando la pistola con la otra.

Los dos se tocan lentamente, para comprobar si aquella fiera ha logrado hacerles algún rasguño.

Nadie ha resultado herido a pesar del tiroteo. En este mundo liquidado, nada debe importarte nada a no ser que vaya contigo.

—¿Crees que se lo ha hecho ella misma para convertirse y acabar contigo? —
Pregunta Trespacios, señalando la garganta cortada de la tuerta.

La detective no responde.

Una gran laxitud paraliza todos sus nervios.

Entonces, otro ruido.

Pasos arrastrados por el suelo de tierra.

El policía y la detective, se ponen en pie, empuñan las pistolas, se olvidan de respirar, la adrenalina otra vez al cien por cien.

Lo que aparece a la llama del mechero es un muchacho con los vaqueros muy apretados y la cazadora abierta; por la zona, probablemente un chapero. Lleva profundas heridas en la cara y suda de forma profusa, como si hubiera estado corriendo o como si alguna infección hubiera debutado con una altísima fiebre. No representa ningún peligro de momento, sigue más o menos vivo.

Hasta que Chokos no llama al despacho de su jefe por tercera vez no repara en la línea de luz que sale por debajo de la puerta.

A esta hora de la madrugada, la *Sala de Comunicaciones* de la primera planta, desde la que coordinan los servicios de los amortajadores, sigue en permanente ebullición; pero el despacho del supervisor está en la zona administrativa del ayuntamiento, en el segundo piso, y aquí todos se han marchado a casa.

Piensa en marcharse, pero se juega demasiado; no puede marcharse tranquilamente a casa sabiendo que su superior se había reunido esa tarde con un policía por la acusación de la que había sido objeto.

Tenía que saber hasta dónde llegaría la denuncia. El sobre rotulado con la palabra *Canaán* podía acarrearle más problemas de los que pensaba.

Al final gira el picaporte, abre la puerta y lo suelta como si estuviera al rojo vivo. Saca un pañuelo, limpia sus huellas, entra y cierra detrás de sí. Después se enfunda los guantes que lleva en cinturón.

Por suerte nadie lo ha visto llegar.

Hasta entonces no se permite una segunda mirada al cuerpo derribado sobre el escritorio con la pistola en la mano. El tipejo al que se veía obligado a llamar jefe. Un chico de veintitantos, cara de dibujo animado, rechoncho y con grandes entradas, que no llegaría al metro sesenta y cinco. Un figurín.

Con el agujero de entrada en la sien izquierda y el bolígrafo, en la mesa, a la altura de la mano derecha.

El chapucero que lo ha asesinado no ha perdido ni un minuto en componer un suicidio mínimamente creíble. Puede ser un estúpido.

O puede estar completamente seguro de que no se va a realizar ninguna investigación.

Chokos se coloca detrás del cuerpo y, pasando los brazos por encima de él, teclea en el ordenador durante unos minutos sin encontrar lo que busca; ni un solo rastro de la reclamación que le han interpuesto por apropiación indebida. Conoce bien los procedimientos, debería haber un archivo conteniendo la incidencia.

A no ser que alguien la haya suprimido. A no ser que suprimirla haya sido el motivo del asesinato.

Se queda mirando el cadáver del retaco que tanto lo ha puteado; solo el recuerdo de las pruebas de ADN le impide escupirle en la cara.

Tampoco hay huellas del policía que debía venir esta tarde.

A no ser.

Hace meses que los *recolectores* no mantienen ningún contacto con la comunidad de la calle Virgen de la Fuensanta; ni sus compañeros soportan sus capotes de piel muerta, su olor y sus ademanes que cada vez se asemejan más a los de los *resucitados*, ni ellos se sienten ya cómodos entre otros humanos.

Se limitan a dejar en la azotea de siempre las provisiones que han rapiñado por el *Sudario* y volver a sus correrías después de observar un rato las casas donde viven el resto de los miembros del grupo de refugiados, el último contacto que pueden permitirse, desde allá arriba.

Pero esta noche los demás fugitivos no están encerrados en sus pisos. Se encuentran todos en la calle, los hombres y mujeres a los que con tanto riesgo y esfuerzo han ayudado a sobrevivir desde que eligieron quedarse en la zona dominada por los *resucitados*. Todos alineados junto a una tapia, todos muertos.

Desde el borde de la azotea pueden ver como los han rematado de un disparo en la cabeza para que no vuelvan a levantarse. Después de todo este tiempo de desesperada supervivencia, no han sido los muertos vivos los que los han asesinado, sino seres normales, como ellos, los mismos de los que pretendían alejarse para siempre.

Desde aquella altura, los tres recolectores pueden ver a innumerables rebaños de despojos deambulando en su búsqueda eterna de seres vivos a los que destruir y, más allá del río, a lo que queda de ciudad no infectada, la gente de la que al fin y al cabo deben esperar la peor barbarie. No tardarán en llegar a la conclusión de que no tiene sentido que sigan separados unos de otros.

La Guardería Nocturna Infanta Leonor, en la avenida Luis Montoto, es la única de toda la ciudad que acoge a los niños desde las ocho de la tarde; a eso de las diez, todas las madres que trabajan en turno de noche han dejado ya a sus hijos. Y a esta hora de la madrugada, cuando el médium golpea la puerta, hace ya mucho que todos duermen en el interior.

Tarda en aparecer el portero, un sexagenario que cruza el jardín delantero como si una espesísima bruma le impidiera ver donde pone los pies.

—Vengo a recoger a Antoñito Dueñas —informa el médium, adusto, sin darle tiempo a llegar a la puerta.

—Pero a esta hora...

—Su madre, que ha sufrido una desgracia. Yo soy tío suyo.

—El nombre no me suena. Además, nosotros no podemos dejar salir a ninguna criatura sin autorización.

—Yo estoy autorizado. Compruebe usted la ficha.

—Vamos, vamos.

Sigue sin despertarse el anciano mientras le abre la puerta de la verja, la vuelve a cerrar y lo guía hacia la vieja casa reconvertida en colegio en completo silencio.

Excepto una lámpara incrustada en la pared a la altura de las rodillas, el vestíbulo está en penumbra; no se escucha un ruido en toda la casa.

—Haga usted el favor de esperar mientras aviso a la directora —el portero.

—Siento todo esto —muy afectado.

—Nada, hombre, nada. Para eso estamos.

En lo que se interpreta como un gesto amistoso, el médium le coloca la mano en el pecho, tantea dos dedos por debajo del esternón y le clava el punzón hasta el mango de un solo golpe.

—Anselmo, ¿pasa algo?

Extrae la herramienta del viejo mientras cae y, sin limpiarla, sale tranquilamente al encuentro de la voz femenina.

La encuentra a mitad del oscuro pasillo.

—¿Quién es usted? —Una chica joven y asustada con un jersey de cuello alto bajo la bata rosada.

—Soy un hermano de Anselmo —para darse tiempo a llegar hasta ella. Y cubrirle la boca con una mano. Y clavarle la lezna en el vientre con la otra—. Dime dónde está la directora.

—...

—Dímelo —le separa la mano de los labios; ha sacado el punzón lleno de sangre y se lo está enseñando.

—En su despacho.

—¿La habitación que está detrás de la sala de los niños?

—Sí.

—Adiós.

Después de volver a clavar la lezna, esta vez en el cuello, sigue su camino.

No necesita preguntar si hay algún adulto más, como no necesita preguntar cómo están distribuidas las piezas del caserón que fue de su abuelo antes de que se viera obligado a venderlo, cuando su profesión de zapatero a medida comenzó a decaer; por eso había decidido que sería aquel lugar donde crearía el pánico que necesitaban para salir de la ciudad.

Sin apenas mirarlos, cruza el largo dormitorio lleno de camas y de cunas, de juguetes, de orinales, de estúpidos dibujos en las paredes, de desperdicios y de niños.

La directora, una mujer de unos treinta que duerme en un sofá cama junto a su escritorio, ni siquiera advierte su presencia y él no quiere molestarla: sin moverla, le hunde el pincho en la espalda, y repite el golpe tres veces más para cerciorarse de que ha acertado en el corazón.

Ya casi ha terminado.

Vuelve a salir y entra en la cocina. No se permite compararla con la de su abuela ni recordar las largas horas que pasaba allí.

La puerta del sótano sigue donde siempre, solo que ahora, al bajar los escalones, en vez de los utensilios de la zapatería, se encuentra con un almacén de pañales, juguetes, cunas rotas y otros cachivaches que no se molesta en identificar.

Al fondo continúa la puerta metálica y la vieja llave de hierro sigue abriendo perfectamente la antiquísima cerradura.

En un momento se encuentra dentro de un cuarto de baño vacío, en el sótano del Albergue Leopoldo María Panero.

Se asegura de dejar la puerta bien abierta y retrocede hacia la guardería. Cuando se marche, deben quedar cerradas todas las salidas del caserón menos esa.

—Me dijiste que volviera por aquí. Por si te acordabas de algo. —Artizar clavada en la puerta, con el pelo, la cazadora y los pantalones llenos de tierra después de la pelea con la resucitada, se alegra de que el ex monaguillo no pueda verla.

—Pasa —la invita; aunque sean las tantas de la madrugada, se mantiene completamente despierto.

Enciende una luz de muy baja intensidad y deja que lo siga.

Sigue sonando Sarah McLachlan en el reproductor secreto y sigue sin haber nada sobre la mesa ante la que vuelve a sentarse, como si en todas estas horas no hubiera hecho otra cosa que esperarla.

Ella se quita la chamarreta y la deja caer al suelo; después, muy cansada, se sienta a su lado. Podría quedarse allí mucho tiempo sin hablar. Cuando al fin se decide, el tema no tiene nada que ver con el que había planeado.

—¿Mi marido la traía aquí? A la niña. —Muchas veces había dado gracias por no saber los detalles de lo que aquellos hombres hacían con su hija. Con toda seguridad, lo que no podía evitar imaginar era mucho más atroz, hicieran lo que hicieran.

—No —vuelve la cabeza hacia ella y la detective tiene la certeza de que no solo puede ver la suciedad que ha contraído en la lucha sino otras suciedades mucho más antiguas.

—... —Respira, aliviada.

—Aquí no.

—¿Cómo que aquí no?

—La llevaban a la casa de la calle Alemanes, en el centro.

—¿A casa de quién?

—Nuestra. De mi padre adoptivo.

—¿De qué coño estás hablando? Me sé de memoria la instrucción del caso. Nunca salió a relucir que Tristán tuviera más casa que esta.

—Es verdad, nunca salió a relucir. Es que se trata de una casa invisible. Para todos, excepto para mí.

La mujer se queda en silencio, más asustada que enfurecida, sin atreverse a empezar a pensar en lo que puede suponer aquel descubrimiento.

Cuando reacciona se le atropellan las palabras, los gestos.

—¿Tienes la llave? Dame la dirección exacta.

—Tienes que tranquilizarte —el chico parece mucho más viejo que ella y quizás un punto divertido.

—¿Estuviste allí...? —Aferrándole el brazo con fuerza—. ¿Participaste?

Cogerle el brazo de esa forma ha sido su gran error. O no. Pasará mucho tiempo intentando discernirlo.

El ciego se revuelve, la coge por las muñecas y se impulsa hasta que los dos caen al suelo, él encima. Es mucho más fuerte de lo que se podría pensar. En cuanto la

tiene más o menos inmovilizada, le da un cabezazo en el puente de la nariz que la deja en uno o dos niveles más bajos de consciencia. Después, para reanimarla, le muerde el labio inferior hasta que siente como la sangre le corre por la garganta.

—Te voy a machacar la cabeza, hija de puta —le susurra al oído y esta vez es el lóbulo lo que muerde; es posible que se lo haya arrancado.

Hasta ese momento no ha notado que esa presión en el vientre es una erección que ya no va esperar su turno por mucho tiempo.

Allí tendida en la penumbra, tan abajo, junto a los muebles derribados, a una hora que no existe, tan abajo, siente como una sacudida que ha llegado de una vez a los lugares donde torturaban a su hija y donde nunca debió dejarla sola.

También se descubre refregándose contra el cuerpo del hombre pero aún no se ha dado cuenta de que es ella la que está desabrochando los pantalones de los dos.

En cuanto encara el largo pasillo del Hotel Plaza de Armas, Trespalacios divisa la iluminación procedente de la puerta entreabierta de su piso; no es normal que su sobrina la mantenga así y mucho menos las voces y la música que le llegan enseguida.

Entra de una zancada, la pistola por delante.

La luz viene del cuarto de baño, la única habitación del apartamento está en tinieblas. Han desaparecido todos los muebles, los utensilios de cocina, todo. Dos chicas semidesnudas están liadas en un rincón, una le introduce con más esfuerzo que placer lo que parece ser un grifo o una herramienta a la otra. En otro rincón lo observa sin curiosidad un vagabundo que reposa sobre unos cartones con una vieja radio a transistores en las manos y, en la pared más cercana, una pareja de siameses duermen profundamente. A nadie parece importarle su presencia pero el mendigo apaga y esconde la radio, no se la vayan a robar.

El policía llega al baño, donde un tipo con una jeringuilla vacía en la mano se mira hipnotizado la gota de sangre que le resbala lentamente por el brazo.

Ni rastro de su sobrina.

Se siente como si llevara veinte años sin dormir, sucio, obnubilado y muy hartó.

Le enseña la pistola al yonqui y como este no reacciona, lo obliga a levantarse con un par de suaves patadas en la pierna.

Lo acompaña a la habitación y deja que se vaya mientras silba y vuelve a levantar la pistola para que todos puedan verla.

—Fuera —sin alzar la voz.

Las dos chicas del rincón se visten sin mucho cuidado y se van enfurruñadas, llevándose su grifo; al momento, las sigue el indigente cargando los cartones.

La pareja está tardando un poco en espabilarse; tendrán poco más de veinte y se han siamesado hace pocos días; cada vez está más extendida esta nueva moda entre parejas que deciden demostrarse y demostrar públicamente su indivisibilidad pasando por algunos de los múltiples gabinetes donde los carniceros que hasta hace poco se conformaban con colocar *piercings*, ahora han ampliado su negocio cosiendo a la gente entre sí.

Estos van unidos por el dorso de la mano y llevan una especie de poncho en vez de camisa o chaqueta. Cuando se ponen coordinadamente en pie, el teniente tumba a la chica de una patada en la espinilla y le mete a su novio la pistola en la cara.

—¿Quién os ha invitado?

—Un tío... un tío que rula por los multicines —balbucea con la mano que le une a la chica extendida, las suturas en tensión—. No lo conozco. Nos dijo que esto se había quedado vacío.

—¿Conoces a Almena?

—Eh... no. No.

—¿Dónde coño están mis muebles?

—¿Qué muebles? Esto estaba así cuando llegamos.

Poco a poco baja el arma y les hace un gesto para que se marchen.

Cuando lo hacen, comprueba la puerta y por suerte aún puede cerrarse.

Después abre el armario empotrado.

La estancia está vacía y dentro del armario tampoco queda nada. Lo ha perdido absolutamente todo. La ropa, el dinero, todos sus enseres, los recuerdos de toda la vida. Se ha quedado sin nada.

No cesa de pensar en su sobrina, preguntándose dónde puede estar y cómo llegó al *Sudario*, cuándo fue la última vez que la vio antes de hoy. No puede recordar nada.

Se deja caer en el suelo helado, se sube hasta arriba el cuello del chaquetón y ruega por quedarse dormido.

Pero el suelo me conecta con otro suelo, el de un callejón en un barrio tomado por los muertos, es de noche, hace años. El resbalón de la motocicleta donde viajaba me hace terminar de cara al empedrado que quiere tragarme, el subfusil fuera de alcance, completamente vulnerable por un momento en aquel mundo lleno de cadáveres hambrientos donde acabamos de introducirnos. Mi compañero, apenas visible con el uniforme oscuro de camuflaje, se ha levantado unos metros más adelante, cubriéndome. El momento de pánico pasa en cuanto logro ponerme en pie.

Recupero mi arma y sigo.

Como el momento parece tranquilo, nos separamos para cubrir más terreno.

Una tanqueta con otros dos soldados nos sigue unos metros más atrás, incapaz de acceder a aquellas callejas tan llenas de obstáculos que mi compañero y yo no hemos podido recorrer ni con la moto todo terreno que hemos dejado atrás.

Hemos penetrado en zona hostil en persecución de tres chicos a los que acabamos de perder de vista hace unos minutos. Los tres llevan pasamontañas rojos con motivos navideños. Me pone muy nervioso la gente con la cara tapada, nunca estás seguro de en qué momento van a convertirse en algo peor que seres vivos.

Las callejuelas son corredores negros inundados de basura en uno de los sectores más cuajados de monstruos que he visto en mi vida, lo extraño es que no haya ninguno al acecho en aquel momento.

No recuerdo qué es lo que hicieron exactamente los chicos, pero no tengo ninguna duda de que ha merecido la pena seguirlos hasta aquí; tengo la misma certeza de que voy a morir en pocos minutos, porque ya me he visto hacerlo otras muchas veces y aún así seguiría entrando detrás de ellos las veces que fueran necesarias.

Chokos camina despacio por la Gran Plaza en dirección a su casa, el peso del macuto que lleva en bandolera —deja el uniforme lleno de gérmenes en el ayuntamiento cuando termina el servicio, pero nunca sus armas— se une al de todos los acontecimientos del día para aplastarle contra la acera.

Tiene ya a la vista la ventana de su dormitorio, en un segundo piso, y va contando los metros que le separa de la cama cuando ve la chispa, la esquirla de luz.

Ha sido apenas una décima, tan breve que no puede estar del todo seguro de haberlo visto.

Como si alguien estuviera moviendo una pequeña linterna para orientarse por el interior de su vivienda.

Se queda inmóvil ante la ventana, con las manos hundidas en el chaquetón de cuero.

Pero el centelleo no se vuelve a repetir.

Cuando se cansa de esperar, se acerca a la cuba de una obra, selecciona un fragmento de ladrillo y lo arroja contra el vidrio de su habitación para hacerlo saltar en pedazos.

El resplandor se vuelve a repetir, tembloroso esta vez, contra la pared y contra el techo; traduciendo la impresión que la pedrada ha debido producirle al portador de la linterna.

Una vieja que lleva una tostadora al hombro sujeta por el cable no puede dejar de reírse ante la escena.

Chokos se quita inmediatamente de en medio.

Ni se plantea enfrentarse a los que le esperan en su casa, ya sobre aviso; necesita tiempo para pensar y comprender qué es lo que está pasando.

Los sonidos que se escuchan en la Guardería Nocturna Infanta Leonor parecen haber estado siempre allí, antes de que la casa fuese, la ciudad, ciudad y los seres, humanos. Son gemidos de gargantas muertas, gruñidos hacia dentro, rechinar de dientes sobre materia orgánica, llantos rotos bruscamente, lamentos mantenidos, el clamor de un odio creciente.

Según ha dispuesto el médium, los tres adultos del colegio han convergido en la enorme habitación de los niños desde las dos únicas entradas. Llevan un rato allí, recorriendo la sala lentamente, ensangrentados, ciegos, torpes. De cama en cama y de niño en niño.

Clavando dientes y garras en la carne que se deshace bajo la ferocidad de un apetito de destrucción que no pueden saciar nunca.

Unos cuantos niños se han reunido en un rincón, importa muy poco que lloren, que llamen a sus padres o que miren con ese profundo desconcierto la función que tiene lugar a su alrededor.

Y hay otros críos, que ya son otra cosa. Que se van levantando pese a sus heridas mortales, se reúnen poco a poco por un instinto gregario nunca explicado y se acercan a sus compañeros del rincón.

Parece guiarlos una niña de unos cinco años con un lazo azul celeste en la coleta rubia, la garganta abierta en un desgarró que casi la traspasa, que avanza directa hacia un chiquillo con rasgos orientales de no más de un año que la ve venir con la boca abierta; es gracioso, porque la niña se le echa encima y se besan como si fueran una pareja que se reencuentra tras una larga separación; es gracioso porque la niña le hunde los dientes y le arranca los labios y sigue masticando encías y paladar en la caricia más intensa que nadie haya recibido.

Han llegado los demás, es la hora de la merienda. Los mocosos hunden sus dentaduras, o sus dedos si aún no las tienen, en la piel rosada, en los suaves rollos de carne, en el pelo de gasa, en las pequeñas caritas que se abren y se contraen y borbotean y quedan casi en nada.

Talco y sangre.

Hay provisiones para rato.

Después, cuando todos se hayan convertido, siempre como el médium ha previsto, necesitarán seguir alimentándose y llegaran a la puerta del sótano que conduce al albergue de indigentes construido en honor de Leopoldo María Panero.

No sonrías, estúpida —le decía su amiga Gora—, si les niegas tu sonrisa a los tíos, venderán a su madre por conseguirla.

Almena se despierta temblando con la primera humedad de la mañana cuando consigue desclavar una de las caderas del trozo de puerta que le ha servido de cama; siente el cuello rígido y quebradizo después de usar como almohada la mochila que le ha robado a Trespalacios y no quiere pensar en los bichos con los que ha compartido la noche.

Sonríe.

Su amiga Gora le llevaba un par de años y ella procuraba escuchar sus consejos. Por encontrarla ha atravesado la ciudad que ya no conoce y se ha quedado a pasar la noche en este edificio en ruinas donde antes vivía; por eso y porque no se le ocurrió otro lugar al que ir.

Durante los meses que ha pasado escondida en el *Sudario* ha llegado a idealizar esta parte de la ciudad, soñando en que tarde o temprano dejarían de buscarla y podría volver a un mundo de abundancia libre de muertos. Pero había regresado de la forma más inesperada e incompresible, para comprobar que aparentemente nadie la perseguía, que él estaba vivo a pesar del disparo en la cabeza, y que la miseria, la suciedad y la destrucción habían alcanzado todo lo que recordaba.

Escucha unas voces que vienen desde las tripas ennegrecidas del edificio. Al momento, como si acabaran de surgir de una puerta interdimensional, aparecen dos mujeres y un hombre; ellas arrastran carritos de la compra y él lleva una tartera en la mano con el aire de dirigirse al trabajo con toda naturalidad. Exactamente igual que si el fin del mundo nunca hubiera llegado. Por la noche habría jurado que aquello estaba abandonado.

—Perdonen —se interpone—, estoy buscando a una chica más o menos de mi edad que vivía aquí, en el tercero, con sus padres. Es amiga mía. Se llama Gora.

—Gorita —la corrige una de las mujeres.

—Se fueron después del incendio —informa la otra.

—¿Saben ustedes dónde?

—Ni idea.

—Me parece que se fueron a vivir con el hermano de la madre de tu amiga, que tenía una frutería en la Puerta La Carne. Me parece, ¿eh? Me parece. Que aquellos días, con la desgracia que se nos vino encima no sabíamos ni dónde teníamos la cabeza.

—Desde luego, por aquí no han vuelto —cierra la menos locuaz.

—¿No sabrían ustedes cómo localizar al hermano? Al frutero. Necesito encontrar a mi amiga.

De pronto, sin motivo manifiesto, las mujeres y el hombre que se ha mantenido en segundo plano, comienza a observarla con total desconfianza; murmuran una

negativa y una excusa y se marchan de allí.

Un día, por arrebatarse el bolso con el método del tirón, su amiga Gora dejó caer contra el borde de la acera a una mujer muy parecida a aquellas; todavía recordaba la sangre y lo que supuso que sería masa encefálica resbalando por la carretera.

Tenía que encontrar a Gora como fuera. Ella se había quedado con todo el oro que habían robado y ese era, en estos momentos, su único pasaporte para salir de allí.

Artizar se embelesa con la imagen grabada en el sucio cristal; se ha acercado a una de las ventanas del piso de la calle Alemanes atraída por una andanada de voces enfurecidas que no puede oír muy bien, pero en cuanto se ha visto la nariz y el labio hinchados, la fea herida en la oreja, se ha olvidado de todo lo demás. No es muy guapa pero tiene un buen cuerpo, un cuerpo de calidad, con una estupenda encarnadura que la hace parecer más joven de sus cuarenta y seis, siempre pudo pasar por una mujer atractiva; aunque nunca había caído en este estado. Se sorprende buscando excusas para cuando le pregunten por las contusiones, como tantas mujeres maltratadas, y piensa en meterle un cargador entero al chico con el que ha pasado la noche y al mismo tiempo teme que por cualquier causa él no quiera volver a abrazarla.

Cuando está a punto de darse la vuelta para romper el poder hipnótico de la ventana, un sonido confuso le hace quedarse; las calles, griseadas por las primeras luces de un día nublado, no dejan ver con claridad lo que parece el inicio de una escaramuza entre dos bandas de indigentes.

No le importa distraerse con ellos o consigo misma porque en el fondo lo que no quiere es enfrentarse a la madriguera del demente al que su marido llamaba *confesor*.

Apenas ha dormido media hora seguida y, cuando ya estaba a punto de buscar la aguja y la papelina de caballo para cortocircuitarse, ha recibido una llamada del padre Saliente para que se pase por la Archidiócesis; es fácil que quiera encomendarle algo que tiña aquella investigación de un color todavía más indefinible y sucio. La iglesia siempre pendiente de nosotros.

Le da la espalda a los insultos del exterior y vuelve a encontrarse con el piso vacío.

Ni un cuadro, ni un mueble, ni una huella en el polvo de la solería, ni una colección de cuchillos oxidados, ni el esqueleto decapitado de un recién nacido, nada. Como si aquel psicópata, al igual que los faraones, se hubiera llevado consigo todo su terrorífico ajuar para proseguir con sus asquerosos usos en sus siguientes vidas.

Aquella nada le resulta mucho más sobrecogedora que la presencia más siniestra.

Su marido es un recuerdo sin forma pero puede ver perfectamente a su hija arrastrándose por aquellas baldosas.

Allí se ha podido hacer cualquier cosa, lo peor; allí, lo que se había mantenido en el territorio de lo inimaginable, se puede ver y tocar.

Fuera, las voces, se aproximan o cobran agresividad o las dos cosas. Deberá tener cuidado al salir.

En esta vida de muertos, la menor gresca puede convertirse en una oleada de monstruos desesperados por llevarte con ellos a su mundo de hambre y merodeo interminable.

Tiene que haber alguna huella, algún indicio de lo que hicieron.

Solo a través de extraordinarias precauciones han podido lograr que la policía no descubriera este lugar, pero hasta ahora no ha podido encontrar nada. Lo único que se le ocurre es volver a casa del ex monaguillo ciego y presionarle para que la guíe, para que le cuente la barbarie que tuvo lugar aquí. No se engaña, sabe que eso es también un subterfugio para verlo de nuevo.

Unos vehículos estacionan ruidosamente en el exterior, apagando la trifulca de los pordioseros.

Antes de venir la detective se ha pasado por su casa para ducharse y arreglarse lo imprescindible; no hace una hora que ha amanecido y ya apesta a ginebra barata.

La primera ráfaga parece proceder de la cocina.

No se fía de que alguna bala perdida entre a través de las ventanas situadas al nivel de las aceras, así que se deja caer al suelo. La impresionante silueta de un miembro de las Brigadas de Contención con el arma en la mano apaga el vidrio durante unas décimas de segundo.

Después, otra vez el sonido de su HK-G36 y los gritos de otro mendigo.

Lo que suena ahora es el móvil de Artizar, que le produce un sobresalto mayor que los disparos.

Hace un buen rato que está intentando amanecer cuando Trespalacios sube al coche. Se siente como si regresara a casa después de una larga y penosa jornada de trabajo.

No ha dormido ni tres horas, ha salido a comprarle algo de ropa a un chino que guarda en casa el género de contrabando, se ha dado una larga ducha para quitarse la porquería que contrajo con la *resucitada* de la noche anterior y ha vuelto a salir a tiempo de que lo alcance el aguacero. Con la lluvia todo es más difícil, más grave, más duro; la lluvia se lleva lo últimos restos de buena suerte.

Necesita volver a la comisaría y sentarse con el coronel para hacer un recuento completo de los descubrimientos del día de ayer, hablar del *marinero*, del padre del niño ahogado, de Canaán, intentar poner un poco de orden en todo aquello y decidir los próximos pasos.

Pero suena el teléfono móvil.

—... ¿Teniente?

—... Sí.

—... Soy el sargento Bonifacia, Marán me ha pedido que le llame.

—... Dime.

—... Se ha producido un nuevo asesinato en una iglesia. En la capilla del Cristo del Mediodía, en la plaza del Salvador.

—... ¿Cómo ha sido?

—... Una mujer. Se ha atragantado. La han atragantado más bien.

Con pan.

—... ¿Le han grabado algo?

—... ¿Cómo?

—... Que si le han grabado algo a punta de cuchillo. Canaán.

—... Creo que no.

Chokos es consciente de que está haciendo lo menos aconsejable.

Cualquier representante de los cuerpos de seguridad sabe que si un ciudadano presenta cargos en su contra, lo último que debe hacer es llevar a cabo ninguna aproximación que le sirva al otro para añadir las agravantes de coacción o acoso a la denuncia. Pero visitar al tipo de Felipe II que lo denunció por apropiarse de las pertenencias de uno de los *amortajados* es el único hilo que une la muerte de su jefe y la invasión de su piso la noche anterior y tiene que intentar hablar con él, usar toda su persuasión para sacar algo en claro.

Llama al timbre de la puerta y se queda allí plantado, muy modoso, con los brazos a la espalda, como si nunca hubiera roto un plato.

Ha pasado la noche en una pensión cochambrosa, no se atreve a volver a su casa ni al ayuntamiento. En todos estos años ha salido de toda clase de conflictos huyendo de todas las formas posibles, pero esta vez debe hacerlo hacia adelante.

Como no le abren, golpea la puerta esta vez; con un par de toques suaves, la hoja se desplaza suavemente hacia adentro.

Aquello no le gusta.

Recuerda al propietario del piso, el hijo del anciano que le tocó *amortajar*, un fulano entre los treinta y los cuarenta, el pelo largo y una camiseta con una leyenda que no logró entender: *Monteverde piensa por mí*.

Extrae la Smith & Wesson 625 de la funda de la cintura, abre la cartera que lleva en bandolera y deja caer el revólver en uno de los bolsillos laterales de los que a partir de ahora no sacará la mano.

Cuando entra en el piso tiene la sensación de que está cerrando cualquier posibilidad de salir indemne de aquella maquinación.

El piso está atiborrado de libros en multitud de estanterías metálicas, sobre los muebles, amontonados en el suelo; mucho ejemplar tamaño bolsillo, un gran número de títulos en francés, autores desconocidos, hace mucho tiempo que a Chokos no le interesa aquella clase de material.

Lo encuentra enseguida, en la cocina.

Lleva demasiados años metidos en estos tinglados para creérselo.

Restos de coca en el suelo.

La *corbata colombiana*.

Le han practicado una profunda incisión en el cuello y han extraído por ella la lengua del sujeto para dejarla colgando como si de tratara de la clase de corbata que te regalaría el demonio en el día de tu santo.

Después le han hundido un estilete o un punzón en la sien para que no vuelva a levantarse después de muerto.

Muy fullero y muy asqueroso.

Muy falso.

Tanto la cocaína como la herida del cuello pretendían dirigir la mirada de la policía hacía un posible ajuste de cuentas entre narco-traficantes, pero Chokos no tiene la menor duda de que todo aquello no era más que un burdo montaje. Aquel tipo vivía entre libros y para los libros; además, según afirmaba en la camiseta que aún llevaba puesta, contaba con un tal Monteverde para que pensara por él.

Esta vez, quizás por primera vez en su vida, Chokos se encuentra del otro lado. Siempre ha sido el que chantajeaba a los necios, el que sisaba a los distraídos, el que se follaba a las aleladas, el que asesinaba a los incautos como última opción; pero ahora, desde que robó el primer sobre, se ha colado en una trampa de enormes proporciones que se lo puede llevar fácilmente por delante.

Aquello no era más que otro episodio del asunto Canaán y, aunque seguía sin entender ni una palabra, lo mejor era borrar las huellas y salir de allí lo antes posible.

La capilla del Cristo del Mediodía está perfectamente incrustada entre los viejos edificios de la plaza del Salvador, invisible, tan bien engarzada que, si alguna vez se demoliera, las construcciones de alrededor no tardarían en seguir su camino; la iglesia siempre se ha guardado las espaldas. Lo único que Trespalcios sabe de ella es que se trata de la capilla privada más grande y antigua de la ciudad.

Mientras aparca junto a un patrullero vacío y cruza la calle con su chaquetón militar de segunda mano, sabe que no va a extrañarse de lo que encuentre, sea lo que sea, en un lugar así.

El sargento Bonifacia, muy suficiente y altivo en su papel de hoy, cambia impresiones con un señoritingo de los que ya no se ven, el pelo fijado hacia atrás y un batín con un escudo en el pecho —seguro que el dueño del templo—, obligado a dejar su casa de forma intempestiva para hacerse cargo del problema, mientras los dos agentes uniformados les hacen respetuosamente los coros.

Una vez más, solo Artizar observa detenidamente el cadáver.

El teniente se salta a Bonifacia y al propietario de la capilla, mira distraídamente a la detective y comienza a agacharse junto al cadáver; pero repara en algo con retraso y se levanta y se vuelve hacia la mujer.

—¿Qué te ha pasado? —Mirándole fijamente la nariz hinchada, el corte en el labio, el esparadrapo de la oreja.

—Quise ponerme una de esas mascarillas que se ponen las tías finas, pero ya sabes que soy una patosa —en voz muy baja y muy triste.

—... —Le dan ganas de preguntarle quién le ha hecho aquello para ir a verlo y reventarlo a patadas pero recuerda a tiempo que no le importa nada lo que le ocurra, ni a ella ni a nadie.

—Estoy bien.

Vuelve a inclinarse sobre la mujer asesinada.

Sin importarle en lo más mínimo alterar la escena del crimen, la coge por los hombros hasta colocarla boca arriba. Tiene que separarse un poco, no soporta tanta proximidad; a pesar de todos los horrores con los que ha convivido en los últimos años, lo que ve le afecta en algún sitio hasta donde los otros espantos no suelen abrirse paso.

Han evitado que vuelva después de muerta golpeándole el parietal con algún objeto romo, pero eso es lo de menos.

La mataron atestándola de pan, introduciéndole una cantidad ingente de un pan blanco y fresco que aún le asoma por la boca entreabierta.

El teniente no puede evitar que le afecte un método tan simple, tan elemental, tan sacrílego, tan cotidiano, tan maternal.

Es una mujer de unos cuarenta y pocos, bien vestida, a lo mejor guapa hasta hace unas horas.

Cuando Trespalacios comienza a desabrocharle los botones de la camisa para comprobar si le han tatuado la misma palabra que a los otros dos cadáveres, alguien entra en la iglesia; el detective se vuelve lo suficiente para ver llegar a un militar, que camina firme mientras se muerde el interior de las mejillas, flanqueado por dos policías; Bonifacia sale a su encuentro y él sigue con lo suyo.

Ni rastro de palabras marcadas al abrirle la camisa, así que saca la navaja y le corta el sujetador entre las dos copas que tampoco esconden nada. Empieza a girar el cuerpo al mismo tiempo que escucha los gritos a su espalda. Pero la mujer se le escurre entre las manos y uno de los brazos golpea pesadamente contra el suelo. Artizar, que ha adivinado lo que busca, se arrodilla al otro lado y lo ayuda a ponerla de boca abajo; le quitan la camisa, los restos de sujetador, nada.

El siguiente paso es volver a ponerla en decúbito supino para quitarle los pantalones.

—¿Quiere quitarle las manos de encima a mi hija? —La voz del militar que se acerca pisando duro.

—Teniente, el capitán es el padre de la... víctima. —Bonifacia, servil, intentando ponerse a su paso.

—Acompañele fuera y dígame que me reuniré con él en cuanto termine de examinar el cuerpo —con ayuda de la detective, está a punto de quitarle del todo los pantalones vaqueros.

—¡Teniente, como oficial de mayor graduación, le ordeno que se detenga inmediatamente! —Un tipo de algo más que sesenta, calvo y de barba bien recortada, lo que durante dos o tres décadas ha sido una nueva clase militar en este país que cada vez se parece más a la precedente.

El titular de la capilla acerca su mirada de desprecio en solidaridad con el militar.

Bonifacia, en cambio, guarda su distancia de seguridad; ha sobrevivido a tantos años de profesión manteniéndose al margen de líos de oficiales. Los uniformados, lo imitan para aprender el oficio.

—... —Trespalacios no le responde; mientras Artizar termina de quitarle los pantalones, agarra firmemente las bragas de la mujer y se las baja de un tirón. Lo que ve no es lo que busca, o al menos no lo que busca en aquel momento.

Le basta mirar a la detective para que esta sepa cuál debe ser el siguiente movimiento.

Entre los dos vuelven a girar el cuerpo.

Allí está.

En la nalga izquierda.

Canaán.

No hay prisa por comenzar la jornada en el albergue Leopoldo María Panero, la gente que vive allí no tiene que ir a ningún sitio.

En Bogotá o en Sevilla, a sus ochenta años, Mendoza se sigue despertando empalmado y con la vejiga al doble de su capacidad.

Todavía atontado por el sueño, abandona muerto de frío su cama maldiciendo por el olor que despiden las otras sesenta y tres personas sin techo que comparten la habitación común e intenta orientarse hacia el cuarto de baño.

El asilo consta de tres plantas y hoy le correspondido dormir en la del sótano.

Todos siguen dormidos, los pasillos están desiertos; cuando llega a los servicios, aún medio ciego, se mete en la primera cabina que encuentra abierta. No llega a entrar.

La somnolencia desaparece de golpe.

Se acuerda de las ratas y de la tienda de su hermana.

Una niña, rubita y muerta, de pie sobre el retrete, le apuñala con los ojos.

Su hermana Marjorie, allá en Colombia, invirtió todos sus ahorros en montar un supermercado, pero no contó con las alimañas que esperaban la apertura escondidas en las alcantarillas de enfrente. Un comando de ratas como conejos realizaba continuas incursiones en el establecimiento, con tanta habilidad, que cada mañana se encontraba una buena parte de los productos destruidos o a medio consumir.

Marjorie probó toda clase de venenos con ellas, incluyendo la marca estrella de raticidas en su país, *La última cena*, sin lograr erradicarlas.

Entre sus clientes más frecuentes se encontraba una familia de narcos que llevaban años con la suerte de cara; de hecho no era extraño que Mendoza se encontrara en el almacén del supermercado las uzis o los colts que los vecinos dejaban como fianza de los alimentos que necesitaban hasta que les llegaba el género para su próxima operación.

Una tarde en la que estaban reunidos con sus amigos los narcos en la trastienda tomando un refresco, su hermana entró en su despacho y fue recibida por una rata que se había subido al sillón de su escritorio y puesto en pie sobre dos patas en cuanto la vio entrar, dispuesta a arrojarse hacia ella en cualquier momento para defender su nuevo territorio.

Tal y como la pequeña resucitada lo miraba desde la tapa del retrete, con la suave barbilla cubierta por una sangre reseca y asquerosa que parece tener más años de los que había cumplido.

Todos los que estaban en el supermercado acudieron a los gritos de su hermana. Aquella rata seguía de pie, cada vez más furiosa, indiferente a los ruidos y ademanes que todos hicieron para ahuyentarla, creciendo ante los ojos de todos, primero del tamaño de un conejo, después de un perro, de un caballo...

La rata se volatizó en medio de una formidable vaporización roja.

La sangre llegó hasta el último rincón del despacho y su hermana no dejaba de gritar, esta vez a uno de los vecinos que la miraba acongojado con su Pietro Beretta 9 mm en la mano, mientras Marjorie, que debería limpiar todo aquello, lo acusaba de tener el cerebro hecho gelatina por la coca.

Por fin reacciona la niña muerta, se cae de bruces al intentar bajar de la taza — nadie sabrá nunca por qué se ha subido allí, una buena parte de las conductas de los no vivos permanecen inexplicadas—, y vuelve a levantarse rápidamente para calmar esa hambre que parece haber recordado de pronto.

Pero Mendoza ha tenido tiempo de prepararse. Cuando la muertecita se incorpora ya ha alcanzado el cubo metálico del rincón y la recibe con un golpe demoledor que le hunde medio cráneo.

Lo que no tiene es tiempo de averiguar cómo ha entrado aquella niña en el albergue.

Sigue disfrutando de lo rápido y habilidoso que ha sido eliminándola.

Hasta que no siente el insoportable dolor en el tobillo, no repara en el resto de los pequeños *resucitados* que han invadido los lavabos.

Van fermentado los muertos en el Leopoldo María Panero.

Trespalacios se ha tomado su tiempo y el coronel apenas lo ha interrumpido, no ha dejado de distribuir sus notas con una gruesa estilográfica entre dos blocs tamaño folio, con una letra cada vez más agresiva, escribiendo en uno o en otro según un orden que solo él conoce.

Mientras Artizar se había quedado fuera del despacho, sentada sobre una mesa vacía, las piernas colgando, descarada, bien visible a través de las paredes de cristal.

El teniente ha dejado muy claro que si no fuera gracias a ella, jamás hubieran tenido noticias de ese asesino en serie por motivos religiosos al que los curas denominan el *marinero*, lo que la convierte en la única colaboración seria con la que han contado, ya que Bonifacia y los otros son prácticamente personal de figuración.

En el otro lado estaba Osma.

—¿Sabe usted lo difícil y peligroso que es moverse por el Campamento Epifanía? —Hasta deja la estilográfica el coronel cuando el otro le comunica la necesidad de trasladarse hasta allí para interrogar al padre del niño ahogado en agua bendita.

—Podemos esperar tranquilamente a que vuelva a su casa, si es que vuelve, para hablar con él. A mí me da igual. —Trespalacios se levanta, se quita el chaquetón pero no lo lleva a la percha sino que se lo coloca sobre las piernas, está claro que no desea perder ni un segundo cuando llegue la hora de marcharse.

—Además de que para entrar necesitamos conseguir un salvoconducto del Gobernador Militar.

—Comisario...

—Coronel.

—Coronel. Si quiere dejamos aquí la pista del padre del chaval ahogado, usted manda; de momento no se me ocurre otra línea de actuación, aunque apenas hemos empezado a investigar al juez descalabrado ni a la mujer atragantada. Por lo demás, a mí tampoco me hace ninguna gracia meterme en un asentamiento cerrado a cal y canto con más de dos millones de desplazados muertos de hambre y no sé cuántos focos de infección; aunque ahí, siempre podemos enviar al sargento Bonifacia.

—Eres un cabrón —de eso último no toma nota, pero se queda mirando el bloc con el gesto torcido; no porque se arrepienta del insulto, pero sí del tuteo.

—Otra cosa, la detective Artizar Ansuategui. Ya sé todo lo que me va a decir. Que es una civil, todo. Pero la necesitamos.

El coronel sigue amontonando información sobre el papel y aún quiere más antes de tomar decisiones.

—¿Ha podido averiguar algo de la mujer asesinada esta mañana?

—Nada. Casi nada. Su padre es militar de artillería. Llegó mientras examinaba el cuerpo y se pilló un cabreo del carajo cuando me vio profanándolo. A partir de ahí, casi no nos dijo nada; tampoco la palabra Canaán tiene para él ningún significado. Se trataba de una mujer de cuarenta y dos años, soltera, con un hijo de veinte, cadete en

la Academia General Militar de aquí, de Sevilla; he llamado a la academia, pero el chico lleva dos días de ausencia injustificada. La mujer no trabajaba ni se le conoce ninguna actividad.

—¿Y el juez?

—Tampoco sé apenas nada. Se nos amontonan las víctimas. Ahora me pasaré por el juzgado de primera instancia para informarme.

Lo primero que quiero saber es si fue él quien juzgó a Osma cuando lo denunciaron por maltratar al niño. Ojalá podamos establecer algún vínculo entre las víctimas.

—Ojalá.

El coronel pone un punto que suena a final en sus cuadernos y, manejando la silla de ruedas con tres dedos, se separa de la mesa y se acerca a la ventana para consultar algo en el desorden de las calles.

Tarda en regresar a su escritorio.

—Ojalá —repite para retomar el hilo—, pero mientras logramos hacerlo, tenemos que seguir trabajando con la teoría del asesino en serie por motivos religiosos. Y el hecho de que Osma sea onubense y haya estado embarcado, nos obliga a localizarlo a cualquier precio para verificar si se trata del tal marinero.

—Así que Bonifacia tendrá que ir al Campamento Epifanía.

—No, no será Bonifacia. Intentaré que el Gobierno Militar nos dé su autorización esta misma mañana.

—¿Y ella? Quiero que me acompañe —señalando a Artizar, que los mira aburrida.

—Quíteselo de la cabeza —enroscando la estilográfica—. Elija a cualquier policía, a los que quiera. Pero no voy a comprometer esta comisaría introduciendo a una civil en un agujero... ¿Qué coño pasa ahí?

El teniente vuelve la mirada en la misma dirección de su superior y ve como un inspector y una inspectora escapados de un geriátrico intentan contener a una chica de unos veintitantos años con el pelo teñido de verde, un traje negro de corte masculino y la camisa manchada de sangre fresca en la zona abdominal, muy agitada, que grita algo mientras avanza. Al fin, desesperada, empuja a la anciana policía, que cae y se queda en el suelo gritando también, acariciándose la cadera.

Mientras varios agentes comienzan a rodearla, la muchacha, muy nerviosa, se sienta tras una de las mesas de trabajo y levanta las manos en señal de rendición.

Para entonces, el coronel y Trespacios han salido del despacho y se acercan hasta ella.

—¡No me voy a mover de aquí hasta que no me reciba el comisario! —anuncia la chica aferrándose a las patas de la mesa en un gesto infantil. La herida del vientre no le resulta un impedimento para moverse, pero no deja de sangrar.

Los policías abren paso al comisario cuando lo ven llegar. Todos guardan silencio, esperando a que se pronuncie.

—¿Qué es lo que quieres? —le dice a la recién llegada, plantándose ante ella.

—¿Es usted el comisario?

—Dime.

—Esta mañana han asesinado a mi suegra... —Se da una pausa para asumir la enormidad de sus palabras—. Hace apenas un rato.

La han atorado con pan hasta matarla.

—Estoy al tanto del caso. Hemos comenzado a investigarlo.

—Tengo que hablar con usted, tengo que decirle lo que sé antes de que ellos lo impidan. Sevilla entera... todos nosotros estamos en peligro.

—De que lo impida, ¿quién?

—Escuche —siguiendo su propio hilo—, Horacio, mi novio, sabía que todo esto iba a ocurrir. Que si no hacían lo que les habían ordenado, sus doscientos hermanos saltarían en pedazos. Él lo sabía todo, lo del Cuartel de la Pirotecnia, todo. Por eso se fue.

—Mire, estoy dispuesto a escucharla, pero debe comenzar por el principio —el coronel adopta un tono muy sosegado para ver si ella lo imita.

—No, escúcheme usted a mí. ¡Deben de estar a punto de llegar!

—¿Quiere empezar por el principio?

Allí están.

Se escucha un portazo en el pasillo que lleva a la sala de inspectores.

Voces, sonidos metálicos y aporrear de un buen número de botas sobre el suelo del corredor.

Uno de los fenómenos más controvertidos dentro de los estudios que se llevaban a cabo en todo el mundo avanzado sobre las pautas de comportamiento en la comunidad de los cadáveres reanimados era el de su agilidad, el de su *vivacidad*, como denominaban a dicho ítem los especialistas, a pesar de lo paradójico del término, o precisamente por eso mismo.

La opinión pública daba por hecho que era el tiempo transcurrido desde su *Resurrección* lo que determinaba dicha velocidad de movimientos, de manera que todos llegaban a un punto en el que su gran presteza inicial se transformaba en un cierto anquilosamiento que los llevaba a conducirse de forma lenta y torpe. No obstante se habían registrado numerosos casos en los que los muertos ya renacían pesados, lentos, al igual que otros muchos nunca perdían su ligereza.

Por suerte para los *Recolectores*, con todas sus excepciones, la teoría de que la vivacidad del grueso de los muertos disminuye con el tiempo hasta estabilizarse en el punto donde se convierten en seres pastosos, aunque no menos resueltos en su empeño caníbal, es más que patente en el *Sudario* por el que ellos se mueven, donde no hay ningún revivido con menos de unos meses de veteranía. Sin esta decadencia física, ellos tres nunca hubieran logrado subsistir.

Ni la chica ni los dos chicos aprecian nada especial al cruzar frente al edificio de República Argentina donde cientos de muertos se asoman a las ventanas y a las puertas de cristal rechinando en su inacabable letanía. Han pasado en innumerables ocasiones por allí, estas aglomeraciones de difuntos despiertos ya no tienen para ellos nada de especial.

Pero uno de los *recolectores*, el mayor, se detiene.

No van a ningún sitio, apenas han dormido un par de horas, se han vuelto a vestir con los capotes de piel muerta, y se han tirado a las calles, a deambular sin destino, como los *resucitados*. Desde que han asesinado a la comunidad a la que abastecían, han perdido su razón de ser.

El *recolector* se acerca lentamente a la puerta, y los cadáveres prisioneros se agolpan contra los cristales de seguridad. Se trata de un edificio de la Junta de Andalucía, lleno de funcionarios y de ciudadanos a los que sorprendió dentro la infección; parece que alguien tuvo la serenidad de bloquear las salidas para contenerlo en el interior. Allí seguían. Cuando el hombre se asegura de haber atraído la atención de todos aquellos seres, cuando los gemidos de hambre se transforman en un cántico de la misa del infierno, se lanza contra el cristal, acerca su boca a las bocas rabiosas de los monstruos, golpea el vidrio con la cabeza una y otra vez hasta teñirlo de sangre.

Algunas de las figuras de carne podrida que circulan por la avenida desvían su camino hacia ellos, pero por suerte no hay muchos en aquel momento por la zona.

Los otros dos recolectores consiguen reducir al tercero, que se libera rápidamente

de los otros y comienza a caminar muy deprisa, está claro que sabe perfectamente a donde va, a los otros dos les cuesta seguirlo.

Él fue el que ideó el sistema de recogida de alimentos para sostener a sus amigos, él confeccionó los primeros capotes de piel muerta, él fue el primero en separarse del núcleo de supervivientes cuando fue consciente de la repulsión que les producían pero también el que con más nostalgia los observaba de lejos cuando les traían las vituallas.

Por fin se detiene.

Han dado la vuelta a la calle y se encuentran ante una de las puertas traseras del edificio de la Junta de Andalucía, una salida de emergencia en la que alguien cruzó una palanqueta para impedir la apertura desde el interior.

El recolector desencaja la barra de hierro, abre las puertas de par en par y la utiliza para golpear en suelo y paredes para reclamar a los resucitados que comienzan a acercarse a la salida.

Por primera vez en mucho tiempo tienen conciencia de que son los únicos tres seres vivos en varios kilómetros a la redonda, de que ya no tienen nada que hacer allí.

Se alejan, sin demasiada prisa, antes de que los alcance la avalancha.

Los policías que ocupan la sala de inspectores de la comisaría de la avenida Cruz del Campo se quedan en silencio, concentrados en el alboroto que se aproxima por el pasillo y desvían la atención de la chica que, cada vez más agitada, agarra con fuerza el apoyabrazos de la silla de ruedas del coronel para atraer su atención.

—Tiene que escucharme antes de que lleguen... esos cabrones no quieren que se sepa quién ha matado a la madre de Horacio... tienen que ocultar lo del polvorín, lo del Cuartel de la Pirotecnia.

—¿A quiénes te refieres? —El coronel, a punto de darle un manotazo para quitársela de encima y evitar que le acerque demasiado sus ropas ensangrentadas.

—A los militares.

A los militares que están pasando a la sala en ese momento. Son ocho, todos en traje de faena y con sus fusiles de asalto G3 enarbolados en posición de defensa, pero parecen muchos más.

En cuanto localizan a la muchacha se despliegan a su alrededor; el que actúa como oficial al mando, un comandante de gran estatura, con bigote negro y barba canosa, es el único en bajar su arma.

Los acompañan tres amedrentados policías de uniforme que evidentemente no han logrado cortarles el paso y que mantienen la distancia de seguridad junto a los detectives, algunos de los cuales fingen atender a la inspectora caída para que no les alcance el conflicto.

Solo Artizar avanza lentamente hasta colocarse al lado de Trespalacios.

—¿Qué coño hacen ustedes aquí? —El coronel, con el cabreo reconcentrado en sus palabras.

—Mi coronel, soy el comandante Orea, del Cuartel de la Pirotecnia. La detenida —señala a la chica, que parece haberse rendido a la fatalidad— se ha refugiado en su comisaría tras protagonizar un intento de fuga. Gracias por retenerla. Nos la llevamos y no le molestamos más. Ya sabes —a la herida.

—Un momentito, no me seas tan espabilado —interviene el coronel—. Esta ciudadana parece poseer información valiosa sobre una investigación en curso y permanecerá bajo nuestra custodia hasta que sea interrogada.

—Lo siento, mi coronel, pero tengo órdenes de evacuarla inmediatamente. Además, está herida y precisa atención médica.

—No vas a evacuar un carajo, comandante —baja la cabeza, no importa que el otro sea veinte años más joven, le levante metro y medio y vaya mucho mejor armado, no importa en absoluto—. Trespalacios, llévesela a la sala de interrogatorios.

El policía avanza y alarga el brazo para alcanzar a la chica.

Los ocho soldados alzan el fusil de asalto.

Trespalacios sabe que en el lapso que tardarán en montar el arma tiene tiempo de sobra para sacar su Sig-Sauer y clavársela en el ojo al militar más cercano. No le

gusta que le apunten.

No necesita desviar la mirada un milímetro para ver cómo el coronel y Artizar han extraído también sus pistolas y apuntan cada uno a un soldado distinto.

El resto de los policías de la sala no solo no han desenfundado sino que mantienen las manos a la vista para que no quepa duda de por quién han tomado partido.

—Todo esto es absurdo, coronel —el comandante, habla en tono tranquilo, muy seguro de la autoridad que lo respalda—. La detenida está bajo la jurisdicción militar por atacar a un oficial. Usted sabe que nos la vamos a llevar.

—Lo único que sé es que nadie va a venir a mi comisaría a tocarme la polla —desvía la pistola para apuntarle a él—. Lo que te puede costar esto no te merece la pena. Ya te estás largando de aquí.

El comandante baja el G3 muy calmado e indiferente, está claro que aquello no es algo personal para él. Después introduce muy despacio una mano en el bolsillo de parche de los pantalones y la saca con un móvil en el que marca un número almacenado en la memoria.

—Estamos con el objetivo, señor. Imposible. Será mejor que hable con el coronel Marán —después le tiende el teléfono al máximo responsable de la comisaría.

Para aceptarlo, el coronel necesita dejar de aferrar la pistola con las dos manos. Sabe perfectamente que en cuanto realice ese gesto, él y los suyos habrán perdido toda su autoridad. Está a punto de negarse.

A pesar del peligro de dormir en la vía pública —de que cualquier comité de vigilancia de vecinos paranoicos te confundan con un muerto viviente y te aplasten la cabeza, o con un vampiro, y te hundan una estaca en el pecho—, el médium ha terminado cayendo en un duermevela en el pretil de la fuente seca donde se recostó para vigilar la entrada del Albergue Leopoldo María Panero.

Debe ser la fiebre que le baja o le sube pero que siempre está ahí desde que recibió el mordisco, pero los sueños que le atenazan son cada vez más extraños. En el último, paseaba junto a una mujer que empujaba el cochecito de un recién nacido muerto vivo. La mujer le hablaba de arcángeles e intentaba convencerle de que el niño era hijo suyo a pesar de que él no la conocía de nada y que acababa de llegar de un largo viaje. Él le repetía que era zapatero, no carpintero, que su nombre no era José, y todos los que los que pasaban a su lado se reían al escucharle.

El trasiego aumentaba a su alrededor y los periodos de sueño eran cada vez más breves y superficiales. Al fin le pareció ver que se abría la puerta del albergue, que solían dejar medio encajada. No lograba despejarse del todo ni podría asegurar que no la hubiera visto abrirse antes.

Tres, cuatro, siete mendigos salen del edificio, titubeantes, como deslumbrados ante el sol sin temperatura ni color de la mañana, acostumbrándose progresivamente a su nueva condición de muertos.

Es muy difícil escribir de Historia, cuando la Historia ya se ha terminado.

Los que no dejaron de intentarlo se encontraban, además de otras muchas dificultades de comprensión, con la falta de referencias que les ayudara a interpretar correctamente los acontecimientos, y solo algunos, los que lograban completar con éxito sus ejercicios de distanciamiento, lograban un relato lúcido y coherente de lo que estaba ocurriendo.

Por ejemplo, para entender la aceptación del precario equilibrio en el que se había instalado la ciudad, esa convivencia con los cadáveres reanimados y hambrientos que la rodeaban en sus tres cuartas partes, además de la escasez de recursos, de hombres y de armas que las autoridades no dejaban de publicitar, había que tener presente que se encontraban en una Sevilla completamente extenuada, que por dos veces había estado a punto de sucumbir ante los resucitados, como lo atestiguan la existencia de los Sudarios, que necesitaba un tiempo para recuperarse de aquellas debacles antes de volver a combatir. Como el enfermo que ha sufrido tanto durante el último tratamiento que necesita retirarse un tiempo a su casa, aunque sea soportando los dolores de la enfermedad, antes de regresar al hospital para proseguir con la asistencia.

Quizás la falta de reacción ante algunos conatos de plaga por parte de ciertos sectores de la población no fuera más que un signo de este cansancio colectivo.

Cada pocos minutos salían grupos de muertos errantes del Albergue Leopoldo María Panero.

Algunos se colaban en los edificios colindantes, otros cruzaban la avenida Luis Montoto, otros se perdían de vista por las callecillas adyacentes, pero la mayoría entraban en el hotel Los Lebreles, el único de la ciudad que permanecía en funcionamiento —ocupado en su totalidad por políticos y empresarios que intentaban reactivar el comercio—, que se los tragaba por sus enormes puertas acristaladas sin rechistar.

Es posible que los pocos transeúntes que casualmente pasaban en aquellos momentos por allí no quisieran darse por enterados de la inminencia del desastre o que nadie dirigiera dos miradas seguidas a aquel tráfico de pordioseros, el caso es que aún no se había producido la alarma.

—Le puedo asegurar que don José Javier no instruyó ningún caso de maltrato de un padre a un niño —responde el oficial del juzgado quitándose bruscamente la pashmina, como si la insistencia del policía le produjera un insoportable sofoco hormonal—. Conozco perfectamente todas las causas que han llevado en los últimos cinco años. Desde que me asignaron a este juzgado.

—Fijo que las conoces. —Rafael Trespalacios, cómplice, de funcionario a funcionario—. Pero compruébalo y así me quedo tan tranquilo como tú.

El oficial, que ha pasado del lagrimeo de la primera parte de la conversación, cuando solo se le reclamaban datos rutinarios del juez asesinado en la iglesia de San Nicodemo, a sentirse muy ofendido ante la duda en sus aptitudes, vuelve a coger muy amaneradamente la pashmina, se levanta y se va.

Los juzgados están completamente hacinados; moverse por los pasillos llenos de gente sentada en el suelo, cuando hasta las escaleras se han convertido en salas de espera, es una auténtica proeza.

Con todo el tiempo del mundo para emplearlo allí, ahora que los niveles de desempleo son tan altos que nadie se atreve a cuantificarlos, los ciudadanos reclaman y denuncian todo lo imaginable, por descabelladas que sean sus pretensiones, como si en realidad solo quisieran reforzar la sensación de que el concepto de autoridad sigue existiendo.

—¿No te ha dicho tu jefe cuando tendrá listo el salvoconducto para entrar en el Campamento Epifanía? —pregunta Artizar.

—Debería estar preparado a lo largo de la mañana. —Trespalacios—. Por cierto, desde que sacaste la pistola para apoyarle contra los militares, no volvió a poner inconvenientes para que me acompañes al campamento ni a ningún otro sitio. Mano de santo.

—Yo soy gilipollas —está claro que no quiere comentar un gesto que los dos saben que fue en defensa de Trespalacios y no del coronel.

—El capullo este no nos va a decir nada —refiriéndose al funcionario judicial y cambiando el tema—. Habrá que ir a ver a la hermana del juez, a ver por dónde nos sale.

—Cuando trabajaba por mi cuenta iba a un ritmo más tranquilo.

He hecho un mal negocio al venirme contigo.

—Sin contar con que también debemos pasarnos por Hospital General, a ver si averiguamos algo de la chavala que se han llevado esos mamones del Cuartel de la Pirotecnia.

—¿Qué te pareció lo que dijo?

—Me creí hasta la última palabra —no deja claro si se está cachondeando de la detective.

Reaparece el oficial del juzgado, muy puesto, y tan rápido que no es probable que

haya ido a ningún sitio a verificar la información que se le pedía.

—Su señoría, don José Javier Remesal, que Dios tenga en su gloria, nunca entendió ningún expediente donde apareciera el tal Ricardo Osma —y todo esto antes de sentarse.

El teniente asiente sin mirarle; tendrá que conformarse con aquella afirmación, como tendrá que conformarse con no encontrar de momento ningún vínculo que relacione a las tres víctimas asesinadas en las iglesias.

—¿Se le ocurre a usted alguna hipótesis que nos ofrezca algún indicio sobre el responsable de la muerte de Su Señoría? —Artizar, imitando el tono del funcionario.

—¿Hipótesis? Mucho más que una hipótesis. Aquí todos sabemos quiénes han matado al juez.

—¡Coño! —El policía—. ¿Y se puede saber quién fue?

—Pues la Unión en Defensa de los Derechos No Humanos, por supuesto. Llevaban meses amenazándole, aunque hasta ahora nunca se pudo demostrar... —Hace un gesto de complicidad—. Ya saben ustedes la que se ha formado con el conocido como juicio del muerto.

—No, no lo sé.

—¿Qué no lo sabe? ¿Dónde han estado metidos?

—Solo leemos prensa deportiva. Cuéntamelo.

—Don José Javier era el primer juez europeo que iba a sentar en el banquillo a un cadáver revivido, al que había imputado por tres acusaciones de homicidio y antropofagia. Si hubiera logrado una sentencia firme, habría cambiado todo el panorama del Derecho Penal Internacional.

Otro edificio hecho pedazos. Más escombros, más mugre, más huellas del dolor.

Almena se descuelga la mochila que le robó a Trespalacios y se sienta sobre uno de los cascotes.

El establecimiento de venta y compra de oro que regentaba la perista a la que iban a vender el producto del robo siempre le pareció un lugar fructífero y seguro, cuyo éxito se prolongaría eternamente.

Pero en este nuevo mundo, todos y todo son susceptibles de ser destruidos en cualquier momento.

Aquella individuo era mucho más que una perista. En realidad fue ella quién les dijo que había una tienda de compraventa de oro cuyo dueño, muy anciano, no había instalado prácticamente ninguno de los nuevos elementos de seguridad; también les fijó un plan de actuación, les indicó el día y la hora, les aseguró que les compraría todo lo que sacaran de allí, excepto las papeletas de empeño. Lo que no les dijo fue que todo se torcería y que terminaría costándole unos meses de vacaciones en la celda de castigo del infierno.

Una pegatina azul; Almena se levanta para examinar el minúsculo texto bajo el logotipo y enseguida comienza a maldecir con media sonrisa a aquella hija de puta que ha vuelto a librarse de la hecatombe, dejando una discreta y elegante indicación del nuevo emplazamiento de su tienda.

Cada noche, el Parque de María Luisa se llena de la nueva clase de nómadas que vagan por la ciudad, gente capaz de pasar la noche en cualquier sitio, bajo un plástico o cuatro cartones, con tal de que las autoridades no los deporten a alguno de los campamentos oficiales, micromundos sin ley donde se verán condenados a la miseria y al aislamiento, tal vez para siempre.

Por la mañana, las brigadas de contención recorren la zona despertándoles con sus porras antidisturbios, las armas cortas listas por si alguno se ha convertido mientras dormía. A partir de ese momento, los indigentes vuelven a desplegarse por las zonas cercanas en busca de alimento y de algún resguardo, por provisional que sea, que les permita resistir unas horas más.

Chokos lleva un rato fumándose el primer puro del día en una cafetería frente a la Parroquia de la Virgen de la Tercera Oportunidad, en Felipe II, entretenido con los mendigos que se han ido acumulando en el soportal para guarecerse de la llovizna, cuando aparece el sacerdote con una fregona en la mano; un sujeto hiperactivo de uno sesenta, con más cabeza que cuerpo, que los dispersa a tomar por el culo misericordiosamente.

Aún está en la puerta situada más allá de la entrada de la iglesia, por la que seguramente se entrará en su vivienda, aguardando por si algún representante de aquella escoria se atreve a desafiar su sacra autoridad, cuando Chokos cruza la carretera hacia él. La Parroquia de la Virgen de la Tercera Oportunidad era la inscripción impresa que aparecía en los dos sobres con la palabra Canaán y su única pista para averiguar qué es lo que le está pasando.

—Perdone padre, no cierre —al llegar junto a él le enseña su antigua credencial de policía—. Tengo que hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Conmigo de qué? —El acento andaluz muy cerrado, aunque no sabe adivinar de qué pueblo. El tono desdeñoso, bravucón, más de tasca que de parroquia.

—¿Podemos entrar dentro?

—¿Dentro para qué?

—Porque no me da la gana estar mojándome en medio de la calle mientras hablo —se agacha para aproximarse a la estatura del sacerdote y aumenta el volumen asegurándose de que no se pierda una sola palabra—. Pero si lo prefiere, nos vamos a comisaría y charlamos allí calentitos.

—Entre, entre —encogiéndose de hombros, pero controlándole con malos ojos.

De allí no pasan, un oscuro corredor con un paragüero y una percha que hace las veces de vestíbulo.

—Usted dirá —el dueño, cruzándose de brazos.

—¿Ha oído usted algo de la red de estafas que se está produciendo en su barrio?
—Iniciando el farol.

—¿Estafas? No sé nada de eso.

—Al parecer alguien está llevando a cabo a una petición de fondos entre sus parroquianos. Con motivos religiosos.

—Es raro —sin titubeos—. Nadie me ha comentado nada.

—No será que no me lo puede decir, por secreto de confesión o algo de eso.

—Ha visto usted demasiadas películas —el cura está a punto de reírse o de afirmar que se pasa por el forro de los cojones esos remilgos, pero no llega a hacerlo.

Chokos suspende el juego.

El sacerdote es un tipejo duro, muy poroso, que no va a decirle una palabra.

Prueba una última vez.

—¿Qué significado tiene para usted la palabra Canaán?

Da la impresión de que el religioso no va a contestar; después, se relaja.

—El mismo que para todo el mundo. Canaán es la Tierra Prometida. El paraíso que Dios había prometido a Abraham, Isaac, y Jacob —habla de corrido, sin inflexiones—. El lugar de peregrinaje por antonomasia.

—...

—¿Va usted a hacerme un examen?

—Además del sentido bíblico, ¿ha oído usted últimamente esa palabra con un significado más... actual?

—No —y aquí se le acaba la paciencia—. Mire usted, me esperan un montón de obligaciones, y si...

—Ya sé, ya sé —abriendo la puerta—. No le entretengo más.

—Si me entero de algo, ¿dónde puedo localizarle?

—Pues... —Chokos está seguro de lo dice por guardar las apariencias; aún así, saca la cartera y garabatea el número de teléfono de su pensión en un trozo de factura; el móvil, junto a la mayoría de sus pertenencias, se lo dejó en el piso al que no puede regresar—. Aquí puede dejarme cualquier mensaje.

Sale a la calle, la lluvia se ha detenido. Sigue andando pero no va a ningún sitio porque no tiene a donde ir. No va a regresar a su casa ni al ayuntamiento, donde está seguro de que lo esperan, hasta que no se resuelva todo esto.

No se ha creído una palabra de lo que le ha dicho el sacerdote, así que se quedará por allí, vigilándole, a ver por dónde le sale.

A Trespalacios no le cuesta convencer al sargento de la Guardia Civil Marítima de que ordene a una de sus lanchas que los acerquen a él y a Artizar al yate en el que la hermana del juez asesinado vive entre las dos orillas del Guadalquivir.

Mientras navegan en dirección a la embarcación, se aproximan también al margen del río donde lo esperan cientos de miles de muertos que gimen su dolor eterno contra esta parte de la ciudad.

Se acerca a la popa de la lancha y les da la cara, buscándoles la mirada, deteniéndose en esa especie de fatiga de siglos que arrastran, pensando en que sería un error mortal dejarse llevar por la idea de que ese cansancio puede detenerlos.

Va más allá.

Traspasa las líneas de cadáveres y se pierde entre las laberínticas calles infectadas del *Sudario*, se pierde en la última vez que estuvo allí, el sitio donde lo asesinaron.

Pasaban unos minutos desde que perdí de vista a mi compañero y por supuesto que no podía esperar apoyo de la tanqueta que se había quedado fuera de las callejuelas. Era de noche, había dejado de llover hacía poco y una falsa niebla se levantaba desde el suelo. De los tres chicos a los que perseguíamos, me había concentrado en una de ellos, la única que me importaba. A pesar del pasamontañas con motivos navideños, yo sabía quién era, pero no podía recordarlo. Estábamos en Zona Muerta, aquello estaba cuajado de monstruos, muchos de ellos semideshechos, brazos que te buscaban desde debajo de cualquier sitio, el mordisco en los tobillos que te arrebatava la vida sin remedio.

Esquina a esquina, la chica del gorro rojo con renos blancos mantenía la distancia, como un fantasma, flotando entre los diversos escondrijos, me resultaba imposible acercarme a ella por mucho que corriera.

Un par de cadáveres levantados salieron a recibirme desde detrás de un coche, hombre y mujer, los dos con un agujero en el pecho, elegantes trajes oscuros, la pareja perfecta. Les vacié un cargador entero de mi subfusil Z-70, mi «Zeta», cuando con apretar un par de veces el gatillo en el modo «tiro a tiro» debería haber bastado. No lograba recuperar el control.

Mientras cambiaba el cargador sin dejar de buscar con la mirada a la chica del pasamontañas algo se movió justo donde concluía mi visión periférica. Un punto rojo. Me volví poco a poco. Yo era el perseguidor. Pero desde una esquina a mi espalda me vigilaba una máscara de lana de roja que me apuntaba con una pistola.

—Rafael.

—...

—¡Rafael!

La detective sacude por el hombro a Trespalacios que tarda unos segundos en abortar su viaje y regresar a la lancha.

Se han detenido junto a un yate de tamaño mediano, con la pintura del casco

resquebrajada y cada metro disponible de la cubierta de la embarcación ocupado por jaulas llenas de palomas. Una mujer de unos sesenta años con pantalones vaqueros y chaleco salvavidas los mira flemáticamente apoyada en la barandilla.

—Señora, soy el teniente Trespacios —levantando la placa—. Necesitamos hacerle unas preguntas acerca del fallecimiento de su hermano. ¿Podemos subir?

—No, no quiero que me alteren el palomar. Será mejor que baje yo. Acérquense a la escalerilla —lanzándoles un cabo.

El guardia civil maniobra la zodiac para favorecer el abordaje de la mujer que baja ágilmente hasta reunirse con ellos.

Arriba queda el barco lleno de palomas —que reaccionan aleteando frenéticas ante abandono de su dueña— como una representación del cambio de los tiempos, enseñándoles que la humanidad se dirige a una nueva era en la que tendrá que recuperar los viejos recursos no tecnológicos si quiere sobrevivir.

—Sentimos molestarla —el policía.

—Da igual, les estaba esperando. No se preocupe, he sido abogada criminalista durante treinta años antes de dedicarme a esto, así que me conozco el protocolo —saca un paquete de tabaco negro y enciende un cigarro sin ofrecerles.

—Entonces terminaremos pronto. ¿Se le ocurre algún motivo para el asesinato de su hermano?

—José Javier era juez instructor de uno de los juzgados más conflictivos en la época más compleja de la historia. Hay motivos y fijo que sospechosos de sobra.

—Eso ya sabe usted que lo sabemos, señora Remesal. Como sabe que le pregunto por algún motivo que le parezca a usted especialmente consistente.

—Me imagino que estarán indagando las amenazas de la Unión en Defensa de los Derechos No Humanos, por estar a punto de llevar a un resucitado al banquillo, ¿verdad?

—Estamos en ello.

—Pues entonces...

Arroja la colilla por la borda, hasta ahí puede ayudarles.

Pero no.

Trespacios la deja macerarse unos segundos en su propio silencio.

—Estoy convencida de que no tiene nada que ver... Mi hermano era homosexual. Eso, en un juez, incluso en estos tiempos, no deja de ser una extravagancia.

—¿Frecuentaba ambientes peligrosos?

—Nada de eso. Tenía una pareja estable desde hace años. Todo muy respetable. Cada uno en su casa y todo eso. Un juez y un militar de cierto rango, puede figurarse.

—¿Dónde está destinado?

—En el Cuartel de la Pirotecnia.

—En el Polvorín —que es como se conoce en Sevilla popularmente al cuartel.

—Oigan... —La hermana del juez.

—No se preocupe que seremos discretos. Necesitaremos su nombre y... —Suenan

el móvil de Trespalacios que se da media vuelta para mantener una conversación que finaliza enseguida.

Las palomas abandonadas en el barco, cada vez más agitadas, siguen reclamando a su cuidadora.

—Tenemos el salvoconducto —el policía a la detective, cerrando el teléfono—. Nos lo guardan en el control de entrada al Campamento Epifanía.

En la última hora se han disparado los avisos para las Brigadas de Contención por las calles Luis de Morales, Rico Cejudo, Alejandro Collantes, Sinaí, Baltasar Gracián, todas próximas al albergue Luis María Panero, pero ninguna para el hotel Los Lebreles.

Cuando por fin reciben la petición de auxilio desde el hotel —huéspedes atrincherados en sus habitaciones coincidiendo en describir una infección multitudinaria, golpes de fondo, gritos, el viejo sonido del terror que vuelve—, el brote parece ser ya muy importante.

Tres unidades de las Brigadas de Contención, ocho soldados altamente especializados por unidad, estacionan frente a Los Lebreles, pero no hay ni un solo signo de disturbios en el exterior.

El oficial al mando, un árabe de menor estatura que sus subordinados, los reúne en la entrada para confirmar el plan de entrada en el establecimiento. Le cuesta atraer su atención. Todos son veteranos de mil millones de escaramuzas, han hecho saltar tantas cabezas de *resucitados*, son tan indiscutiblemente imbatibles con sus gigantescos HK-G36 dotados de lanzagranadas acoplables AG-G36E, atemorizan tanto con sus oscuros uniformes reforzados y las caras pintadas de negro, que un disciplinado aburrimiento es la única respuesta que pueden dar a las instrucciones de su superior.

Allí reunidos los veinticuatro antes de entrar en el hotel, de pronto, parecen ser muchos más de los que son.

Murmuran entre ellos.

Están en lo suyo.

Están y no están.

La estampida se les ha venido encima tan completamente y tan deprisa que al momento es casi imposible distinguir ni uno solo de los uniformes.

El albergue Luis María Panero lleva algún tiempo soltando oleadas de cadáveres enfurecidos de forma intermitente, según iban encontrando la salida los *muertosdehambre* de las diversas dependencias y plantas. Pero ninguna tan masiva como esta.

No hay más color que el de la sangre que se derrama sobre las aceras, más sonido que el de la carne abierta, roída y rechupeteada, ningún grito, apenas algún disparo, con suerte contra el propio portador del arma.

Chokos ha dado con el plan perfecto y no piensa apartarse de él: esperará a que el cura salga de la iglesia para reventar la puerta de la vivienda y registrarla a fondo. Está convencido de que encontrará más sobres rotulados con la palabra Canaán; con suerte, alguna pista que le ayude a imaginar a qué viene todo aquel asunto.

Para vigilar la entrada encontró unas oficinas de inspección médica dependientes del Servicio Andaluz de Salud con una sala de espera abarrotada en la que sentarse tranquilamente a esperar junto a una ventana por la que se divisaba perfectamente la iglesia.

Una media hora después, una furgoneta de los hipermercados Ecoeste estacionó al lado del templo. Del vehículo salió un chico que, sin llevar paquete alguno, llamó a la puerta, esperó a que le abriera el religioso y entró.

Lo primero que asaltó la memoria de Chokos fue aquel conductor de otra de las furgonetas de Ecoeste al que se comieron los apestosos el día anterior por mamahostias a pesar de sus intentos de avisarle mientras él mismo huía para salvar carne y pellejo.

Lo segundo fue que la cadena de hipermercados Ecoeste ya no existía.

El amortajador se golpeó la rodilla. No todos los días era tan estúpido.

Todo el mundo en Sevilla sabía la historia de Don José Altea y de su heredera, doña Teresita, los propietarios de la cadena de hipermercados que habían cambiado su imperio comercial por la llamada Fraternidad Juramento.

No podía explicarse qué es lo que hacían aquellos vehículos realizando un reparto para una cadena de establecimientos ya cerrada, ambos en la zona donde estaban apareciendo los sobres de Canaán, además.

Por fin vuelve a salir el conductor, abre las puertas traseras de par en par, se asegura de que no hay nadie cerca y entra de nuevo en el domicilio. Enseguida sale otra vez ayudado por el cura, llevando un gran bulto envuelto de cualquier manera en unas bolsas de basura.

El plástico se rompe a mitad de camino y las escopetas de caza que llevan dentro están a punto de caer al suelo; logran atraparlas torpemente, las guardan dentro del vehículo y vuelven a la casa para recoger un paquete similar al anterior; por la forma, a pesar de la distancia a la que Chokos observa la escena, podría jurar que se trata de más escopetas. Lo mismo con otros dos fardos más. Por último, el chaval recoge un par de macutos, los tira de cualquier manera en el interior de la furgoneta, arranca y se va después de despedirse con un gesto del sacerdote que no se molesta en responderle.

Aquel cura de mierda había reunido en su casa un auténtico arsenal, seguramente a partir de las donaciones de las armas de caza de los vecinos del barrio; ofrendas que en otros casos habían consistido en todos sus objetos de valor reunidos en un sobre en el que había escrito la palabra Canaán.

Si la Fraternidad Juramento estaba implicada en todo aquello, la cosa era todavía más jodida de lo que pensaba. Desde la *Resurrección*, aquel grupo de fanáticos había conseguido miles de adeptos, no era una buena idea convertirse en su enemigo, pero estaba claro que ya no podía elegir.

Lo único que podía hacer era tirar para adelante, seguir la pista de aquellas armas, a ver hasta dónde le llevaban. Si las habían recogido en un vehículo de Ecoeste, el siguiente paso lógico era acercarse a los viejos locales del hipermercado, entre los barrios de El Juncal e Híspalis, para ver qué encontraba por allí.

El Campamento Epifanía comienza justamente donde acaba el puerto de Sevilla, enlazando con la carretera de la esclusa, dirección a El Copero; un asentamiento de refugiados con más de dos millones de personas que ha absorbido al Polígono Industrial Carretera La Isla, a toda vivienda o edificación que ha encontrado a su paso y que se sigue prolongando de forma incontenible en sentido más o menos paralelo a la carrera de Cádiz.

Lo último que Trespalacios y Artizar ven del mundo exterior, una vez recibido el visado del gobernador militar en el puesto de control, es la *roulotte* donde deberán examinarles a la salida para confirmar que no han sido infectados en el asentamiento.

Penetran lentamente con el cochambroso Opel Astra del policía, línea a línea de control, la primera constituida por un muro de tres metros, la segunda y la tercera por trincheras y la última por una alambrada, hasta encontrarse en el interior. Está claro que las autoridades no quieren arriesgarse a un brote como el que padeció el núcleo de internamiento del Aljarafe que dio lugar a la primera zona de la ciudad dominada por los cadáveres hambrientos.

Las ruedas del coche resuenan inseguras sobre la placa metálica que han colocado sobre los fosos a modo de puente con objeto de poder ser retirada rápidamente en caso de fuga, mientras un sargento y tres militares los acompañan a pie.

Más que un centro de alojamiento provisional, aquello es el más fortificado campo de concentración del que han tenido noticia en su vida.

Una vez dentro, el aspecto del campo no es demasiado triste o alarmante: una explanada totalmente vacía de unos doscientos metros y a partir de allí una selva de viviendas prefabricadas con una ancha carretera en el centro que se pierden contra el horizonte visible.

Ni una sola persona en el exterior.

—No se deje engañar por lo que está viendo, un poco más allá todo es muy distinto —le dice el sargento a Trespalacios por la ventanilla—. Procuren no salir del vehículo.

—Ya me dirá cómo vamos a realizar nuestra investigación sin salir del coche.

—... —Asiente, comprensivo, pero no ofrece alternativas.

—Mire, nos han dicho que la persona que buscamos reside en la zona frecuentada por gente de mar. ¿Sabe usted por dónde puede caer eso?

—Ni idea —intentando contener la risa—. Perdone, teniente —le pone la mano en el hombro, no era su intención mosquearlo—. Ya veo que le ha caído un buen marrón. Pero nosotros nunca pasamos de aquí, unas calles más allá y ni eso, si podemos evitarlo.

—¿Y no conoce a nadie que pudiera hacernos de guía? —empezando a desesperarse.

El sargento está a punto de quitarse el asunto de encima; al final cambia de

opinión por solidaridad profesional o por evitar que lo acusen de ser poco colaborador.

—Cabo, ¿conoces a Eduardo, el hijo del tuerto? —Volviéndose hacia uno de sus acompañantes.

—Sí, mi sargento.

—Vas a coger un pelotón, meterlos en el Man Kat y acompañar a estos policías hasta su casa. Después le dices que vas de mi parte, que los ayude en lo que pueda y te vienes a todo carajo. Andando.

—Sus órdenes —responde el cabo, un tipo demasiado joven para su enorme panza, volviéndose sin prisas.

—Usted, aparte el coche de la salida y espere hasta que vuelvan mis hombres —después parece recordar algo y se va corriendo para alcanzar al cabo.

Trespalacios no tiene tiempo ni de darle las gracias.

Aparta el coche.

—Menos mal que el tío se ha portado. —Artizar.

—Veremos.

Aunque demasiado lejos para que les llegue el sonido, pueden ver a un tipo sentado en la puerta de una de las construcciones tocando la guitarra que confiere una sensación de armonía y calma a la población.

En ese momento aparece el camión militar, un Man Kat de tracción en las cuatro ruedas, el cabo junto al conductor y otros ocho soldados en la caja descubierta, muy nerviosos, con las culatas de sus fusiles de asalto G3 apoyadas en el hombro.

Al policía y a la detective les extraña su actitud de alerta a la vista de lo pacífico del lugar.

Apenas aminoran para esperar a que el turismo se ponga en marcha detrás de ellos y enfilan la carretera principal.

Cuando pasan al lado del tipo que toca la guitarra, este les sigue con una recocida mirada de odio que va tanto hacia adentro como hacia fuera, mientras hace como el que rasguea sin tocar las cuerdas; Trespalacios tiene la impresión de que ha robado la guitarra y de que le ha hecho algo muy malo a su verdadero dueño.

Ni dos minutos después llegan a una especie de plaza marcada en el suelo por una hache circunscrita por una circunferencia. A unos metros, un poste con un cartel y una flecha les indica que están en un Punto de Abastecimiento.

El camión, sin disminuir la velocidad ni señalar la maniobra, aprovecha el área despejada para cambiar bruscamente de sentido y frenar ante una de las viviendas; también frena Trespalacios, intentando adivinar las intenciones de los militares.

El cabo salta de la cabina achatada y espera a que seis de los soldados hagan lo mismo; después, acompañados de dos de ellos, entra en uno de los refugios, mientras los otros cuatro forman una especie de pasillo de seguridad con las armas en alto.

—O están zumbados o esto no es lo que parece. —Artizar.

—Esperemos que el tal Eduardo sea un sujeto competente, porque vamos a

depender de él más de lo que me gustaría.

Ya están saliendo los militares de la vivienda seguidos de un chiquillo con pinta de estar más que escamado de todo lo venido y por venir, canijo, de unos doce o trece años, con la ropa vieja y sucia; el cabo señala el turismo y le da un toque demasiado apremiante en el hombro para que eche a andar.

No ha entrado el niño en el coche cuando el cabo y los suyos ya han subido al Man Kat que acelera para perderse de vista.

—Hola —saluda el recién llegado sentándose en el asiento de atrás—. Me llamo Eduardo.

No solo la ropa parece bastante roñosa sino que despide un mal olor más perceptible en cuanto se mueve; sin embargo, el chico se ha peinado cuidadosamente al agua con la raya a la derecha, no todo está perdido.

—Yo me llamo Teniente y ella Detective —sin disimular la mala hostia que le ha producido encontrarse con un niño como toda ayuda allí.

—Me llamo Artizar, Eduardo —la mujer se vuelve en el asiento—. Supongo que te han pedido que nos ayudes a movernos por aquí.

—... —Asiente y casi sonrío—. Artizar. No oía ese nombre desde que era chico. Aquí nadie se llama así.

—¿De dónde eres?

—Nací en Donosti. Mi padre estaba trabajando en Córdoba cuando pasó todo esto.

—Vale, ya nos cuentas el resto otro día, Eduardito. A ver —el policía, intimando—. Nos han dicho que aquí dentro hay una zona donde vive toda la gente que ha trabajado en barcos o puertos, ¿sabes algo de eso?

—Sí, sí —es posible que sea el temor lo que da inseguridad a la respuesta—. Pero eso está cerca del basurero, casi en la otra punta.

Habrás que meterse muy dentro.

—Pues vámonos. Tú me indicas.

—Siga recto —el chico, introduciendo la cabeza entre los asientos delanteros.

El Opel apunta la carretera sin obstáculos y va cobrando velocidad.

—Mejor que vaya más despacio —aconseja Eduardo.

El teniente acelera y sigue.

Ni una puta alma.

Vuelve a llover pero no es probable que el rumor de fondo que empieza a oírse se deba al discurrir del agua.

—¡Joder!! —Pisando a fondo el freno.

Trespacios logra quedarse con el coche gracias a que el área de casas prefabricadas termina en otra de las explanadas de abastecimiento.

A partir de ahí, otro mundo.

Otra realidad.

La lluvia de los últimos días ha sustituido la carretera por un lago de agua sucia y

estancada en el que juegan un buen número de niños, muchos de ellos con los brazos, las piernas, los pies o las manos amputados. Los adultos, un enjambre de mendigos también mutilados en muchos casos, los observan o pasan a su lado sin prestarles atención.

Al fondo, la mayor y más miserable aglomeración de chabolas, barracas, infraviviendas de cualquier tipo, que hayan visto en su vida.

Un continente completamente hacinado que amenaza con tragárselos en cuanto avancen unos metros.

—Soy Sandra —se presenta la conductora de la furgoneta de Gelatina Espiritu Santo sacando su sonrisa por la ventanilla.

Es una sonrisa de escaso alcance, pero en muy buen estado, como si acaba de reencontrarla después de haberla perdido durante mucho tiempo y decidiera compartirla precisamente con él, que hace lo posible por no mirarla.

—Entra, vamos —la urge el médium que lleva casi una hora esperándola en la puerta del almacén del Polígono Store.

Una vez dentro, el hombre cierra la persiana metálica y enciende la luz eléctrica. A excepción del vehículo que acaba de entrar y unos útiles de pintura en un rincón, el local está totalmente vacío.

La conductora, una chica delgada con el pelo moreno corto y muy rizado, lo espera en posición de firmes junto a la furgoneta. A medida que se aproxima a ella, sin mirarla directamente en ningún momento, comprueba que es bastante más alta que él, lo cual le pone aún más nervioso.

—Pues aquí la tienes, gelatina de menta —muy simpática—. En la Frater me dijeron que la trajera aquí y que después hiciera lo que tú me dijeras.

Odiaba que los jóvenes llamaran *Frater* a la Fraternidad Juramento, pero no le importaba que ella lo hiciera; en realidad, no había nada que no estuviera dispuesto a perdonarle. Aunque ojalá que le hubieran enviado a un hombre y no a aquella chica que no dejaba de mirarle de aquella manera.

—Si quieres te ayudo a sacar la gelatina, estoy acostumbrada. Yo trabajaba repartiendo en Ecoeste, ¿sabes? Hasta que cerraron. En una furgona igualita a esta.

—... —El médium intenta hablarle, pero no lo consigue. Piensa en el mordisco, en que le queda muy poco de vida y que nada debería afectarle, pero ni aún así consigue calmarse y vencer su timidez.

—Vamos es que esta furgona fijo que era antes de Ecoeste. Se nota que sobre los viejos rótulos han pintado lo de Gelatina Espiritu Santo. ¿No crees? —No es que sea imparablemente locuaz, solo es muy amable. Tan amable que tiene que hacerla callar cuanto antes.

—...

—Llevo años en esto y sé muy bien qué es lo que llevo y lo que no llevo. Entre tú y yo, antes le eché un ojo a la carga y esto no es gelatina, sino unos cacharros muy raros. Aunque a nosotros nos da igual, ¿verdad?

—...

—Mientras nos paguen...

—...

—La verdad es que los de Ecoeste son muy buenas personas.

Cuando cerraron me dejaron en el paro, pero no dejan de llamarme.

—Trabajillos de conductora, ¿sabes? —Como él sigue callado, prueba la táctica

de hablarle como a un niño, a ver si lo hace reaccionar.

Esta vez sí le responde, pero a su manera.

Cuando al fin la mira de frente, puede ver cómo crece la mancha de sangre debajo del pecho derecho, precisamente en el sitio donde le ha clavado el punzón.

Si no hubiera notado que la furgoneta no transportaba gelatina, tal vez habría salvado la vida.

O si no hablara con esa dulzura. O si tuviera algún defecto físico.

O si no oliera a limpio; si no oliera a limpio casi seguro que la habría dejado marchar.

La muchacha cae de rodillas.

Ahora no puede pronunciar ni una palabra, el aire que necesita para su cháchara se le escapa por el neumotórax que el médium le ha provocado.

Las dos bombillas que cuelgan del techo apenas pueden clarear la sucia negrura del almacén; en los rincones pueden haber anidado toda clase de alimañas y espectros; al médium empieza a gustarle aquel lugar.

Cuando Sandra cae de espaldas sujetándose la garganta, el hombre se arrodilla a su lado, se mete la mano en el pantalón bajo el cinturón y comienza a tocársela.

Después se deja caer sobre ella, acerca su boca a la herida y absorbe el aire que se escapa a borbotones del pulmón perforado, se lo traga glotonamente, aplica los labios a la incisión, bebiendo su sangre, y aprovechando hasta la última exhalación de oxígeno.

Cuando ya no puede extraer más que sangre deja caer su cabeza sobre ella, en paz; ojalá pudiera quedarse horas así.

Pero tiene mucho que hacer y, además, la chica puede morir y reanimarse en cualquier momento, debe adelantarse.

No tarda en encontrar una cuerda entre los utensilios de los pintores. Le amarra bien las manos y después la pasa un lazo por la cintura que fija a una alcayata retorcida de la pared, no quiere que se escape. Todavía no ha terminado con ella.

Después se lava la sangre de la cara en el minúsculo cuarto de baño y abre la persiana metálica del local.

Sube a la furgoneta y empieza a salir marcha atrás.

Vuelve a ser el hombre de acción capaz de superar las aventuras más desatinadas.

—¿Por qué coño hay tantísima gente con miembros amputados? —le pregunta Trespalacios a Eduardo, sin dejar de poner toda su atención en el volante.

—Aquí casi todo el mundo cree que no hace falta que los caníbales te muerdan o te arañen para convertirte, que basta con que te rocen.

Desde que sobrepasaron la línea de casas prefabricadas se ven obligados a avanzar muy despacio para no atropellar a ningún refugiado ni colisionar con las infraviviendas que invaden la carretera.

El niño les ha explicado que cuando a las autoridades se les acabó el dinero, cambiaron el *bungalow* preconstruido por la tienda de campaña, y, más tarde, por una montaña de ladrillos y un saco de cemento para que los propios habitantes se construyeran sus casuchas. El resultado es un aglomerado de chamizos más precario y miserable que la peor de las favelas. Por eso la zona de las barracas prefabricadas estaba desierta: los propietarios, como el propio Eduardo, procuraban salir lo menos posible por miedo a los okupas.

Una mujerona gigante con una vieja consumida y escuálida cargada de lado en la cadera, como si fuera un niño imitando a un pajarraco, les sonrío sin dientes al pasar, dándoles la bienvenida para siempre.

Bajo la llovizna, con los tugurios agolpados y tanta carne de cañón por metro cuadrado, el asentamiento despide una sensación de claustrofobia, de inmenso cementerio viviente siempre dispuesto a adaptar sus límites a los nuevos visitantes.

—¿Cada cuánto toman tierra los helicópteros? —pregunta Artizar al pasar por otras de las haches de los Puntos de Abastecimiento.

—Los helicópteros hace mucho que no bajan. Dejan caer los bultos una vez a la semana. Pero como siempre dejan caer lo mismo y somos cada vez más gente...

Con cierta frecuencia ve pasar cuadrillas de personas con porras artesanales que entran y salen de las chabolas. Son escuadrones de vigilancia organizados por los propios cobijados para localizar cadáveres o posibles víctimas de contagio. Eduardo les ha contado que, en la práctica, son los únicos representantes de la ley del campamento, que toman lo que les apetece de donde pueden y que solo encuentran resistencia en otros grupos de vigilantes como ellos.

—Será mejor que dejemos el coche junto a la iglesia —señalando una gran carpa—. La carretera se acaba ahí mismo.

—¿Cómo que se acaba? —Trespalacios—. Nadie me ha dicho que se acabara la carretera. ¿Queda mucho para la zona de los marineros?

—Todavía queda.

—Joder —la idea de moverse a pie por aquel infierno pone todavía de peor leche al policía—. ¡Joder!

—¿Crees que el coche estará a salvo aquí? —Artizar, mientras el teniente estaciona lo más cerca posible de la lona que forma el perímetro del templo.

—Procuren no dejar nada dentro —encogiéndose de hombros—. ¿Qué han traído para darles a los que nos ayuden a encontrar al que buscan?

—Bueno, tengo algo de dinero. —Trespalacios.

—El dinero aquí no sirve para nada.

—Entonces, ¿qué es lo que sirve?

—Pues comida, dulces... Y también pilas, linternas. Sobre todo, armas. Cosas así.

—¿Cómo mi reloj? —Quitandoselo y dejándolo en manos del chiquillo.

—Puede ser.

—Y a ti, ¿qué es lo que te ha dicho el cabo que te íbamos a dar? —La detective.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—Bueno, a lo mejor les parece que trabajo bien y me quieren llevar con ustedes cuando salgan.

—Quítate eso de la cabeza —le responde el policía mirándolo abiertamente—. ¿Me has entendido?

—Sí —no altera el gesto, no lo mira para no tener que creerle.

El teniente sale del automóvil y el niño lo sigue inmediatamente después.

—¿Y tus padres? —Artizar, uniéndose a ellos.

—Se murieron cuando... —En ese momento parece reparar en algo y se echa encima de la mujer para cerrarle el chaquetón y cubrirle la pistolera—. ¡Ten mucho cuidado, no enseñes eso! —En voz baja, casi llorosa—. Aquí la gente te puede hacer lo que sea por conseguir una pistola.

Los dos siguen la mirada de Eduardo, que ha cambiado de color.

Unos metros más allá, un niño de unos catorce, con la cara y el cráneo totalmente cubierta de cicatrices, los observa desafiante, rodeado de otros chavales de su edad a los que parece liderar.

Eduardo se pone rápidamente en marcha, nervioso y amedrentado, sin perderlo de vista, seguido por los investigadores.

Al pasar frente a la apertura de la carpa de la iglesia pueden divisar un cúmulo de calaveras amontonadas frente al altar pero no quieren detenerse a ver nada más.

El día hace mucho que ha comenzado, apenas han dormido, están empapados, exhaustos, no han comido nada y no tienen ninguna duda de que lo verdaderamente malo está por venir.

—Una cosa, Eduardo, ya te he dicho que el hombre al que buscamos entra y sale de aquí cuando quiere. —Trespalacios—. Pero por lo que he visto, este es el campo de concentración mejor vigilado del mundo. ¿Cómo se las arregla?

—Está muy vigilado por el lado de Sevilla, pero por la otra punta, no. Por allí están las filas de tanques, claro, para que no se acerquen los caníbales; pero si alguien sale hacia campo abierto, a los soldados no les importa mucho. Y la gente se ha buscado sus grietas para volver a meterse dentro.

Una oscuridad, semejante a la que hemos imaginado en el otoño nuclear, parece

cernerse sobre ellos.

—Un momentito —el niño se detiene y los detiene a unos metros de una construcción cuadrada de ladrillos con una gran chimenea que expulsa un denso y apestoso humo achocolatado.

—¿Qué pasa? —Artizar.

—¿Qué es eso? —El policía.

—Es un crematorio —les responde—. Hay diez o doce, repartidos por el campamento. Es obligatorio traer a los familiares en el mismo momento en que se mueren.

—Vale, muy chulo. ¿Y qué? —Trespalacios.

—Ya estamos en la parte donde viven los marineros. Y en el crematorio trabaja de recadero un amigo mío. Él es el que nos pude decir dónde vive el hombre que buscan.

En la puerta del crematorio, protegiéndose de la lluvia bajo el saledizo, hay cinco vigilantes sentados en el suelo con sus correspondientes porras.

—Vale —el teniente se quita el reloj y se lo entrega discretamente—. Toma esto. El tío al que busco se llama Ricardo Osma, recuérdalo.

—Hasta ahora.

Se acerca corriendo hasta la entrada del crematorio y le dice algo a uno de los hombres, que grita algo hacia el interior; al momento aparece otro chiquillo algo más alto que Eduardo con un saco manchado de ceniza en la mano; por su gesto de desprecio, no parece muy amigo suyo. Hablan, se separan unos metros, vuelven a hablar.

Cuando le enseña el reloj, el recadero se ríe, dice algo más y se dirige de nuevo al crematorio hasta perderse dentro.

—Que no —les cuenta Eduardo a la vuelta—. Que no quiere para nada un reloj.

—Podemos entrar y hartarlo de hostias —el policía.

—No creo que a los de la puerta les hiciera mucha gracia. —Artizar.

—Si hubieran traído algo...

—Ya. —Trespalacios—. Ya nos lo has dicho —retrocede unos pasos hasta ocultarse detrás de uno de los tugurios—. ¿Seguro que no se te ocurre otra manera de encontrarlo?

—... —Levanta las manos vacías.

—Otra cosa —el teniente—. ¿Y si le damos esto a ese pedazo de *cabrón*? —Se levanta el pantalón y deja ver una pistola de calibre 22 en una funda del tobillo.

—Con eso, seguro.

—Pues vamos —extrae el arma y se la tiende.

—Quítele las balas. Con la pistola, basta.

—Es mejor negociador que tú —sonríe la detective.

Ya con la pequeña pistola oculta entre la ropa, Eduardo regresa al crematorio, hace llamar de nuevo al otro chico, se alejan, hablan brevemente, se la entrega, espera a que el otro —que no aparta la vista, maravillado, de su nueva posesión— le haga

unas indicaciones y vuelve.

—Es ahí mismo.

Más chabolas, más pobreza, más gente asustada. Pronto se hará de noche y defenderse de un brote de resucitados en aquel refugio sobrehabitado y ruinoso debe ser la peor locura que se pueda imaginar.

Desde hace unos minutos pueden divisar el muro que protege uno de los lados del campamento.

—Debe ser esa. —Eduardo señala una casa de ladrillos algo más sólida que las de alrededor, con el techo de uralita y una puerta pintada de azul.

—¿Seguro?

—Es la única casa con la puerta azul.

—Bien, quédate aquí.

Por una vez tienen suerte y —excepto un anciano vendedor de naranjas medio pasmado— no hay nadie cerca.

Trespalacios, con la detective al otro lado, saca y oculta la pistola tras la pierna antes de llamar a la puerta con los nudillos.

Nadie responde.

Repite.

Nadie.

El policía hace un gesto a la detective, que también extrae su Star y espera a que el hombre abra la puerta de una patada para entrar detrás de él. Ambos, con las pistolas en alto, se pierden en el interior.

Eduardo cuenta con los dedos.

No se escucha nada.

Se acerca poco a poco a la vivienda hasta colarse dentro.

Los investigadores están golpeando las paredes con las culatas, en busca de algún escondrijo. Una cama y un armario de cocina, el único mobiliario de la edificación, ya han sido registrados.

El niño sale andando de espalda y vuelve a entrar.

Sale y vuelve a entrar.

—Aquí suena a hueco —les dice, taconeando sobre una loseta situada no muy lejos de la puerta.

Trespalacios se arrodilla y, haciendo palanca con su navaja, logra levantar la losa.

Un hueco subterráneo aparece ante ellos.

La perista está atendiendo a un cliente cuando Almena entra en la tienda de compraventa de oro.

Levanta la vista desde detrás del grueso cristal de seguridad que recorre el pequeño mostrador; mira en los ojos a la recién llegada, quizás con un poco más de intensidad de la necesaria, pero no da una sola señal de reconocerla; después vuelve a su calculadora y a intercambiar murmullos con un jubilado muy afligido.

Almena ha estado paseando, acostumbrándose a esta nueva ciudad que intenta convivir con la catástrofe, gastándose el dinero que le ha robado a Trespalacios en refrescos y chucherías que cada vez son más difíciles de encontrar y que resultan más caras que un órgano para un trasplante. Nunca reconocería que aquella mujer guapa y seria, impecablemente correcta, fría como una bandeja de material quirúrgico, le impone un poco.

Su amiga Gora sostenía que era lesbiana; incluso fue un día a su tienda ella sola, a insinuarse, solo para descubrir que tampoco por esa vía podían establecer ningún acercamiento.

Cuando les propuso a Almena y a sus tres amigos atracar el otro establecimiento de compra y venta de oro, estableció un plan de acción perfectamente diseñado pero no consideró relevante comentarles que el propietario del otro establecimiento, que murió durante el asalto, era su padre.

Solo vuelve a mirarla cuando el jubilado ha completado su transacción, dejando su oro y sus recuerdos a cambio de un poco de calderilla y llevándose la pena en concepto de cambio.

—Cierra la puerta y pon el cartel de cerrado —le ordena a Almena cuando sale el hombre, sin moverse de detrás del mostrador.

Después las dos se quedan donde están, mirándose a través del vidrio blindado.

—Creía que habías muerto —abre la dueña del local—. Aún no estoy muy segura de haberme equivocado.

—Puedes salir de ahí, si quieres. No he venido a morderte.

La perista le apunta cuidadosamente con la calculadora y le acierta en el centro de la frente.

Una sonrisa que se esfuma como el hielo carbónico.

Almena no puede evitar recordar el agujero de bala que Trespalacios lleva en el cráneo, que es en lo último en lo que quiere pensar.

—La cosa fue mal, ¿verdad? —Por un momento la titular de la tienda parece humanizarse.

—Muy mal. No nos dijiste que el viejo tenía una escopeta.

—Tampoco os dije si aquel día iba a llover o no. Los detalles eran cosa vuestra.

—... —Mordiéndose el interior de la mejilla.

—No habrás venido a reprocharme que el atraco fuera una calamidad, ¿verdad?

—He venido a ver si sabías algo de mi amiga Gora.

—Me dijeron que ella fue la única de vosotros que no se refugió en el Sudario.

—Nos separamos. ¿Ha venido por aquí?

—No.

—Ella se quedó con el oro. Pensé que podía haber venido a vendértelo.

—Quizás prefirió ofertárselo a la competencia.

—Y aquello no salió tan mal —un poco enrabieta, recordando con retraso la acusación—. Nos llevamos dos bolsas de chatarra que valían una millonada.

—Y matasteis a tres clientes además del viejo, y atrajisteis la atención de todos los cuerpos de seguridad, a pesar de que estábamos en medio de una oleada de resucitados.

—No atrajimos la atención de casi nadie —calmándose bruscamente.

—...

—Si nos persiguieron de aquella manera —bajando mucho la voz—, fue solamente por mi culpa.

Avanzan muy cargados por la avenida de República Argentina, ha sido un buen día.

Debajo de sus capotes de carne muerta, los tres *recolectores* llevan un buen surtido de latas, la mayoría sin caducar. Hoy, el *Sudario* les ha sido propicio, apenas han tenido que buscar comercios libres de *resucitados*, lo único que han tenido que hacer es ir recogiendo a su paso lo que necesitaban, y jugar a perseguirse cuando no había muertos cerca, beberse una botella de vodka, follarse los tres en un restaurante italiano, seguir con su carga para alimentar a los amigos.

La única diferencia respecto a otros días es que sus amigos están muertos.

Seguramente es eso lo que acaba de recordar el mayor del equipo de recolectores, porque se ha detenido en seco, se ha quitado el capote, ha soltado las bolsas y se ha quedado allí con los brazos extendidos a la espera de que la lluvia limpie su cuerpo desnudo del olor a cadáver.

Los otros se quedan a su lado, sin saber qué hacer.

Apenas hay tres o cuatro *reanimados* rondado por los alrededores, lentos, como casi todos los del *Sudario*, pero todos se dirigen hacia su amigo.

El recolector que se ha quitado el capote se deja caer de rodillas y empieza a llorar mientras golpea el asfalto con los puños; las lágrimas se llevan el último rastro del olor a podrido. Sus compañeros lo observan impotentes; no deben hacer movimientos bruscos ni hablar; gracias a esta disciplina han sobrevivido todo este tiempo, tan estrictamente la cumplen, que hace mucho que ni cuando están a salvo pronuncian ni una palabra.

Los muertos, que ya han verificado la disponibilidad de carne fresca, empiezan a emitir esos sonidos guturales que atraerán a otros de los suyos.

Cuando están a unos pocos metros, el recolector parece despertar. Se pone en pie, los mira de frente, les hace un gesto imposible de desentrañar y les da la espalda.

Primero camina despacio, con las puntas de los pies, burlándose de sus perseguidores; algo más allá comienza a cobrar velocidad.

—Déjame la linterna —pide Trespalacios.

Cuando la tiene, examina con calma hasta el último rincón del sótano que han descubierto bajo la barraca de Ricardo Osma; más que un sótano, aquello es una especie de zulo de unos dos metros de altura por cuatro de profundidad, totalmente vacío a excepción de unos cartones de embalar los electrodomésticos con los que trafica.

Cuando ha recorrido hasta el último rincón, el teniente se quita el chaquetón y lo deja sobre la cama.

—Voy a bajar —informa sentándose en el borde de la trampilla.

—Dese prisa —lo apremia el niño, que no deja de mirar por la puerta de la casucha.

Colgándose del borde, se deja caer y repite el reconocimiento a punta de linterna. Después busca un hueco en las paredes a fuerza de recorrer con los nudillos las láminas de madera con las que las han reforzado para evitar derrumbamientos. Al llegar a los embalajes, los levanta cuidadosamente con el pie por temor a que cobijen algún bichejo. Lo que hay allí debajo es una pequeña mochila de propaganda de una pizzería.

Cuando va a abrirla, la portezuela del zulo cae sobre el hueco, impidiendo la entrada de cualquier luz del exterior.

Trespalacios apaga la linterna, se cuelga la mochila y se pega a un rincón con la Sig-Sauer en la mano, apuntando hacia donde cree recordar que está la trampilla.

El primer pensamiento es que si algo le ocurriera allí, nadie en el mundo vendría a prestarle ayuda.

El capitán Mayorga me detuvo un momento antes de que entráramos en el *Sudario*. Nunca te miraba a los ojos, pero me cogió por el brazo. Sin casi preguntarme la razón, había permitido que estuviera a punto de llevarme allí dentro una tanqueta con dos soldados y a mi compañero en una motocicleta de montaña. Le bastó con que le dijera que tenía que traer de vuelta a tres chicos que llevaban pasamontañas con motivos navideños, que se trataba de algo personal. Llevábamos una semana en Sevilla, donde por fin habían destinado a nuestra unidad después de recorrer media Europa, y en vez de dedicarme a disfrutar de la vuelta a casa, le había venido con aquella petición que podía destrozar nuestras carreras.

—Te doy dos horas, Rafael. Si no vuelves en ese tiempo, y no te han matado ellos, te mato yo —no volví en el tiempo fijado, pero no hizo falta que se molestara en acabar conmigo.

No se oye una palabra de Artizar o Eduardo en la casucha.

Ningún sonido.

Nada de luz.

Nada.

Cuando por fin se abre la escotilla, falta muy poco para que Trespalacios aplaste el gatillo. No tarda ni tres segundos en salir de allí.

—No te preocupes; un viejo, que se ha acercado a ver qué ocurría —informa la detective—. ¿Y esa mochila?

—¿No podemos irnos de aquí? —Eduardo sin dejar de asomarse a la puerta, con claras dificultades para conservar la calma.

—Enseguida —el teniente le pasa la mochila a Artizar y recoge su chaquetón.

La mujer hace recuento de unos calzoncillos, unos calcetines, una tarjeta con banda magnética, de las utilizadas como llave, con la inscripción Asistencia Reproductiva Valrubia.

Después, prestidigitadora, extrae del bolsillo una biblia pequeña con las cubiertas de tela.

—Acabo de encontrarla entre el armario y la pared —explica—. Nunca está de más un segundo repaso en los registros.

Se guarda la tarjeta en el bolsillo y hojea las primeras páginas del libro.

—José Javier Remesal —lee, enseñando el nombre escrito a pluma.

—Al fin aparece la biblia del juez —él, reconociendo el nombre—. En la iglesia donde lo encontramos me dijeron que solía llevarla a misa.

—¿Nos podemos ir, por favor? —Eduardo, cada vez más agobiado.

—¿Te pasa algo? —La detective.

—No —volviendo la mirada hacia el exterior.

—El niño lleva razón, vámonos.

Ella asiente, se guarda la biblia en el bolso y los tres salen.

Apenas chispea en ese momento, pero el cielo está más oscuro y espeso, ha debido descender unos cuantos kilómetros.

El viejo vendedor de naranjas los espera, plantado unos metros más allá.

Los tres pasan de largo, pero Trespalacios se arrepiente y vuelve hasta él.

—¿Conoce usted a Ricardo Osma? —Enseñándole la credencial—. Es un buen hombre —la dicción sorprendentemente limpia.

—¿Hace mucho que no lo ve?

—Desde anteayer. He estado fuera, en busca de mercancía —señala las naranjas que lleva en una cesta—. Acabo de llegar.

—Entonces no sabrá si algún otro desconocido, además de nosotros, ha entrado en la casa.

—No. Espero que no le hayan robado nada.

—¿Sabe usted a lo que se dedica?

—Aquí todos nos dedicamos a lo que podemos. Yo he capitaneado cruceros por el Mediterráneo durante treinta años, y ya me ve usted —vuelve a levantar la cesta—. Osma odia lo que hace, pero está dispuesto a lo que sea por mantener a su mujer y a su hijo.

—¿Hasta de matar a alguien?

—Ricardo Osma es uno de los hombres más cabales que he conocido en mi vida —negando con la cabeza.

El policía mira al hombre y no es capaz de detectar que le quede en esta vida ninguna razón para mentir así por otra persona, pero nunca se sabe; repara en Eduardo que, muy agitado, no deja de alejarse y regresar.

—Muchas gracias por todo —se despide—. ¿Nos vendería tres naranjas?

—¿A cambio de qué? —Entrecerrando los ojos—. El dinero no tiene aquí ningún valor.

—¿Serviría esto? —Le enseña el cargador de la pistola del 22 de la que se desprendió antes.

—No negocio con armas, lo siento —pero elige una naranja y se la regala al niño.

El teniente lleva tanto tiempo sin comer que está a punto de arrebatarle la fruta al chiquillo; piensa en que lucharía por ella aunque tuviera que hundirle la cabeza en el barro hasta que le estallara allí debajo.

No sabe cómo logra contenerse y emprender el regreso hacia el coche.

Tiene la impresión de que la gente los mira con menos curiosidad e intenta no tomarlo como un signo de integración en aquel pozo de condenados.

Pronto será de noche allí, el momento de darles de cenar a los niños algunos desperdicios recuperados del basurero, de acostarlos sin lavarse un día más y de pasarse doce horas rezando detrás de la puerta para que los vecinos no se conviertan en monstruos y decidan visitarlos a mitad de la madrugada.

—¿Qué opinas de lo que te ha dicho el viejo? —Artizar.

—No me creo nada de nadie —pero sigue rumiando la pregunta—. No sé, un tío tan amante de su familia... no me da el perfil de un asesino que haya empezado una nueva serie por su propio hijo.

—Pero tenemos la biblia del juez, eso lo relaciona al menos con dos de los asesinatos.

—Eso es. La biblia lo relaciona de una forma la hostia de evidente.

No podíamos haber encontrado nada mejor. Un verdadero golpe de buena suerte —baja la voz—. Pero yo nunca he tenido buena suerte.

Así que no me fío en absoluto.

—Habría que ver a donde nos lleva la tarjeta magnética.

El niño, que les gana unos pasos de ventaja, se queda clavado de pronto.

—¿Eduardo? —le pregunta Artizar—. ¿Pasa algo?

Pero tanto ella como el policía no tienen más que seguir la dirección de su mirada para descubrir lo que les pasa.

Esta vez sí tienen ocasión de observarlo a sus anchas.

El chico de la cara y el cráneo desfigurados, con un hacha de carnicero en la mano y un martillo atravesándole el cinturón, no deja de mirarles, calibrándolos con una implacable intensidad. Los cientos de costurones que le cubren la cabeza son aproximadamente de las mismas dimensiones, como si no fueran el producto de un

accidente.

Eso lo hace todavía más inquietante.

Lo rodean una docena de chavales de su edad, aunque puede haber más ocultos entre los refugios, todos armados con herramientas o cuchillos de carnicería.

Son más de los doce o trece que contaron al principio los coleguillas del chico de las cicatrices, unos veinte, tal vez más. Han tenido mucho cuidado de no hacerse visibles hasta no tener rodeados a Trespalacios y sus acompañantes.

Es cierto que no son más que críos, pero, por la forma en la que los miran o se esconden en casa el resto de los desplazados, sería una estupidez desdeñar el peligro que suponen.

—Solo quieren las pistolas. —Eduardo, ahora que los enemigos, a los que seguramente esperaba, están frente a él, parece mucho más decidido que antes—. Si se las dais, nos dejarán irnos.

—...

—¿Qué vais a hacer?

—Les voy a dar la polla —el policía, abriéndose el chaquetón.

—Ni siquiera para nosotros sería fácil reponerlas ahí fuera, Eduardo. —Artizar—. Y sin ellas, mal vamos. Además, no me fío de que después de entregárselas nos dejen marchar.

El niño asiente, no cuestiona los argumentos.

Los otros empiezan a acercarse.

—Son muchos más de los que estáis viendo —el chiquillo los instruye con voz tranquila—. Aunque estéis armados, si se nos echan encima, no podremos con ellos. Además, están locos; les da igual los que caigan. Lo mejor es salir corriendo hacia el coche, a ver si tenemos suerte.

—No, lo mejor es que tú salgas corriendo hacia tu casa; nosotros estamos mayores para ganarles una carrera. Estos hijosdeputa no...

Rafael Trespalacios no puede terminar la frase, uno de los niños, uno bajito con el pelo rojo rizado, situado a la derecha de su jefe, le arroja una maza de carpintero que le pasa a pocos centímetros de la cabeza.

El teniente no se lo piensa, estas reacciones ya las trae grabadas en el programa que rige sus actos desde hace tiempo. Extrae su Sig-Sauer y le dispara a las piernas sin apuntar.

Todos quedan en silencio.

Ha acertado en el blanco, pero no sabemos exactamente dónde.

El de los costurones en la cabeza se arrodilla junto a su compañero derribado y, con toda naturalidad, le machaca el cráneo con el martillo; allí todos son conscientes de que un solo resucitado puede extender la epidemia por todo el campamento en muy poco tiempo.

Después, se levanta, sonrío a sus enemigos y, al mismo tiempo que el resto de los suyos, se lanza contra ellos mientras grita al tope de su capacidad pulmonar.

Aunque forman un anillo que se cierra en torno a ellos, los tres rompen a correr más o menos en dirección al coche, escurriéndose por un callejón que casi es una

grieta entre dos filas de casuchas. Un crío se interpone pero el policía va a toda hostia y le dobla en tamaño: ni nos enteramos de lo que ocurre con él.

Es evidente que Eduardo ni se plantea escabullirse, que se quedará con ellos hasta el final.

Por unos metros parece que van a acumular alguna ventaja.

Pero los niños corren mucho más.

Son como los indios, los nativos enfurecidos de todas las películas de indios del mundo.

En la siguiente zona abierta se les echan encima.

Eduardo ha recogido una estaca que blande con las dos manos. Artizar le estrella el cañón de su Star a un atacante en la frente y golpea a otros dos con una misma patada que le obliga a girar todo el cuerpo.

Pero Trespalacios sabe que con aquel método de lucha están perdidos.

Le acerca la pistola al hombro a uno de los más altos y le dispara a quemarropa, culatazo al siguiente, disparo en las piernas a otro más.

Hasta a ellos les frena el tipo enorme con cara de sonado y un agujero de bala en la frente que no se lo piensa dos veces a la hora de dispararles.

Están todos ahí menos el de las cicatrices, con los cuchillos por delante, lo que más quieren en el mundo es su sangre.

Uno de los más pequeños, al que ni siquiera habían visto, se escurre entre los otros y le golpea la muñeca al policía con una llave inglesa obligándole a soltar el arma.

Artizar, fijo que de forma instintiva, le dispara en la cabeza.

Se está haciendo de noche, aquello es el fondo de la letrina de lo que queda del mundo, por un momento están seguros de que no van a salir de allí.

De aquellos chavales pueden esperarlo todo menos clemencia.

En una chabola cercana alguien ha escrito: *augmente su pene hasta el doble de su tamaño*, y ha dibujado una flecha que señala la entrada.

Trespalacios tiene el brazo izquierdo dormido por el impacto, pero se agacha, recoge la pistola con la izquierda y caen dos críos más con los muslos atravesados.

Otra vez a correr.

Los siguen todo el tiempo, aunque ya son menos y gritan con menos ímpetu y dejan siempre una distancia de seguridad.

Si no fuera porque Eduardo va delante, marcándoles el camino, jamás hubieran encontrado la iglesia donde aparcaron el coche.

El que lo tiene perfectamente localizado es el chico de los costurones, que junto a otros siete u ocho, los más grandes, lo están utilizando como asiento para esperarles.

El resto de los críos vitorean su presencia.

Seguro que tiene una triste e interesante historia que contar.

Aquellas cicatrices.

Que no sabremos nunca.

En cuanto lo ve, medio asfixiado por la carrera, Trespalacios se detiene en seco. Se cambia la Sig-Sauer a la derecha ya menos dolorida, pero usa las dos para contrarrestar el retroceso. Respira hondo.

La primera descarga se incrusta en el centro del pecho del niño.

El teniente echa a andar.

Sin dejar de disparar.

Dos, tres, cuatro, cinco.

El sexto a la cabeza, cuando ya está en el suelo.

Los demás se levantan despacio del vehículo, cediéndoles el paso cortésmente a sus propietarios.

Es impresionante aquella multitud rezando bajo la lluvia, con todo el peso de las sombras del fin del mundo sobre sus espaldas.

Rodean el edificio de la Fraternidad Juramento en estricto silencio, es imposible saber qué es lo que piden o lo que esperan, solo consta que lo hacen con infinita paciencia.

Chokos lleva no sabe cuánto tiempo observándoles desde una esquina de la calle Canal, tras un kiosco vacío de la ONCE desde el que también puede observar la vía posterior al gigantesco local de lo que antes fue el hipermercado Ecoeste.

Oficialmente, aquello no es más que un almacén abandonado, pero si la fachada principal permanece desierta y a oscuras, por la calle de atrás, la que da a la zona de carga y descarga, no dejan de trajar un buen número de personas que, cargando voluminosos paquetes a pie o en toda clase de vehículos, entran y salen por el portón trasero.

Es posible que aquello no esté relacionado con los sobres marcados por la palabra Canaán, ni con las furgonetas de Ecoeste que ha visto en los últimos días, ni con las armas que el cura guardaba en su casa; indiscutiblemente, es posible. También puede ser que todo aquello no tenga nada que ver con la Fraternidad Juramento. Hasta que los tipos que asesinaron a su jefe y lo esperaban en su casa la noche anterior lo hayan hecho por un motivo distinto. Poder, puede.

En cualquier caso, cuando un camión de grandes dimensiones reduce al mínimo su velocidad para introducirse por la vía de servicio que lo llevará al interior del recinto del hipermercado, lo alcanza en una breve carrerilla, se sube al escalón de la parte de atrás y se aferra al cerrojo para colarse en el interior.

Cuando Trespalacios frena ante la salida del Campamento Epifanía hace ya un buen rato que nadie los persigue.

No hay nadie para recibirles, solo las siluetas de los soldados que les apuntan con sus armas y sus reflectores desde lo alto de las torres.

Los tres tienen la impresión de que han pasado mucho más tiempo dentro del campamento del que marca el reloj, de que todo ha cambiado mientras estaban dentro.

Una voz a través de un megáfono identifica al teniente y a la detective por su nombre y les ordena que salgan del coche, que lo dejen allí, que alguien lo recogerá y lo sacará del recinto; ellos dos deben dirigirse hacia la puerta.

Eduardo se queda junto al automóvil.

En cuanto han recorrido unos pasos, aparece el sargento que los recibió rodeado de una docena de soldados, todos con uniformes de campaña, chalecos antibalas y mochila completa.

—¿Y esto? —le pregunta Trespalacios señalando el equipo de combate.

—No sabes la que se ha liado, aquí fuera. Daros prisa.

—¿Qué es lo que pasa?

—Hay jaleo por la zona de Luis Montoto y Polígono San Pablo.

Brotos importantes. Las noticias son muy confusas.

—Joder, ¿sabes lo que supondría una franja de infección fija por Luis Montoto? Con el norte y el Aljarafe ya tomados por los muertos, sería quedarnos con la carretera de Cádiz como única arteria de salida y entrada de la ciudad.

—Eso es lo que hay.

—¿Bajas?

—Los compañeros del relevo nos han dicho que un mogollón.

Pero las emisoras de radio lo niegan.

—Desde que los militares controláis el país, prestar atención a cualquier medio de comunicación es una pérdida de tiempo. —Artizar.

—Yo no controlo nada —responde el sargento poco motivado para el debate.

—¿Se sabe algo más? —El policía.

—Desde el campamento, de poco podemos enterarnos. Solo nos queda esperar aquí en medio. Si no nos comen los de fuera nos matarán los de dentro.

Mientras atraviesan las distintas líneas de seguridad pueden ver a otros militares que los esperan con los fusiles en alto para asegurarse de que van a pasar por el control sanitario ubicado en la *roulotte* del exterior.

—Ah, otra cosa —el sargento—. Tengo un mensaje para ti. Que te pases por el laboratorio; dicen que no es urgente, pero es que no les respondías al móvil.

—Sí, estaría tocándome los cojones. ¿Sabes si nos tendrán mucho tiempo ahí para el reconocimiento?

El policía, la detective y los soldados continúan su camino hacia la caravana.

Eduardo quedó atrás, solo, en la explanada anterior al control de salida, apenas visible en la oscuridad.

Por primera vez en muchos meses, los cuerpos acribillados o roídos de militares y resucitados permanecen en la calle sin que nadie se ocupe de retirarlos inmediatamente.

Las Brigadas de Contención se limitan a verificar que no están en condiciones de reanimarse —menudean los disparos en la cabeza, que a estas alturas ya todo el mundo identifica con actos compasivos— y a continuar sus tareas, penetrando en los edificios o cortando con las vallas portátiles aquellas calles tan tomadas por los contagiados que tendrán que esperar a una segunda fase para ser aseguradas.

Un todoterreno recorre lentamente la avenida de Luis Montoto conminando a los ciudadanos por un potente altavoz para que se encierren en casa hasta que les avisen por ese mismo medio de que ha pasado la crisis.

El gobierno lleva años prometiendo efectuar La Gran Limpieza de la ciudad, el despioje final de resucitados en el que se devolverían los Sudarios al mundo de los no muertos, pero la precariedad de efectivos humanos y materiales hace que ese momento se demore indefinidamente. La operación exigiría gran cantidad de recursos, ya que los ciudadanos que tuvieron que abandonar sus inmuebles en los Sudarios exigen que la limpieza no se realice mediante bombardeos ni empleando artillería, lo que supondría destruir las tres cuartas partes de la ciudad incluyendo un legado histórico irrecuperable, así que el rescate del territorio perdido siempre se demora hasta que haya tropas suficientes para hacerlo con infantería, calle a calle, y sin ningún peligro de que la campaña se vuelva en contra de las fuerzas de reconquista y sean los monstruos los que aumenten su espectro de actuación.

Aunque desde hace unas horas, el equilibrio parece haberse roto de nuevo. En aquel sector, la gente, en su casa, se conforma con recobrar el remedo de paz de la que disfrutaba hasta hace unas horas.

Han bloqueado las puertas, no quieren abrir las persianas, se sienten observados, codiciados.

En un patio, una mujer vigila las ventanas. No tiene prisa, espera su oportunidad. De lejos parece tener tres pezones, los suyos y el del orificio de la bala que ha recibido por error hace un rato, dejándole solo las fuerzas para abrir y cerrar la cancela del patio con objeto de entrar en su casa por la cocina, pero el camino más corto no lo ha sido lo suficiente.

Una parada. Desde ahí, ha venido ya muerta.

Hasta los cuarenta y dos años ha llegado. Tiene una papada que le rompe la mandíbula en un ángulo obtuso que en vida odió siempre. Una saliva espesa y sanguinolenta que le desborda los labios entreabiertos pero que no termina de bajarle por la barbilla. Un cráter de carne resquebrajada, de huesos astillados y de briznas de vísceras en el centro de la espalda. No le importa, nada le importa y no siente nada, nada más que aquella extraña necesidad que aún no ha identificado, algo así como

una feroz avaricia de los otros que no remitirá hasta que no se abra alguna de aquellas puertas.

En cuanto comenzó a atravesar la doble puerta de Ecoeste, Chokos se encontró con un bullicio enorme dentro del colosal almacén. Estaba seguro de que lo descubrirían, así que, aprovechando la lentitud con la que avanzaba el vehículo, se dejó caer al suelo, se coló por debajo de él y volvió a cogerse a una especie de abrazadera, tan embadurnada de suciedad y de barro que apenas pudo mantener su posición hasta que estacionaron el camión. Una vez estacionado el camión al final de una zona en pendiente, se dejó caer al suelo y fue reptando hasta resguardarse entre las grandes ruedas de dos vehículos todoterreno.

Lo primero fue respirar. Después se asomó para ver qué era todo aquello.

CANAÁN.

Alguien lo había escrito con caracteres descomunales en una de las paredes. Debajo, un crucifijo, un mapa que no lograba descifrar desde aquella distancia y, en forma de *collage* infantil, una especie de firma: *Fraternidad Juramento*.

A unos dos metros del mural, custodiándolo, un altar con una virgen que Chokos no sabe reconocer rodeada de ramos de flores.

Apenas hay un metro cuadrado en el inmenso local del antiguo hipermercado que no se agite por la permanente actividad de las docenas de hombres mujeres y niños que clasifican, manipulan y empaquetan toda clase de provisiones y material diverso, de acampada sobre todo, que sacan de innumerables palés trasladados por carretillas elevadoras, destinados a equipar varias filas de camiones, vehículos con remolques y autocaravanas reforzadas con barrotes y planchas de seguridad.

En una zona preferente se amontonan unas cuarenta o cincuenta escopetas de caza, dos ballestas, algunas pistolas, la mayoría de modelos anticuados, y una pila de cajas de cartuchos.

Chokos piensa en que aquella gente está preparando algo, sea lo que sea, de proporciones descomunales, que no van a permitir que nadie obstaculice sus planes, que debe ser justamente lo que suponen que él pretende. No le extraña que intenten llevárselo por delante.

Casi se ríe cuando piensa en avisar a la policía para que lo ayude.

En su vida ha hecho algo parecido. Se le ocurre hablar con su antiguo compañero, Rafael Trespacios, le han dicho que ha vuelto a su viejo puesto después de la herida en la cabeza que casi le cuesta la vida.

Pero lo primero es salir de allí.

Comienza a arrepentirse de haber entrado. No deja de limpiarse el sudor con las manos llenas de grasa. Confiaba en que aquello sería un hangar interminable y casi vacío del que no le costaría escurrirse después de comprobar qué es lo que transportaba el camión con el que se coló y ahora no solo no ve la forma de salir, sino que teme que lo descubran de un momento a otro.

Frente a una de las puertas inutilizadas han dispuesto unos tabloncillos sobre unos

caballetes que hacen las veces de mesas donde un puñado de mujeres preparan bocadillos para todos.

Hay docenas y docenas de personas allí, la población de una futura comunidad bullendo alrededor de la caravana de vehículos, que es el objeto de la diligencia de todos.

Llevan lo necesario para sobrevivir con sus propias reservas durante una larga temporada en cualquier sitio.

Los preparativos parecen muy avanzados.

Están prácticamente listos para salir del purgatorio.

—Hace años pasé por una gasolinera de Castilla León llamada La Loba. —Artizar, elige un garbanzo, lo pincha cuidadosamente con el tenedor, como desbroza las palabras, y se lo mete en la boca antes de continuar—. No sé por qué me acuerdo ahora. Todavía no se habían despabilado los muertos. El caso es, o fue, que de pronto me vi rodeada por un puñado de paisanos y paisanas que me miraban... o mejor dicho, que tenían la capacidad de no mirarme con la mayor perplejidad con la que me he sentido recibida en toda mi vida, y te aseguro, tú ya lo sabes, que siempre he despertado mucha extrañeza.

—¿Quieres otra cerveza? —Trespalacios.

—Esta mierda no es cerveza —ensarta y deshecha otro garbanzo—. A veces me da por pensar que el mundo no ha cambiado tanto tras la Resucitación.

Cuando llegaron al Hospital General para hacer otro inútil intento de interrogar a la chica que los militares se llevaron de la comisaría, no tuvieron que ponerse de acuerdo para desviarse hacia la cafetería: era media tarde y no habían comido nada desde el día anterior.

Después de las habituales quejas sobre los retrasos de los abastecedores en estos tiempos, el camarero solo pudo ofrecerles cincuenta mesas vacías y en penumbra, cerveza sin alcohol y un guiso de espinacas con garbanzos, que resultaron ser unos hierbajos no filiados acompañados por algunas canicas irrompibles.

El policía levanta la mirada del plato ya completamente vacío donde desde hace un rato no deja de ver a Almena para preguntarse, autoconvencerse, de que podría tener un lío con la detective.

Le basta con verle las marcas en la cara para retrasar una vez más la idea.

Tendría que buscar a su sobrina, pero no sabría por dónde empezar; desde lo de su hermana, la chica no tiene más familia que a él, y los amigos que le conoció también están muertos. Además, no tiene tiempo, prefiere hundirse en aquella investigación porque mientras más profundice en ella, más fácil le será dejarse llevar por su corriente.

Se siente relajado, con los latidos en orden, el tiroteo le ha sentado bien; solo la adrenalina y la locura lo apartan de su otra realidad.

—Debería llamar al secretario del cardenal. Para contarle las novedades —la mujer, apartando su plato y apurando la cerveza con asco.

—Pero no vas a hacerlo, ¿verdad?

—No tengo ganas de hablar con él.

Los pasillos y las escaleras que les llevan a la planta donde está ingresada la chica que irrumpió en comisaría podrían pertenecer a cualquier hospital situado en cualquier territorio en guerra; jóvenes soldados de los últimos reemplazos en cada esquina y esa expresión presuntuosamente resuelta en todo el personal sanitario de que la actual situación les permite, más que nunca, aplicar los protocolos de

seguridad con absoluta firmeza por encima de cualquier consideración humanitaria.

Lo primero que escuchan Trespalacios y Artizar al entrar en el ala que buscaban es la risa del sargento Bonifacia que, lata de Coca-Cola en mano, alterna con dos de los cuatro soldados que custodian la entrada a la habitación de la herida.

Los soldados los ven entrar y se ponen en guardia, el G3 a media asta.

También se detiene Trespalacios a mitad del pasillo; no quiere hablar con el sargento, que trota hacia él, demasiado cerca de los militares.

—Coño, teniente —tragando Coca-Cola de la lata chorreante para recuperarse de la carrera—, si me llega a llamar, se ahorra usted el viaje. Estos siguen sin dejarnos hablar con la niñata.

—¿Cómo sigue?

—Bien, esa tiene más cuento que otra cosa, según me han dicho.

Pero se puso farruca con un oficial, le sacó una navaja, y le dieron lo suyo.

—¿Sabemos el nombre?

—María José —tiene que recurrir a un antiquísimo cuadernito de propaganda—, María José Huesca Romero. Pero por lo visto se hace llamar la Maga.

—¿Sabemos algo de la familia? ¿Han estado por aquí?

—Esa es otra —vuelve a mirar el cuaderno, pero esta vez es mentira—. No tiene más familia que su padre —con media sonrisa falsamente contrariada—. Enrique Huesca. ¿Ha oído hablar usted de los Amigos de las hierbas?

—No —le fastidia reconocer que, tras sus años de ausencia, aquel vago está más al tanto que él de la nueva fauna de la ciudad.

—Se dedican a matar a la gente, ellos dicen que por piedad.

—Son unos elementos difíciles de clasificar —la detective cubre la parquedad expositiva del sargento—. Se les trata como a una secta, pero en realidad no es un grupo organizado, cada uno va por su cuenta. Por eso son tan difíciles de localizar. Hace unos años se descubrió que unos asistentes sociales se dedicaban a practicar una especie de eutanasia proactiva: ayudaban a morir a enfermos o ancianos, a veces incluyendo a sus parejas, a veces ampliando el círculo a gente que por cualquier otra circunstancia se les viniera la vida encima en estos tiempos tan jodidos; personas abocadas, en muchos casos, a morir en soledad y a terminar dándose trompazos contra las paredes hasta que llegaran los amortajadores y les dieran un tiro en la cabeza. Los Amigos de las hierbas, los ayudan a acabar con su vida con algún cocimiento letal, conservando un resto de dignidad.

—Unos zumbados —resume Bonifacia.

—Al principio eran dos o tres, y la policía los trincó a todos. Pero el ejemplo cundió entre otros asistentes sociales, enfermeros, algún médico. No son muchos, pero siguen en marcha.

—Enrique Huesca fue de los primeros —el sargento ha regresado a su sucio cuadernillo—, y hoy día es de los más buscados. Sospechoso de más de diez homicidios.

Trespalacios tarda unos segundos en metabolizar la información.

Después se dirige a su subordinado.

—¿Sabemos si la Maga tiene algún amigo, algún vecino de confianza, alguien?

—No.

—Vale. Mira, tenemos que hablar con el padre como sea. Quiero que vayas a entrevistarte con los Amigos de las hierbas que estén cumpliendo condena y les digas que necesito que le hagan llegar el mensaje a Huesca de que tengo que hablar con él, en las circunstancias que él determine, solo hablar, no le va a pasar nada. Al preso que colabore le concederemos alguna prebenda, dile al director...

—Pero teniente, un momento, un momentito —muy preocupado—. Yo no me puedo mover de aquí. Me lo ha dicho el coronel. Además, fíjese en la hora que es. En todo caso, mañana a primera hora, yo voy.

Le falta poco, casi nada, a Bonifacia para tragarse toda la mala leche que el teniente ha acumulado en los dos últimos días, en los últimos años.

—Haz lo que te salga de los huevos. Como si te quieres ir a tu casa ahora mismo.

—Yo solo...

Se da la vuelta y se dirige a la salida; la detective lo sigue, pero saca el móvil y comienza a redactar un SMS mientras caminan.

Salen del hospital pero no del complejo de Ciudad Sanitaria Virgen del Rocío; desde que las antiguas instalaciones del Instituto Anatómico Forense del Hospital Macarena, donde también se encontraban los laboratorios de la policía, cayeron bajo el control de los resucitados, ha sido necesario reubicar ambas instituciones en el interior de este complejo.

Camina despacio; desde que salieron del campamento no dejan de buscar signos de que algo va mal, de que el equilibrio que la ciudad ha mantenido en los últimos años se está rompiendo a favor de los muertos. Lo primero que hizo el policía al terminar el reconocimiento fue llamar al coronel para informarse sobre los brotes que le habían comentado los soldados, pero su superior se limitó a decirle que se trataba de incidentes aislados, de cierta gravedad, pero perfectamente controlables. No se creyó absolutamente nada.

—¿Qué piensas? —Artizar.

—¿De lo de Bonifacia? Da igual. Casi mejor así. No hubiera hecho nada o, peor aún, hubiera hecho alguna chapuza y fastidiado esa vía. Iré yo mismo.

—A lo mejor hay otra manera de contactar con los Amigos de las hierbas —le enseña el móvil—. Conozco a alguien que está muy relacionado con ellos.

—...

Pierde el tiempo si espera que Trespalacios le pregunte quién es ese alguien, así que decide dar directamente la información.

—Fue, o intentó ser, el terapeuta que me asignaron cuando se descubrió lo de mi hija —va bajando progresivamente la voz—. Yo no le hice ningún caso, pero él no era mal tipo. Me habló mucho de los Amigos de las hierbas. Le he enviado un SMS.

El médium ha llegado a pensar que le volvía la voz de Cristo.

Ha sido solo un instante, tan fugaz, que no le ha llegado para aprehender Su mensaje, que ni siquiera ha durado lo suficiente para retener la sensación de haber recuperado aquel canal de comunicación que tanto extrañaba.

No obstante, cuando ha despertado con la cabeza apoyada sobre el volante y docenas de conductores vociferando para que arranque, sabe que algo ha ocurrido, algo distinto a la fiebre que le acompaña desde que fue contagiado. Tal vez una despedida. Una desvinculación definitiva del Señor de la nueva senda que ha elegido.

Corresponde a la despedida tocándose el ala de un sombrero imaginario y aprieta el acelerador.

Tiene prisa, debe hacer algo muy importante, pero no deja de pensar en la chica que ha dejado amarrada en un almacén y en su deseo de volver a estar con ella lo antes posible.

Se adentra en el parque de María Luisa y enseguida está ante el recinto amurallado de la Academia General Militar de Sevilla.

Disminuye la velocidad para no llamar la atención de la guardia y rodea tranquilamente la edificación hasta detener la furgoneta en las proximidades a la entrada posterior, la zona que utilizan los transportistas para abastecer el centro donde se forman los futuros oficiales del ejército de tierra y de la guardia civil.

No llega a parar el motor; en cuanto estaciona junto al muro, se abre el portón y aparece el sargento Vesteiro, que se asegura que no hay nadie en los alrededores antes de abrir la segunda hoja e indicarle por señas que acerque el vehículo con la marca Gelatina Espíritu Santo pintada en los laterales.

Hasta que no llega a su lado no se da cuenta que Vesteiro apenas puede mantenerse en pie, recibe el pestazo a alcohol en cuanto abre la ventanilla. No se lo reprocha, no todo el mundo es capaz de llevar a cabo lo que aquel hombre va a realizar esa tarde, pero le preocupa que no esté en condiciones de ejecutar el plan.

—Sal, ya me llevo yo la furgoneta —le dice el sargento con voz pastosa.

—¿Tienes localizado el sitio donde vas a aparcarla?

—Está todo arreglado —abre la puerta con mano temblorosa—. Date prisa.

—Si quieres, la meto yo.

—Solo faltaba que vieran a un civil aquí dentro. Vamos —apremiándole para que baje.

El médium pone el freno de mano y desciende del vehículo para que el otro ocupe su lugar.

Cae en la cuenta de que ha coincidido en multitud de ocasiones con Vesteiro en la Fraternidad Juramento, en la *Misión*, incluso han compartido mesa en algunas de las reuniones, pero es la primera vez que hablan.

También la última.

El sargento introduce primera y al mínimo de gas se va perdiendo tras el portón.

Lo último que ve el médium son las palabras Espíritu Santo perderse tras el muro; en un mismo pensamiento funde la despedida de Dios y el hambre de arrancarle las tripas a la chica del almacén.

Trespalacios y Artizar preguntan por el responsable del laboratorio en el Instituto Anatómico Forense, un celador con gravísimas dificultades para levantar la vista de su *Mortadelo* les indica que aguarden en una sala de espera sin ningún sitio donde sentarse.

Los gritos no les llaman mucho la atención, pero las risas, que no pueden proceder de muy lejos, sí son verdaderamente insólitas en ese mundo, así que se aventuran en su dirección para matar el tiempo.

La vieja edificación acoge en sus laberínticas dependencias al Instituto Forense y a los laboratorios de la policía, pero al parecer cuenta, además, con unos imprevisibles ocupantes. Han llegado al antiquísimo patio del edificio, un rectángulo de cemento rodeado por una valla de plástico de un metro bajo una enorme claraboya que otorga una tonalidad permanentemente lúgubre al ambiente.

Las voces de los niños proceden de allí.

—Desde que expropiaron la guardería para construir el segundo crematorio, las sanitarias de Ciudad Sanitaria Virgen del Rocío nos quedamos sin ningún lugar para dejar a los niños; por ahora, nos arreglamos con esto —les explica, ante su expresión de extrañeza, una mujer de unos treinta con pijama de enfermera. Después le lanza un beso a un niño gordito y se va.

Treinta o cuarenta, los mayores de unos cuatro o cinco años, juegan y corretean vigilados por dos cuidadoras. A uno y otro lado del patio dos niños amordazados, sujetos por largas cadenas a collares de perro, muertos los dos, se agitan y tienden las manos al paso de sus compañeros.

—No perdemos la esperanza de que algún día podamos convivir con ellos —comenta una voz a espaldas de los investigadores.

—¿Lo dice en serio? —Trespalacios, volviéndose.

—Le sorprendería el éxito de las experiencias que se están haciendo en materia de integración.

—Yo también he realizado experiencias de integración —rozándose lujurioso el orificio de la frente—, pero con bastante menos éxito.

—Si usted no me cuenta las suyas, yo no le cuento las mías. —Se trata de una mujer huesuda y alta, de unos cincuenta, con una bata no demasiado blanca, lo bastante curtida para sonreír al comentario del policía.

—Y yo os lo agradezco a los dos. —Artizar.

—Les estaba esperando; Trespalacios, ¿verdad? —Le tiende la mano—. Soy Ana Escribano, responsable del laboratorio.

Terminan de presentarse mientras la siguen a su despacho situado unos metros más allá, un tugurio asqueroso con una mesa de playa y dos archivadores del siglo XIX.

—Tengo los informes de los tres asesinatos que están investigando. Los asesinatos de las iglesias, como se empiezan a conocer —no toma asiento porque solo hay una silla en el cuchitril—, pero tengo que decirles que no hemos llegado muy lejos. Como saben, los tres tienen grabadas en la piel la palabra Canaán; el análisis grafológico indica que por la misma persona. La herramienta también es la misma, un estilete o un punzón, quizás de carpintero, aunque no es posible determinarlo —se queda mirándoles, pero no obtiene palabras ni gestos de complacencia o reproche por parte de ninguno de los dos—. Poco más. Los datos técnicos, como los tiempos de fallecimiento, histología y demás, los tienen en los informes.

—Ha dicho que ha descubierto poco más. ¿Qué poco más?

—Trespalacios.

—Hay algo que me ha llamado la atención. La mujer fue asesinada por atragantamiento con pan ácimo.

—¿Ácimo? —El policía.

—El que se elabora sin levadura. —Artizar.

—Eso es. En realidad, todas las obleas para uso religioso se cocinan sin levadura, pero este es pan normal, pan de mesa, vamos; horneado en grandes piezas.

—¿Con quién se asocia esa clase de pan? —Trespalacios.

—Bueno, lo primero que me vino a la memoria fue la Fraternidad Juramento, tengo entendido que organizan la eucaristía por grupos, lo cual incluye preparar el pan, que debe ser de este tipo. Pretenden reforzar de esta manera los lazos con las primeras comunidades cristianas —el tono es más amargo que irónico—. Mi hermana pertenece a la Misión, como ellos la llaman, o al menos pertenecía antes de que dejáramos de hablarnos.

La interrumpe el sonido de llegada de un mensaje a un móvil.

La detective levanta triunfalmente el suyo, examina la pantalla y se vuelve hacia el teniente.

—Es lo que esperábamos —aludiendo al SMS que envió a su psicólogo—. Me espera dentro de media hora en la consulta.

A Chokos no se le ocurre más que una forma de salir del hipermercado.

Si las cocineras eran gente de Dios y a él le quedaba alguna posibilidad de redimir su alma, lo cual era menos que improbable, a partir de aquella tarde, ellas se podían dar por salvadas y él por condenado.

Hay siete mujeres preparando y repartiendo bocadillos en una mesa improvisada junto a una de las puertas laterales, ellas serán su salvación.

A pesar de las formidables dimensiones del local, hace rato que experimenta una extraña claustrofobia; que van a encontrarle en cualquier momento, está fuera de toda duda. Hay demasiada gente afanándose por todos los rincones, tarde o temprano alguien se acercará a la zona de los automóviles donde se ha escondido.

Después de un buen rato observándoles, ha encontrado sentido al método en el que aquella multitud está organizado: un sistema de equipos supervisada por dos ancianos, uno con alzacuellos y otro con chaleco de cazador, que salen periódicamente de unas oficinas situadas al fondo; la prioridad de todos es abastecer, revisar y terminar el blindaje de los vehículos que forman la caravana.

No puede posponer por más tiempo la huida.

Chokos no deja de observar a las mujeres que preparan bocadillos frente a la puerta; saben darle a su trabajo un aire animado, muy alegre; no dejan de reírse, de acompañar con alguna ocurrencia, un comentario amable, la entrega de comida. Comentarios y ocurrencias seguramente tan simples y bonachones como ellas mismas.

Por más vueltas que le da, no se le ocurre otra manera de salir de allí que estrellar el cuatro por cuatro en el que se ha escondido contra aquellas mujeres y la puerta que tienen detrás; aunque no se abra, la conmoción que se produzca le proporcionará una oportunidad para largarse.

Se conoce perfectamente los rasgos de las siete, entre los cuarenta y los sesenta, está a un paso de ponerles un nombre o apodo a cada una de ellas. Es indiscutible que todos las quieren, que están allí para cuidar de cualquiera, que si el propio Chokos se acercara a ellas le entregarían un bocadillo, un refresco y un gesto de cariño sin cuestionarlo en ningún momento.

Ha llegado el momento de irse.

De entre los vehículos colocados a la altura correcta, ha elegido este todoterreno porque le ha parecido el más pesado de todos, un Lexus de unas tres toneladas que, teniendo en cuenta lo pronunciado de la rampa donde está estacionado, va a producir un impacto demoledor sobre las puertas. Muy despacio, desactiva el freno de mano y el vehículo se pone inmediatamente en movimiento.

Las mira por última vez. A las siete. Una a una.

El Lexus cobra velocidad pero Chokos pisa el embrague para soltarlo aún más.

Cinco, cuatro, tres, dos...

Trespalcios aparca el coche con dos ruedas sobre la acera frente al domicilio del psicólogo, en Santa María la Blanca; ni siquiera se molesta en poner sobre el salpicadero la acreditación que encontró en la guantera del Opel: no ha presenciado incidentes durante el camino, pero sí una especie de tensión en todos, es la clase de día en el que la policía no tiene tiempo de dedicarse a poner multas de tráfico.

Sale del automóvil y se queda esperando para ver a Artizar aparecer al otro lado. Pero Artizar no sale. No tiene que preguntarle qué le ocurre. Abre la puerta y vuelve a ocupar su puesto frente al volante.

La mujer fuma con la intención de desecarse los bronquios en cuatro caladas. Los ojos ciegos hacia la calle.

—No me explico cómo está dispuesto a recibirme —dice al fin—. El terapeuta.

—¿Qué le hiciste?

—Nada. Apenas hablé con él —pone mucho cuidado al elegir los recuerdos que expone, no vaya a ser que después no los pueda volver a enterrarlos—. Cuando se descubrió que mi marido se follaba a nuestra hija, cuando se mató y la mató, en el cuerpo me pusieron como condición que pasara por terapia antes de reincorporarme. Fueron solo unas semanas. Después, la fiscalía encontró indicios de mi participación —sonríe pero aquello no es una sonrisa— y el juez ordenó mi ingreso en prisión —no se molesta en manifestar su inocencia.

—¿Cómo te fue con él?

—Venía tres veces a la semana, me sentaba sin decir una palabra, pensando en lo único que podía pensar en esa época, mientras él no paraba de hablar. Cuando terminaba mi tiempo, me iba a mi casa para hacerle un mamazo a la pistola y a la botella —descarta ese camino sacudiendo la cabeza y trayendo la mirada desde la calle—. El tipo jamás se cabreó, jamás intentó forzarme a participar, solo hablaba y hablaba de sus cosas, en ese tono amable y tranquilo que le he escuchado a tan poca gente. Ahí fue cuando me explicó lo de los Amigos de las hierbas, y cuando deduje que tenía alguna relación con ellos.

—¿Nunca le respondías ni le comentabas nada? ¿Ni una palabra?

—Ni una sola. Lo último que yo quería es que nadie me ayudara ni mucho menos que descifrara los últimos años de mi vida; supongo que, sobre todo, porque quería seguir sin enterarme de lo que de verdad había ocurrido.

—...

—Llegué a odiar de verdad estas visitas. Tardé mucho en darme cuenta de que el menda este no tenía la culpa de nada.

Ahora es Trespalcios el que parece haberse encontrado con sus propios recuerdos mal enterrados.

—Lo primero que recuerdo al despertar —sin mirarla—, después del disparo en la cabeza, es el profundo asombro de los grupos de médicos que pasaban a visitarme.

Yo no era el primero en sobrevivir a algo así, pero sí uno de los pocos. Todos decían lo mismo: *el proyectil ingresó por la región frontoparietal, pasó entre los lóbulos y salió sin producirle más daño que las fracturas óseas que no tardarán en soldar; no ha sufrido convulsiones, ni reducción locomotriz, ni disminución cognitiva, ni ninguna otra secuela aparente, excepto algunos lapsos de memoria sin importancia.* Me lo sé de memoria. Se pasaban horas hablando ante mí, comentando la tonelada de pruebas que me habían realizado, especulando sobre consecuencias futuras, sobre mis expectativas de vida, exactamente como si yo no estuviera presente.

—Son todos unos hijos de puta.

—¿Vamos a ver al psicólogo de mierda y le pegamos dos tiros en el hocico?

—¡Animalito! —Con la primera risa en las últimas horas.

Abre la puerta del coche y sale al exterior.

Decidida, cruza la calle, se para ante el portero electrónico y, cuando descubre que la cancela está abierta, atraviesa el portal y salta hacia los primeros peldaños de la escalera. Trespalacios, muy cerca.

Cuando llega al segundo piso, no tiene que repetir la llamada a la tercera puerta.

—Artizar.

—Francisco —algo incómoda—. Déjeme presentarle al teniente Rafael Trespalacios, de la policía. Colaboramos en una investigación.

—Encantado. Entrad, entrad.

Por suerte, parece un tío simpático.

El psicólogo mide cerca de los dos metros, le cuelga la enorme barriga como si fuera la bolsa del supermercado con la compra mensual y va totalmente cubierto de pelo, desde las cejas hacia abajo; el vello debe brotarle también en el interior, a juzgar por los mechones que le surgen de la nariz y las orejas.

Los conduce hasta una sala de espera con seis o siete sillones y les indica que se sienten donde prefieran. Hay unas cuantas revistas antiguas sobre una mesa de cristal cubierta de polvo y otros signos del poco uso de la estancia.

—Nos podemos quedar aquí mismo —sentándose también—. La consulta —señala la puerta contigua—, está todavía peor.

—¿Ya no recibe en su casa? —La pregunta era obligada.

—No, ya no —pero desvía el tema—. No sabía que hubieras vuelto a la policía.

—Me quedé fuera. Ahora soy detective particular.

—Vaya —el dueño de la casa no hace ningún comentario acerca de lo extraño que resulta oírle hablar, después de tanta visita silenciosa, y eso son muchos puntos a su favor.

Hasta ahí, la visita de cumplido.

—Francisco, le agradezco mucho que haya accedido a ayudarme.

—No estoy seguro de que vaya a ayudarte —lo dice con tacto, sin intención de provocarla—. Me interesó lo que me dijiste de los Amigos de las hierbas. Además, Enrique Huesca es amigo mío.

—¿Conoce a su hija? —El teniente.

—Me temo que no somos esa clase de amigos. Ninguno de los dos practicamos demasiada vida social.

—En realidad, es en ella en quien estamos interesados —adelantándose en su asiento, Trespalacios se hace cargo de la exposición—. Mire, esa chica llegó a la comisaría a la que pertenezco pidiendo nuestra ayuda por un asunto según ella de extrema gravedad, pero está bajo custodia militar y un destacamento del Cuartel de la Pirotecnia se la llevó antes de que pudiésemos interrogarla; desde entonces, la mantienen incomunicada en el hospital. Resulta que no tiene más familia que su padre y que no se me ocurre otra manera de intentar averiguar qué le ocurre que hablar con él.

La antigua treta de atraerse la complicidad del interrogado sincerándose con él.

—Enrique lleva años perseguido por la justicia —el psicólogo, con voz suave—. Hay cargos muy serios en su contra.

—Ya le digo que no estamos interesados para nada en ese señor.

Hasta hace un rato ni sabía de su existencia. Pero si usted le hiciera llegar mi deseo de que nos reunamos, en las condiciones que decida, creo que nos haría un gran favor a todos, a nosotros y a él.

—En ningún momento he reconocido que sepa su paradero —ahí se pasa de cauto.

El policía se deja caer en el respaldo, recobrando las distancias.

Deja pasar unos segundos antes de volver a hablar.

—A lo mejor podríamos tomar otras medidas contra usted para obligarle a cumplir con su obligación.

—No lo creo —al fin descubre qué es lo que hay tras su mansa sonrisa—. Hasta el año pasado vivía con mis padres. Soy hijo único, siempre habíamos estado los tres solos, no necesitábamos a nadie. Él estaba muy enfermo, apenas probaba bocado, pero un día me dijo que le apetecía un helado de turrón. En lo que tardé en encontrarlo y regresar, había muerto y convertido a mi madre. Me estaban esperando los dos. Yo no tenía armas ni herramientas en casa. Tuve que golpearlos contra las paredes para acabar con ellos —no tiene los cuarenta; no le quedarán más que unas semanas para convertirse en un anciano—. No creo que nadie pueda forzarme ya a hacer algo que yo no quiera.

El teniente suspira y vuelve a adelantarse en su asiento.

—Su historia parece el puto pato Donald si la comparamos con algunas de las que he vivido en el frente —el tono muy controlado—. Ni usted ni yo sabemos hasta dónde puedo llevarle si me lo propongo, pero le aseguro que no sería agradable para ninguno de los dos, pero mucho menos para usted.

—Está bien —interviene Artizar—. Así no vamos a ningún sitio.

Solo le pedimos que si Huesca se pone en contacto con usted, le diga que tenemos que hablar con él, que su hija puede estar en peligro.

—Le doy mi palabra de que así lo haré.

El propietario de la casa sigue igual de tranquilo que cuando llegaron.

Trespalacios, en cambio, deberá esperar para que se diluya su carga de adrenalina; tarda en seguirlos cuando los otros dos se ponen en pie.

—Me imagino que seguirán investigando a los llamados Amigos de las hierbas en busca de Enrique —el psicólogo.

—No tenemos otro camino —la detective.

—Tengo que pedirles que tengan... Iba a decirles piedad o misericordia, pero ya nadie habla así, ¿verdad? —La sonrisa aún más triste—. Esos hombres y mujeres están haciendo una labor muy importante.

Son la única esperanza para multitud de ancianos, de enfermos, de gente que ha perdido la fuerza para vivir y que, si no fuera por ellos, se pasarían el tiempo que les queda contando las horas para convertirse en esos seres indignos. Los Amigos está ayudando a morir a esta sociedad, que es posiblemente lo mejor que podemos hacer por ella.

Ninguno de los dos dice nada, pero Artizar asiente.

Se dan la vuelta y abren la puerta de la sala de espera para dirigirse a la salida.

A mitad del pasillo, interponiéndose en su camino, encuentran a un hombre no muy alto, calvo, bigote blanco, vestido con pantalón y cazadora vaquera.

—Soy Enrique Huesca.

Almena pasa de largo ante la puerta del piso donde nació, sube cuatro escalones del siguiente tramo de escaleras y se detiene como si al fin hubiera llegado a su destino; antes de despojarse de la mochila y sentarse en el escalón se asegura de poder observar perfectamente la entrada de su antiguo hogar, un piso de alquiler que con toda seguridad ahora ocuparán otras personas.

Iba camino de la Puerta de la Carne —la zona donde le dijeron que el tío de su amiga Gora tenía una frutería— cuando sintió el deseo de desviarse hacia aquí, a pesar de que su madre había muerto por su culpa y de que no tenía a nadie más; a nadie, excepto a Trespalacios, pero a él sí que no lo tendría ya nunca.

Aunque era el único hermano de su madre, se habían visto muy de tarde en tarde, él siempre ocupado con sus guardias interminables en la policía o el ejército. Acababa de cumplir diecisiete cuando le abrió esa misma puerta y le pareció verlo por primera vez, grande, la sonrisa rara: como si acabara de recordar algo que le hiciera mucha gracia y no quisiera compartirlo con ella.

A partir de aquel momento hablaron mucho. Un día se lo encontró por el Postigo, los dos de copas, cada uno con su gente, y se sentaron juntos y estuvieron hablando hasta las tantas. Al día siguiente se presentó con un disco de Alanis Morissette. Después, desapareció.

En esa época, ella no dejaba de pelearse con su madre, apenas paraba en casa, la policía la detuvo dos veces seguidas; su madre la perdonaba y le decía que si Rafael, su hermano pequeño, no estuviera en la guerra, en el centro de Europa, seguro que él la sacaría de la cárcel. Después, cumplido el arresto, volvía a casa y todo era aún peor. Y era la época en que todos creían que los muertos iban a arrasar el resto de la ciudad y a ella le daba exactamente igual.

Se levanta y antes de bajar los escalones, saca una navaja robada a Trespalacios.

Procurando no hacer ningún ruido, se aproxima a la puerta, a *su puerta*, y graba con mucho esmero en la madera la palabra *One*, seguida de la fecha del día.

One.

Su canción preferida de aquel disco de Alanis Morissette.

Supposed Former Infatuation Junkie.

—La época en la que aún pensábamos que cuando Dios hablaba del juicio final estaba jugando de farol —concluyó Enrique Huesca.

Habían vuelto a la sala de espera, pero el psicólogo se quitó de en medio tras murmurar una excusa.

El padre de la chica que los militares mantenían aislada en el hospital vivía de sajar el dolor de los demás, de hurgar en él e intentar cercenarlo, una y otra vez, sin éxito siempre. Eso le daba una trascendencia particular a cada palabra que pronunciaba o así les parecía a Trespalacios y a la detective.

—Después, cuando ustedes me pusieron en busca y captura, aunque debía mantenerme escondido o en movimiento, me las arreglé para mantener el contacto con mi hija. No tardó mucho en conocer a ese chico y al menos no estaba tan sola. Como se llamaba Horacio Oliveira, un amigo de ambos empezó a llamarla la Maga, por no sé qué libro en que los protagonistas se llaman así, y ahora hasta ella se presenta con ese nombre; estaban muy unidos, demasiado dependientes para mi gusto, pero hubiera sido un estúpido si hubiera intentado obstaculizarlo —mira a sus interlocutores, se da cuenta que les ha contado hasta ahora apenas les importa—. En fin, a lo que vamos: hace una semana, mi hija vino a visitarme y me dijo que su novio estaba muy asustado pero ni siquiera a ella terminaba de decirle por qué, que se comportaba de forma muy extraña, que hablaba de huir y dejarlo todo; al principio pensó que era una de sus crisis religiosas, pero después comprobó que la cosa era mucho peor que eso. Ya sabrán ustedes que Horacio es hijo de madre soltera y estudia en la Academia Militar, tengo entendido que por influencia de su abuelo, que es oficial de carrera. En fin, que hace un par de días se desestabilizó por completo, dijo que desertaba de la Academia, que se encontraba en peligro y que por su culpa estaban en peligro todos los que se relacionaban con él; decía incluso que Sevilla entera corría alguna clase de riesgo.

—¿Mencionó de dónde procedía la amenaza? —El teniente.

—No, que yo sepa.

—¿Sabe usted si tenía alguna clase de antecedente psiquiátrico?

—No, me parece que no. Pero sí tenía antecedentes penales, aunque no creo que tenga nada que ver con todo esto. ¿Recuerda usted el escándalo de los Hermanos Sonambulistas?

—No muy bien, algo de unos frailes que defendían que los resucitados no estaban muertos sino dormidos. Terminaron en la cárcel por llenar un edificio de cadáveres reanimados.

—Pues al parecer estuvo relacionado con ellos, pero era tan joven que el juez lo dejó en libertad. A partir de ahí, decidió enmendar su camino y entrar en el ejército —con ironía.

—Continúe, por favor.

—El caso es que el chico estaba tan aterrorizado que había decidido abandonar la Academia y marcharse de aquí. Intentó que mi hija lo acompañara, pero ella se negó —breve pausa con mirada hacia el suelo—. Se fue. Y al día siguiente asesinaron a su madre, asfixiándola con pan en esa iglesia. Mi hija me decía que no sabía nada del tema, pero estoy seguro de que me ocultaba algo, porque al mismo tiempo sostenía que en el centro de todo esto estaba el abuelo del chico, de hecho lo último que me dijo fue que iba al Cuartel de la Pirotecnia, que es donde está destinado, para pedirle que lo protegiera. No me dijo nada más. No la he vuelto a ver.

—¿Dijo Horacio adónde pensaba dirigirse? —Trespalacios.

—No lo sé.

—¿Sabe su hija si el chico tenía algún amigo, algún escondite, algo?

—No lo sé.

—¿Está seguro de que no le dijo nada más?

—... —El hombre enseña las manos vacías.

Ahora son el policía y la detective los que no saben por dónde tirar ni qué decir, los que no entienden nada.

Trespalacios se pone de pie y la mujer hace lo mismo.

—Tienen que ayudarla —sin levantarse; para el padre de la Maga la conversación no ha terminado.

—...

—Ella fue a su comisaría pidiéndoles ayuda y ustedes dejaron que esos autómatas se la llevaran. Yo no puedo hacer nada. Tienen la obligación de protegerla.

—Por ahora, sigue en el hospital —el teniente.

—Ya sé que sigue en el hospital. Conozco a alguien allí que me ha dicho que la herida es leve. Creo que la mantienen ingresada porque, al ser una civil, no pueden mantenerla en los calabozos del Cuartel de la Pirotecnia. Tengo la impresión de que quieren evitar que diga lo que sabe. No pueden tenerla eternamente en el hospital y no quiero ni pensar lo que piensan hacer con ella.

Sigue sentado. Aparentemente tranquilo. Desvalido. Sus únicas armas son un puñado de hierbas para adelantarse a la muerte y en este momento no le sirven para nada.

Trespalacios saca un bolígrafo barato del bolsillo del chaquetón y escribe el número de su móvil en la portada de una de las revistas viejas que hay sobre la mesa.

Después sale de la habitación junto a Artizar.

Esta vez sí que abandonan el piso.

Cuando salen a la calle, todo el peso de la noche y de la larga jornada cae sobre ellos, tantas horas aperreados, sin parar un momento.

—Deberíamos ir a comisaría, hay que hablar con el coronel y contarle todo esto. No es una buena idea quedarnos para nosotros solos. Los putos jefes siempre deben llevarse su parte del marrón, les pagan un plus para eso.

—Si no te importa, yo me lo salto. En comisaría no soy bien recibida y todavía

tengo cosas que hacer.

—No hay problema —piensa que la visita al piso del psicólogo ha removido en ella más sedimentos de los que quiere reconocer—. ¿Te dejo en algún sitio?

—No te preocupes. Mañana te llamo.

Mientras busca las llaves para abrir el coche piensa en que ahora, que todo parece tranquilo, estaría bien charlar unos minutos con ella, buscarle un orden a todo lo que ha ido surgiendo durante el día.

Cuando se da la vuelta para llamarla ya se ha perdido de vista.

Los doscientos doce alumnos de la Academia General Militar de Sevilla se encuentran en el comedor a la hora de la cena; de madrugada saldrán para iniciar unas maniobras en el Arahál y se han suspendido todos los permisos. Las risas de los caballeros cadetes llegan hasta el oscuro patio de la academia, un rectángulo empedrado vacío en esos momentos, a excepción de un viejo *cuatro por cuatro* utilizado por el personal de cocina y una furgoneta con el rótulo de gelatina de menta Espiritu Santo pintado en los laterales.

Entonces se va el sonido.

La furgoneta envuelta en llamas salta, se eleva hasta subir muy por encima de la cúpula de la capilla de la academia y vuelve a caer desintegrada en un millón de trozos de metralla que se funden con el ojo blanco de fuego que hasta hace unos minutos era el comedor.

Por fin vuelve el sonido que ahora es el trueno que llega hasta el último rincón, hasta las entrañas de todos.

El incendio es una columna que crece hacia arriba y hacia los lados, amenazando con traspasar los muros del recinto, con borrar cuanto encuentre a su paso.

Siguen reventando los cristales hasta de los edificios situados a una distancia completamente inverosímil.

En los barrios que rodean la deflagración, la gente nota como se mueven los cimientos en una sensación que no podrán olvidar.

Una ráfaga de viento agita las llamas del lugar donde estuvo el comedor de la academia militar, no queda ni rastro de lo que fueron los muertos.

Lo que sí está es el estruendo, que parece no querer moverse de allí.

¿Para qué sirven los recolectores si ya no hay nadie a quién alimentar?

El mayor de ellos parece haber caído por el otro lado del filo en el que lleva años caminando. Se ha pasado las últimas horas de un lado para otro, desoyendo a sus compañeros que lo siguen sin saber cómo hacerle entrar en razón, empeñado en no llevar el capote de piel muerta que lo protege de sus enemigos, con suerte de no encontrarse con ninguna partida que los ponga en dificultades. Hasta que de pronto se ha detenido, ha soltado una risotada y ha vuelto a ponerse en marcha, como si hubiera encontrado un sentido a sus pasos.

Al pasar por una ferretería de Los Remedios ya saqueada en otras ocasiones se ha apropiado de una palanca y una linterna.

Pocas calles más allá, ha retirado una tapa de alcantarilla y se ha dejado caer en el túnel.

Sus amigos no se plantean otra alternativa que introducirse detrás de él. Tampoco es la primera vez que recorren aquel segmento de las cloacas que lleva hasta uno de los respiraderos del metro.

Se arrastran por la mierda seca, muerta como todo lo demás, con más curiosidad que temor: los muertos no son lo bastante hábiles para vagar por lugares tan angostos y ni las ratas abundan cuando no se generan restos de los que puedan sobrevivir.

En ese momento se produce un temblor que se mantiene durante unos segundos, hasta la oscuridad se agita como si la dimensión entera fuera a desmoronarse. Más tarde llega el estrépito. La explosión que se ha producido allá fuera ha debido ser portentosa para llegar de esa manera a las profundidades.

Siguen adelante, no es cosa suya.

Nada es cosa suya.

Desde hace unos cientos de metros ya no tienen que reptar, ni siquiera andar agachados, así que avanzan a bastante velocidad, pero allí dentro no es fácil mantener la noción de tiempo y no están muy seguros.

La galería desemboca en un pasaje por el que deben desplazarse sobre codos y rodillas, pero se acaba enseguida; un poco más allá, el corredor se ilumina y una tela metálica indica el final del camino.

Tienen a la vista los andenes de la estación del metro del Prado de San Sebastián; los soldados que la custodian parecen muy ajetreados disponiendo unos listones sobre las vías, pero no dejan de pasarse una botella.

El juego aún no ha comenzado pero los recolectores no tienen ninguna prisa.

Después de quitarse la grasa de las manos y la cara, Chokos se mira al espejo del cuarto de baño y se siente algo mejor. Necesita una tía, o mejor un travestí, pero se siente mejor. Estaba deseando quitarse la porquería de la que se impregnó debajo del camión en Ecoeste, tanto que no ha esperado a llegar a su dormitorio en la pensión, sino que se ha detenido en los lavabos comunitarios que hay a mitad del pasillo. Se pregunta si con el agua se ha quitado también de encima el recuerdo de las siete mujeres a las que les echó encima el todoterreno, pero no se responde. Lo que es seguro que sigue ahí es el cansancio acumulado durante todo el día.

Vuelve a ponerse el chaquetón para ocultar el Smith & Wesson 625 que lleva en la cintura y, casi arrastrando el macuto, se dirige hacia su habitación.

Otra vez.

Fijo que no, que será producto del cansancio y la paranoia, pero le ha parecido escuchar murmullos, roces, algo, en el cuarto; otra vez alguien esperándole, como en su piso.

Se queda mirando atentamente la puerta, si ha sido un ruido el que lo ha alertado no se vuelve a producir.

Pero no se queda tranquilo.

Confiado en que ningún otro huésped pase por el corredor en ese momento, suelta la bandolera y se deja caer al suelo boca abajo; las puertas son baratas y están deformadas, es posible que haya margen para mirar por debajo si pega la mejilla al suelo.

Botas.

Unas ocho o diez, quizás más.

Por suerte está tendido en el suelo, porque el panel de la puerta comienza a llenarse de agujeros, disparos en ráfagas que la desintegraran en segundos.

La tensión arterial en quince veinte.

Sin cambiar de posición, desenfunda el revólver y aprieta el gatillo cuatro veces consecutivas, no tiene tiempo de recargar, así que se reserva dos proyectiles. Eso parece detenerles, pero está seguro de que no por mucho tiempo.

Recogiendo el macuto con la otra mano, se lanza a la ventana que tiene a menos de dos metros, levanta la persiana de tres tirones, guarda el revólver, se cuelga la bandolera para tener las manos libres y apoyando un pie sobre el alfeizar, salta hasta la barandilla del balcón de la misma planta.

Solo es un primer piso.

Está, nada más y nada menos, que en un primer piso.

Las primeras sombras se entrevén detrás de la ventana, así que saca otra vez el arma y dispara las dos balas que conservaba en el tambor; vuelve a guardarla y se agarra a la baranda para dejarse deslizar hasta que todo su peso recaer sobre las manos, y se balancea porque hay un coche en cuyo techo quizás pueda aterrizar, y se

acuerda de su cadera, a la que tanto ha maltratado en los dos últimos días.

Con la puerta del despacho entreabierta a la sala de inspectores oscura y vacía, el comisario Marán y Trespalacios cenan cacahuets rancios y beben agua del grifo de color ocre; se figuran que ya se han dicho todo lo que tenían que decirse sobre la explosión de la Academia General Militar y de los efectos que tendrá en la ciudad, pero saben que aquel silencio no ha sido más un entreacto antes de relacionarlo con la investigación que llevan a cabo.

—No puede haber sido una casualidad —afrenta por fin el titular de la comisaría—, la chica lo dijo muy claro, su novio temía que sus doscientos hermanos saltaran en pedazos.

—¿Estamos buscando al chico?

—Sin resultados. Ha desaparecido de su casa y de la Academia sin decir nada.

—El padre de la chica me dijo que tenía antecedentes penales, que había estado enredado hace años con los Hermanos Sonambulistas, pero que salió bien librado.

—Seguramente sería menor, por eso no han saltado los antecedentes.

De todas formas los Sonambulistas fueron disueltos y los miembros de la congregación están en un centro penitenciario, lo sé porque participé en aquella operación. Menuda panda de sonados. Creían que los resucitados estaban en estado de sonambulismo a la espera de la gracia de Dios para descansar en paz, así que atiborraron su garito de monstruos para poder rezar por su redención. Menos mal que se destapó la cosa e hicimos limpieza —al pronunciar la palabra limpieza es el único momento en que está a punto de sonreír—, aquello era una bomba de relojería.

—Pues al chico no se me ocurre donde buscarle. Tenemos que hablar con su novia.

—Tenemos que hablar con su novia —repite Marán—, no solo porque estemos en un caso vinculado con la puñetera iglesia para el que nos han encomendado la máxima prioridad, sino porque lo de ese coche bomba es un asunto muy grave, un asunto que, como también dijo ella, puede poner en peligro la ciudad entera. Más de doscientos muertos —se repite.

—...

—Estoy moviendo hilos. Espero tener respuesta de Capitanía General esta misma noche o mañana a primera hora. Tenemos que sacar a la chica de ese hospital.

—Están saliendo demasiados militares. Tantos como para ir pensando en una segunda línea de investigación.

El coronel no le da ni le quita la razón. Devuelve a la bandeja de entrada algunos informes, guarda en un cajón el salvoconducto que les extendió el gobernador para entrar en el campamento y que su subordinado acaba de devolverle, abre uno de sus blocs, toma la gruesa estilográfica y solo entonces empieza a hablar.

—Tenemos lo de la explosión en la Academia Militar —anotándolo—. Y tenemos a la chica que vino a comisaría, bajo arresto por una unidad del Cuartel de la

Pirotecnia.

—Y lo del padre de la mujer atragantada, también destinado en el Cuartel de la Pirotecnia. Y lo del novio del juez, otro oficial del mismo cuartel. Hasta siendo un tío que va por ahí con un tiro en la cabeza me llaman la atención tantas coincidencias.

—He hablado con el comandante del cuartel, el general Hipólito Álvarez, solicitándole autorización para interrogarles a los dos. De momento, me ha dado largas. Después del incidente con sus hombres, no estamos en la mejor sintonía —no deja de anotar—. Ese hijo de puta tiene algo de lo que no quiere que nos enteremos. También estoy moviendo hilos para presionarle.

—A la única víctima que no hemos relacionado con el Cuartel de la Pirotecnia es al niño ahogado en agua bendita.

—No se olvide de que su padre; el amigo Osma, sigue siendo el principal sospechoso —arrojando la pluma sobre la mesa—. La biblia del juez que encontró usted en el Campamento Epifanía lo incrimina directamente.

—Demasiado directamente, ¿no cree? Si hay algo que me toque los cojones todavía más que las coincidencias son los golpes de suerte.

—Por ahora, eso es lo que tenemos. Además, se corresponde perfectamente con los datos que nos ha dado la archidiócesis, a través de su amiga la detective, sobre el asesino serial conocido como el marinero.

A veces se les acaba el oxígeno o se dan cuenta de que el que están consumiendo se ha vuelto demasiado rancio para seguir respirándolo y se callan, profundamente agotados, pero, por diversas razones, ninguno de los dos quiere volver a casa y aparcar aquello hasta el día siguiente.

—¿Verificó usted los datos de la tarjeta que encontramos junto a la biblia que le di por teléfono? —Lo mejor es no pensar y seguir adelante.

—Asistencia Reproductiva Valrubia —el comisario rebusca en el escritorio hasta encontrar una hoja cuadriculada que le tiende al teniente—. La tarjeta magnética debe pertenecer a un especialista en fecundación con consultorio en el Plantinar; la publicidad de la guía telefónica afirma que prestan asistencia de veinticuatro horas a las urgencias. Ahí tiene la dirección.

—¿Ha llamado por teléfono?

—Pero nadie ha respondido.

—Habrá que ir.

Trespalacios se queda mirando la oscuridad en la sala de los detectives, piensa en todas las gestiones que está haciendo el propio comisario —un hombre para el que la catástrofe ha supuesto una inesperada segunda oportunidad de reintegrarse al servicio activo—, sin contar con la ayuda de ningún otro policía, recuerda la larga sucesión de negativas que han recibido de las altas instancias cuando les han pedido apoyo, comprueba la hora que es y se da cuenta de lo solos que están en aquel asunto.

—Llevo esperándote todo el día.

Artizar cree apreciar una nota de pesadumbre en la voz perfecta del chico, le parece que sus ojos sin vida lo mantienen más encerrado que nunca dentro de sí.

Lo recuerda ayudando en misa al puerco que abusó de su hija, no puede evitar recordarlo.

—Lo siento. No he parado. Un desastre detrás de otro —se deja caer a su lado—. Estoy aquí, viva, de casualidad —pero no sigue por ese camino, no quiere su comprensión ni su simpatía. Le gustaría, eso sí, cogerle la mano.

Sarah McLachlan, como siempre, desde el reproductor secreto.

—Llevo esperándote todo el día —como si fuera la primera vez que lo dice.

—De verdad que no he podido venir antes, ni llamarte. Aunque pensándolo bien, no tengo tu teléfono, ni siquiera sé si lo tienes.

—...

—Estuve en la casa de calle Alemanes —estudia su reacción—. La recorrí hasta el último centímetro. Allí no hay nada —lleva todo el día sin pensar en la casa donde su marido y su amigo el confesor llevaban a su hija, pero es inútil intentar desechar esa parte de su vida; en cuanto se detiene, las pesadillas la asaltan una y otra vez. Por supuesto, las pesadillas que sufre cuando está despierta son las peores.

—...

—Ya sé, ya sé que me dijiste que no encontraría nada si no iba contigo. Que era invisible para todos excepto para ti.

—...

—¿Quieres que vayamos ahora?

—Llevo todo el día, todo el día esperándote.

Esta vez sí se decide a dejar su mano sobre el hombro del muchacho.

Lo que sirve al ciego para orientarse y levantar el puño cerrado para cruzarle la cara, con tal fuerza que la deja caer del asiento.

Artizar Ansuategui saca la pistola aún antes de levantarse, la monta y le quita el seguro al mismo tiempo que se pone en pie.

Cuando le apoya el cañón en la oreja está segura de que va a abrir fuego.

—¡Tú estás zumbado, pero zumbado como una puta cabra! ¿Crees que me pasaría algo si te pegara dos tiros y dijera que te había encontrado muerto? ¿Eh? ¿Crees que a mí me pasaría algo?

—... todo el día esperándote...

Un reguero húmedo procedente del ojo derecho le atraviesa la mejilla al chico hasta finalizar en los labios.

Ella no está muy segura de que se trate de una lágrima.

Empieza a llover de nuevo.

Cuando todo termina, el policía local se quita la gorra, la arroja a una papelera y se marcha a su casa con el firme propósito de no volver a salir de allí. Todavía lleva las tripas anudadas por el miedo. Es un veterano, ha presenciado los tumultos que dieron lugar a los dos *Sudarios*, pero nunca se ha enfrentado a algo como esto.

Cuando ha visto aparecer al escuadrón de brigadistas con sus caras pintadas de negro recién convertidos en muertos vivientes, aquellos tipos enormes corriendo a esa velocidad, dispuestos a aplacar de cualquier manera su abstinencia de carne humana, no ha sentido más que unas inconsolables ganas de morirse para librarse de todo aquello. Lo peor es que aquellos monstruos todavía llevaban las cabezas bien protegidas por sus cascos y era extremadamente dificultoso abatirles.

Los grandes focos instalados sobre los vehículos no logran disolver la oscuridad implantada por el largo apagón que comenzó en Luis Montoto, con los primeros brotes, y que se extiende hasta la avenida Menéndez Pelayo y la calle Recaredo, de manera que los soldados se han visto obligados a luchar a la luz de las linternas acopladas en las armas.

Como en toda lucha con los resucitados, la contienda no se había organizado en dos bandos situados frente a frente; los muertos goteaban desde cualquier sitio, en pequeños o en grandes grupos, uno a uno, a veces medios cuerpos arrastrándose por el suelo que no se detectaban hasta que era demasiado tarde.

Nunca se habían producido disturbios de esas dimensiones en el centro de la ciudad desde que se inició la plaga, nunca. Las Brigadas de Contención se vieron obligadas a pedir la colaboración de la infantería, que a su vez debió pedir refuerzos por dos veces consecutivas.

Una vez reagrupados, esperan las órdenes de los mandos, que examinan la situación dentro de uno de los vehículos de combate.

Saben que la noche será larga.

Haber aplastado aquella escaramuza no les produce ninguna satisfacción, todos son conscientes de los engendros que quedan entre las sombras, alimentado su hambre, reproduciéndose, rabiando por encontrarles.

Desde luego que no hay nadie que atienda las urgencias en el consultorio bajo el cartel luminoso Asistencia Reproductiva Valrubia, ni tampoco ranura alguna donde introducir la tarjeta magnética.

Aunque sí una luz difusa al fondo del local.

Trespalacios se siente como el decano de la facultad de los imbéciles allí en medio, la lluvia apretando, borrado por la oscuridad, con la tarjeta en la mano.

Cuando se acerca a la puerta acristalada protegida por una reja le parece ver pasar a una mujer con una bata de color claro.

Suena el móvil.

—... Sí.

—... ¿Trespalacios?

—... Sí.

—... Soy Chokos, tío, ¿cómo estás?

—... Chokos.

—... No me dirás que no te acuerdas de mí.

—... Claro que me acuerdo. Creí que te habían fusilado hace un siglo.

—... Joder, si tú has sobrevivido a un disparo en el tarro, no sé de qué te extrañas.

—... Ya.

—... Oye, ¿es cierto que has vuelto al cuerpo?

—... Sí.

—... Pues necesito que me hagas un favor. Mucho más que un favor.

—... Mira Chokos, me pillas en medio de una investigación.

—... Vienen a por mí. Tengo que verte, tío.

—... Llámame mañana.

—... No, Rafael. No puedo esperar. Dime dónde estás y me acerco ahora mismo.

Trespalacios está a punto de colgar el teléfono, pero aquel loco hizo mucho por él cuando solo era un mocoso recién llegado a la policía; prefiere decirle que sí que dejarse perseguir por un remordimiento más.

—... ¿Sabes dónde está la calle Ulía?

—... Sé.

—... Pues búscate un consultorio con un cartel en el que leerás Asistencia Reproductiva Valrubia.

Cuando corta la llamada, vuelve a aparecer la mujer de la bata blanca y el teniente golpea el cristal con el canto de la tarjeta.

La limpiadora se acerca lenta y desconfiadamente, la fregona por delante.

Cuando está a distancia suficiente, el policía saca la cartera y pega la placa al cristal.

—Ave María Purísima —saluda la anciana abriendo las tres cerraduras de la puerta.

—Ni mi madre me recibía así cuando volvía del frente.

—Pues mi padre era policía municipal —mirando la placa atentamente mientras abre la puerta.

—Entonces éramos compañeros. ¿Puedo hacerle unas preguntas?

—Pero antes se va a tomar usted un cafelito con leche condensada que está haciendo una noche de perros.

—Lo dicho, es usted mucho mejor que mi madre.

Unos sesenta, poca estatura, delgada, nervuda, desproporcionado crucifijo al cuello.

No deja de hablar mientras lo conduce por un estrecho pasillo que deja a un lado una sala de espera tan impersonal como el resto del consultorio para llegar a un trastero en el que, además de otros cachivaches, guarda un infiernillo con todo lo necesario para preparar café, incluyendo una fiambarrera con pestiños caseros, y un par de sillas claramente descartadas por su mal estado.

Trespalacios se deja caer en una de ellas y es la primera vez en los dos últimos días que tiene la sensación de estar en casa, aunque la última vez que estuvo en el domicilio familiar le fracturó un brazo a su padre.

Mientras trastea con la cafetera, la mujer sigue hablando de las noticias de la radio, de la revuelta de muertos que se ha producido en Luis Montoto; comenta que, según el gobierno militar, ya está completamente controlada, aunque aconsejan que los ciudadanos sigan sin salir de casa hasta que se les indique.

—Pero yo me digo que si dicen eso, malo. Dicho con todo el respeto, que mi padre era municipal.

—...

—Fíjese usted que, de vez en cuando, tengo yo que ir a trabajar precisamente a Luis Montoto, donde Don Antonio tiene el otro centro; cuando falta la compañera de allí. Una escucha eso y se queda con las carnes abiertas.

—¿Don Antonio es el dueño de esto?

—Don Antonio Valrubia.

—Y esta tarjeta —sacándola del bolsillo—, ¿es de aquí o de allí?

—De allí —no necesita examinarla de cerca—. Aquí no hay cerraduras de esas.

—¿Conoce usted a un tal Ricardo Osma?

—Yo no conozco a nadie, hijo. Cada vez que voy, hay uno distinto.

—Y lo que hay allí, ¿qué es? ¿Un consultorio como este?

—Más o menos. —Se vuelve para servir el café y para desviar la conversación—. Se lo voy a poner bien cargadito de leche condensada para que le dé energías.

—¿En qué se diferencia el de Luis Montoto?

—Más o menos es como este.

—...

Lo mira de reojo, es evidente que oculta algo.

Está dispuesta a casi cualquier cosa para no quedarse sola en una noche como esa,

pero han debido ser muy terminantes en su amenaza de que no diga nada.

—Si me paso por allí esta noche, ¿habrá alguien que me abra la puerta?

—Allí siempre tiene que haber alguien.

Golpes en la puerta de la calle.

La mujer respinga y el teniente se levanta de un salto; se dirige al pasillo buscando la culata dentro del chaquetón; después de todo, no se había relajado tanto como pensaba.

Detrás de las rejas y los cristales, Chokos.

—Me imagino que el puto cura al que interrogué les dio la dirección de mi pensión —el amortajador.

—¿A quién se le ocurre? —Con media sonrisa, Trespalacios.

—A mí, que soy gilipollas. Debo estar haciéndome viejo. En mi vida he metido tantas veces la gamba como con este asunto.

La limpiadora, visiblemente aliviada por tenerlos allí, hace rato que los ha dejado solos en el cuarto de las fregonas, tras asegurarse de que no les faltaban los pestiños ni el café.

Al principio Chokos empezó a contarle de forma bastante ordenada sus pasos en los últimos días, pero una vez que surgió la palabra Canaán, ambos comenzaron a exponer y a cruzar información para enhebrar conclusiones que aún no han dejado de surgir.

—Lo de que atragantaran a esa mujer con pan ácimo tampoco puede ser una casualidad —el teniente—. No me lo creo, es demasiado rebuscado, y mucho menos después de lo que has visto que están organizando los de la Fraternidad Juramento en ese hipermercado.

—Ecoeste. El hipermercado de la famosa doña Teresita, la líder de la Fraternidad.

Los dos necesitan guardar silencio para procesar los datos. Tienen ya muchas piezas, muy relacionadas entre sí, pero ninguna da sentido a los tres asesinatos de las iglesias, y eso sigue siendo lo más importante.

Chokos hace aparecer un frasco con píldoras de diversos colores; elige dos blancas para el dolor de cadera y cuatro azules para otros males menos concretos, después se las traga todas con el último resto de café.

El policía hace como si no lo viera y vuelve a hablar.

—Una cuestación de los vecinos del barrio organizada por ese cura, una caravana de vehículos reforzados, como para adentrarse en tierra de muertos; las armas, los víveres... ¿qué coño pretenderá esa gente? —No espera respuesta—. Tengo ganas de contárselo al comisario, a ver cómo se traga todo esto.

—¿Cómo crees que se tomará que yo participe en la investigación?

—Mira, Chokos, no, ¿eh? Que te veo venir.

—No me dejes fuera de esto, Rafael —cogiéndole el brazo con fuerza—. Si te he contado lo que te he contado es para llegar hasta el final de este asunto. No porque eche de menos mi época de detective, que me importa un carajo, sino porque me la juego en todo esto. Esa gente no va a parar hasta que me vea haciendo la calle con los muertos.

—Puedes esconderte hasta que destapemos todo esto.

—Y puede ser que no me encuentren, o que sí —presionando el brazo más de la cuenta—. Yo no me muevo de tu lado hasta que no descubramos todo esto y nos los follemos a tiros a todos.

Trespalacios no se fía de su antiguo compañero, pero prefiere mil veces tenerlos cerca a él o a Artizar que enfrentarse solo a todo aquello.

Eso sí, no hubiera estado mal que la bala que le metieron en la cabeza se hubiese llevado los tiempos en que los dos se dedicaban a apalear a los dueños de ciertos bares de copas por unos euros o a fiscalizar a tres o cuatro chulos de putas conocidos para que no se quedaran con toda la plusvalía.

La limpiadora pasa frente al cuartillo y los mira discretamente.

—Un café cojonudo, señora; como a mí me gusta, cargado y con mucha leche condensada. Un café como lo toman los tíos —el amortajador.

—¿Quieren que les prepare otra tacita?

—No le diré que no. Eso sí, la próxima vez, los petisús los traigo yo.

—Se lo agradecemos muchísimo, señora pero debemos marcharnos —el policía.

—Sigues tan capullo como siempre. —Chokos.

El teniente se pone en pie.

Y eso que aún no le ha dicho que la noche no ha terminado y que la siguiente parada la tienen en la avenida Luis Montoto.

Debe ser la una o las dos de la madrugada y no puede dar ni un paso más. La ciudad está en pie de guerra y no es una buena idea pasar la noche a descubierto, pero lleva horas buscando sin éxito un agujero donde dormir. Por fin, ha decidido volverse a la única frutería de la Puerta de la Carne y esperar en la puerta a que amanezca, por si el propietario es el tío de su amiga Gora.

Almena ha vivido durante meses en el *Sudario*, rodeadas de cadáveres enloquecidos, cree que hay pocas situaciones que puedan amedrentarla; pero cuando intenta acomodarse en el escalón del establecimiento, con la mochila como única protección, empieza a arrepentirse mucho de mucho de lo que ha hecho, de todo lo que la ha traído hasta aquí.

—¡Oye!

La voz le llega desde las alturas. Piensa que es la primera vez que los cielos se comunican con ella, pero todo llega.

Al fin sitúa la voz en el balcón del principal.

—¿Tú no eres amiga de mi sobrina Gorita?

—Sí, he venido para preguntarle por ella, pero ya había cerrado.

—Espera.

El tipo ha desaparecido del balcón.

Vuelve a chispear.

La tienda se ilumina y al momento se abren unas rejas bien engrasadas.

—Pasa, mujer, pasa.

Mientras el dueño, un hombrecillo remilgado y bajito no menor de sesenta vuelve a cerrar, Almena examina la extraña frutería llena de anaqueles cargados de libros que hacen un curioso efecto junto a las cestas vacías de frutas y verduras, el mostrador, la báscula y la caja registradora.

—¿Estás mirando los libros, verdad? Con el problema de la algarada de los extintos y la ciudad patas arriba, en estos tiempos de cartillas de racionamiento, poco género puedo proporcionar a mis clientes, así que decidí bajar algunos ejemplares para hacerles más llevadera la espera.

—Nunca había visto nada así.

—Celebro que sea de tu agrado.

El tipo corresponde al elogio que no se ha producido con su sonrisa untuosa, mientras confirma reiteradamente que el nudo del cinturón de su andrajoso batín no se haya deshecho.

—Llevaba un rato mirándote desde el balcón. Temía que fueras uno de ellos. En estos tiempos... Después ya te reconocí. Te he visto recoger a mi sobrina alguna que otra vez.

—Es que acabo de llegar de viaje —señalando la mochila que ha dejado en el suelo—. Estuve antes, pero ya había cerrado. Después he andado por ahí, buscando

una pensión o algo, pero no hay manera.

Así que me vine aquí a esperar a que abriera.

—Vaya, hija. Otra vez que vengas, llama al porterillo e insiste; ya has visto que vivo en el piso de arriba.

—Gracias —no se le da bien el tejemaneje social y está deseando ir al grano—. Esta mañana estuve en la antigua casa de Gora, pero ya no vive allí. ¿Sabe usted adónde se ha mudado?

—Pues no, hija, no. Por desgracia, sus padres y yo no... nos llevamos desde hace un tiempo. Problemas de familia.

—¿Y no se le ocurre cómo puedo contactar con ellos? Es muy importante.

—A estas horas, no —suelta una risilla—. Pero mañana puedo llamar a algún conocido, a ver qué me dice.

—Se lo agradecería mucho —cogiendo la mochila.

—Y ahora, ¿dónde vas a ir?

—Ya buscaré algo, no se preocupe.

—Claro que me preocupo —fingiendo enfadarse—. ¿Qué quieres que Gora me eche un rapapolvo cuando me vea? Esta noche te quedas aquí, faltaría más.

Un control del ejército les ha obligado a dejar el coche a Chokos y a él en Luis de Morales y ha estado a punto de no dejarles pasar.

Trespalacios ha tenido que insistir en que el curso de la investigación que estaba llevando a cabo dependía de que siguiera su camino.

Los dos son veteranos, nadie ha tenido que recordarles que debían caminar por el centro de la avenida lo más cerca posible de los puntos de luz, ni que llevaran las armas preparadas; las zonas donde se han producido brotes recientes son las más peligrosas, con muertos muy veloces y ávidos surgiendo de los lugares más insospechados.

Tienen la impresión de caminar contracorriente, en medio de la desconfianza de los soldados que no dejan de chequearles cualquier movimiento sospechoso, dispuestos siempre a reventarles la cabeza.

Al pasar junto al Centro Comercial Nervión Plaza, se entrecruzan de pronto los haces de los focos, resuena los chasquidos de los subfusiles al ponerse a punto, hay carreras y órdenes y avisos y los dos permanecen quietos hasta que las luces se concentran en un soldado que, bajo los soportales, le mastica un brazo a otro que se deja hacer tranquilamente.

Lo que debería haberse resuelto con dos, cuatro balas, termina desencadenando una lluvia de fuego que demuestra lo fuera de sí que están los militares.

Por fin encaran Luis Montoto desde El Corte Inglés; el número que buscan está muy cerca, en la misma acera que una de las sedes del Servicio Andaluz de Salud.

Aquella zona parece estar ya más tranquila; la luz eléctrica aún no se ha restablecido, pero en las entradas de los portales los soldados han escrito con pintura de aerosol reflectante la A rodeada por un círculo que significa que el lugar está asegurado.

Enseguida ven a una mujer vestida con una bata blanca, de las que usan los sanitarios, que les hace señas unos portales más allá.

Cuando se acercan, comprueban que está en la entrada de un pasaje comercial que corresponde al número que vienen buscando.

—¿Son ustedes de la policía? —Muy rubia, muy joven, muy nerviosa.

—Sí. —Trespalacios.

—Perdonen que les moleste, a lo mejor no es nada, pero he escuchado unos ruidos muy raros en la tienda de ropa interior —señala uno de los locales en lo más profundo del pasaje.

—Nosotros venimos al centro de Asistencia Reproductiva Valrubia.

—Ahí es donde yo trabajo.

Los dos se quedan mirando la A circunferida a sus pies.

No hay ningún soldado cerca.

Artizar tiene la impresión de que es la primera vez que el chico sale con una mujer.

Se ha peinado y perfumado, se ha puesto un abrigo y una bufanda que lo hacen parecer mayor de lo que es, camina muy tenso y estirado, dejándose conducir por el brazo solo cuando lo considera indispensable.

Pero al llegar al edificio de la calle Alemanes, parece transformarse. No hay dudas de que conoce bien el terreno, sin titubeos ante las puertas, los giros ni los escalones.

Al inicio del pasillo donde está situada la vivienda propiedad del *confesor*, se detiene y tiende la mano.

—Dame la llave.

La detective se la entrega, muy intrigada sobre la forma que habrá elegido para hacer aparecer la casa invisible.

El antiguo monaguillo se dirige muy decidido a la puerta que ella abrió por la mañana, pero al final hace un requiebro, la sobrepasa, se detiene ante la siguiente y la abre.

Con la misma llave.

Después se queda en la entrada, cediéndole el paso.

Como condición para entrar, la mujer requiere, sin palabras, una explicación.

—Pues muy fácil —responde él—. Estos pisos son monumentales.

Silvio no tuvo más que abrir otra puerta en el pasillo, idéntica a la de la calle, y tabicar las entradas interiores de estas habitaciones.

—¿Nadie se ha dado cuenta?

—Te dije que se trataba de una casa invisible para todos, excepto para mí.

Todavía desde el corredor, la detective enfoca la linterna hacia aquellos rincones clandestinos y piensan que son como los términos más asquerosos y execrables de la mente de su dueño, y aunque en su momento vio el cadáver sobre la mesa de autopsias de aquel hijo de puta, no puede evitar la sensación de que la espera allí dentro.

La chica de la bata blanca deja que Chokos y Trespalacios se adelanten por el pasaje comercial; los dos llevan las armas en la mano pero no se separan porque solo cuentan con la linterna del primero.

Al pasar ante la entrada del centro de Asistencia Reproductiva Valrubia, la muchacha se detiene y deja que ellos lleguen al final del pasaje hasta salir a la calle por el otro extremo. Enseguida regresan.

—Aquí no parece que haya nadie, pero esto de las dos entradas no me gusta —el amortajador—. Este sitio es imposible de asegurar.

No me explico cómo no te han evacuado los soldados.

—Querían que me fuera, pero no puedo faltar de aquí —ahora, vocalizando con más tranquilidad, se le detecta lejano un acento de algún país de Europa del este.

—Tenemos que hablar contigo, ¿entramos? —El teniente.

Reticente, la empleada abre y les deja pasar.

Al contrario que en el otro consultorio del doctor Valrubia, en este no hay área de recepción, ni salas de espera o reconocimiento; se entra directamente a una estancia con una mesa de comedor, dos sillas desiguales, un pequeño armario metálico con manchas de óxido y una camilla, todo con aspecto de no haberse vuelto a usar después de que lo adquirieran en un puesto callejero de objetos robados, aunque hay que reconocer que entonan perfectamente con la mugre acumulada en cada rincón del local.

—Y ese pasillo, ¿adónde conduce? —El policía, extrañado con la dejadez del lugar.

—A un almacén.

—Todo esto es muy bonito.

—Sí —intuyendo el sarcasmo con retraso.

—¿No hay nadie contigo?

—Tenemos un portero por la noche, pero lleva dos o tres días sin venir.

—Desde que asesinaron a su hijo.

—¿Cómo lo sabe? —sorprendida.

—Ricardo Osma, ¿verdad?

—Sí.

—Venimos a ver si lo habías visto últimamente.

—Que va. Debe estar hecho polvo, estaba loco con su niño.

—¿Cómo es? Osma.

—Un hombre muy tranquilo, muy simpático, le gusta mucho contar chistes. Siempre hablando de su familia...

Cuanto más averiguaba sobre aquel hombre, menos le parecía coincidir con el retrato robot de un asesino psicótico.

Una voz de mujer.

Ha escuchado una voz, pero la chica no ha pronunciado palabra.

—¿Habéis oído eso?

—No —ella.

—Creo que venía de esa puerta. —Chokos, señalando el almacén.

—Ahí no hay nadie —insiste la muchacha.

Trespalacios se levanta y recorre el pasillo silenciosamente hasta pegar la oreja a la puerta del almacén. Después saca la tarjeta magnética que encontró en la mochila de Ricardo Osma, la pasa por la ranura y abre.

Cuando Chokos llega a su lado se queda tan sorprendido como él.

Eso era lo que ocultaba la limpiadora del otro consultorio.

Diez de la docena de estrechas camas hacinadas en dos filas están ocupadas por mujeres de distintas edades y razas, todas en avanzada fase de gestación.

Se respira un calor húmedo, bochornoso, que mantiene el espeso olor dulzón del ambiente. De invernadero. Las mujeres están destapadas, vestidas con pijamas o camisetas baratas y sucias, los redondeados vientres al aire. A un lado, una pequeña cocina a la vista, un retrate y un lavabo, y al fondo, las goteras que caen de los cercos del techo reblandecido que impiden utilizar las últimas dos camas.

Todas se han vuelto para mirar a los recién llegados pero a ninguna parece importarles su presencia, como si aquella noche ya no pudiera ocurrirles nada peor que estar allí.

—Vientres de alquiler. —Chokos.

—... —La chica mira al suelo sin contestar.

Todavía más que por la sordidez del escenario, los hombres están asombrados de que en un mundo podrido como el que viven, un mundo acabado, haya gente dispuesta a emplear cualquier recurso, hasta uno tan perseguido como el de las madres de sustitución, para seguir reproduciéndose.

—Tú ya sabes que esto es ilegal. —Trespalacios.

—Yo no sé nada. Mi trabajo es cuidar de estas mujeres. No sé nada más.

—Tú sabes latín, arameo y francés, rubita. Sobre todo francés. —Chokos.

Suena el móvil del policía que lo abre al mismo tiempo que se aleja tres pasos.

—... ¿Trespalacios? —La ronca voz del comisario.

—... Sí.

—... Mire, acaba de llamar la mujer de Ricardo Osma, la madre del niño ahogado.

—... Ya sé quién es.

—... Vale, pues dice que su marido acaba de llegar al domicilio.

Quiere que vayamos a hablar con él.

Chokos sale de la sala, pero antes le hace una señal con la mano al teniente que, enfrascado en la conversación telefónica, no parece advertir.

—... De acuerdo. Estoy en Luis Montoto, en el segundo centro de Asistencia Reproductiva. Finiquito esto y salgo para allá.

—... Voy a seguir aquí. Téngame al tanto.

Se da unos segundos para recrearse en la idea del tipo al que lleva buscando dos días hasta en los peores agujeros regresando a su casa y llamándoles por su propia voluntad..., cuando oye el primer disparo.

Aparta a la chica que mira paralizada el pasillo desde la puerta y ve a Chokos empujando con el hombro la puerta de entrada al consultorio mientras dispara una y otra vez al brazo de un resucitado que se ha colado e intenta alcanzarle.

Por los golpes, no hay dudas de que son varios los muertos que intentan entrar.

Corriendo ya hacia su compañero, Trespalacios puede comprobar que como este no logra amputar el brazo por mucho que concentre el fuego en un mismo punto y que sin hacerlo no podrá cerrar, así que, aprovechando el impulso de la carrera, salta con los pies por delante para impactar contra la cerradura.

La puerta se cierra, pero el hueso y el jersey siguen atrapados entre el quicio y la hoja. Con unos cuantos golpes más desde el exterior, cederá sin remedio.

De un tirón, Chokos levanta al teniente; tienen que volver inmediatamente a la sala de las mujeres embarazadas.

Arrancan, de regreso.

La chica rubia, aterrorizada, comienza a empujar la puerta amenazando con dejarles allí fuera.

El revólver de Chokos está vacío pero solo él lo sabe; lo levanta sin dejar de andar, paralizando el movimiento de la chica.

—Piénsatelo bien, rubita.

—...

—Antes de que cierres, te desbarato la cabeza.

Ella se aleja y al momento están los tres más allá de la puerta.

Salta la de la calle.

Son muchos más de los que esperaban.

Trespalacios se queda mirando a los invasores.

Percibe furia en los rostros de los resucitados, y rencor y odio; pero lo único que hay en ellos es el ansia y las espeluznantes secuelas de su sufrimiento, el dolor que les acompañó hasta el último momento de vida y que se trajeron de vuelta de su paso por la muerte, así como la necesidad de arrastrarles a su mundo de eterna enfermedad.

Por más que recorra las paredes de la primera habitación del piso secreto con el foco de su linterna, Artizar no logra encontrar un interruptor.

Indiferente, su acompañante, que no ha vuelto a desplegar el bastón blanco desde que entraron en el edificio, sin apenas tantear, cruza en línea recta hasta llegar a la entrada de la siguiente sala.

—No te preocupes —dice al fin—, en el resto del piso sí hay luz eléctrica; era necesario que esta estancia permaneciera a oscuras porque Silvio la consideraba como el punto de inmersión en las tinieblas.

—Ese cabrón estaba para que lo encerraran mucho tiempo antes de hacer lo que hizo.

—No te voy a pedir que intentes comprender lo que vayamos viendo, pero mira. Hazme el favor de no dejar de mirar.

A la luz de la linterna, la detective descubre un pestillo, como si se tratara de una mazmorra.

—El cerrojo también es parte de la representación —hay una nota divertida en la voz impecable del muchacho, divertida y muy triste—, como todo aquí.

Efectivamente, la mujer abre la puerta con facilidad y pasan a la siguiente pieza, donde encuentra enseguida un interruptor que activa una bombilla desnuda en el techo. Una anticuada mesa quirúrgica, un sillón tapizado de negro y unas cuantas repisas en una de las paredes con libros, cajitas de madera y frascos de cristal, forman todo el mobiliario.

Pero en otra de las paredes hay algo más.

I
O
S
U
A
O
R
I
L
U
S
I
S
I
S
U
L

I
R
O
A
U
S
O
I

El cuadro medirá casi un metro de lado y aunque las líneas están perfectamente trazadas, los caracteres dan la impresión de haber sido escritos por un niño tembloroso con un trozo de carbón.

—¿Estás mirando la tabla de la pared? —Palpa hasta llegar a la mesa y se sienta sobre ella, bien dentro, hasta que le cuelgan los pies—. Es lo que en nigromancia se conoce como *símbolo*. Un instrumento muy útil para ciertos fines.

—...

—Estamos en lo que él llamaba su laboratorio.

—¿Y qué pretendía hacer aquí?

—Bueno, sus intereses eran multidisciplinarios. Pero su gran obsesión, su obra magna, era devolver la vida a un cadáver. De ahí el símbolo en la pared.

—Todos los putos cadáveres han vuelto a la vida —con desprecio.

Está muy cansada, pero rodea el sillón y se queda junto a las estanterías; no dejará de examinar su contenido mientras habla. Hay una puerta más en el otro extremo de la sala a la que de momento no mira ni se acerca.

—Ahora sí, desde hace unos años. Pero no antes de que él acometiera esta empresa. Cuando me trajo a vivir con él, ya llevaba mucho tiempo trabajando en ello.

—¿Para qué?

—Se trata de una operación descrita por Abraham el judío, quien a su vez la recibió de Abramelín. El fin es muy simple, lo escuché mil veces mientras lo recitaba: *revivir un cuerpo muerto para que realice todas las funciones de una persona viva, por medio de los espíritus* —vuelve a sonreír, imaginándose el efecto que aquellas palabras habrán tenido en Artizar—. Una vez que lo has conseguido, el ser te servirá durante siete años, ni uno más.

Los dos guardan silencio.

Una vez más, la detective tiene la sensación de que a pesar de que el ciego se encuentra encerrado con una desequilibrada con una pistola, sigue siendo quién controla la situación, pero esta noche percibe algo distinto en él, como si, en su deseo de impresionarla, estuviera entrando en un terreno en el que empieza a perder pie.

Súbitamente recuerda que aún conserva la jeringuilla y el sobrecillo que ha estado demasiado lanzada para utilizar en las últimas horas. Desliza la mano en el bolsillo, los toca y eso la altera y la serena al mismo tiempo.

—Sobre el papel, o sea, sobre el grimorio, el proceso es relativamente sencillo —

prosigue, muy didáctico—; solo hay que estar atento al momento justo en el que muere la persona y colocar inmediatamente sobre su cuerpo, el símbolo correspondiente. También pueden coserse símbolos similares en las ropas del muerto. No te olvides de que he dicho el símbolo correspondiente, no cualquier símbolo: este —señala de nuevo hacia la pared— es el requerido desde la puesta de sol hasta la medianoche.

—¿Y le dio resultado? —Con sorna.

—Eres muy graciosa.

En ese momento, la mujer grita y deja caer un frasco de cristal que inexplicablemente no llega a romperse contra el suelo.

—¡Mierda! —Se agacha para poder observar los tres borrosos apéndices flotando en un líquido semitransparente sin tener que tocarlo de nuevo.

—Supongo que acabas de encontrar el recipiente.

—¿Qué coño es esto?

—Exactamente lo que crees: tres dedos meñiques de tres pies de tres personas distintas.

—¿De quién? —Asqueada hasta en la voz.

—Silvio nunca quiso decirme a quienes pertenecían los otros dos.

Solo cuando escucha el sonido del zapato al caer al suelo, Artizar se da cuenta de que el chico acaba de descalzarse.

Ahora se está despojando lentamente del calcetín.

Con el propósito de mostrar que solo conserva cuatro dedos.

La detective se pone lentamente de pie, se siente muy sofocada, tiene la sensación de que las paredes se le acercan, que nunca va a salir de allí. Nadie sabe que está en aquel piso inexistente. Si le pasara algo, nadie la encontraría porque seguro que nadie intentaría ni siquiera buscarla.

Con la mano muy cerca de la Star 28 PK que lleva en la funda de la cintura, se acerca decididamente a la puerta de la habitación que aún no ha explorado, que se abre sin resistencia.

El dormitorio está peor que vacío.

Han pintado una silueta negra en el suelo del tamaño de una cama.

De hecho, ella ve una cama en el interior de aquel rectángulo.

Y ve lo que hicieron en ella.

Tiene que darse un tirón para arrancarse de allí y regresar junto al chico.

—Aquí estuvo mi niña, ¿verdad?

—Sí —el rostro sin expresión y la voz sin vida.

—Mi marido fue el que la trajo.

—Sí.

—Y tú les acompañabas.

—Sí.

La mujer se queda mirándolo no sabe cuánto tiempo, abriendo y cerrando la tira

de cuero que asegura la pistolera.

—Antes me preguntaste si funcionó la ceremonia para reanimar al cadáver — habla el chico por fin.

—...

—Durante años me habló del gran proyecto de resucitación que culminaría sus estudios y nunca me lo creí. Pero era verdad. Consiguió tener un muerto en vida que siempre lo seguiría devotamente. Yo.

Artizar tiene la impresión de que no ha escuchado una voz tan abatida en toda su vida.

Se da la vuelta y sale de allí, confiando en que se quede encerrado en aquel piso secreto para siempre.

Cierran la puerta y al momento ya la están aporreando los monstruos.

Chokos y Trespalacios unen los hombros para apuntalarla, mientras el primero recarga.

Imprevisiblemente, excepto la muchacha rubia y unas cuantas gestantes que se han trasladado al otro extremo de la pieza, el resto no se ha movido de sus camas, aceptando dócilmente su papel de carnaza en aquella ratonera.

—¡Joder, joder, joder! ¡No hay nada para afianzar esto! —maldice el amortajador.

—Lo que no hay es tiempo, tío. Empiezo notar como cede. —Trespalacios mira desesperado a su alrededor, decidiendo el siguiente paso a seguir—. Tenemos que amontonar las camas para formar una barricada e intentar contenerlos a base de metralla.

—No.

—¿Entonces? —El policía se vuelve a su compañero, sorprendido por su negativa y por la forma en que deja de sostener la puerta.

—Toma.

Chokos le arroja el Smith & Wesson 625.

Al momento está al fondo de la sala, aparta de malos modos a las mujeres que se han refugiado allí y se queda mirando el techo abollado por las goteras que en este momento siguen cayendo sobre él.

Se vuelve y, aproximándose a uno de los catres vacíos, comienza a patearlo hasta quedarse en las manos con la estructura metálica del somier; después, usándolo como ariete, lo estrella contra el techo, que esponjado por el agua, cede como papel.

La detonación de su propio revólver seguida de otra distinta lo distrae de su trabajo.

Aquellas fieras han tirado la puerta abajo y Trespalacios, con las dos armas en las manos, retrocede de espaldas hacia él.

Los disparos que no cesan en una sala tan reducida apagan cualquier otro sonido, menos el gemido de los muertos, o al menos eso es lo que les parece a los que los tienen casi encima.

Chokos sigue con lo suyo, golpeando con el somier hasta que logra romper dos o tres losetas del piso superior, también muy deterioradas por la humedad.

Ya tiene un hueco para salir de allí.

Ahora solo queda arrastrar uno de los aparadores para subirse encima y salir por él; por suerte el techo es muy bajo y hay una tubería a la que agarrarse.

Hasta que no se vuelve para avisar a su compañero no se da cuenta que lo tiene casi al lado, de que son bastantes los apestosos que se amontonan junto a la entrada y de que otros ya están dentro, comiéndoles las entrañas a las embarazadas más cercanas.

Por una décima se queda paralizado.

Como si aquello fuera una granja destinada a la cría de ganado para alimentarles, los cadáveres andantes devoran enloquecidamente a las mujeres que, demasiado pesadas para alejarse, deben contentarse con observar cómo aquellas fieras les hunden las cabezas en las tripas, el bocado más sabroso, y se abren paso a dentelladas como si quisieran horadarlas y salir por el otro lado. Sobre una de ellas, un anciano con mala dentadura, intenta arrancarle a manotazos las vísceras o el feto o lo que sea aquella materia ensangrentada para metérsela en la boca. Una chiquilla de unos trece, completamente embadurnada de rojo, parece reírse mientras...

Chokos sale de su embeleso cuando descubre que la auxiliar de Europa del este, todavía más avispada que él, ignorando a las mujeres que cuidaba, se ha subido al aparador y gatea por la cañería hasta perderse por el piso superior.

Se acerca a Trespalacios, que ya ha vaciado el revólver y dispara con su Sig-Sauer y le grita al oído que tienen una salida, que mire hacia atrás, que se van de allí pero ya.

Después se vuelve y es él mismo el que no está dispuesto a permanecer allí ni un momento más; sube al piso de arriba por el mismo método de la rubia.

Arriba, se tiende bocabajo en el suelo sin preocuparse por entender dónde está y, casi a pulso, eleva al teniente, que venía inmediatamente detrás, aprovechando que los muertos tenían materia de sobra para su festín.

Por supuesto que a ninguno de los dos se les ha ocurrido quedarse abajo para ayudar o cubrir a las pocas mujeres que siguen vivas.

Ya a salvo, observan a una mujer oriental embarazada de pocos meses que los mira como una estúpida a través de la oquedad. Los dos se tienden sobre el suelo y la animan con gritos y gestos para que los siga. Muy despacio, como si aún en aquellas circunstancias fuera prioritario tener el máximo cuidado en su estado para evitar una caída, la muchacha se sube sobre el aparador y, luchando por mantener el equilibrio, eleva los brazos al cielo mientras uno de los muertos se le acerca por detrás.

Hasta ahí llega.

Por la mañana solo mantendría un momento aquella pesadilla, después la olvidaría para siempre.

Almena había escuchado enseguida el roce en la puerta, no dejaba de dar vueltas, la cama que le había proporcionado el tío de su amiga Gora era demasiado blanda, ni siquiera se había quitado la ropa.

Todo era muy confuso. Le parecía estar y no estar. Muy lento y muy rápido.

El frutero entró en el dormitorio desnudo bajo una bata a cuadros, la polla de caucho arrugado y un guante de cocina en la mano derecha.

Se sentó despacio al borde de la cama y, no recordaba cuándo, pero al momento ya había terminado de exponer sus condiciones: si quería que averiguara para ella la dirección de su sobrina tenía que bajarse los pantalones y las bragas, tenía que dejar que se lo mirara el tiempo que él quisiera y, enseñando el guante de plástico, también le dijo que debería dejar que le metiera un dedo, solo un dedo.

Los iluminaba únicamente la luz pobre y gelatinosa que entraba por la puerta de la habitación.

No recordaba cuándo le había dicho todo eso, pero sí sabía que lo había planteado de corrido, como si decirlo así fuera la única forma de vencer la timidez que siempre lo había bloqueado.

Otra cosa que recordaba era que no esperó su respuesta, que sabía que no iba a negarse. No se equivocó.

Los únicos inconvenientes para convertir aquello en una pesadilla eran que no había llegado a dormirse y que tendría que vivir muchos años para convencerse de que no había sucedido.

Cuando el mundo fue bendecido por la *Resurrección*, en Sevilla no se había inaugurado más que la línea 1 del metro, y una de las primeras medidas que adoptaron las autoridades fue la de clausurar el itinerario y todas sus instalaciones. La utilidad de tal decisión se vio reforzada cuando cayó bajo el principado de los muertos precisamente una de las zonas de la ciudad a la que, por debajo del Guadalquivir, se accedía con el tren subterráneo. Como disposición extraordinaria de seguridad, se sellaron las entradas de las estaciones que caían dentro de la zona del *Sudario* e incluso se fijó una guardia en los andenes de las del área no tomada.

Era a estos soldados a los que llevaban horas observando los *recolectores*, que habían llegado hasta la estación del Prado de San Sebastián a través de la red de túneles del alcantarillado.

Lo que al principio eran unos cuantos soldados ocupados en unos preparativos sin sentido aparente en el vestíbulo, terminó siendo una maniobra bien coordinada que transformó la estación, desde que abrieron las puertas al público, que empezó a bajar por las escaleras con la naturalidad de los visitantes habituales, en el patio de butacas de un teatro con los espectadores agolpados contra la mampara transparente que protegían los andenes.

El siguiente paso fue sacar de las oficinas tres grandes cajones de madera pintados de rojo, amarillo y morado que se veían obligados a arrastrar entre varios y que transportaron hasta el extremo de la estación.

No era la primera vez que los recolectores *asistían* a la función desde su observatorio en el túnel de ventilación, pero el mayor de ellos, tan turbado durante todo el día, parecía haber recobrado desde que habían llegado una especie de calma que a los demás les costaba interpretar.

Con la ayuda de algunos voluntarios, los soldados lograron sacar las grandes cajas por una apertura de las mamparas y alinearlas sobre las vías. Ya estaba casi todo preparado, el siguiente paso era proceder con las apuestas que uno de ellos recaudaba en una de las taquillas.

Pero esta parte, ya no le interesaba al *recolector*.

Ya había visto muchas veces a aquellos animales apostando y aullando y golpeando las mamparas impaciente porque diera comienzo la carrera.

Al cebo humano, un niño de trece o catorce años, bajar a las vías dispuesto para atraer a los cadáveres a la meta, permanecer allí hasta el último momento en que, de un salto, vitoreado por todos, se libraría de ser devorado subiéndose al andén por una escala dispuesta a tal efecto.

Y a los muertos rabiosos, que gemían enloquecidamente en su encierro, cuando al fin fueran liberados de sus cajas de madera y emprendieran a trompicones su carrera en busca de alimento.

El *recolector* no necesita quedarse ni un momento más, ya ha visto claramente lo

que hará en las próximas horas por sus amigos asesinados, la forma en que los vengará de la humanidad entera.

Cuando la mujer de Ricardo Osma abre la puerta a las cuatro de la mañana y se encuentra con los dos tipos sudorosos y sucios de barro y herrumbre, con un aspecto tan cansado como el que ella misma debe presentar, se encoge de hombros y se aparta para que entren.

Ya ha llorado todo lo que tenía que llorar. Acaba de perderlo todo. No le podía importar menos que la vean con los surcos de sudor en la camiseta, con las greñas en la cara, con el temblor en el párpado izquierdo.

Trespalacios ni se molesta en presentarle a Chokos o disculparse por la demora desde que recibieron la llamada en comisaría. Tiene incrustado en el cerebro los gritos de las mujeres embarazadas mientras los muertos se abrían paso a mordiscos para introducirles la cabeza en la barriga como un segundo feto demasiado revoltoso.

—¿Su marido sigue aquí? —Pregunta por fin el policía.

—Sí.

—Lo hemos buscado hasta en el último cubo de basura... ¿dónde está?

La mujer señala una puerta; lo que acompaña al gesto no puede ser una sonrisa.

Antes de llegar a la habitación escuchan una especie de queja y un roce que se repite una y otra vez.

En cuanto abren, los dos echan mano a la culata del arma, aunque no es necesario que desenfunden.

Ricardo Osma, muerto, cuelga de la lámpara de su dormitorio; los brazos como hélices y la boca abierta, recién resucitado y ya tan hambriento.

—Déjenlo —ordena la mujer a su espalda.

—Señora —el teniente—, lo mejor sería...

—¡Déjenlo! —Muy terminante.

Antes de salir, observan con detenimiento el nudo y la lámpara para asegurarse de que no va a soltarse.

La dueña de la casa los espera en el salón. No necesitan ponerse de acuerdo para dejarse caer todos en el tresillo. Trespalacios debe redoblar esfuerzos para no mirar las tetas aún a la ofensiva de la viuda.

—¿Qué dijo? —le pregunta.

—Nada. Casi nada. Sabía que ustedes iban detrás de él por el asesinato del niño. Que estaba harto de huir. Que nos quería —para no desmoronarse, hace memoria de las palabras, no de los sentimientos; de momento le funciona.

—...

—No se ofenda, pero su marido se dedicaba al contrabando; debía estar acostumbrado a vivir fuera de la ley.

—Mi marido no se dedicaba al contrabando sino que tuvo que recurrir durante los últimos meses a vender algunos artículos bajo cuerda para darle de comer a su familia. Que es muy distinto. Él era el primero que estaba asqueado por tener que

hacerlo. De hecho lo dejó en cuanto volvió a conseguir un empleo.

—Como portero en el centro reproductivo de Valrubia.

—Hubiera hecho cualquier cosa por nosotros.

—¿Qué le dijo del asesinato del niño? ¿Tenía alguna teoría? ¿Algo?

—No podía ni hablar del tema. Estaba destrozado —un gesto de dolor amenaza con desfigurarle el rostro para siempre pero es ella la que logra imponerse—. Él lo había criado. No lo hubiera querido más si fuera suyo.

Todas las alarmas se disparan en el cerebro de Trespalacios, que mira a Chokos, alerta también, y listo para intervenir si el detalle se le ha escapado a su compañero.

—A ver, señora, ¿dice que no era su padre?

—No era su padre biológico. Pero claro que era su padre. Cuando nos casamos, el niño tenía once meses. Hasta le cambié el nombre y los apellidos para que llevara los suyos.

—¿Por qué no nos lo ha dicho antes?

—¿Y por qué se lo iba a decir? Ni siquiera me acordé. No he vuelto a saber nada de él desde que nos dejó al niño y a mí.

—Dígame su nombre —el policía busca su bloc de notas en el bolsillo del chaquetón.

—Hipólito Álvarez Serra.

—¿Hipólito Álvarez? ¿El militar?

—¿Lo conoce?

—¿Qué graduación tiene?

—Era coronel.

—¿Dónde estaba destinado?

—En Maestranza de Artillería. Ni siquiera sé si sigue allí. Me llevaba veintiún años, estaba casado y nunca...

Trespalacios se levanta y la deja con la frase a la mitad. Llega hasta la ventana y se queda mirando la calle. Por primera vez en lo que lleva de día, todo está tranquilo, no se escucha nada, ni rastro de muertos ni de soldados. Es posible que los brotes estén controlados o que todos hayan sucumbido y ellos sean los últimos supervivientes.

Hipólito Álvarez.

El general que detenta el mando en el Cuartel de la Pirotecnia.

No puede ser una casualidad, no con ese nombre.

Por fin tiene el hilo que une los tres crímenes: el niño ahogado, el juez con el cráneo aplastado y la mujer atragantada tenían un familiar relacionado con el Cuartel de la Pirotecnia. Aún le faltaba saber el motivo de los crímenes, la vinculación con la *Fraternidad Juramento* y el papel que el cadáver que pataleaba en la sala contigua había jugado en todo esto. Demasiadas preguntas pendientes. Le duele todo el cuerpo, sobre todo la cabeza, ya no es hora de pensar.

—Nos vamos —a Chokos.

Este no se levanta, se despereza hasta quedar prácticamente en coma, se vuelve a la mujer y le habla por primera vez:

—No podemos dejarlo ahí.

—Yo me ocuparé de él.

—No. Yo me ocuparé de él y no se hable más.

Se levanta, cruza la sala y se encierra en el dormitorio.

A la mujer le hubiera gustado tener unos minutos para rezar o dedicarle un último deseo, pero antes de darse cuenta ya ha sonado la detonación.

Con la ausencia de Sandra.

El médium lleva mucho tiempo con ella en el almacén, viendo como se revuelve en sus ligaduras, adelantando las manos, enseñándole los dientes, comiéndoselo con los ojos.

Ha cerrado con candado la persiana metálica, no pasa nadie por allí a aquella hora de la noche, todo se ha parado.

Cuando le clavó el punzón únicamente quería anularla, conseguir que dejara de hablarle con aquella ternura, quizás violarla con los primeros estertores, evitar que difundiera lo que había visto dentro de la furgoneta.

Debe tener un pico de fiebre. No deja de sudar, tiene la boca de arena, empieza a costarle distinguir los contornos de los objetos, las visiones de todo lo que ha hecho en los dos últimos días se le amontonan a solo un paso de la conciencia, a punto de invadir este otro universo.

Y no deja de mirarla.

Por momentos, disimuladamente, se mete la mano en la bragueta e intenta imaginarse que hace lo que sabe que hace todo el mundo con las mujeres, hasta que se cansa; podría desnudarse, en aquel local olvidado no va a entrar nadie, pero, aunque ya está muerta y convertida, ha desistido de cometer ninguna suciedad mientras alcance a verlo.

Al principio, fue a ella a quien intentó quitarle la ropa, pero no lograba acercarse lo suficiente, a pesar de que la dejó amarrada por la cintura; con el tiempo, se olvidó de seguir intentándolo; estaba bien así.

También él estaba muy bien así.

Mejor que en toda su vida.

Sobre todo ahora, que creía que comenzaba a saber interpretar sus gemidos, a comunicarse con ella.

Durante un rato había deseado que el mordisco que llevaba en el pecho estuviera en peor estado para acercarse a ella mucho más y mucho más rápidamente; después dejó de hacerlo, ya había encontrado la solución.

Había un lugar donde sí podía reunirse con ella.

Déjame subir por tu costado, terminarme en tus labios.

Ahora solo espera el momento de reunir el valor suficiente para clavarse la lezna en el punto donde estima que encontrará su propio corazón; el valor lo precisaba no para suicidarse, sino para estar unos segundos, mientras vadeaba la muerte, separado de ella.

Lo demás era nada.

Si a las ocho menos cinco de la mañana aún no han desaparecido las últimas sombras de la noche, es que no es probable que lleguen a irse nunca, pero por lo demás, todo va bien.

Máxima, *Maxi*, no deja de clavar los ojos en el reloj digital del salpicadero, segura ya de que no llegará a tiempo de dejar a los niños puntualmente en el colegio, pero por lo demás, nada va mal.

Después de que los incidentes del día anterior en la zona de Luis Montoto y Ronda Histórica, a los que se sumó la explosión en la Academia de Oficiales, hubieran disparado los rumores de que el precario equilibrio en el que sustentaban sus vidas en los últimos años estaba cediendo hacia el peor de los extremos, era muy tranquilizador sumergirse en esta calma con la que se había levantado el día.

Aún en el interior del embotellamiento que mantenía paralizada desde hacía demasiado tiempo la avenida San Francisco Javier, no se escuchaba una bocina ni un grito o una protesta; los cientos de conductores permanecían silenciosos en el interior de sus vehículos, recreándose en el tono triunfalista que las autoridades militares derrochaban por las emisoras al anunciar que cualquier brote que se hubiera producido el día anterior estaba sofocado.

Pese a todo, *Maxi* termina apagando la radio. Ella también está feliz con el orden restablecido, pero tiene el colegio de sus tres hijas casi al alcance de la mano, puede ver a la perfección los altos del edificio principal, y el coche, a un palmo del siguiente, lleva un siglo sin avanzar.

Ya le han llamado varias veces la atención desde la tutoría del colegio por la demora de las mañanas; les costó mucho que las admitieran allí, los centros que quedan abiertos en Sevilla no bastan para acoger a todos los niños en edad escolar, no puede permitirse el lujo de que las expulsen.

Las tres niñas se mantienen en silencio, la conocen, saben que cuando está así de alterada, cualquier palabra, cualquier gesto, puede detonar una de esas broncas tan necesarias para ponerlas en su sitio que su marido llama ataques de ansiedad.

En silencio hasta que se siente el golpetazo en la ventanilla trasera.

Maxi, casi sonrío por tener la oportunidad de desahogarse, se vuelve hacia las dos pequeñas, que son las que viajan en la parte de atrás, toma aire y entonces lo ve. Un tipo grande y compacto, un muerto grande y compacto más bien, el chándal rojo destrozado, que vuelve a golpear el cristal en su intento de comerse a sus hijas.

Poco a poco, *Maxi* se desinfla.

Las niñas, pegadas en el lado contrario al de la bestia, no dejan de gritar y ella no puede tranquilizarlas, no sabe qué decirles. Sabe que lo peor que podrían hacer es bajar del automóvil; es evidente que se trata de un *resucitado* reciente, de los muy rápidos, no tardaría más que unos segundos en darles alcance.

Comienza a tocar el claxon, a intentar atraer con gestos la atención de otros

conductores, pero todos se limitan a mirar hacia delante. Nadie va a ayudarla. Saca el móvil del bolso y marca el 091, pero el número comunica y vuelve a hacerlo cuando pulsa rellamada.

Es imposible sacar el coche del atasco —aunque el abastecimiento de combustible es irregular, en los últimos meses se ha mantenido constante—, sólidamente bloqueado por los que permanecen igual de inmóviles a su alrededor.

Siguen los golpes.

Sus hijas están aterrorizadas, así que las hace saltar a los asientos delanteros, pero apenas han ganado unos centímetros. Aquel ser sigue estrellándose contra el vidrio; cuando por fin reúne coraje para mirarlo de frente, comprueba que se ha machacado los dientes delanteros en su intento; se queda embobada con la pulpa que fueron las encías y con los regueros de sangre coagulada, mocos y saliva que se deslizan por el cristal. Al momento, descubre que la ventanilla está cediendo, que se ha soltado por completo por la parte superior, y deja de mirar.

En los segundos que han transcurrido desde que se inició el ataque, el mundo ha cambiado. Se escuchan sirenas desde distintas direcciones, la gente corre por las aceras, algo que muy bien pueden ser disparos resuenan no demasiado lejos. Pasada la falsa calma del amanecer, la ciudad ha despertado aún más revuelta que el día anterior.

Con una sensación de alivio, se da cuenta de que el colegio de las niñas está ardiendo; por el volumen y la altura de las llamas, el incendio debe afectar a todo el edificio; hoy nadie va a reprenderla por el retraso.

En la parte posterior del vehículo han cesado los envites; lo que le llega es una ráfaga de aire frío.

La estúpida musiquilla del teléfono móvil le llega desde un lugar muy lejano o muy profundo. Tiene que acabarse y empezar de nuevo para que Trespalcios acierte con el bolsillo donde lo lleva guardado.

Ya se lo ha puesto en la oreja y todavía no está seguro de dónde está. Hay un bulto a un par de metros y aunque sabe que no es ella, desea con todas sus fuerzas que se trate de Almena.

—... ¿Dónde está? —La voz del comisario.

—... En mi piso, creo.

—... Escuche, despiértese que voy a recogerle. Dentro de unos minutos estoy bajo su puerta. Vaya bajando.

—... No hace ni dos horas que nos hemos acostado —mirando el reloj.

—... He conseguido una orden de Capitanía para recuperar a la chica que esos soldados de Pirotecnia tienen custodiada en el hospital. Tenemos que ir a por ella lo antes posible.

—... Ya.

—... ¿La detective y su amigo el amortajador están con usted?

—... Chokos, sí —mirando la figura tendida que ya no puede confundir con Almena—. Artizar estará en su casa.

—... Pues llámela, vamos a necesitar toda la ayuda posible.

En cuanto se corta la comunicación se deja caer sobre la alfombrilla del coche que, junto a las fundas de los asientos y una manta inmundada, subieron la noche anterior al piso vacío para improvisar algo muy poco parecido a unos jergones.

Un milisegundo después ya no está allí.

Media hora después de haber perdido a mi compañero y a la tanqueta que nos escoltaba, empecé a pensar que meterme en tierra de muertos para buscar a aquellos tres fugitivos iba a costarme algo más que el pellejo.

Hasta ahora, estaba de suerte; había saltado de callejón en callejón y de portal en portal detrás de aquellos chicos con el pasamontañas rojo sin demasiados problemas, ningún grupo de podridos me había localizado. Pero era el momento de parar. No podía seguir adentrándome en el *Sudario* ilimitadamente, tenía el *walkie talkie* reventado y hacía rato que no estaba seguro de quién perseguía a quién, así que decidí dar la vuelta y dirigirme a la zona en la que perdí de vista al resto de la unidad.

Estaba obligado a tener presente en todo momento que mis tres compañeros no estaban allí cumpliendo ninguna misión oficial, sino jugándose por hacerme un favor. Tenía que reunirme con ellos antes de pensar el siguiente paso.

Me encontraba en una de las zonas más castigadas de Triana; por aquí, la plaga se combatió calle a calle, con mucho fuego de mortero y de lanzagranadas. Todas las construcciones estaban en estado más o menos ruinoso, las aceras y las carreteras llenas de escombros y de restos de todas clases que hacían muy difícil el avance.

Tenía la noche encima.

El sudor me corría por la espalda y me bajaba del interior del casco, empezaba a pensar que no encontraría rastro de mis compañeros cuando me tropecé por fin con la motocicleta de la que habíamos caído Antonio y yo. Nos habíamos dispersado justo a partir de aquel punto, lo lógico era que tanto él como la dotación de la tanqueta regresaran allí.

Y así había sido.

Estuve a punto de pisarle la cara.

Antonio Pereira. El Carmona, que le decíamos todos por lo orgulloso que estaba de su pueblo. Había atravesado conmigo media Europa, limpiando las calles de cadáveres andantes, para morir cuando por fin logramos regresar a casa, y solo por meterse conmigo en esta locura, por acompañarme.

Dos, tres resucitados me habían localizado pero eran de los lentos y venían lejos, el mayor peligro era que atrajeran a un grupo más numeroso.

Caí de rodillas al lado de mi compañero para verlo mejor, para no ahorrarme ni un detalle, para castigarme con el dolor y la sorpresa de su expresión. Porque no eran los muertos quienes acabaron con él; se había librado de un millón de enfrentamientos con ellos para que un niño o una niña ciegos de coca le cortara la garganta hasta el hueso.

Al menos dos de los tres chicos con la cabeza cubierta por sus pasamontañas rojos con motivos navideños me observaban desde esquinas distintas, buscando calmamente ángulo para dispararme, convencidos de que absorto en mi dolor no había reparado en ellos.

Sin levantar la cabeza, quité muy despacio el seguro de mi «Zeta», puse el arma en la posición de ráfagas y disparé a las piernas de uno de ellos un momento antes de arrojarme detrás de un coche abandonado. Los podridos estaban cada vez más cerca. Otro de los chicos contestó a mi fuego con una ráfaga que reconocí como procedente del subfusil de mi compañero. La tanqueta no aparecía a pesar de que tenía que haber escuchado las detonaciones. Y aunque sabía que me había vuelto loco, no dejaba de rezar para que las heridas que acababa de causarle al enemigo que había derribado no fueran mortales.

El móvil que le sonaba dentro de los sesos parecía avisarle que todavía era posible que le amenazaran otras muchas desgracias más.

—... Sí... sí.

—... ¿Trespacios? —La voz cabreada del comisario.

—... Sí.

—... Llevo un rato aparcado en doble fila a la puerta de su casa, ¿a qué coño espera para bajar?

El recorrido hasta Hospital General fue largo y desasosegante.

La ciudad estaba definida por un extraño fenómeno que vaciaba las calles de transeúntes camino de sus quehaceres normales al mismo tiempo que las llenaba, colapsando todas las comunicaciones, de gente que se trasladaba urgentemente, sin que estuviera muy claro si es que escapaban de o regresaban a su residencia habitual.

El coronel aparcó el coche muy cerca de la puerta de consultas del hospital, haciéndole señas a Trespalacios para que dejara el suyo en un hueco cercano; después sacó él mismo su silla de ruedas del vehículo mientras salían dos individuos de casi sesenta, seguro que policías, con aspecto de tíos duros.

—Les presento a Vargas y a Roque —les dijo a Trespalacios y a Chokos cuando se reunieron con ellos—. Estaban conmigo en la brigada judicial; son de total confianza —y a Chokos, tendiéndole la mano—. Trespalacios me ha contado lo suyo y me ha dicho que quiere unirse a esta locura. Espero que le haya explicado cómo funcionamos aquí.

—Sí, como el puto culo. —Chokos no pretende provocarle pero tampoco hacerse el simpático.

—Efectivamente, pero es así como lo hacemos y no de cualquier otra forma que se le ocurra al que vaya llegando. Así que si tiene alguna duda, diríjase a mí. Vámonos.

Después se pone en marcha, sin darle tiempo al teniente a formularle las preguntas que ha ido aparejando por el camino.

A todos les extraña que, en medio de la crisis que está viviendo la ciudad, la dotación de soldados que usualmente monta guardia en las entradas del hospital se haya reducido a la mitad; teniendo en cuenta que los centros sanitarios son enclaves de la máxima prioridad en estos casos, eso solo puede significar que se ha requerido personal para reforzar algún otro punto todavía más sensible. Siguen surgiendo las peores de las señales.

Sin dejar de andar por los pasillos, Trespalacios llama por teléfono a Artizar y una vez más recibe solo el mensaje del buzón de voz; no es normal que no responda ni le devuelva las llamadas.

Al fin llegan al ala donde está ingresada la Maga.

Como la habitación está al fondo, los soldados —y el sargento Bonifacia, que juega a las cartas con tres de ellos—, han montado una especie de campamento ante la puerta. No va ser fácil sacarles de allí.

Cuando ve llegar al comisario y a sus acompañantes, al comandante Orea le basta con susurrar unas palabras para que todos sus hombres recojan el armamento y se desplieguen ante la habitación.

Bonifacia, que también los ha visto, recoge las cartas despacio para darse tiempo a buscar un lugar donde ponerse a salvo si llega a producirse otro enfrentamiento.

Después de casi veinticuatro horas de guardia ininterrumpida, poco queda del aspecto ferozmente disciplinado que mostraron en la comisaría aquellos hombres mal afeitados y seguro que hambrientos y cansados.

El comisario les indica a los suyos que se detengan, avanza un poco más y le hace una señal a Orea para que se acerque.

Sin mirarle, muy serio, solo, el comandante recorre la distancia que los separa hasta que los dos quedan en una especie de territorio neutral.

—Comisario, ¿qué le trae por aquí?

—Comisario, no, coronel, debería usted saber que la graduación ha sido asimilada —metálico Marán.

—Pues coronel.

—¡Pues coronel, no, hostias! —Bajando la voz tanto que solo el otro puede escucharle—. ¿O es que me va a obligar a ordenarle que se cuadre ante mí delante de la tropa?

El militar aprieta los puños y no dice nada; sabe que si el coronel estuviera gritando, habría quedado en evidencia delante de sus hombres, y eso es lo último que desea.

—Coronel —en tono mucho más respetuoso.

—Traigo algo para usted —extrae un sobre del bolsillo interior de la cazadora y se lo entrega—, lea primero quien es el firmante y después el texto.

El pasillo permanece casi vacío, como un reflejo de la amedrentada ciudad; alguna enfermera que mira con desconfianza a tanto individuo armado, poco más.

Por el tiempo empleado, el comandante ha debido leer la carta tres o cuatro veces.

Después, introduce la mano en el bolsillo de donde la otra vez extrajo el móvil.

—Espere —Marán, aún en voz muy baja—, no llame por teléfono todavía. Déjeme hablarle de las dos alternativas que le quedan. No sé si está usted al tanto de los chanchullos de sus mandos, pero si los llama, le ordenarán que evite por cualquier medio que accedamos a la chica; ya ha tenido conocimiento de la orden del teniente general delante de varios testigos, podrá impedirme entrar en este momento, pero su carrera estará acabada para siempre.

—...

—La otra posibilidad es muy simple, se da la vuelta y se va con los suyos. Ya sé que el general Álvarez le sacará las tripas, pero en realidad no podrá hacerle nada, ninguna sanción formal; a partir de ahora, usted siempre podrá demostrar que actuaba en nombre de la máxima autoridad.

Con el ceño tan fruncido que le dejará marcas para siempre, el comandante saca la mano del bolsillo del pantalón y la mete en el superior de la guerrera. Cuando aparece de nuevo con un cigarro arrugado, el coronel sabe que ha vencido.

Lo esquiva, dirige una mueca a sus cuatro acompañantes y avanza hacia la habitación.

Orea ha debido hacerles también una señal a los soldados, porque estos forman un

pasillo ante la puerta y los dejan entrar y cerrar a su espalda.

La chica del cabello teñido de verde no dice una palabra cuando los ve pasar, como si a esas alturas ya le diera igual la identidad de los que van en contra de ella. Lleva puesto un pijama de hombre y le han fijado las cuatro extremidades con correas acolchadas. Lo primero que hace el comisario, ayudado por Trespalacios, es soltarla.

—¿Cómo lleva la herida del vientre? —le pregunta.

—...

—¿Cree que podrá salir de aquí?

—Claro... es muy... Es solo un arañazo.

—Lo primero que quiero decirle es que no está detenida, no tenemos ninguna denuncia a su nombre. Puede marcharse ahora mismo. Pero hemos venido a ayudarla.

En ese momento entra Bonifacia sin llamar.

—¡Se han marchado! —Muy sorprendido—. ¡Han recogido las mochilas y se han ido sin decir ni media palabra! ¿Qué les ha dicho, comisario?

—Que a partir de ahora irás a chupársela al cuartel, que no se molesten en venir aquí.

Después se queda mirando a la chica, que no ha hecho ademán de marcharse. Al fin sale de sus cuentas y es ella la que habla.

—¿Ha vuelto? Horacio. Mi novio.

—No lo sabemos. —Trespalacios se sienta al borde de la cama; el resto de los hombres, excepto el comisario, se alejan para no agobiarla—. Ante todo, tendrías que decirnos de dónde.

—Es posible que ni siquiera sepa que han asesinado a su madre...

Nunca llegó a decirme qué es lo que ocurría, para no ponerme en peligro. Estaba muy asustado.

—Intenta contarlo por orden. —Marán.

—Todo esto empezó cuando supo lo del niño ahogado; creo que ya llevaba unos días raro, pero a partir de ahí, no volvió a ser el mismo. Me dijo que estaba amenazado, que iba a comerse el marrón de la Fraternidad Juramento y de los militares sin tener nada que ver con ellos. Después, cuando le aplastaron la cabeza al juez en esa iglesia, se volvió medio loco. Tenía muy claro que los dos crímenes estaban relacionados y que el tercero sería el suyo...

—¿Volvió a mencionar a la Fraternidad Juramento?

—No.

—¿Qué más dijo de los militares?

—Le saqué que su abuelo, que es capitán en el Cuartel de la Pirotecnia, estaba relacionado con todo esto. Por eso fui a verle cuando Horacio se fue, allí me hicieron esto —se señala el vientre— y allí me raptaron esos cabrones y me trajeron aquí; la primera vez logré escaparme y fui a pedirles ayuda a la comisaría.

—¿Cómo le hicieron la herida? —El comisario.

—El soldado que estaba de guardia ante el despacho del abuelo de Horacio tenía

calada la bayoneta. Me abalancé porque no me dejaba entrar. Cuando empecé a sangrar, se asustó él más que yo.

—¿Logró hablar con el capitán? —Sigue el comisario.

—Ni siquiera abrió la puerta.

—Sigue, algo más te diría tu novio. —Trespalacios.

—Nada muy concreto, ya les digo que no quería comprometerme.

Hablaba de que sus doscientos hermanos saltarían en pedazos, que Sevilla entera estaba en peligro. No sé a qué se refería.

—¿Te has enterado de lo de la Academia? —El teniente, habla despacio, atento a su reacción.

—¿De qué?

—Esta noche ha explotado un coche bomba en las inmediaciones de la Academia de Oficiales donde estudiaba Horacio. Se calculan más de doscientas bajas.

—Así que era verdad —trasluciendo cierto alivio porque su novio ya no estuviera allí.

—Todavía no nos has dicho dónde está escondido.

La Maga tarda un rato en volver, como si hubiera estado recordando uno por uno a todos los alumnos caídos.

Nadie la presiona, esperan a que sea ella la que decida volver.

—Estaba aterrado, creía que lo encontrarían fuera a donde fuera.

Además, se sentía responsable de no tener valor de denunciar todo aquello; su familia es muy católica y él tenía un gran sentido de la culpa. Así que se fue al único sitio donde no lo buscarían y al mismo tiempo pudiera cumplir una especie de penitencia. Se metió en el Sudario.

Todos quedan en silencio, imaginándose al chico, solo, guiado por el pánico, penetrando en aquel inabarcable coto de muertos desesperados por conseguir carne fresca.

Es Marán el que sigue adelante.

—¿Sabes en qué parte del Sudario se ha refugiado?

—¿Irían ustedes a buscarlo? —Atrapando la ligerísima esperanza que entrevé en las palabras del comisario—. Él el único que puede aclararles todo esto. No olviden que todos estamos en peligro.

—¿Irían? —Marán se vuelve a Trespalacios, rebotando la pregunta.

—No lo sé —dejando para más tarde las consecuencias.

—¡Joder! —Chokos.

—¿En qué parte del Sudario está exactamente? —El teniente, entrando un poco más en la trampa.

—Si quieren que se lo diga, tendrán que llevarme con ustedes.

—Ni hablar.

—Está bien, ya hablaremos —el comisario, dirigiéndose a todos—. Tenemos que marcharnos de aquí, no me fío de que vuelva el pelotón o de que envíen a otros desde

el cuartel; ya nos hemos quedado más tiempo de la cuenta.

La chica, mucho más animada que cuando llegaron, se levanta con agilidad de la cama, no parece que la herida le afecte. Recoge la ropa del armario y entra en el cuarto de baño para vestirse.

Mientras, Trespalacios ha intentado llamar de nuevo a la detective sin éxito; a mitad de la segunda tanda de tonos, se vuelve al comisario.

—Vamos a llegarnos —golpea en el hombro a Chokos— a casa de Artizar; lleva un siglo sin cogermelo el teléfono. Nos reuniremos con ustedes en comisaría.

—En comisaría, no. No me fío un pelo de los cabrones de la Pirotecnia. Estaremos en el Instituto Anatómico Forense, pregúntele a la doctora Escribano por mí, ella le indicará.

No hay portero electrónico ni puerta en el edificio, han arrancado los buzones y hasta una parte de la solería de mármol. Almena no está para fijarse en detalles, entra en el zaguán con las anteojeras puestas en el cerebro y emprende a toda prisa la subida de la escalera.

A los cuatro peldaños, debe detenerse, retroceder, esperar a que baje aquella familia; en toda su vida la han mirado con tanta desconfianza. Entre un hombre de edad mediana y un anciano bajan casi en volandas a un chico joven abrigado con una manta que le cubre hasta la cabeza pero no logra esconder la mirada perdida, la piel pastosa y gris, el sudor en la frente que le penetra en los ojos; Almena ha visto antes esos síntomas de infección, al muchacho le queda muy poco tiempo. Las dos mujeres que los preceden la desafían con la mirada a acusarles de algo mientras salen del portal camino a un monovolumen que los espera con la puerta trasera abierta.

Almena sube los primeros escalones y se detiene un momento entre dos pisos, solo un momento; no quiere pensar en la ciudad aterrorizada que acaba de atravesar para llegar al domicilio de los padres de Gora, no quiere pensar en lo que le ha obligado a hacer esa noche el tío de su amiga para darle esta dirección y, sobre todo, no quiere pensar en que ha aceptado que el viejo de mierda le prepare un té con miel para desayunar, que se ha tomado a su lado hasta el último sorbo antes de salir de la casa sin decir nada.

Sube un trecho más y llama a la puerta en la que no hay ninguna indicación de que el padre de su amiga haya emplazado allí la notaría que regentaba en su anterior domicilio; enseguida le abre ansiosamente la madre de su amiga, aún reconocible, pero con meses como años encima.

—Ah... —decepcionada al ver que es ella.

—Buenas, ¿se acuerda usted de mí?

—Sí.

—¿Está Gora?

—No. Ella... ya no está.

No es necesario que diga mucho más.

La mujer tiene la voz tan triste y los ojos tan húmedos e irritados que apenas es posible distinguir los momentos de llanto de su estado normal.

—¿Puedo entrar?

—Mejor no. Está todo revuelto...

—¿Está su marido?

—No. Está en el laboratorio, con ella.

—¿Con ella? ¿Con Gora? ¿Qué le ha pasado?

La mujer deja caer la mirada al suelo y ya no la levantará en lo que dure la visita; responde desde allí.

—Se tomó todas mis pastillas. Todas.

—...

—Pero mi marido se la llevó a ese laboratorio... Yo no he podido ir a verla.

—¿Para qué? ¿Qué es lo que hace allí?

—... no he podido.

—¿Cuándo vuelve su marido?

—Casi nunca. Se pasa los días en ese laboratorio.

—¿Le importaría darme la dirección? Me gustaría ir a verle.

La madre de Gora desaparece sin decir nada; regresa muy pronto, el tiempo de que Almena recuerde como le asqueaba a su amiga ser hija de uno de los notarios más prestigiosos de la ciudad y del dinero que les robaba para gastárselo con ella.

—Toma —le tiende una tarjeta barata sin mirarla.

—¿Dejó algo para mí? Gora —antes marcharse.

—No nos dejó nada a ninguno.

Ni se molesta en preguntar qué es lo que ocurre; cuando Chokos se da cuenta de que Trespalacios está desenfundando la pistola, saca el revólver, le quita el seguro, se deja caer contra la pared del rellano y se asegura que nadie les sigue por el tramo de escaleras que acaban de subir.

La puerta del piso de la detective está abierta, una línea de luz se escapa por la rendija.

El teniente la pateo y entra el primero, con la Sig-Sauer por delante, aferrada muy fuerte con las dos manos. Un pasillo. Un dormitorio vacío, a la izquierda. La cocina, también vacía, a la derecha.

Cuando llegan al salón ya no tienen que buscar más. Despacio, lamentando que no sea otra la causa de la puerta abierta, guardan las armas.

Artizar, está tirada en el suelo con una cuerda elástica amarrada el brazo, junto a un charco de vómito, una jeringuilla cargada y una cucharilla doblada; el cerco de orina en los pantalones no parece reciente. Poco a poco abre uno de los ojos. Está claro que la noche anterior llegó tan colgada que no se acordó ni de cerrar la puerta de la calle y que, aún así, quiso repetir la dosis antes de dar el día por terminado, aunque cayó inconsciente en el momento de inyectársela.

El policía se arrodilla junto a ella, le desanuda el trozo de elástico del brazo y le aparta el pelo del otro ojo.

—¿Tienes algo para invitarnos a desayunar? —le pregunta en voz baja.

—Mira en la cocina —también habla a escaso volumen, pero en su caso es porque está redescubriendo el uso de las cuerdas vocales—. Pero antes ayúdame a levantarme.

Chokos se acerca y entre los dos la izan con más fuerza de la necesaria.

—Vale, vale, estoy bien —se mantiene razonablemente estable—. ¿Y este caballero?

—Se llama Chokos, y es nuestro refuerzo. Como de la familia. Se lo he contado todo de ti.

—Estupendo, así no se figurará que todo esto —abarca el vómito del suelo y los pantalones mojados— es excepcional.

—No te preocupes por mí, sigue con tus cosas; yo, como si no estuviera.

—Ya —y a Trespalacios—: ¿Novedades?

—Algunas. Entre otras cosas, hemos sacado a la novia del hijo de la mujer atragantada con pan del hospital. Nos ha dicho que su novio sabe qué es lo que hay detrás de todo esto pero que para preguntárselo tendremos que ir al Sudario, que es donde se ha escondido.

—¿Y te estás planteando ir?

—...

—Como una puta cabra. —Chokos.

—Voy a ducharme y a cambiarme —suspirando en profundidad—. Espero que os gusten las lentejas —señala el pasillo por el que han entrado.

Los dos se dirigen a la cocina y en medio segundo realizan el más exhaustivo registro de toda su trayectoria en las fuerzas del orden.

Lo único que encuentran son cuatro polvorientas latas de lentejas portuguesas, de las que llegan sin fecha de caducidad.

—¿Has visto algún abrelatas? —El policía.

—Las abriría a tiros, si hiciera falta —abriendo de nuevo los cajones.

En cuanto se callan, escuchan los gritos y los golpes, algo está pasando en la calle.

La trifulca ha terminado cuando se acercan a la ventana.

En la acera de enfrente, una mujer de unos cincuenta años con la cara ensangrentada ha salido pidiendo ayuda del estanco mientras dos chicas y un chico llenan de mercancía un carrito de hipermercado que han colocado en la puerta. Nadie los mira. Nadie se acerca a ayudar a la dueña del establecimiento. Nadie parece escucharla.

—Ya ha empezado el saqueo. —Chokos.

—Estamos acabados —responde el policía, sin que se le pase por la cabeza bajar e intervenir.

El cielo y las calles tienen el color y la pesadez del plomo; cuando rompan las nubes, seguro que caerá algo mucho más nocivo que el agua.

—¿De verdad vamos a entrar en el Sudario a por ese mamón?

—Chokos, tú no tienes por qué hacerlo.

—Yo voy a donde tú vayas. Hasta que no se resuelva esto, no tengo más opciones.

—¿Y crees que yo las tengo? —Muy, muy tranquilo y muy frío también—. Claro que puedo dejar la investigación por la mitad y desertar y marcharme a mi casa a mirar por la ventana, como estamos ahora tú y yo. ¿Pero cuánto tiempo crees que tardaría en comerme el cañón de la pistola?

No espera respuesta.

No deja de mirar al cielo.

No deja de preguntarse si Almena tendrá algún sitio para resguardarse en las últimas horas que se acercan.

Por suerte los tres vuelven a ser uno solo.

Los *recolectores* llegan a la estación del metro de la Plaza de Cuba cargados con dos grandes macutos de herramientas y los dejan junto a la entrada.

De nuevo llevan puestos los tres sus capotes de carne muerta y se mueven muy sigilosos entre las bandadas de resucitados, sin apenas llamar su atención.

Saben que la labor que van a realizar a continuación atraerá a una gran cantidad de cadáveres errantes, así que deben coordinarse para realizarla de la manera más efectiva y con la máxima celeridad.

De nuevo están contentos, no piensan en sus amigos fusilados unas horas antes en la comunidad a la que pertenecían ni en que se han quedado solos en aquella jungla; llevan bebiendo toda la noche, tienen un nuevo plan que da sentido a sus vidas y eso es lo único que les importa.

Examinan con mucho detenimiento la persiana metálica de la puerta de la estación, las paredes de cristal irrompible y el anclaje reforzado en la acera. Eligen las herramientas adecuadas, se aseguran de que no haya muertos a la vista y comienzan su trabajo.

La doctora Escribano los espera comiéndose los dedos en la puerta del Instituto Anatómico Forense. Sin decirles ni media palabra, los conduce hacia el interior del edificio por un camino distinto al que tomaron en su anterior visita, evitando el patio que hace las veces de guardería.

Una sucesión de pasillos, da la impresión que empalmados aleatoriamente, los llevan hasta una escalera de piedra.

—Estamos en la antigua biblioteca —es Chokos el que tiene que ilustrar a Trespacios y a Artizar; la doctora sigue adelante en silencio.

—No te imagino visitando esta clase de sitios —el policía.

—Yo hice filología hispánica —un poco avergonzado.

—No —el teniente hasta se detiene de la impresión.

—Sí —sonriendo.

—Nunca me dijiste nada.

—Bastante trabajo me costó que me guardaras un poco de respeto.

Sin salir de su ensimismamiento, la doctora Escribano se detiene ante una gran puerta de doble hoja y abre una de ellas.

Dentro, en una sala sin un solo mueble y de un millón de metros cuadrados, recorrida por continuas corrientes de aire, los esperan el comisario y la Maga. Cuando se dan cuenta, la puerta está de nuevo cerrada y la doctora ha desaparecido.

—Adelante —invita el comisario.

Quizás abrumados por tanto espacio para ellos solos, se han refugiado en una esquina, más allá de la puerta de un balcón que da al interior del recinto, abierto a un remoto vocerío de niños que resuena como una psicofonía.

Al llegar junto a ellos, Chokos se sienta en el suelo, al lado de la Maga, y le guiña mientras se frota la cadera.

Artizar, se apoya contra un muro y su piel no tiene mejor color que el de las paredes tanto tiempo abandonadas; se ha duchado, se ha recogido el pelo, se ha puesto ropa limpia e incluso ha probado un par de cucharadas de lentejas; parece haber recobrado su determinación de siempre, pero no se ha olvidado de traer consigo el sobrecillo con el resto de heroína y la jeringuilla.

—¿Y sus amigos los policías? —le pregunta Trespacios al comisario. Por el sargento Bonifacia ni se le ocurre preguntar: todos se alegran de que, esté donde esté, no sea este el lugar en el que se haya escondido.

—Les dije que se marcharan. No podía pedirles más.

El comisario da un giro completo y muy lento que lo deja algo más lejos de ellos antes de volver a hablar.

—Como no puedo pedirle más a usted —al teniente—, ni, por supuesto, a ustedes —a la detective y al amortajador. Estira hasta el máximo la pausa que hace a continuación—: miren, hemos llegado a un punto en que no se me ocurre otra manera

de averiguar quién ha cometido los tres crímenes de las iglesias, más el genocidio de la academia militar, que contactando con la única persona que al parecer está al tanto de toda la trama.

—... —Nadie le responde porque todos saben cuál es el siguiente paso.

—Lo malo es que ese testigo se encuentra en la parte de Sevilla que sigue tomada por esos seres. Todos sabemos que meterse allí es una empresa suicida.

—Se ha hecho antes. —Trespalacios, que procura pensar en las incursiones que han realizado otros y no en la que le costó un disparo en la cabeza—. Depende mucho del punto al que haya que llegar.

—No es lo mismo en la zona antigua, que está hecha pedazos, con calles estrechas y colapsadas, sobre todo Triana, Los Remedios y los barrios de la zona norte que están completamente infectados, que introducirse por la zona de Cartuja a través del Pasillo Asegurado —mirando a la Maga.

—Por ahí es por donde tendríamos que entrar —la chica, animándole—, de verdad que no está muy lejos.

—¿Dónde?

—No les diré nada más hasta que estemos dentro —cerrándose de nuevo.

Por primera vez, nadie descarta la posibilidad de que participe en la expedición.

—Él me pidió que le acompañara, ¿saben? —se explica—. Quería que huyéramos juntos. Nosotros nunca nos separábamos, Horacio Oliveira y la Maga, ya saben —pero solo Chokos asiente ante la referencia literaria—. Pero a la hora de la verdad, no tuve valor de dejarlo todo por él. Por eso ahora tengo que ir con ustedes.

—¿Has hablado con tu novio por teléfono? —Artizar—. ¿Te consta que ha llegado sin incidentes a su escondite? Que ha llegado.

—Nunca quiso llevar móvil... Tenemos que ir.

Trespalacios se aleja, pensativo, hasta salir al balcón. Desde allí distingue perfectamente las diminutas figuras de los chiquillos jugando en el patio de la improvisada guardería que visitó unas horas antes. Los dos niños muertos han sido soltados de sus cadenas y, amordazados, corretean como borrachos persiguiendo torpemente al resto de los compañeros, que toleran impasibles sus intentos de morderles a través del bozal cuando se tropiezan con ellos.

Casi se ríe cuando cae en la cuenta de que en ningún momento se ha planteado la posibilidad de negarse a entrar en aquel infierno y de que tampoco Artizar ni Chokos han desplegado apenas argumentos en contra; nadie los espera, a nadie conocen, ni sirven para nada, es casi como si ya no existieran.

Almena.

Que deje el balcón y empiece a regresar junto a ellos es el fin del tiempo muerto.

—La circulación por el Pasillo Asegurado está completamente prohibida. —Chokos al comisario—. Creo que hasta para usted será difícil conseguir un permiso para entrar.

—No necesitamos ningún permiso, porque ya lo tenemos —extrae del bolsillo el

visado que consiguieron para entrar en el Campamento Epifanía y se lo entrega.

—Por el presente documento autorizo al portador y a sus acompañantes a salir de la zona afianzada de la ciudad de Sevilla para realizar una investigación policial... — Lee el amortajador—. Lo firma y sella el gobernador militar. Conozco a gente que pagaría una pasta por tener uno así.

No dice nada más, se queda recorriendo con las uñas las marcas en las paredes de los antiguos anaqueles; está a punto de hacer una broma acerca de que cuando se acabaron los tiempos, y hubo que empezar a prescindir de los objetos inútiles, los libros fueron los primeros en perecer, pero prefiere quedarse en silencio.

Nadie dice nada más.

El comisario piensa en que debería advertirles una vez más del riesgo que corren, preguntarles uno a uno si lo han pensado bien, pero ya ha pasado ese momento.

—Previendo su decisión —prosigue en voz alta el hilo de sus pensamientos—, su demencial decisión, he hablado con un viejo amigo de la base de la Brigada de Infantería Mecanizada Guzmán el Bueno en Sevilla. A las catorce horas les estará esperando en la entrada del Pasillo Asegurado un vehículo de combate con su dotación correspondiente. Me gustaría ofrecerles una escolta más numerosa, pero ya saben que la ciudad está en plena alerta y no parece que vaya a mejorar de forma inminente. Tendremos que arreglárnoslas nosotros mismos. También me gustaría, me gustaría mucho, decirles que si las cosas se tuercen podré enviarles refuerzos para sacarles de allí.

—...

—Una cosa más —se dirige principalmente a la Maga—, tienen ustedes tres horas para entrar, encontrar el objetivo y salir. Me ha prometido que su novio está en un lugar próximo y bien localizable.

No voy a permitir que mi gente se juegue la vida en una búsqueda interminable por zona hostil.

—No se preocupe, en diez minutos estaremos allí —la chica, intentando contagiarles su optimismo.

No merece la pena aclarar que diez minutos en el *Sudario* pueden ser interminables.

—Supongo que todo esto da por cerrada la hipótesis de Osma —Artizar, significándose por primera vez—, el padre del niño ahogado, como autor de los crímenes.

—Lo que da por cerrada esa vía es el suicidio de ese hombre. Con eso no quiero decir que lo descarte, ni muchísimo menos; de hecho, sigue siendo el principal sospechoso. Pero de momento, no tenemos más puertas a las que llamar para verificar su culpabilidad, a pesar de haber encontrado pruebas como la biblia del juez y de la teoría del asesino en serie expuesta por la Archidiócesis. Por cierto, ¿le puedo preguntar si ha sabido algo nuevo de ellos?

—Hace casi veinticuatro horas que no me llaman ni responden a mis llamadas.

El comisario y la detective se miran fijamente, pero pierden la oportunidad de compartir una sonrisa cómplice.

—¿A las catorce ha dicho que nos espera el vehículo de combate?

—Chokos.

—Efectivamente. —Marán.

—Pues si no quieren nada más, nos vemos allí. Tengo algo que hacer.

—También yo tengo algo que hacer. —Artizar.

—Y yo. —Trespacios; se da cuenta de que la Maga se quedaría sola con el comisario y se vuelve hacia ella—. Si quieres, me acompañas.

—Un momento, un momento —el comisario—. De aquí no se marcha nadie sin que repasemos los detalles.

Sevilla lleva años, desde el debut de la plaga, funcionando a un ritmo desigual y caótico pero siempre descendente, renqueando.

Aún así, es perceptible para todos el cambio de actividad que se ha producido desde el día anterior; la gente parece haberse detenido a esperar, a ver qué ocurre en las próximas horas si es que las próximas horas llegan, porque igual no merece la pena seguir trabajando por un futuro que ya se ha agotado.

Mientras piensa si debe visitar al padre de Gora en ese extraño laboratorio sobre la memoria de los muertos en el que trabaja, Almena lleva horas paseando por el centro de la ciudad.

Para aclarar sus ideas, se le ocurrió dar un par de vueltas en el Metrocentro, el metro que recorre el casco histórico por la superficie; al rato de esperar en la parada una anciana se apiadó de ella y se detuvo para explicarle que no tenía sentido que siguiera allí plantada, que el Metrocentro ya no circulaba. Que esa mañana temprano una mujer infectada, a la que su marido llevaba no se sabe dónde, ha muerto, se ha convertido y ha logrado atacar al maquinista y dejarlo inconsciente; el tren ha seguido su recorrido circular sin detenerse y sin que nadie lograra abrir las puertas mientras la resucitada se daba el gran festín con el resto de los pasajeros hasta que el convoy ha colisionado contra el otro metro que hacía su misma ruta. Una merienda de negros. Fin de los transportes públicos en la ciudad.

Almena no ha dejado de ver patrullas vecinales que no hacían ningún esfuerzo por ocultar las armas que portaban, martillos y porras caseras en su mayoría, pero también ladrillos, o trozos de tubería. La policía, disimula o se cambia de acera cuando se cruza con ellos.

Todos saben que lo peor llega cuando la población civil empieza a organizarse torpemente para luchar contra los brotes y los casos de saqueo; lo han vivido antes en los barrios que ahora forman el *Sudario* o han oído hablar de ello: es el signo inequívoco de que las fuerzas armadas empiezan a resultar insuficientes para sofocar la rebelión cadáver.

El antiguo piso de su hermana no se encontraba muy lejos de Ciudad Sanitaria, así que Trespalacios le dio las llaves del coche a Chokos cuando, ya en privado, le había contado la clase de recado que va a realizar antes de meterse en el *Sudario*.

Pero el recorrido se le ha hecho más largo de lo que recordaba, la sensación de zona de guerra que se respira por las calles la conoce de sobra, la crispación, y más que el miedo, la desesperanza en los ojos de la gente que pasaba a su lado.

La Maga había hecho el camino en silencio, sin pedir más detalles cuando le explicó que pasarían un momento por casa de un familiar que había muerto y en la que no esperaba que hubiera nadie.

Mentía.

Mientras subían las escaleras descalabradas confiaba, contra toda lógica, en que Almena conservara o hubiera conseguido de alguna manera una llave de la casa de su madre, a pesar de que sabía perfectamente que esta se suicidó cuando supo que no había logrado sacar a su hija del *Sudario*.

Cuando llegó a su piso un par de días antes y vio que se había marchado sintió una especie de alivio, la tranquilidad de que todo volviera a ser como en los últimos meses, el mundo sin Almena.

Ahora estaba a punto de meterse en el *Sudario* entre un millón de cadáveres locos para vencer la necesidad de buscarla. No sería a la primera guerra a la que iría por huir de ella.

Cuando llegan a la puerta, acerca la oreja y escucha el ajeteo en el interior. Nuevos inquilinos. Almena no puede estar allí y sin embargo golpea la puerta.

Enseguida escucha varios pares de pasos acercándose. La puerta no se abre.

—Como está la cosa, tendrán miedo —aventura la Maga.

Trespalacios extrae la placa y la coloca frente a la mirilla.

Al momento se abre la hoja y aparece una mujer y varios chiquillos de raza negra.

—¿Quiénes son ustedes? —le pregunta el policía.

—‘Nā Lā‘Fhm —responde la mujer enseñándole las palmas blanquecinas.

No tarda en darse por vencido el policía; asiente y en cuanto guarda la placa, la mujer vuelve a cerrar la puerta.

La última vez que estuvo allí venía muy contento, acababa de ser destinado a Sevilla después de sobrevivir a mil frentes, creía que la distancia le había ayudado a desechar aquella absurda obsesión con Almena, solo quería ver a su hermana mayor para compartir su alegría con ella.

Fue la última vez que la vio. Desesperada, suplicándole que la ayudara a encontrar a su hija. Contándole, como si no tuviera importancia, lo que...

—¿Nos vamos? —Tímidamente la Maga.

Antes de volverse hacia la escalera, lo ve.

One.

Y la fecha de ayer.

Grabados a punta de navaja en la puerta.

Recuerda perfectamente el momento en que eligió aquel disco de Alanis Morissette y cómo se repitió mil veces que no tenía ninguna importancia que un tío le regalase un disco a su sobrina. Supposed Former Infatuation Junkie, un extraño título que su querida colega Cristina había traducido en cierta ocasión como *Supuesto ex yonqui del enamoramiento*. Se arrepintió inmediatamente después de entregárselo y decidió borrarse para siempre dejando que lo alistaran en la guerra contra los muertos.

One.

Lee una y otra vez la palabra de tres letras, una canción muy simple que nunca ha logrado quitarse de la cabeza.

Almena ha estado allí, ha dejado un mensaje que solo él entendería, seguía pensando en él y, en lugar de alegrarse, celebra estar a punto de entrar en el *Sudario* para volver a desaparecer.

No ha tenido que llamar más que una vez, no ha tenido que decirle quién era.

El ciego le abre con una sonrisa tímida, culpable, algo ansiosa.

—Hola —mantiene la puerta muy abierta mientras Artizar entra en el piso y enciende la luz aunque aún no es mediodía; todas las facilidades son pocas—, estaba esperándote.

—...

La detective recorre despacio el pasillo y se queda de pie frente a la mesa.

—Estaba esperándote —prosigue el dueño de la casa—, pero creía que no volverías. Quiero decir que temía no volver a verte.

—...

La rodea al mismo tiempo que habla, le acerca una silla que ella ignora y se sienta muy cerca. Nadie que no lo conozca repararía en su ceguera.

—Me alegro mucho de que hayas venido —un poco avergonzado.

—...

Hasta ahora no se ha percatado de ello, pero Sarah McLachlan también está allí, acompañándoles desde el reproductor que nunca ha logrado descubrir.

—Tenemos mucho de qué hablar. Me imagino que has visto las noticias y cómo están las calles.

—...

—Hay un montón de barrios fuera de control. La situación se les está yendo de las manos. Dicen que nos han enviado tropas desde el Mando Único y que no hay de qué preocuparse, pero todos sabemos que vamos en picado.

—...

—Artizar, tenemos que irnos de aquí mientras estemos a tiempo.

Lo tengo todo pensado.

—...

—Créeme, podemos salir de Sevilla en muy pocas horas. Esta misma noche, o mañana como muy tarde, podemos estar en Bruselas —calla esperando una reacción que no se produce—. Bruselas, Artizar, la sede de la Unión Europea y de la OTAN, no hay lugar más seguro en toda Europa. Puede caer el resto del mundo, que aquello seguirá impoluto. La gente más poderosa del continente se está mudando allí.

—...

—Tengo, tenemos, dinero. En oro y joyas de gran valor.

—...

—Y lo que es todavía más importante, conozco a gente que puede ayudarnos a tramitarlo todo. Gente muy influyente que participaba en los... juegos de Silvio. Pero debemos irnos ya, antes de que se extienda el pánico.

—...

—¿Artizar?

—...

—Ya sé que estos días yo no... —Está a punto de levantarse pero teme que ella lo interprete como un gesto amenazante, así que vuelve a sentarse.

—...

—Te estaba esperando, Artizar. Desde que a los cuatro años caí en esta oscuridad. Sabía que llegaría alguien que supiera llegar hasta aquí dentro —por primera desde que se conocen, le traiciona su voz perfecta, que casi se transforma en la de un niño.

—...

—No me dejes aquí.

Artizar saca la pistola ni de prisa ni despacio, ni colérica ni tranquila, le pega cuatro tiros y se va.

Chokos se traga en seco no sabe si cinco o seis anfetis y vuelve a tocar el claxon del Opel de Trespalacios, no porque considere su acción efectiva, solo por unirse a la bronca colectiva.

Como el embotellamiento le hace circular bajo mínimos, tiene tiempo de sobra de analizar el paisanaje que deambula a su alrededor.

A la altura de la calle Recaredo ha visto a un *apestoso* recién reanimado darse de cabezazos contra los cristales del cajero automático donde lo han encerrado. Lo malo es que habían atrancado la puerta desde el exterior con la mesa de un bar que no daba la impresión de resistir demasiado tiempo.

Ya eran más de las dos, los demás estarían impacientes, pero seguro que le perdonaban el retraso cuando vieran los regalos que transportaba en el maletero.

Lo único que le ponía nervioso era la procesión que llevaba delante, auténtica responsable del atasco.

Debían llegar a doscientos, entre hombres y mujeres. No parecía importarles la lluvia, más pesada que intensa, irregular y muy sucia.

Entonan una letanía indistinguible. Descalzos y vestidos de negro, avanzan cargados con niños de diversas edades, que son la razón viviente que muestran a su Dios que la humanidad merece una oportunidad frente a la plaga. Llevan tanto tiempo en marcha que la mayoría no pueden más y resbalan y caen y hacen caer a otros, a veces sobre los críos. Aunque, solos o con ayuda se levantan y continúan su cortejo, seguros de que serán escuchados.

Los soldados que formaban la dotación del vehículo que los llevaría al interior del *Sudario*, el cabo primera Rubén y el artillero Trigos, se habían presentado a Rafael Trespalacios, cuadrándose ante él, mirando de reojo a la estrambótica chica de pelo verde que lo acompañaba y comentando a la primera oportunidad que estaban al tanto de su historial militar y que se habían presentado voluntarios a la misión.

Demasiado resueltos, demasiado complacidos, demasiado jóvenes.

Trespalacios les había ordenado que aparcasen el URO junto a la entrada del *Pasillo Asegurado* y que aguardasen allí hasta que llegara el resto de la expedición.

El destacamento de guardia no le había puesto ningún inconveniente desde que les enseñó el salvoconducto del gobernador militar pero no se le escapaba que, en cuanto les daba la espalda, les dirigían las miradas con las que se compadece a los locos o a los condenados.

Al *Pasillo Asegurado* se accedía por una entrada con tres vestíbulos de defensa separados por verjas de cinco metros, que era la altura de los muros que lo bordeaban en su recorrido por María Auxiliadora, Muñoz León y Resolana hasta concluir en Torneo, frente al Puente de la Barqueta, donde había ubicado la salida que suponía el fin de la civilización. Su existencia se debía más a razones políticas que funcionales, un mensaje del gobierno a los ciudadanos de que la reconquista eternamente postergada del territorio tomado por los muertos había comenzado.

Trespalacios no dejaba de mirar el reloj, ya eran las catorce cero cinco y ni Chokos ni Artizar aparecían. No tenía ganas de conversación, suerte que la Maga, siempre encerrada dentro de sí misma, apenas le dirigía la palabra; por eso había enviado lejos a los soldados del URO. Decidió que esperaría quince minutos más y si no aparecían la detective ni el amortajador, se metería en el cuatro por cuatro y entraría sin ellos.

Por suerte le habían enviado el mejor vehículo para aquella misión, un todoterreno extraordinariamente estable que había visto escalar con una rueda peldaños casi verticales de más de medio metro sin volcarse y moverse entre peñas enormes como si en vez de ruedas llevara ventosas. Nunca había subido a uno de ellos pero sí había usado con frecuencia el Hummer, el cuatro por cuatro americano al que el URO VAMTAC (Vehículo de Alta Movilidad Táctico) imitaba. Le gustaba su silueta robusta con el maletero inclinado y la ametralladora de 12'70 mm montada en el techo. Lo único que le preocupaba era su anchura, esperaba que para llegar al escondite de Horacio no tuviera que pasar por calles estrechas.

Aunque los escombros tras los que me había arrojado ofrecían una protección muy deficiente, de momento estaba a salvo del fuego del subfusil con el que uno de los chicos del pasamontañas rojo intentaba alcanzarme.

Conté siete resucitados que habían rebasado ya toda distancia de seguridad y venían a buscarse la cena conmigo.

—¡No seas gilipollas! —le grité al chico o a la chica del pasamontañas—. Si sueltas el arma, todavía tenemos una oportunidad de salir de aquí.

No dijo nada. Y lo único que yo quería era escuchar su voz.

Tenía ya a los podridos encima. Apunté con cuidado al que estaba más a la izquierda para tomarlo como referencia y desde allí, en modo de ráfaga, los fui barriendo uno a uno hasta acabar con esa primera avanzadilla, pero desde mi posición, allí tendido, no podía asegurar que no hubiera ninguno más. Aproveché la distracción que había creado: al mismo tiempo que caía el último, sin tomarme tiempo a recargar la zeta, me puse en pie y, agazapado, perseguido por el fuego de mi enemigo, corrí hasta llegar a la esquina donde había abatido al otro chaval. Como temía, mis balas habían ido altas y se le habían alojado en el tórax. En cuanto estuve a su lado, le quité el pasamontañas navideño. Era un crío de unos dieciocho con una ridícula perilla mal recortada. Respiré tranquilo. Extraje la pistola, me tiré al suelo. No podía volver a caer en el mismo error, no podía disparar. Yo no me había metido en el Sudario en una misión de exterminio, lo último que quería era hacerles daño. Entonces escuché sus gritos. Gritos de hombre, no era ella.

Al asomarme, vi como dos muertos lo habían alcanzado por la espalda y le desgarraban el cuello.

Salí disparando, les quité media cabeza a los resucitados y rematé al chico. Después me volví y rematé también al que yo había matado antes para que no se convirtiera.

Desde ahí solo silencio.

Había más muertos que llegarían tarde o temprano y también...

Escuché un sollozo detrás de mí y el sonido de un revolver al ser amartillado.

Chokos apareció conduciendo el Opel con música a toda hostia de Garth Brooks y una sonrisa de oreja a oreja.

Dejó el coche de cualquier manera junto al control de seguridad, como si nunca más fueran a necesitarlo y señaló a Trespalacios cuando un sargento de la guardia se dirigía hacia él protestando por el sitio donde había dejado el coche. Del maletero, fue sacando dos mochilas, un fusil de asalto G41y una escopeta Remington M870 «Wingmaster» mientras su amigo, que había hecho una señal a los dos soldados del URO para que se les unieran, se acercaba con la Maga.

—Toma —entregándole la escopeta al teniente—, espero que sea de tu calibre —y a la chica—, también tengo algo para ti, te lo doy después.

—Feliz navidad. —Trespalacios, muy satisfecho con el arma.

Entretanto, han llegado los soldados, muy formales, con sus HK43 colgados del hombro.

—¿Y estos? —El amortajador.

—Dejad que os presente, Chokos, cabo Rubén, artillero Trigos.

Son la dotación de nuestro URO, aquel que ves allí.

—Buen cacharro.

—El cabo y el artillero se han presentado voluntarios para venir con nosotros —informa Trespalacios con sorna.

—¿Voluntarios? Entonces los llamaré SG1 y SG2 —Chokos—. Nunca se me han dado bien los nombres.

Antes de que los militares soliciten que se les explique la nomenclatura, reparan en que hay una persona más entre ellos.

Artizar, un paso detrás de Trespalacios, más pálida que nunca; ni se sabe cuándo ha llegado ni tiene interés en que reparen en su presencia.

—¿Estás bien? —El policía.

—Mejor que nunca.

—Pues vamos a celebrarlo. Nos vamos —cogiendo una de las mochilas.

—Cuidado con esa —Chokos— si no quieres que volemos en mil cachos de mierda.

En cuanto ponen en marcha el cuatro por cuatro, los soldados de guardia les abren rápidamente las puertas de los tres niveles de seguridad, como si, conscientes de la suerte que les espera, temieran que les contagiaran algo de la fatalidad que arrastran.

Observan los dos o tres kilómetros del Pasillo, bordeado por muros de cinco metros, con el cielo densamente encapotado, como si fuera un túnel que se fuera cerrando a su paso.

Nunca han visto un lugar tan vacío.

La perspectiva cónica juega en su contra.

En algunos barrios, grupos de vigilancia civil recorren los domicilios de los vecinos que cuidan enfermos terminales y se los llevan para conducirlos a centros de cuarentena que todos saben que no existen.

Sevilla se ha ido dejando dominar por un espanto no reconocido que influye hasta en los actos más simples de todos los ciudadanos.

Las manifestaciones son cada vez más numerosas, surgen sobre todo cuando las fuerzas del orden no llegan a tiempo o simplemente no llegan para reprimir alguna revuelta de cadáveres; no es infrecuente que, al aparecer, encuentren algunos edificios tan infectados que, con sus escasos efectivos, la única solución sea la de sellar las entradas para contener dentro a los resucitados.

En los escaparates de una tienda de electrodomésticos, doce televisores de distintos tamaños mostraban a un abundante grupo de muertos vivientes corriendo, corriendo mucho, por la avenida de la Constitución, en pleno centro de la ciudad. Nadie intentaba detenerlos, no se veía a nadie alrededor, las cámaras no abarcaban cuál era su objetivo. De pronto, las doce pantallas quedaron en negro. No habían vuelto a emitir.

El ejército había ocupado los estudios de dos cadenas locales de televisión y cuatro emisoras de radio. Ningún periódico se había impreso.

El alcalde y el gobernador militar llevaban varios días sin comentar públicamente la situación. Pero nadie necesitaba que se les explicara lo que estaba ocurriendo.

Ninguno de los seis había experimentado en toda su vida una sensación de abandono como la que se les vino encima cuando el retén de guardia cerró detrás de ellos la puerta de salida del Pasillo Asegurado.

El *Sudario*.

Por lo que podían ver de la calle Torneo y la Isla de la Cartuja, se encontraban desiertas en ese momento, pero los lugares que podían constituir una amenaza eran innumerables.

—Para —le ordena Trespalacios al cabo en medio de Torneo— y apaga el motor.

El artillero, que viaja en el asiento del copiloto, comienza a encaramarse, como si quisiera montar guardia junto a la ametralladora del techo.

—Ni se os ocurra disparar un solo tiro ni hacer ningún ruido raro que pueda atraer a esos bichos, ¿me habéis entendido? —El policía.

—Sí, señor —murmuran los dos y el artillero comienza a morderse las uñas, ya sin el entusiasmo que exhibían antes de cruzar el Pasillo.

—Se supone que los resucitados que vamos a encontrar aquí, llevan ya un tiempo convertidos y por lo tanto serán más lentos que los que estáis acostumbrados a tratar. Así que tranquilos.

—Estos dos no han oído unapestoso de cerca en su puta vida. —Chokos en voz baja pero no lo suficiente para que no lo oigan; los soldados lo miran mal pero no le contradicen.

—Lo verdaderamente peligroso en el *Sudario* —sigue el teniente— es su enorme número y que nos embosquen en alguna ratonera de la que no podamos salir. Por lo tanto, debemos evitar atraer su atención bajo ningún concepto.

—Mirad. —Artizar, con su primera sonrisa desde que ha llegado.

Desde muy lejos, por la Avenida Concejal Alberto Jiménez Becerril, un manojito de sombras diminutas avanzan en su dirección; probablemente el arrastrar de pies y los gemidos resuenan solo dentro de sus cabezas.

Empieza a hacer calor dentro del vehículo. El artillero ha pegado la frente a la pequeña ventanilla de su lado y el cristal está ya casi completamente empañado.

—¿Arranco? —El cabo.

—No, no arrancas —le responde Trespalacios y volviéndose a la Maga—, ¿puede saberse adónde vamos?

—Al Monasterio de la Cartuja —avergonzada—. Siento no habérselo dicho antes, pero no estaba segura de...

—¿Qué coño hace tu novio en el monasterio?

—Ha venido a que lo acojan los Hermanos Sonambulistas.

—Creí que eran una leyenda urbana —susurra el cabo pero todos ignoran su comentario.

—Los Hermanos Sonambulistas están en la cárcel —el policía.

—No, todos no. Por lo visto una parte de ellos se refugiaron en el Monasterio de la Cartuja después de la redada y otros muchos simpatizantes se han ido reuniendo con ellos. Allí tienen un huerto y viven de lo que les produce. Horacio estuvo muy relacionado con ellos cuando era un crío.

—Ya.

—Cuando empezó toda esta movida de los asesinatos en las iglesias me dijo que solo allí estaría a salvo —mirando el suelo—, pero yo no fui capaz de venirme con él.

Las sombras que se acercan desde Nueva Torneo empiezan a tener rostros y garras y hambre.

—Está bien. —Trespalacios—. La cosa podía ser mucho peor; si el chico hubiera estado en uno de esos antiguos barrios de la zona norte, no hubiera habido manera de entrar con el URO, así que creo que tenemos una oportunidad.

—¿Arranco? —Tímidamente, el cabo.

—Sí, hombre, arranca —el teniente—, arranca.

—Están ahí mismo —el artillero señala al grupo de podridos.

La sensación de alivio es unánime cuando escuchan el sonido del motor.

—¿Sabes llegar?

—Sí, claro —el cabo, apretando el volante con las dos manos.

—Puente Barqueta, dejamos Isla Mágica a la derecha, y allí decidimos si vamos al monasterio por el Camino de los Descubrimientos o por Carlos III, la que esté más despejada —delimita el policía—. En diez minutos estamos allí. Nada de carreras.

Vamos.

—Te dije que te había traído un regalo —le recuerda Chokos a la Maga, ya en marcha, buscando algo dentro de una de las mochilas que no ha consentido en guardar dentro del maletero.

—¿Sí?

—Mira, esto es un revólver calibre 25, tu nuevo colega. El seguro —lo manipula, docente—, el tambor se abre así, se rellena, se vuelve a cerrar y a disparar de nuevo. Más fácil que el mecanismo de una mamada.

—Gracias —lo toma, más por compromiso que con la intención de usarlo, lo introduce en uno de los bolsillos de la chaqueta de su traje masculino pero le pesa demasiado y se lo mete tras el cinturón, como en las películas.

—Y de regalo, esta estupenda caja de cartuchos —se la deja caer entre las piernas, acercando la mano excesivamente y retirándola justo a tiempo.

Artizar enciende un cigarro y en poco tiempo inunda de humo el interior del vehículo; trae un gesto tan apesadumbrado que nadie se atreve a llamarle la atención, aunque el artillero vuelve a hacer el intento de asomar medio cuerpo por la trampilla del techo.

—Tú, ¿adónde vas? —Chokos.

—Aquí no se puede respirar.

—Aquí se respira de puta madre. Escúchame, niño —clavándole el dedo en la

espalda—, no me fío ni un pelo de vosotros. Como toques la ametralladora sin que te lo ordene, te la tragas.

En ese momento acaban de circunvalar Isla Mágica y están llegando al Camino de los Descubrimiento.

—Párate en medio de la carretera —le ordena el teniente.

A ambos lado de la avenida pueden verse grupos de resucitados que los descubren y se ponen inmediatamente en marcha hacia ellos con sus andares pesados y pacientes que ya no interrumpirán jamás.

—Evidentemente, por aquí, nada. —Trespalacios—. Sigue recto, Marie Curie hasta el final. Vámonos.

La calle Marie Curie es una larga calle que atraviesa el Parque Tecnológico, bifurcada por un sólido enrejado y una fila de coches estacionados junto a la mediana.

En cuando la enfilan, divisan a otro grupo de cadáveres delante, a unos cincuenta metros. El cabo pica el freno en cuanto los ve, más como reacción nerviosa que con el propósito de detenerse.

—No pares —el policía—. No llegan a diez, detrás tenemos muchos más. Pero ten cuidado con esa furgoneta.

De la ristra de automóviles aparcados, sobresale una furgoneta que alguien ha empotrado entre dos vehículos.

—Pasamos —el cabo aminora y mira por las dos ventanillas laterales alternativamente.

—No, no pasamos. —Trespalacios, agazapado sobre los asientos delanteros.

—Conozco mi...

El impacto está a punto de estrellar al teniente contra el salpicadero.

Suena el motor, muy forzado mientras las ruedas siguen encajando el URO entre la furgoneta, sostenida por varios coches, y la verja metálica.

—¿Quieres frenar de una puta vez? —El policía, volviendo a su asiento y tocándose el brazo lastimado.

En lo primero que reparan cuando se detienen es en la manada de muertos que ha seguido en su dirección y están justo enfrente, a muy pocos metros.

Parece que son muchos más.

Sus bocas.

Siempre sus bocas, pozas corrompidas, desdentadas, amarillentas, secas o manchadas de sangre sucia tanto tiempo incrustada, buscándote; sus putas bocas.

—Yo hubiese jurado que cabíamos —el conductor.

—Vale, déjalo —el teniente—. Pon marcha atrás y gira un poco el volante a la derecha, hay que poner el URO paralelo a la cancela.

Despacio.

—Los tenemos encima —el artillero.

—No os preocupéis por ellos. Vamos, ahí, el volante quieto, dale despacio.

El cabo obedece y el cuatro por cuatro entero se estremece cuando la gruesa

chapa se aplasta contra la verja.

El artillero Trigos, las pupilas muy contraídas, comenta algo entre dientes y se pone de pie para abrir la trampilla del techo.

—¿Quieres bajar de ahí? —le grita Chokos.

—Ve frenando. —Trespalacios al cabo, concentrado en dar indicaciones para la maniobra—. Ahora mete primera y más despacio todavía.

El amortajador intenta atrapar por el correaje al artillero que ya está empuñando la 12'70 mm y se revuelve y le da una patada en el hombro para liberarse de él.

La ametralladora resuena como la tormenta que trajo el diluvio universal dentro del habitáculo del cuatro por cuatro.

La ráfaga de ida y vuelta corta por la mitad al grupo de muertos que se transforma en un embrollo de piernas y unos cuantos torsos deseosos de carne que inmediatamente empiezan a arrastrarse hacia ellos propulsándose con los brazos.

El artillero está a punto de levantar los puños para celebrar su puntería pero su posición le pierde; cuando mira hacia atrás, puede ver como los dos grupos de bestias que detectaron en el Camino de los Descubrimientos se han unificado y les están cortando la retirada. Desde dentro del URO le gritan todos al mismo tiempo. Algo le cae desde los ojos humedeciéndole las mejillas, algo que, cueste lo que cueste, no puede consentir que vean los demás.

Trigos sube al techo del todoterreno y salta a la carretera, lo más lejos posible de los torsos reptantes. Sin mirar hacia atrás, echa a correr a toda velocidad hacia el frente, hasta que a lo lejos, casi al final de la calle, divisa un nuevo grupo de resucitados; se detiene, trepa a la verja de la derecha y se pierde de vista dentro del parque industrial.

Con un último chirrido, el URO se despega de las rejas, desplaza unos centímetros a la furgoneta contra la que había colisionado y sigue su camino.

Su madre le hablaba de los cines de verano en Sevilla, de los *papelones* de pescado frito mientras disfrutaban al aire libre de la película que correspondiera, el título era lo de menos, en las noches inertes del verano.

Cuando Almena llega a la dirección de la barriada de Santa Catalina indicada en la tarjeta que le entregó la madre de su amiga Gora, del antiguo cine solo queda una fachada apuntalada y cubierta de desconchones. Ni siquiera hay un timbre. Cuando empiezan a dolerle los nudillos de llamar, se abre la puerta y aparece un viejo con una fregona y un jersey carcomido, a juego con la fachada.

—¿El doctor Fernando de la Cueva? —pregunta ella.

—¿Almena?

Más embarazoso que el aspecto del padre de su amiga y que no haberlo reconocido, es no recordar su nombre. Se queda allí, asintiendo, como una estúpida.

—La verdad es que venía a verle a usted.

—Almena... qué alegría —los ojos cristalizados—. Qué alegría.

Entra, entra.

Apenas había hablado con aquel hombre cuando lo veía casi a diario en casa de su amiga; claro que aquel *hombre*, entonces —los trajes oscuros, el Mercedes, el maletín de cuero y la cara de apresurada mala leche—, no tenía nada que ver con este.

En cuando entran en el edificio, comienza a oír los gemidos que tan bien conoce y se arrepiente por sexta vez en lo que lleva de día de no haberse cortado la garganta al despertar.

El viejo deja la fregona junto a un cubo al lado de la puerta, le hace una seña para que lo siga por un pasillo flanqueado por puertas cerradas y enseguida están en el antiguo cine de verano, un gran patio empedrado en cuyas lesionadas paredes se pueden ver las distintas capas de pintura con las que no han conseguido mantener oculto el ladrillo original, por el que deambula una docena de muertos aprisionados por camisas de fuerza y mordazas.

—No te preocupes, hija. No hacen ningún daño los pobres —la tranquiliza su guía sin volverse.

De algún modo les han calmado el apetito.

Es difícil encontrarles la mirada, algunos avanzan y retroceden en una especie de danza, la mayoría no hacen nada desde que descubrieron que tienen todo el tiempo del mundo por delante.

En el centro del patio alguien ha dispuesto un rudimentario laberinto con vallas metálicas amarillas de las usadas en las obras; en el centro han colocado un cómodo sillón y las tres salidas están marcadas por las primeras letras del alfabeto. Los resucitados no le prestan ninguna atención, no es posible adivinar si lo consideran muy simple o muy complicado para sus facultades.

—¿Gora está aquí?

—Claro que está aquí —responde el hombre con un resto de sonrisa—, ahora la verás.

Almena se detiene delante de los muertos, el viejo cree que para curiosarlos, y así se da un poco de tiempo para asumir que ha llegado al final de un recorrido que empezó dos días antes, cuando emprendió la búsqueda de su amiga. No. Que empezó cuando decidió esconderse en el *Sudario*, todavía esperanzada en poder salir algún día de allí y disfrutar del botín que Gora había guardado en un lugar que solo ella conocía.

Ojalá que no hubiera tenido que abandonar el piso de Trespalacios. Ojalá logre no llegar a imaginar cómo sería haberse quedado para siempre a su lado.

Siguen caminando, del patio pasan a la edificación del fondo, un pabellón alargado de dos plantas, tan deteriorado como el resto del antiguo cine.

—Todo esto —más puertas cerradas— son los dormitorios de los enfermos. El doctor tiene su laboratorio en el piso de arriba. Y aquí, vivo yo —la invita a entrar en una habitación minúscula con una cama, una cómoda y algunos utensilios de limpieza—. Siéntate —señala la cama.

—¿Están ustedes dos solos? Aparte de ellos, quiero decir —sentándose en el borde.

—Ahora, sí. Durante un tiempo, el doctor recibía una subvención para sus estudios y llegó a tener un equipo de ocho personas. Pero ahora se la han retirado. A esos miserables del gobierno no les importan los enfermos, solo apoyan las investigaciones por motivos de seguridad, su atracción por la luz, por los sonidos, su reacción ante el fuego, ya sabes, o de salud pública, periodos de infección hasta que debuta la enfermedad y demás. Que muy bien —estaría exaltado si conservara la energía para ello—, que también son temas importantes. Pero el doctor se ocupa de profundizar en su cerebro y eso no puede dejarse de lado.

—¿Qué es lo que estudia exactamente? —El olor a sudor, a lejía y a vejez le hacen pensar con dificultad. No sabe por qué sigue allí, dándole conversación, si tiene muy claro que no quiere saber ni ver nada que él le enseñe.

—Bueno, él procura plantear su trabajo desde una óptica integral de lo que llama Síndrome Neurológico Contradegenerativo, pero se centra sobre todo en las posibilidades cognitivas de los enfermos, ¿sabes?

—Ya —cae en la cuenta de que ni una sola vez los ha llamado muertos.

—Experimentos sobre la memoria, su capacidad para volver a sus casas, de reconocer a sus seres queridos... El doctor es el único que ha venido a traernos esperanza a tantas familias desesperadas —pero la esperanza no aparece en su mirada ni en su voz—. Por eso lo dejé todo y me vine aquí con mi niña, ahora la verás.

Gora se partió una pierna dos días antes del atraco, por eso no pudo participar en él y por eso le entregaron el oro robado para que lo guardara. Desde entonces no había vuelto a encontrarse con ella.

—¿Cómo... está? —Se arrepiente al momento de haberlo preguntado.

—Bueno, ella no está todavía en el grupo de control, los que has visto ahí fuera; hay que esperar a que se sosiegue un poco. Siempre tuvo mucho carácter, ya la conoces. Pero yo estoy seguro de que conseguiremos resultados, Gora es muy lista — más risa forzada—. ¿Vamos?

Se le vienen los malos pasos que recorrieron juntas, las tardes que salían a la calle sabiendo que nadie podría pararlas, la forma en que aprendieron a reírse de lo que horrorizaba al mundo entero.

El viejo, ya en pie, espera a que se levante para llevarla junto a ella.

Sabe que no se atreverá a decirle que no quiere verla.

Llevan un buen rato recorriendo los alrededores del Monasterio de la Cartuja, saliéndose de la carretera y avanzando por los bosquillos cercanos cuando alguna aglomeración de vehículos accidentados les impedía el paso, buscando una vía para acercarse al recinto que no esté plagada de los cadáveres que, como mendigantes almas en pena en una vieja iluminación medieval, rodean la muralla que lo circunda, hasta que se han detenido en la avenida Carlos III, a unos cien metros de la entrada principal.

Arrastran un grupo de resucitados sobre los que mantienen bastante ventaja, de momento no son un problema, como no lo son los diez o doce que, más avisados que sus compañeros, han abandonado el rebaño del monasterio para venir a su encuentro, pero les recuerdan que no pueden quedarse mucho tiempo allí, dándole vueltas a la manera de entrar.

—Está claro que lo único que podemos hacer es pasar a través de ellos —expone Trespalacios, que vuelve de echar un último ojo a través de la trampilla del techo.

—¿Está loco? —El cabo—, debe de haber cientos a lo largo del perímetro.

En el rato que lleva junto a ellos, abandonados en aquel escaparate del infierno, se le ha apagado por completo el temperamento incendiario que con toda probabilidad le hizo alistarse en el ejército.

Tendrá unos veinte años, el cabello castaño y fino como el de un niño, peinado con tupé para compensar su escasa estatura, la boca torcida a veces en una media sonrisa forzada y la duda en los ojos del que acaba de plantearse por primera vez qué es lo que haría si llegara a cumplir los cuarenta y cinco.

—Son muy lentos y al URO no hay quien lo pare. El muro no medirá más de dos metros y algo de altura. El plan no podía ser más simple: acercamos el vehículo a la pared pasando por encima de un puñado de podridos, Chokos y yo nos subimos al techo y nos los follamos a tiros mientras los demás pasáis de la trampilla al muro; después pasamos nosotros y se acabó.

Los grupos de muertos que se les acercan siguen sin ser un problema inminente, pero tarde o temprano llegarán a ellos.

Chokos saca un bote del bolsillo, lo levanta de forman que lo vean todos, se come algunos comprimidos y lo vuelve a cerrar. Cuando se los traga, habla y se ríe.

—Es indudable que puede salir bien. No creo que nosotros lo logremos, pero seguro que se puede.

—¿Probamos? —Está claro que al teniente solo le interesa su opinión. Artizar, mira hacia otro lado, como si todo esto no fuera con ella.

—Claro que sí —otra risa—, siempre que el cacharro este lo llevemos tú o yo. El niño ya ha demostrado que no tiene ni puta idea.

El cabo no se vuelve, muy sonrojado, pero responde.

—Solo yo estoy autorizado a conducir este vehículo. Son órdenes del capitán.

—Con tu capitán y contigo me saco yo brillo en la punta de la polla. —Chokos, además de limpiabotas.

—Chokos —el policía—, tiene que llevarlo él. Te quiero en el techo, conmigo, mientras los demás saltan al muro.

El amortajador mira por la ventanilla y se encoge de hombros.

Todos guardan silencio. Mejor no preguntar si hay alguien en desacuerdo con la operación.

Los espantajos que se han destacado desde el monasterio están muy cerca.

—¿Veis aquella construcción con el techo a dos aguas que hay a la izquierda de la puerta? —Trespalacios—, después hay otra algo más baja y una tercera más baja todavía. Bien, pues esa última debe ser tu objetivo, cabo. Prefiero saltar a ese techo inclinado y tener que escalarlo, que saltar el muro sin tener tiempo de ver dónde aterrizo.

—En medio de un batallón de apestosos, por ejemplo. —Chokos que revisa sus armas y se coloca una de las dos mochilas.

—Detrás solo están los Hermanos Sonambulistas —la Maga—, no os preocupéis, que estaremos a salvo.

—Vale —el policía, no muy convencido—. Vámonos.

El cabo, mordiéndose los labios, se vuelve, comprueba que nadie le apoyaría si pusiera alguna objeción, niega con la cabeza y arranca.

—Despacito SG —le advierte Chokos, dándole toques en el casco—, en cuanto estemos junto a ellos, metes primera y de ahí no sales. Que yo no te vea hacer el cabra, porque vas a ser tú el que se lleve la primera hostia.

—... —El soldado no responde. Aquellos monstruos están muy cerca.

Por primera vez en su vida es él quien se va a lanzar encima de ellos.

Vuelve a llover.

Chokos, que acaba de recordar algo muy importante, enciende la radio, busca la banda comercial y va cambiado de cadena como un loco hasta que da con una canción de Audioslave y sube el volumen al máximo.

El vehículo rodea el pequeño lago, se detiene y, ya en primera, arremete contra las primeras fieras. Los ocupantes, se retiran automáticamente de las ventanillas al primer contacto.

Parece que, por un momento, la resistencia orgánica del conjunto de cuerpos comprimidos va a contener los tres mil kilos de la estructura metálica del todoterreno y los seis cilindros turbointercooler de su motor.

Después, el URO se sobrepone y penetra en el escudo de cadáveres, y mutila y siega y aplasta y sigue adelante, exprimiendo a aquellos seres, centímetro a centímetro.

Lo que nadie ha previsto es que las huestes de alrededor, en su afán de alcanzar aquella carne recién llegada, no están dispuestas a contemplar pasivamente el ataque y se arrojan sobre el vehículo, muerden las ruedas, intentan agarrar el parachoques,

arañan la carrocería, formando un aluvión de pulpa que poco a poco va enterrado al cuatro por cuatro en un túnel de muertos.

El todoterreno se detiene.

Poco a poco la oscuridad se hace con el interior. Hay tantos cuerpos encima de ellos que ya no son bocas, zarpas, piernas ni torsos, solo una masa que lo cubre todo. Trespalacios enciende la luz interior para ver a Artizar intentando contener a la Maga que parece gritar con todas sus fuerzas, pero la música de Audioslave, el sonido del motor, el estrépito del exterior y algo que se les ha roto dentro del cerebro les impide escucharlas. El soldado, completamente pálido, golpea el volante y Chokos busca su mirada, sabiendo que ni siquiera ellos podrán resistir aquella sensación de claustrofobia por mucho tiempo.

Ahora todos callan, no mueven un músculo. El cabo sonrío.

El URO parece haber encontrado un punto de tracción que es como si llegaran a tierra firme después de haber cruzado el océano con una tormenta interminable.

Muy lentamente, van emergiendo, rodando hacia arriba sobre una montaña de cadáveres en movimiento, adquiriendo cierta velocidad hasta que un último tirón les hace estrellarse contra la muralla.

Trespalacios grita algo, maldice y quita la radio antes de repetir la orden.

—Mantenlo ahí, por tus muertos, mantenlo ahí. El freno de mano, rápido. A tope.

El capó está a un metro y medio del borde de la muralla. En un momento pueden estar todos sobre el techo entejado. Pero el vehículo, sobre el montículo de cuerpos, se encuentra mal afianzado y algunos resucitados empiezan a subir desde los flancos.

El policía no tiene que decir nada, levanta la trampilla, se engancha la mochila, coge la escopeta y sube al techo. Enseguida se escuchan las primeras detonaciones. Lo sigue Chokos y a los disparos aislados de la Remington, se unen las ráfagas de su G41.

Vamos, vamos, vamos.

En unos pocos segundos, el vehículo está vacío y sus ocupantes en el techo a dos aguas, desde el que Artizar, sin tomarse tiempo para respirar, abre ya fuego contra aquellos bichos para cubrir a sus compañeros.

Chokos.

Y por último Trespalacios.

Todos a salvo.

Pero es evidente que por muy poco tiempo. Aunque los cadáveres vivientes carecen de coordinación para trepar, el amontonamiento de cuerpos y el todo terreno forman una especie de subida natural en pendiente por la que está claro que se irán colando dentro del monasterio.

—Nos podemos quedar aquí algunos de nosotros —Chokos— pero a medida que los vayamos matando aumentaremos el tobogán.

Además, pronto nos quedaríamos sin munición.

El teniente niega, duda un momento y por fin se rinde a la única solución.

—Iros todos al otro lado del techo. Chokos, dame un par de granadas.

Cuando se ha asegurado de que le han obedecido, quita el seguro de las granadas y las arroja a través de la trampilla del techo al interior del URO.

Después sigue rápidamente a sus compañeros, especulando ya sobre qué se encontrará dentro del monasterio.

Con la explosión desaparece el único medio de salir de aquel infierno.

Doña Teresita, oculta tras los visillos de la ventana de su oficina, aprovecha la caída prematura de la noche para acercarse y ver con algo más de libertad el escenario en el que se han transformado desde ayer los exteriores de la sede de la *Fraternidad Juramento*, una muchedumbre arrodillada sobre el fango, rogando para que Dios los bendiga con una última mirada antes de desaparecer de sus vidas.

Las lágrimas bajan por su rostro sin que pueda acercar las manos, ocupadas por los bastones, para limpiárselas.

Muy pronto se marcharán de aquella ciudad perdida y tendrá que dejar allí a la mayoría de sus fieles. Ya es un milagro haber logrado organizarlo todo para llevarse en su peregrinaje a tantas familias, pero eso no hace desaparecer la sensación de estar traicionando a una buena porción de su propia gente.

Si al menos contara con una *crisofonía* de última hora para verificar que sigue en el camino correcto, todo sería más fácil; pero su amigo no da señales de vida desde el día anterior.

Según le cuentan, desde que se han multiplicado los brotes, Sevilla entera intenta volver los ojos al Señor que tanto tiempo ha despreciado.

Corren rumores de todo tipo, mucho de ellos difíciles de aceptar, como el de los Sembradores de Muerte, que llegan de noche a cualquier casa, echan a los habitantes e impregnan todos los enseres, suelos y paredes de sangre de muerto, que se dice muy contagiosa, para infectar a toda la familia cuando regrese al hogar. La policía está muy ocupada conteniendo la plaga y cuando los dueños de la casa encuentran a alguien que les ayuda, los sembradores de muerte han desaparecido de su hogar, dejándolo maldito.

Le han dicho que estos sucesos, ciertos o no, ha disparado las agresiones contra cualquier sospechoso de pertenecer a estas bandas de sembradores, agresiones que se llevan a cabo con una violencia inusitada.

Tiene que llevarse a los suyos de aquel pantano de perdición, tiene que proporcionarles la tierra prometida que les ha anunciado. Le duele la espalda y las palmas de las manos de llevar tanto tiempo de pie junto a la ventana, se le acumulan los mensajes de sus colaboradores pidiéndole instrucciones; ojalá pudiera unirse a aquellas personas que rezan allá abajo, desvanecerse entre las sombras y la lluvia.

Cuando las granadas estallan en su interior, el todoterreno se eleva en el aire y, vivo, se levanta de morro hasta completar un vuelco y quedar ruedas arriba a un par de metros, desbaratando de paso el montículo de muertos.

—¿Cómo coño se le ocurre hacer eso? —Le grita el cabo al policía desde el vértice del tejado.

—Déjalo —responde Trespalacios, mientras trepa en su dirección.

—Ese vehículo estaba bajo mi responsabilidad —el militar eleva el fusil de asalto HK33 hasta apuntar, fijo que de forma instintiva, a la cabeza del teniente.

—Te han dicho que lo dejes. —Chokos, que estaba ya al lado del soldado, le deja caer un guantazo con la mano abierta que lo hace perder el equilibrio, deslizarse por el techo inclinado y caer en el patio del monasterio.

Trespalacios llega por fin al remate de la techumbre y puede ver al militar postrado de espaldas en la explanada, rodeado de una extraña congregación que los mira sin demasiado interés; por suerte para Rubén, la techumbre desde la que se ha precipitado no tiene más que una planta; ya empieza a incorporarse.

El teniente y los suyos se van dejando caer en el patio con las armas preparadas.

Les esperan unos treinta individuos, muchos de ellos con útiles de labranza en las manos que desde luego que no se han planteado utilizar como armas, barbudos y melenudos, malolientes, inclasificables con sus maltratadas túnicas de nazareno, cada una de una hermandad distinta, moradas, negras, crudas, marrones...

No todos visten así; desde el fondo del grupo se abre paso un chico de veintitantos años vestido con vaqueros y camiseta negra que los mira a través de unas gafas de elevada graduación.

—¿Te has hecho daño? —le pregunta al cabo Rubén, que ya está de pie.

—Qué va. —Chokos responde por él, que le devuelve en silencio su mirada de odio—. Su capitán lo tiene bien adiestrado.

El chico de las gafas mira a los barbudos y como ninguno tiene intención de decir nada, se ve obligado a hacer las veces de anfitrión.

—¿En qué podemos ayudarles?

—¿Sois los *Hermanos Sonambulistas*?

—Bueno... sí, aunque yo solo llevo aquí una semana. Todavía no soy un Hermano Perfecto, como ellos. Por eso aún no he hecho el voto de silencio.

—Buscamos a Horacio Oliveira —Trespalacios—, ¿lo conoces?

—Claro que sí, es el único Hermano Creyente, como yo. Llegó hace un par de días.

—Necesitamos hablar con él.

—¿Han venido hasta aquí y armando todo esto solo para hablar con él? —Las gafas le resbalan hasta la punta de la nariz.

—Eso es.

—¿Algún problema? —Chokos.

En ese momento, el resto de los *hermanos*, una vez convencidos que los recién llegados no son una amenaza, comienzan a esparcirse.

—No hay problema —el chico vuelve a sonreír—. Aquí no retienen a nadie. Les acompañaré, a ver si lo encontramos.

—¿Horacio se encuentra bien? —La Maga.

—Sí, muy bien —poniéndose en marcha—. Él ya conocía a los hermanos, así que se ha acostumbrado pronto a esto. De todos modos, es muy callado. Iremos al huerto antes de nada, por si está allí.

—¿Vivís de lo que os da? —Trespalacios.

—Más o menos. Tenemos prohibido comer más de una vez al día, así que nos arreglamos con poco.

—¿Qué más tenéis prohibido? —Chokos, cachondeándose de manera aún no muy manifiesta.

—Pues tener propiedades, hablar excepto en la oración y los himnos, bañarnos, afeitarnos —se señala la pelusa del rostro—, dormir en camas, tener relaciones sexuales, cambiarnos de ropa sin autorización... solo podemos lavarnos las manos una vez al día, cuando comemos, pero de rodillas, para no causar ofensa.

Cuando llegan al huerto, se detiene. Los religiosos que salieron a su llegada han vuelto al trabajo.

Aquel trozo de tierra protegida por una muralla permanentemente acosada por los muertos vivientes, casi de noche, aquellos hombres luchando con sus aperos bajo la lluvia, hace que todos guarden silencio un instante.

La queja gutural de los cadáveres en el exterior se hace presente.

Acompañada por un cántico desde algún lugar lejano.

—Aquí no está Horacio —informa el novicio.

—¿Y esas túnicas de colores? —Chokos.

—Somos tan pobres que no tenemos ni hábitos propios —entusiasmado—. La gente nos regala túnicas de nazareno de familiares que ya no las usan. Algunos las tenían en casa, de una vida anterior.

—¿Dónde puede estar Horacio? —La Maga, en lo suyo.

—Vamos a la iglesia.

—Una cosa —Trespalacios, cuando ya van en camino—, ¿cómo os las arregláis para entrar en el monasterio? Esto está completamente rodeado de podridos. Ya has visto lo que hemos tenido que hacer.

—Es que ustedes han sido un poco... impacientes. Aunque lo normal es que estemos rodeados, a veces se mueven, no se sabe por qué, y dejan algún hueco por el que saltar la muralla. Yo estuve merodeando tres días hasta que encontré una zona despejada.

Han llegado a un atrio, con estancias a izquierda y derecha, que les deja frente a una iglesia gótica, el lugar del que procedían los cantos.

Cuando cruzan la entrada vuelven a quedarse clavados.

Al menos son cuarenta los cadáveres revividos amarrados con cadenas a los bancos del templo, como galeotes, escuchando los himnos de un grupo de Hermanos Sonambulistas agrupados en el altar.

—Los están preparando para el *Bautismo de los muertos* —aclara su guía.

—¿No me digas que los bautizáis? ¿Y también les dais la primera comunión? —Chokos.

—A ellos, no. Nos bautizamos nosotros por ellos.

—Mejor así —el amortajador, muy serio.

—No hacemos sino interpretar la biblia —lo explica en voz baja para no molestar, muy satisfecho de compartir sus creencias—. **Primera Corintios 15:29** «*De otro modo, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos, si en ninguna manera los muertos resucitan? ¿Por qué, pues, se bautizan por los muertos?*». Cuando los fallecidos comenzaron a revivir, mis hermanos encontraron un sentido inverso en estas palabras; elegían a un resucitado y se bautizaban en su nombre y con la gracia de Dios les imbuían la capacidad de despertar a su mal.

—¿Y les da resultado? —Siempre Chokos.

—Por supuesto.

—¿Seguimos? —Trespalacios.

La detective, la Maga, el amortajador, el policía y el militar, más ridículo que nunca con su uniforme de camuflaje allí dentro, cruzan el recinto en silencio detrás del cicerone sin que los *Sonambulistas* les dirijan ni una palabra.

De la iglesia van pasando a un pequeño claustro mudéjar decorado con azulejos, la Sala Capítular, con sepulcros en posición vertical, otra capilla con otros sepulcros y por fin el refectorio con techumbre de madera y más azulejería en las paredes.

Solo cuando ya están dentro reparan en que los hombres que están sentados ante las largas mesas, cubiertos de sombras, son muertos vivientes.

—Están sueltos —murmura Artizar.

Unos pasos más los dejan lo bastante cerca para confirmar que no los contiene ninguna clase de sujeción.

Por un momento solo resuenan los seguros y los mecanismos de las armas al ser montadas. Trespalacios y Chokos, se colocan en los extremos, ya con la escopeta y el fusil de asalto echados a la cara.

—Tranquilos, tranquilos —el chico de las gafas se interpone en la línea de fuego—. De verdad que no pasa nada. Se han despertado, están bien.

—¿De qué coño estás hablando? —Trespalacios, sin bajar el arma.

—Han vuelto a la vida, ¿no los ven?

No llegan a la docena, de todas las edades, con las ropas rasgadas, huellas de sangre no está claro si propia, los dientes rotos, las uñas melladas, la mirada desvaída, pero sin ninguna clase de dudas, vivos.

—¡Venga, hombre! ¿Tú los has visto? Despertar, digo. —Chokos.

—Yo llevo muy poco tiempo en el monasterio —el chico, subiéndose las gafas una y otra vez, muy convencido de sus palabras—, pero aquí todos han visto como sucedía una y otra vez, y usted también podrán verlo si se queda aquí.

—Aquí contigo me voy a quedar yo, para ver los números de magia de los hermanitos.

En ese momento, en lo más profundo del refectorio, el que parece ser uno de los *despertados* se pone en pie.

Trespalacios y los suyos le apuntan.

Es un muchacho vestido con pantalón y camisa verde caqui.

—Horacio —susurra la Maga.

Se adelanta un par de pasos, pero no se atreve a internarse entre aquellos hombres para recibirlo.

El chico sigue andando hasta llegar hasta el grupo visitante. Se deja abrazar por su novia. Mira al otro novicio sin pronunciar palabra.

—Me dijeron que venían a verte —explica el de las gafas—. Espero que no te importe que los haya traído hasta aquí.

—Son de la policía —explica la Maga separándose de Horacio, que, muy serio, no ha correspondido al abrazo—. Me han ayudado a llegar hasta ti.

—... —Muy confundido.

—Tenemos que hablar. —Trespalacios.

—Podéis ir a la Capilla de Santa Ana —le sugiere a Horacio su compañero—, hemos pasado por allí y no hay nadie. No te preocupes, yo me quedo a cargo de ellos —abarca con la mano a los despertados, que siguen en sus sitios sin dar señales de que les importe algo fuera del mundo arrasado que llevan en su interior.

—Sígueme —concede Horacio hablando por primera vez y adelantándose al grupo sin apenas mirarles, ni siquiera a su novia, ni atender a las presentaciones que esta va haciendo por el camino.

Invierten el camino y enseguida están de nuevo en la iglesia, bajo las voces de los *Sonambulistas*. El chico que tanto les ha costado encontrar los conduce hasta una capilla que antes dejaron a la derecha, con más murales de azulejos.

Todos toman asiento en los bancos, formando una especie de círculo.

Horacio Oliveira se sienta el último, pertenece a esa clase que siempre se incorpora tarde a lo que sea que hayan decidido hacer los otros, un desfase permanente que retrasa sus reacciones al menos el tiempo suficiente para terminar de procesar lo que los demás ya han olvidado.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Escúchame —Trespalacios—, las cosas se han precipitado ahí fuera. Tu novia nos ha dicho que sabes qué es lo que hay detrás de los asesinatos de un niño y un juez en dos iglesias distintas, y la relación de los militares acuartelados en la Pirotecnia con todo esto.

—¿Cómo está mi madre?

—Horacio —la Maga le toma la mano— tu...

—¿La han matado, verdad? —Templado.

—Yo quería... —La chica no logra atraer su mirada.

—¿Y los compañeros de la academia?

—...

—También —afirma para sí.

—Mira, tío —el policía—, lo sentimos muchísimo. Te aseguro que estamos haciendo lo que está en nuestra mano y más para aclararlo, pero tienes que ayudarnos a saber qué está pasando. Para eso hemos venido hasta aquí.

—Ha sido por mi culpa.

—No —la muchacha.

—¿Qué es lo que ha sido por tu culpa? —El teniente.

—Yo pude... yo debí denunciar a esos locos de la *Fraternidad Juramento*. Pero lo único que hice fue esconderme aquí, esperando que todos se olvidaran de mí y que yo me olvidara de todos.

—¿Los de la *Fraternidad* cometieron los crímenes? —El policía.

—Eran avisos. Solo avisos. Para esa gente vale cualquier cosa con tal de asegurar su peregrinación; preparan una gran caravana que los lleve cualquiera sabe dónde, a lo que ellos llaman la tierra prometida.

—Canaán. —Chokos, recordando las palabras del cura de la parroquia de Felipe II.

—Canaán —corrobor—, Pero para llevar a cabo un viaje como ese a través de un mundo infectado necesitaban armas pesadas, municiones, explosivos. En grandes cantidades —no levanta la mirada del suelo ni una sola vez—. Ni siquiera el mercado negro podía proporcionarles algo así, de manera que decidieron recurrir a un polvorín del ejército. Se pusieron en contacto con los tres máximos responsables del Cuartel de la Pirotecnia y, cuando se negaron a sus peticiones, comenzaron a asesinar a sus familiares. Primero fue el hijo del general y después el amante del coronel, un juez; eligieron a un hijo ilegítimo y a un amante secreto para que no fuera fácil relacionarlos, para que solo ellos supieran que estaban siendo presionados.

—Supongo que el tercer militar extorsionado era tu abuelo.

—Mi madre me tuvo estando soltera, hace muchos años que había roto las relaciones con mi abuelo... —Baja la voz—. Un día vino a avisarnos, nos dijo que esos fanáticos de la *Fraternidad* le habían amenazado con poner una bomba en mi academia si no colaboraba con ellos —reduce aún más el volumen; ha estado hablando como si contara la historia de otra persona, pero ahora ha llegado a lo que de verdad le importa—. Quise pensar que si me quitaba de en medio, nos dejarían en paz. Intenté convencerme. Pero han cumplido su palabra.

—Tú no podías hacer nada —la Maga.

—Tenían que haber imaginado que no dejarían a mi madre en paz sabiendo lo que sabía...

El chico se pone en pie, ocultándoles el rostro.

—Horacio —su novia intenta cogerle otra vez la mano.

Se libera y sale de la capilla muy despacio.

Ella está a punto de seguirle pero vuelve a sentarse.

Todos quedan en silencio.

El cabo, todavía más incómodo que los demás con un asunto que no acaba de entender, se acerca a la ventana.

—Así que no ha sido más que un chantaje encubierto para conseguir armas. — Chokos.

—Supongo que las habrán conseguido; por lo que viste, la caravana estaba preparada para partir.

—Esos cabrones escenificaron los crímenes para que todos creyéramos que se trataba de un asesino en serie por motivos religiosos.

Así solo los militares entendían los... mensajes que les estaban enviando el amortajador.

—Lo único que no encaja en todo esto es el papel de Osma, el padre del niño ahogado en agua bendita. Si hasta encontramos la biblia del juez en su choza.

—Tanto la biblia como las... —Artizar.

—Algo ha pasado ahí fuera —interrumpe el cabo, que seguía mirando por la ventana—; no se ve muy bien desde aquí.

Todos se levantan para acercarse, pero Trespacios se detiene a medio camino y corre hacia la puerta de acceso a la iglesia. La Maga se va detrás de él.

Hasta que no está en medio de la nave no repara el policía en que el coro de Sonambulistas, aún en el presbiterio, guarda silencio; algunos miran hacia una de las puertas y el teniente corre hacia allí y sin detenerse, sube las inclinadas escaleras con los pasos de la chica a su espalda.

Cuando llegan a lo más alto de la torre, pueden ver a un círculo de hermanos alrededor de Horacio, que acaba de arrojar desde donde ellos están en ese momento.

La Maga inhala una especie de hipido, se agarra fuerte a la balastrada y no pronuncia ni una palabra.

Se queda mirando al chico, con la espalda en una posición imposible y la cabeza medio destrozada, que en esos momentos empieza a regresar de la muerte y que, aunque no puede moverse, adelanta las manos hacia los cuerpos más cercanos para aplacar el hambre sobrenatural que se ha traído consigo.

Despacio pero resuelta, la muchacha extrae el revólver que le regaló Chokos, parpadea muy deprisa porque las lágrimas no la dejan apuntar.

Escucha una detonación a su lado.

Trespacios, que ha realizado el trabajo por ella, alza la escopeta y dirige la mirada a lo lejos.

Con lo que puede ver como la marea interminable de muertos seguramente

atraídos por la explosión del todoterreno, que siguen llegando de la zona de Triana y los Remedios, ha rodeado por completo la muralla exterior con un océano de cuerpos imposible de atravesar.

—Hola, Gloria —casi deletrea Almena, intentando mirar a la otra a los ojos sin parecer desafiante, segura de que le cerrara la puerta en los morros.

—Hija de puta —bisbisea.

—¿Puedo entrar?

—Creí que estabas en el país de los muertos.

—Me han traído de vuelta.

Gloria asiente, imponente bajo el marco de la puerta con su uniforme marrón de vigilante jurado y la mano muy cerca de la funda del revólver, machorra y guapa, tomándose su tiempo.

—Durante años pensé que, si siguieras viva, te pegaría un tiro en cuanto te viera —comenta, por fin.

—Pues no debería haber dejado pasar tanto tiempo sin visitarte.

—Todavía no estoy segura de que no vaya a hacerlo. Entra.

La conduce por un piso organizado al estilo de los sesenta, asombrosamente bien cuidado y primoroso en los detalles.

—Temía que estuvieras trabajando. —Almena sentándose en el sillón que le señala la dueña y dejando la mochila en el suelo.

—Esta mañana se nos acabó el trabajo —se deja caer en el sillón idéntico al de la otra—. Mi empresa está contratada para garantizar la seguridad del palacio arzobispal, pero a primera hora nos reunió el secretario del cardenal, el padre Saliente, para decirnos que se marchaban al Vaticano, que esta ciudad había dejado de ser segura para Su Eminencia, que nosotros deberíamos seguir allí, guardando el palacio y sus preciosas posesiones a cualquier precio. Después se largaron con su escolta personal en sus coches de altísima gama.

Dichosos ellos, ¿eh?

—Como siempre.

—Pero cuando se fueron, decidí que no iba a quedarme allí porque no me salía del nabo. Así que me vine a mi casa sin decirle ni media palabra a nadie. Y aquí estoy. Mañana no sé qué haré —habla en ese tono ligero porque necesita quitarle importancia a lo que ha hecho comentándolo con alguien y porque así se da tiempo a evaluar a la visitante.

Almena se permite una pausa, las dos lo hacen, antes de seguir con lo que se traen entre manos desde hace años.

—Vengo a hablarte de tu hermano. A contarte lo que ocurrió.

—Lo que ocurrió fue que lo mataron porque estaba enamorado hasta las trancas de ti y se metió contigo y con otros psicópatas como tú en el asalto a una tienda de compra y venta de oro que terminó siendo una carnicería. No intentes decorármelo.

Con los ojos en el revólver Llama Comanche III que la otra lleva a la cintura, idéntico al que su hermano le robó la noche anterior para realizar el atraco, Almena

tarda unos segundos en continuar.

—Faltan los detalles. Que son lo peor.

—Habla —mirándole alternativamente la Estrella de David y la esvástica, los tatuajes de las orejas.

—En el atraco no debería haber muerto nadie, la persona que lo planeó conocía aquello perfectamente —traga saliva pero no consigue hacer bajar el miedo que lleva en la garganta desde aquel día—. De hecho, ninguno sabíamos usar un arma; tu hermano cogió la tuya solo para intimidar. Ahora me doy cuenta de que nos tomábamos aquello como un juego; nos moríamos de risa cuando elegimos un pasamontañas con motivos navideños para cada uno con el que cubríamos el rostro.

—...

—Pero todo salió mal. Una amiga se accidentó y tuvimos que hacerlo entre tres y no quedó nadie en la calle para vigilar y llegó una familia de chinos con tres niños pequeños y no se enteraban de nada y el dueño de la tienda sacó una escopeta que nadie nos dijo que tenía y los vecinos de las tiendas de al lado empezaron a entrar...

Las opciones son mirar a los ojos a la anfitriona y comprobar si ha logrado hacerle comprender cómo fue aquello o seguir hablando sin importarle lo que piense; elige la segunda.

—Podríamos haber salido de todo aquello. Sevilla estaba en los peores momentos de la infección, así que la pasma tenía cosas mejores que hacer que perseguirnos. El Sudario no estaba separado tan herméticamente como ahora de la ciudad, así que decidimos coger provisiones para un par de semanas e irnos al piso que la familia del otro chico había dejado vacío en Triana. Pero antes de irnos, el gilipollas le dijo a su madre dónde íbamos a estar.

No tenía por qué haber venido a verla, pero quería hablar con ella; no porque le debiera una explicación, sino para intentar explicarse a sí misma cómo ha llegado hasta donde está.

Esta es su última parada.

Ahora no le queda ningún sitio a donde ir.

—Y la interrogaron —Gloria—, le sacaron donde estabais y fueron detrás de vosotros.

—Detrás de nosotros, no. Detrás de mí.

Después de subir a la torre para comprobar por sí mismo la situación, Chokos vuelve a la capilla de Santa Ana, donde lo esperan los otros.

—No dejan de llegar —sentándose en un banco y zampándose unas anfetaminas; cuando se da cuenta de que eran las últimas del envase, se disuelven todas sus dudas que hay que tomar una decisión—. No he visto tanto appestoso junto en mi puta vida. Cualquiera sabe el tiempo que nos podemos quedar aquí, esperando a que quede un hueco libre por el que salir. A lo mejor para siempre.

—¿Abrirnos paso con los explosivos? —Artizar, pura curiosidad intelectual, como si el asunto no fuera con ella.

—Hay demasiados —el policía—. Tantos, que se tragarían lo que les echáramos.

—Pues nos quedamos aquí, esperando a que se cansen —el cabo—. Tenemos la huerta y esta gente parece hospitalaria.

—Tú eres tonto —claro que Chokos—. Nos podríamos quedar meses esperando. O años. Eso si es que se van alguna vez.

Nadie dice nada.

Fuera es noche cerrada y a la capilla apenas alcanza el resplandor de las velas que han encendido junto al altar.

—Solo se me ocurre una solución —el amortajador, amargo—, una maniobra de distracción.

Nadie dice nada.

Trespacios lo trepana con una mirada, le basta una milésima para saber qué es lo que piensa hacer. Después se levanta, se acerca a la ventana y es como si le diera su endemoniada bendición.

El punteo distorsionado de una guitarra eléctrica en un sitio como ese es la confirmación de que aquello, todo aquello, lo que ha ocurrido en los últimos días, es una pesadilla. Artizar saca el móvil, consulta el display y cuelga sin más explicaciones. Después pasa el teléfono a modo vibrador y vuelve a guardarlo.

—Está bien —les dice Chokos, poniéndose en pie—, cuando vuelva, que será en dos o tres minutos, quiero que estéis preparados para salir pitando de aquí, ¿me habéis oído?

Nadie dice nada.

Ni él espera respuesta.

El policía sigue en la ventana, no deja de llover, mala noche para estar allá fuera, para volver allá fuera.

Cuando aquel último día escuché amartillar el revólver a mi espalda sentí una especie de alivio. No me volví. Dos resucitados se nos acercaban deprisa.

Eran solo dos, yo tenía la pistola en la mano y estaban aún a unos cuatro o cinco metros, tiempo de sobra para apuntar y quitármelos de encima, pero tenían algo de aterrador que me hizo tardar más de la cuenta: eran fuertes y viejos y gordos y los

meses a la intemperie los habían dejado prácticamente desnudos, el más grande llevaba el dedo de un niño pequeño pegado a la barbilla; me figuré que eran un producto del Sudario, que eran los seres que poblarían el nuevo mundo, que nada podría destruirlos.

Hasta el último momento no levanté la pistola. Dos disparos. Después la dejé caer al suelo antes de volverme.

Ella no dejaba de llorar mientras sostenía su revólver, un Llama Comanche III. El pasamontañas de dibujitos navideños no lograba ocultarla, era como si no llevara nada puesto. Lloraba tanto que le iba a dar algo. Ahora lo recuerdo todo. Recuerdo que, mientras elevaba el arma y me apuntaba a la cabeza, en lo único que pensaba era en consolarla, en decirle que no se preocupara, que no pasaba nada.

Derrapando por las losetas, Chokos entra en la capilla sudando y sin apenas respiración.

—¡Vámonos! —grita.

—¿Adónde? —La Maga, despertando aturdida del sopor en que ha estado desde la muerte de Horacio.

—¿Has abierto las puertas, verdad? —La detective, voz neutra.

—¿Las puertas? —El cabo, que está tardando en comprenderlo.

—Vamos a la parte trasera de la muralla —Chokos, muy alterado, hablándole a nadie en particular—, pasando los hornos; nos subiremos a uno de los tejados y esperaremos a que entre el número suficiente de apestosos para que algún punto del exterior quede despejado y nos podamos descolgar por allí.

Lejos, a través de la ventana y de la lluvia, Trespalacios puede ver a los primeros cadáveres rabiosos entrar en el Monasterio de la Cartuja. Son una cascada en caída libre que entierra en cuerpos cualquier obstáculo que se les presente.

Un grupo de *Sonambulistas* se quedan clavados ante ellos, dejan caer las herramientas que traen en las manos, un momento después ya no se les ve.

—¿Quieres decir que has abierto las puertas para que se entretengan comiéndose a esta pobre gente, al chaval de las gafas, a todos mientras nosotros nos largamos? —El cabo, que se encuentra entre la puerta y el amortajador.

—Quítate de en medio. —Chokos.

—Eres un cabrón.

—Quítate. —Chokos, pero con una navaja en la mano.

—Somos unos cabrones —se interpone Trespalacios— porque todos vamos a aprovecharnos de lo que ha hecho y vamos a largarnos ahora mismo de aquí.

Artizar que empuja a la Maga. El teniente y el amortajador, con una mochila cada uno. El cabo Rubén no se queda atrás.

Aquella multitud se lleva acumulando durante horas frente al destacamento militar que monta guardia en la entrada del Pasillo Asegurado.

El primer grupo de hombres y mujeres descalzos, vestidos de negro y con niños en brazos no pasaría de doscientos, pero no han dejado de sumárseles más y más penitentes cargados con más críos.

Bajo la lluvia que no se acaba, observan fijamente a los soldados sin apenas moverse. Están exhaustos, mojados y sucios, algunos de los críos son muy pequeños pero otros tienen diez o doce años y apenas pueden con ellos; terminan cayendo de rodillas o de bruces, se quedan allí, en el barro, hasta recuperarse y después vuelven a ponerse en pie con los niños en peso, enseñándoselos a los soldados, como solicitando asilo al menos para esa nueva generación, entregándoselos, conscientes de que ya no pueden proporcionarles ningún amparo.

Su comportamiento no es agresivo, no hacen más que repetir sus rezos, pero los componentes del retén de guardia están muy nerviosos y hace ya tiempo que han requerido refuerzos o instrucciones al mando operativo.

Habían estado tan absortos en saltar la muralla aprovechando el claro que se había producido y en echar a correr entre los árboles para alejarse todo lo posible de la previsible resaca de la marea de muertos, que solo cuando llevaban un buen trecho recorrido advirtió Trespalacios que avanzaban en el sentido equivocado.

—Alto, alto, alto —susurra el policía; lo más importante del mundo era no hacer ningún ruido que los atrajera—. Joder, tenemos que volver —mirando a uno y otro lado.

—¿De qué hablas? —Chokos, doblado sobre sí mismo, buscando aire en esa postura.

—La pasarela está por el otro lado.

—¿Qué pasarela? —La Maga.

—La pasarela de la Cartuja. —Artizar, todos en voz muy baja—. El puente que cruza el río y te deja en Torneo, más o menos a la altura de la calle Baños.

Pero no pueden moverse, necesitan un minuto para que les vuelva el aliento.

—¿Quieres que el soldado lleve tu mochila? —El teniente al amortajador.

—¿Yo? —Rubén—. Que la lleve él.

—Eres una guarra hija de puta. —Chokos, con una sonrisa de odio; enderezándose pero entrecortado aún.

—Lo que hay dentro de esa mochila nos puede salvar el culo a todos, así que la llevará quién yo diga —le dice entre dientes Trespalacios al cabo, que tampoco esta vez responde a Chokos, ni le dirige ninguna mirada de rencor, mala señal.

—No te preocupes —el amortajador, que casi ha recuperado una cadencia respiratoria normal—. Ya la llevo yo. Vámonos.

No hay farolas en el mundo de los muertos, tienen que limpiarse la lluvia de los ojos para entrever lo que tienen delante.

Diez o doce metros y los tienen allí.

Son, como ellos, tres hombres y dos mujeres.

Son, como ellos, cinco seres fuera de sí.

Son como ellos.

El primero en ver a los cinco muertos andantes es el cabo que ha quedado en cabeza de la expedición; se queda inmóvil, como los demás, hipnotizados ante aquella otra comitiva que son su réplica perfecta, un negativo fotográfico que se revela en aquel inmenso cuarto oscuro que atraviesan, amenazando con absorberlos para siempre.

También el cabo es el primero en reaccionar.

Antes de que puedan detenerlo, eleva su fusil de asalto y abre fuego contra ellos. Aunque apunta a sus cabezas, falla con los dos primeros, alcanzándoles en el pecho antes de reventarles el cráneo a los otros tres.

—¡Eres un gilipollas! —El teniente, pasando a su lado para rematar con la culata

de la escopeta a uno de ellos y pisarle las vértebras cervicales al otro.

—Te dijimos que no hicieras ruido. —Artizar, más triste que enfadada.

Chokos no le dice nada. Toma posición diagonal y le suelta dos hostias de ida y vuelta con las que busca y consigue infligirle más daño que el físico.

El cabo se queda allí, así. Sin mirada. Reconcentrado. Ni siquiera recoge el casco del suelo.

—¡Ya están ahí! —La Maga, saltitos y el puño en la boca.

En sentido contrario al que seguían, una masa en movimiento.

—Vámonos —Trespalacios—, el puente está ahí mismo, venga.

Todos le siguen a la carrera, aunque al cabo le cuesta un poco arrancar.

El Camino de los descubrimientos es una carretera amplia, con una franja de árboles a la derecha y la boca negra del río que se deja ver entre algunas construcciones a la izquierda. Menudean los vehículos atravesados en todos los carriles, pero avanzan bien, fluidos, incluso le sacan alguna ventaja a sus perseguidores.

—¡Apestosos de mierda! —Chokos se da la vuelta y los desafía con una carcajada, la piel brillante por la lluvia, la mano en la cadera, antes de volver a correr con los demás.

La pasarela.

Cuando van a dar la curva para entrar en ella, descubren a un grupúsculo de cadáveres sobre el puente, los muertos de guardia, que se ponen en marcha inmediatamente hacia ellos.

—Andando —teniente Trespalacios—, no son ni una docena, nos los quitamos de encima y seguimos adelante.

—Venga machote —le dice el amortajador al cabo, dándole una palmada en el cogote—, ahora es cuando hay que demostrar los huevos.

El cabo Rubén se vuelve, levanta su HK33 y vacía lo que le queda de cargador en el rostro de Chokos.

Silencio.

Hay un «ni una más», un «ya te lo advertí», un «¿y ahora qué?» en su mirada. Un inicio de sonrisa.

Trespalacios se cambia la escopeta a la mano izquierda, saca la pistola con la derecha, se la coloca al militar en la sien y, también a quemarropa, dispara.

Por suerte, tiene a los muertos del puente casi encima, no hay tiempo para pensar.

Los *recolectores* y los *resucitados* se miran cara a cara.

Les ha costado forzar la entrada a la estación del metro de la Plaza de Cuba; por dos veces, cuando los desenterrados se han ido agolpando a su alrededor, han tenido que irse de allí y esperar a que se disolvieran antes de volver y seguir trabajando. Pero ahora que por fin la han abierto de par en par, por mucho que golpeen la persiana metálica con sus herramientas o se paseen insinuantes ante ellos, no consiguen atraerlos al interior.

El mayor de los tres recolectores, impaciente, se quita su capote de carne muerta y, sin titubear, se acerca a menos de dos metros de aquellos seres pero tampoco consigue que vengan a por él. El cielo sigue encapotado aunque no llueve desde hace un rato y el olor a carne descompuesta forma parte de su piel, no importa que se haya quitado el capote, los cadáveres lo toman por uno de ellos.

Hace un buen rato que es de noche, los soldados de la estación del Prado deben haber comenzado con sus carreras de podridos; si quieren que su plan se lleve a cabo, tienen que conseguir conducir hasta allí a través de los túneles a un grupo de *resucitados* lo más nutrido posible.

Conocen bien sus costumbres, saben que si logran activar a un grupo numeroso, estos servirán de reclamo a muchos más y se creará una corriente que puede ser interminable.

La chica se cansa de esperar. Despojándose también de su capote, se acerca al charco más profundo que encuentra y se lava con abundante agua de lluvia.

Después se acerca a la puerta de la estación e inicia una especie de danza.

Piel fresca y apetecible.

Algunos muertos se ponen en marcha.

Ella pasa al interior.

Los muertos detrás.

Hace tiempo que Artizar se ha desembarazado del chaquetón para poder correr con más libertad, lleva la escopeta de Trespalacios —que la ha sustituido por el fusil de asalto de Chokos—, el pelo suelto, la camisa mojada, la vista al frente; el policía se alegra de que le haya correspondido tenerla al lado en su recorrido por estas tierras del demonio.

La Maga está en mejor forma que ellos dos y mucho más trastornada, de vez en cuando se adelanta y los deja atrás, pero se detiene en cuanto repara en donde está y los espera para no seguir sola.

Ya casi están en la entrada del *Pasillo Asegurado*, no quieren pensar en cómo han logrado recorrer el puente sobre el río con el ejército de cadáveres sobre sus pasos, corriendo y disparando contra los que surgían ante ellos; al final de la pasarela, encontraron una colisión múltiple de vehículos que les obligó a escalar una montaña de chatarra pero les libró de la turba que los perseguía.

Y después la calle Torneo, una avenida inacabable recorrida por reanimados errantes que se iban uniendo torpemente para seguirles, fantasmalmente vacía de tráfico, acribillada por un viento de resonancias metálicas que, con el río a un lado y el muro de contención contra los resucitados en el otro, les da la impresión de haber sido trasladados a un mundo futuro en el que se abolió la existencia del ser humano hace mucho tiempo.

—¡Hijos de puta! —La Maga—. ¡Hijos de la gran puta! —se deja caer al suelo, apoya la frente en el asfalto; de momento, se ha dado por vencida.

El Pasillo Asegurado ya no está.

Ni Trespalacios ni la detective dicen nada cuando llegan a la entrada y descubren que los militares han volado los muros laterales, convirtiendo la puerta en un montón de ruinas imposible de franquear desde cualquiera de los dos lados. Muy mal tiene que estar la situación para tomar una decisión de esa clase. Los dos son conscientes de que son bajas sin ninguna relevancia para los que han ordenado y ejecutado aquello, que ni siquiera han pensado en su grupo a la hora de llevarlo a cabo.

Los cadáveres que acarrearán están a unos minutos de distancia, formando un hatajo todavía deslavazado, pero desde el otro extremo de la calle, por la Avenida Concejal Alberto Jiménez Becerril, una caterva muchísimo más cuantiosa viene a su encuentro.

Usando el cañón de la escopeta como herramienta, Artizar se acerca a los cascotes de la entrada del Pasillo, y comienza a mover algunos escombros, basura, polvo, las ramas de un árbol que la explosión ha arrastrado hasta allí.

Trespalacios mira hacia ambos lados y la salida bloqueada y hacia las sombras que se mueven detrás de ellos, en la Barqueta, y no dice nada porque están atrapados y no sabe qué decir.

—¡No, no, no!

Cuando el policía mira hacia el lugar donde trabajaba la detective solo escucha su voz.

Corre hacia donde la vio por última vez, con el fusil en la cara, pero no necesita llegar.

En silencio, Artizar reaparece y se vuelve a mirarle, con la camisa desgarrada por un enorme arañazo en el brazo.

Entre los restos de la entrada, en la zona que la detective estaba despejando, puede ver a una muerta que adelanta las manos, furiosa por no haber podido terminar de cobrarse su pieza; tiene una pierna atrapada en el derribo, no va salir de allí.

Artizar se toca el brazo y sonrío y mira hacia otro lado para no buscar la compasión de Trespalacios, que él sí que no sabe adónde mirar.

Hay un zumbido. Lleva un rato allí, acompañándoles, sin que hayan notado su presencia. Por fin, la detective hace aparecer el teléfono móvil vibrador, lo mira, asiente y ya no está, la mano es más rápida que la vista.

Cubriéndose la boca con las dos manos, la Maga se acerca lenta, tiritando.

La resucitada sigue manoteando, tiene la misma estatura que la detective, el mismo peso, la misma figura. Otro negativo fotográfico. Parece como si los espíritus enfermos de todos y cada uno de ellos estuvieran esperándoles en aquel infierno para devorarlos y volver a ser una sola entidad.

Vuelve a llover.

Artizar levanta el brazo para que se lleve la sangre, pronto es como si no hubiera pasado nada.

El enjambre de revividos se acerca desde todos los flancos.

Pero no van a quedarse esperándolos.

Trespalacios se quita la mochila, la apoya en el suelo, abre la cremallera y empieza a extraer su contenido mientras habla:

—Tenéis que resistir un par de minutos —manipula algo en el suelo que oculta con su cuerpo—, aquí estaréis mejor. En cuanto esto estalle, os venís a toda hostia. Solo voy unos metros más allá, a la altura de la entrada de la calle Calatrava.

—¿Vas a abrir un hueco en el muro? —Artizar.

—...

—Sabes que todos los muertos se van a colar en la ciudad, ¿verdad?

—... —Se levanta y la mira a los ojos.

—Haz lo que tengas que hacer.

Almena golpea una sola vez la puerta de Rafael Trespalacios.

Ha golpeado mil puertas desde que salió del *Sudario*. Para nada.

Para volver al lugar del que escapó.

Con una mezcla de alivio y frustración comprueba que él no está y piensa en que ojalá que hubiera sacado la pistola y le hubiera metido tres tiros cuando la recogió en el puente de Triana.

Se acerca a la escalera y se sienta en un escalón a esperarle, tarde o temprano aparecerá por allí.

Le dirá que ha venido a despedirse, a decirle que se larga de Sevilla, que no volverán a verse; él, antes, se empeñaba continuamente en llevarle la contraria; a ver si hay suerte.

Escucha dos pares de pasos que bajan por la escalera, se aparta un poco para abrir espacio, no se molesta en volverse.

Pero quienes quieran que sean se detienen al llegar a su altura y siente algo muy frío en la nuca.

—No te pongas gilipollas, ¿eh? —Una voz de hombre, macarra y seca.

—Ponte de pie muy despacio —otra voz mucho más educada.

Obedece y se da la vuelta para mirarlos, evitando cualquier movimiento brusco.

Un par de individuos de mediana edad, uno de ellos apuntándole con una escopeta recortada.

—Llevamos mucho tiempo esperándote.

—Te vienes con nosotros.

A Trespalacios no le cuesta cogerle el punto a las marchas y a las dimensiones del camión de la basura.

Encontrárselo al salir del continente de los muertos, un servicio tan cotidiano llevándose a cabo con toda normalidad, les había ayudado a empezar a recuperar algo parecido a la razón.

Cuando sus dos ocupantes originales advirtieron que una porción del muro de contención del *Sudario* saltaba en pedazos se quedaron totalmente paralizados; cuando vieron aparecer a varias figuras humanas entre la humareda decidieron alejarse de allí a toda prisa. Como el camión estaba de cara al muro y hubieran necesitado de una larga maniobra para enfilarse de frente a la calle Calatrava, decidieron abandonarlo y salir corriendo por una de las callejuelas laterales. El policía necesitaba un vehículo y sabía que los cadáveres tardarían en encontrar la salida, así que él sí se molestó en ponerlo de cara a la dirección correcta.

Sin consultarlo ni consultárselo, el teniente ha puesto rumbo hacia la comisaría; han perdido a su testigo pero tiene a su novia, que se ha comprometido a declarar donde sea necesario, y además cuentan con la información que el chico les desveló antes de morir; más que suficiente para sacar a la luz las maquinaciones de la *Fraternidad Juramento*.

Poco a poco se les iban pasando los efectos de la proximidad de la explosión, recuperaban el oído, las cuatro dimensiones se iban ajustando.

Viajaban los tres en la cabina, polvorientos y descoyuntados, demasiado deshechos para pronunciar ni una palabra.

La Maga, amodorrada en el centro, el cabello teñido de verde como una cortina protectora, no se mueve cuando resurge el zumbido del móvil de Artizar, que esta vez sí que responde enseguida.

—...

—... La chica a la que llamaban la Maga no ha sobrevivido. Su novio tampoco — la detective, con voz clara y firme.

—...

—... Se lo diré.

—...

—... Se lo diré.

—...

—... No, no iré. Yo tampoco he sobrevivido.

A la altura de la Alameda de Hércules, el policía detiene el camión; no son ni las doce y, a excepción de los basureros, no se han cruzado con nadie en todo el trayecto; saben que no es así y sin embargo tienen la sensación no de que la gente se haya escondido sino de que no queda nadie que esconderse.

—Fuiste tú quien puso la biblia en la choza de Osma, ¿verdad?

—Trespalacios.

—Si. —Artizar contesta frunciendo los ojos, como si tuviera que hacer un gran esfuerzo para recordar.

La Maga, se está despertando en contra de su voluntad. En medio de los otros, no pide explicaciones, procura no llamar la atención.

—Desde el principio trabajaste para esos piojosos de la *Fraternidad* —la acusa el policía.

—No, trabajaba para los curas, como te dije. Ellos no aprueban los actos de la *Fraternidad Juramento*, pero lo que de verdad les preocupaba era evitar que salieran a la luz los crímenes de una asociación religiosa tan extendida; esa era mi función desde el principio, cualquier información que yo les llevara, ellos la sabían de sobra —no demuestra que le importe mucho haber sido manipulada—. Antes de contratarme, en cuanto ahogaron al niño en agua bendita, la iglesia ya se había inventado un asesino en serie a medida de las características de su padre, nacido en Huelva, marino, ya sabes; me querían para difundir el rumor y, para redondear el caso en su contra, me pidieron que colocara la biblia del juez en su choza del campamento —poco a poco el tono va bajando hasta extinguirse, como si no mereciera la pena adentrarse en más detalles.

—No creo que ambiciones nada, que esperes nada ni que se te pueda presionar de ninguna forma; no me explico cómo te prestaste a eso —solo por curiosidad.

—Pues por una de esas razones por las que hacemos lo que hacemos y de las que no nos enteramos o no nos queremos enterar nunca.

No tengo ni la menor idea.

Trespalacios lo piensa y asiente antes de hablar; el motivo le vale.

—Y después los curas te traspasaron a la *Fraternidad*.

—Esta mañana, el Cardenal, el secretario Saliente y toda la basca han huido de Sevilla, pero antes de marcharse me han puesto en contacto con ellos. La *Fraternidad* necesitaba saber qué es lo que estaba pasando y sobre todo mantener el contacto contigo.

—¿Conmigo?

—Por si lograbas averiguar toda la verdad y decidías proceder contra ellos. Me necesitaban para decirte que redactes un informe exponiendo que esta línea de investigación no ha llevado a ningún sitio, para que sostengas que el asesino fue Ricardo Osma, para que lo entierres todo.

—Ya sabes lo que te voy a contestar —un cuarto de sonrisa.

—La *Fraternidad Juramento* tiene a tu sobrina.

—...

—¿Cómo pudisteis creer que se escapó de los cazadores de cabezas y salió ella sola del *Sudario*? Desde que supieron que te habían encomendado la investigación, se guardaron un as para tenerte controlado si te salías de madre.

—...

—Te esperan en la parte de atrás de Ecoeste.

Rafael Trespalacios vuelve la vista al frente muy despacio.

Por primera vez desde que subió al camión, busca en el salpicadero y en la guantera, le gustaría escuchar algo de música, pero no encuentra ninguna clase de reproductor.

Tiene calor.

El olor a basura allí dentro no es muy superior al que se respira en el resto de la ciudad, pero empieza a agobiarle.

La Maga, ni una palabra.

—Es mejor que me vaya —deja caer Artizar al cabo de un par de minutos—. Si no dispones otra cosa.

—¿Dónde vas?

—Pues fíjate, supongo que por llevar la contraria, desde hace un rato me han entrado ganas de seguir viva —sonríe y levanta el brazo donde sufrió el arañazo—. En este mundo ya no hay sitio para mí pero estoy pensando en intentar colarme en el Campamento Epifanía, a ver lo que aguanto.

El policía recuerda la gran cantidad de personas que vio en el campamento con algún miembro amputado y no dice nada.

—Yo me voy contigo —la Maga, muy segura.

—¿Tú sabes lo que es aquello? —La detective.

—Les has dicho a esa gente que estoy muerta, ¿no? No sé dónde esconderme, mi padre también es un prófugo; no me queda nadie.

Me voy contigo.

—Ni hablar —pero la mira bien y sonríe y es que sí; abre la puerta del camión.

—Toma esto —el teniente se contorsiona para despojarse de su chaquetón sin moverse del asiento—. En el bolsillo encontrarás el salvoconducto del Gobernador Militar.

Ya en la calle, la mujer dice que sí con la barbilla y se lo echa sobre los hombros sin comprobarlo. La Maga baja también y cierra la puerta.

Trespalacios mira a la mujer del chaquetón varias tallas demasiado grande y a la chica del pelo verde, detenidas bajo la lluvia, y siente que se separa de las últimas personas en este mundo con las que tiene algo en común.

Vuelven a llamar a la puerta de su despacho y doña Teresita no contesta.

Tiene las palmas de las manos enrojecidas, tanto tiempo apoyada en los bastones ante la ventana observando a sus fieles de rodillas.

Hombres, mujeres, niños, lluvia, fango y oscuridad.

Le han dicho que la caravana está lista en la trasera del hipermercado, docenas de familias esperándola para huir de aquella ciudad de muerte, que ella ha contribuido a hundir un poco más; solo pretendía crear algunos focos de desorden como maniobra de distracción para que les autoridades no les impidieran salir, unas pocas vidas a cambio de la salvación de tantos, tenía la bendición del Señor manifestada a través de las cristofonías; pero el asunto había ido mucho más allá, lo de la Academia Militar había sido completamente desproporcionado, la plaga se estaba extendiendo de nuevo por Sevilla.

Nota algo extraño en la masa de seguidores que esperan ante el edificio, tarda un poco en darse cuenta de que han cesado los rezos.

Enseguida lo ve, aunque le cuesta distinguir qué es lo que ocurre en medio de las sombras, una especie de remolino en uno de los extremos de la multitud. No es que esté peleando entre sí, es que algunos de los miembros intentan comerse a los otros.

La puerta de su despacho se abre y entran sus dos asistentes de confianza con la silla de ruedas que precisa para largos desplazamientos.

—Doña Teresita, tenemos que irnos —un hombre de unos sesenta en tono monjil—. Algo pasa allá abajo, vamos a sacarla por la parte de atrás.

No responde ni se mueve.

Le cuesta abandonarles allí, marcharse solo con los elegidos, pero tiene un compromiso con los peregrinos, ha prometido llevarles a la tierra prometida.

El Señor lleva horas sin comunicarse con ella, a lo mejor ya se ha marchado de esta ciudad de pecado, a lo mejor la espera en Canaán.

La única chica de la banda de recolectores sube las escaleras de la estación del metro del Prado de San Sebastián del mismo modo que si emergiera del intestino del infierno.

Se detiene.

Tantos años sin pisar la zona segura de la ciudad y lo hace al fin para esto.

El incontenible flujo de cadáveres locos los han seguido por los túneles del ferrocarril subterráneo desde la parada de la Plaza de Cuba, devorando a sus dos compañeros por el camino, llenándolo todo, arrasando a los soldados y los espectadores de la carrera clandestina que se celebraba en los andenes de este lado.

Ahora están allí, subiendo hacia la muchacha.

Al momento es ella la que no está.

La estampida la borra para siempre.

La pleamar de los muertos comienza a extenderse con el propósito de alcanzar

cada calle, cada rincón, todas las casas, son los nuevos habitantes de este viejo mundo, este es el sitio que les corresponde.

Aunque recordaba las especificaciones de Chokos, Trespalacios no había concebido una caravana de aquellas dimensiones; alargándose mucho más allá del antiguo hipermercado, mantiene las luces y los motores apagados, pero cada conductor, que espera en su sitio el momento de partir, vuelve la mirada con aprensión hacia el camión de basuras que conduce el policía cuando aparca en la acera de enfrente.

Ya no tiene el chaquetón para protegerse de la lluvia que aprieta, pero el teniente salta de la cabina y se queda en medio de la carretera, las manos en los bolsillos y la camisa ya empapada, observando la ristra de vehículos cuyo fin se pierde en la noche.

Solo quiere dormir, tirarse en cualquier parte, donde sea, y echarse a dormir o morirse como un perro, es lo mismo.

Muy pronto se encienden las luces del más espacioso de los remolques y se abre la puerta lateral para mostrar a doña Teresita sostenida por sus bastones.

Mientras Trespalacios se acerca a ella, llega un hombre con alzacuellos procedente de un cuatro por cuatro cercano y se coloca al lado de la entrada de la autocaravana.

—Buenas noches —saluda la muchacha al policía—. Le agradezco...

—Ahí enfrente, en un piso del Cerro del Águila, estaba la mejor *casa de tapadillo* que haya habido en Sevilla —interrumpiéndola—. Japoneses. Increíbles. No se trataba simplemente de putas y putos, eran fisioterapeutas, quiroprácticos del follar. Me hubiera gustado que los probaras. Sabían abrirte el culo que ni te dabas cuenta, y la polla, te manejaban la polla con mil mañas distintas, siempre te sorprendían con algún truco nuevo... eso sin olvidarse nunca de los huevos. En fin. Se los comieron los vecinos. Una pena.

—Señor Trespalacios —ha esperado impertérrita a que terminara las explicaciones—, lamento mucho haberle hecho venir hasta aquí, no le entretendré mucho. Creo que la señora Ansuategui le ha puesto en antecedentes de nuestro papel en todo esto.

—Sí, me ha contado los crímenes que ha cometido.

—Más de los que usted sabe —serenamente sombría—. Y pagaré por ellos por toda la eternidad, no lo dude; en mi torpeza, no se me ocurrió otra forma de sacar a mi gente de esta ciudad que se acaba, y estoy preparada para asumir las consecuencias —sería muy difícil interpretar su sonrisa—. Pero no le he llamado para hablar de eso.

Solo quería asegurarle que cuidaremos de su sobrina.

—...

A una señal suya, se enciende otra luz interior y aparece el rostro de Almena en una de las ventanillas de la parte delantera de la *roulotte*.

—Mientras usted mantenga su discreción, ya se imaginará que los contactos que tengo en Sevilla me tendrán informada, la chica estará perfectamente con nosotros.

Puede estar tranquilo.

—¿De verdad cree que esta ciudad se mantendrá en pie mucho tiempo después del caos de los últimos días?

—Eso no lo sabemos ni usted ni yo. Ni nadie.

—Si me entero de que le ocurre algo a Almena, te buscaré y el castigo que esperas de tu Dios será un chiste si lo comparas con el mío.

—Le deseo la mejor de las suertes —se da la vuelta y desaparece dentro.

El sacerdote que la escoltaba cierra la puerta, la golpea dos veces y comienza a recorrer el convoy repitiendo el doble golpe en cada chasis, para que se enciendan las luces y los motores a la señal.

Trespalacios no se mueve, el peso de la lluvia lo lastra allí, dejándose retener por Almena que, tras la seguridad del cristal de la ventanilla, del cañón en la cabeza y de la mala ventura lo mira de esa otra manera que no se han permitido nunca.

Tiene que dormir.

La inacabable hilera de vehículos tiene un efecto hipnótico, mágico, luminoso y tranquilizador, única vía de escape del asqueroso vertedero en el que se queda.

Gira sobre sí mismo y empieza a andar hacia el camión de la basura.

Lo paraliza la voz de doña Teresita.

—Teniente, ¿no querría incorporarse a nuestra misión? No nos vendría mal contar con otro tirador.

Cuando se vuelve, comprueba que la puerta del remolque se ha abierto de nuevo.



JUAN RAMÓN BIEDMA nace en Sevilla, estudia Derecho, y durante años simultanea su actividad en la gestión de emergencias con la de locutor de radio, guionista, crítico musical y cinematográfico; actualmente colabora en diversas publicaciones y páginas webs.

Su primera novela *El manuscrito de Dios* fue designada Mención Especial del Jurado en el II Premio de Novela fallado en la Semana Negra de Gijón del 2004 y finalista del Premio Memorial Silverio Cañada; la obra ha sido reeditada continuamente desde su publicación. Con su segunda obra, *El espejo del monstruo*, inicia una serie de novelas por entregas protagonizadas por el abogado Set Santiago, que interrumpe para presentar *El imán y la brújula*, una intriga histórico-criminal ambientada en la España de 1926. Desde abril del 2008 está en las librerías su novela, *El efecto Transilvania*, que se complementa con *El humo en la botella* (2010), novela independiente de la anterior pero que complementa un experimento narrativo sobre el mundo de las alteraciones mentales.